

FAIRY OAK

Elisabetta
Gnome



El Poder de la Luz



Cae el invierno sobre el pueblo del Roble Encantado, un invierno que se ha adelantado y hiela las rosas aún florecientes. El valle entero pronto se cubre de un manto de nieve.

Lejos han quedado la armonía y la serenidad que distinguían el bonito pueblo. Sin embargo, ese blanco resplandor infunde esperanza en los corazones de Felí y Tomelilla.

Los habitantes de Fairy Oak, supervivientes a una terrible batalla, temen por sus vidas y desconfían de todo y de todos. Ahora recelan, sobre todo, de la joven Pervinca: su extraña desaparición durante el ataque y su posterior vuelta, insólita, inducen a los ciudadanos a pensar que se ha pasado al bando del Enemigo y ahora la consideran una infiltrada suya. ¿Será verdad?



Elisabetta Gnone

El Poder de la Luz

Fairy Oak-3

ePub r1.0

fenikz 02.01.14

Título original: *Fairy Oak. Il Potere della Luce*

Elisabetta Gnone, 2007

Traducción: Miguel García

Ilustraciones: Barbara Bargiggia, Alessia Martusciello, Lucio Leone y Roberta Tedeschi

Editor digital: fenikz

ePub base r1.0



A Laura, reina de corazones,
y Claudia, princesa de las flores.

Y al reino de brujas, magos,
gnomos, perros y gatos que las rodea.



Agradecimientos

Un besito de esquimal a: Pà Avavite, M., Gudandà y Naphtalina.
Gracias de todo corazón a Will y a Billie.

Bueno, ya estamos aquí, unas páginas más y conoceréis toda la historia. Ha sido larga y trabajosa, y a veces también ha dado mucho miedo, pero no han faltado encantadoras sorpresas ni demostraciones de gran valentía, confianza y lealtad.

¡La que viví en Fairy Oak fue la aventura de las aventuras! No estuve presente en todos los acontecimientos, es cierto, buena parte de ellos me los contaron después quienes sí estuvieron allí y vieron lo que yo estoy a punto de contaros. Pero no tiene importancia.

Seguro que ahora lo único que os importa es saber qué les ocurrió a Pervinca y Vainilla, y a los habitantes del pueblo del Roble Encantado.

Así pues, empecemos...



¡La primera señal!



Un gran copo de nieve atravesó la vista que teníamos desde nuestra ventana. Como solía hacer por las tardes, había abierto mi diario para ponerlo al día. Pero enseguida mis pensamientos echaron a correr más rápidos que la pluma. Incapaz de darles alcance con la escritura, había cerrado las páginas y tras remeter las mantas a las niñas, busqué el descanso en mi nuevo ovillo.

Con la llegada de los primeros fríos, un ovillo sobrante de los jerséis de las niñas se había convertido en mi cama en lugar de la miga de pan, y yo estaba contenta porque, aparte de calentarme, la lana desprendía el olor a las ramitas de abrotano que Dalia metía en cajones y armarios. Calentita, envuelta por aquel olor familiar, miraba la noche y pensaba.



¡Cuántas cosas habían sucedido desde mi llegada a Fairy Oak!

«Los primeros días no hacía más que sorprenderme», recordé con una sonrisa. Siempre con la boca abierta, preguntando qué era esto o aquello... ¡Qué hadita tonta y poco preparada era! ¡Y qué cara puse la primera vez que vi las casas del pueblo, de techos en punta y muros de piedra! Oh, eran preciosas, con amplios jardines y verandas, pero también eran algo nuevo para mí, que venía del Reino de los Rocíos de Plata, donde no había casas sino sólo prados y flores y tranquilas lagunas. Me maravillé al descubrir que también los seres humanos amaban las flores, tanto que en invierno las cultivaban resguardadas del frío en casitas transparentes que llamaban invernaderos. El de mi familia estaba adosado al muro más soleado de la casa, cómodo y tranquilo como un gato con la tripa llena, entre exuberantes matas de rosas, manojos de lavanda y hierbas aromáticas: malva, romero, menta, estragón... En el lado más sombrío, en cambio, crecían las azaleas y los rododendros. ¡Y cómo crecían! Con los años, habían ocultado el antiguo sendero que llevaba al jardín y, de mayo a junio, se cubrían de flores tan grandes como las pelotas con que jugaban los niños en las plazoletas al sol del pueblo. Flores blancas, rosas, violetas...

A lo largo del muro que bordeaba la calle crecían las hortensias, mis preferidas; siempre

esperaba ansiosa su floración, que llegaba poco después que la de las elegantes peonías. Era un jardín magnífico el de mi familia.

¡La forma de la ropa! Ahora que me acuerdo, también fue una sorpresa. El ruido que hacían, sobre todo en invierno, cuando Mágicos y Sinmagia llevaban tantas prendas puestas encima para protegerse del frío: *fru...*, *fru...* hacían los largos vestidos de Lala Tomelilla... *fru...*, *fru...* cuando salíamos a hacer la compra, *fru...*, *fru...* cuando se abrazaban entre ellos. También olían bien, aromas de bizcocho, de flores, de casa... Ah, los olores de Fairy Oak, ahora los conocía bien, pero la primera vez que olisqueé el vino y el pan recién sacado del horno, ¡hadamía!, por poco no me desmayo. No porque no fueran buenos, entiéndase, sino porque en el Reino de los Rocíos de Plata no existía nada parecido. Ni el perfume de la hierba recién cortada, ni los efluvios de la uva prensada, ni el aroma de las tartas de moras o el olor caliente del humo que en los inviernos salía de las chimeneas y picaba en la nariz, ni mucho menos el del mar durante una tormenta... Tuvo que transcurrir todo un año antes de que aprendiera a reconocer las estaciones en las costumbres de los hombres.

Habían pasado diez desde entonces, diez años desde el primer encuentro con quien, mandándome llamar, había cambiado mi vida.

«Querida Tomelilla, conoceros ha sido la mayor emoción», pensé envolviéndome en mi ovillo. La estufa había quemado el último leño de la noche y el aire de la habitación empezaba a enfriarse. «¿Cuánto tiempo todavía?».

«... Si aceptas, tu trabajo con nuestra familia durará quince años, después de los cuales serás libre de nuevo para ocuparte de otros niños».

Eso escribió mi bruja en su primera carta. Así pues, otros cinco años, luego las niñas serían lo bastante mayores como para arreglárselas solas y yo tendría que dejar aquella casa. Volví a estremecerme al pensar que el tiempo había pasado volando.

¡Cuántas cosas habíamos vivido! Cosas buenas, cosas malas, cosasombrosas emocionantes, ¡desde el primer día! De una punta a la otra de aquel pasillo esperando que nacieran..., ¿y luego? Allí estaban, ¡con doce horas de diferencia entre la una y la otra! Pervinca y Vainilla, idénticas y distintas desde el primer instante. Pero no descubrimos qué distintas eran hasta el día en que el Enemigo lanzó su primer ataque: cuando combatían para defenderse, Vainilla reveló que era una Bruja de la Luz, y Pervinca, una Bruja de la Oscuridad. Entonces todo resultó claro: su distinto carácter, sus temores, sus pasiones siempre opuestas.

«Pobre Tomelilla», pensé, «os lamentasteis tanto por no haberlo adivinado, pero ¿cómo podíais saberlo? ¡Jamás se había dado que hermanos o hermanas poseyeran poderes opuestos!».



Desde entonces estábamos en guerra.

En los últimos meses, los ataques del Enemigo se habían vuelto más frecuentes y feroces, y el miedo se había adueñado de los ánimos como las malas hierbas de los campos. Incluso en los escasos momentos de paz era difícil extirparlo. Iba extendiéndose, más bien, y conquistando

terreno, dejando cada vez menos espacio a la alegría y las sonrisas. Y como siempre ocurre cuando la libertad de un pueblo y su supervivencia tienen que pasar por duras pruebas, la confianza y la paciencia desaparecen. También en Fairy Oak se habían instaurado la desconfianza y el rencor.

Eran malos días de verdad, y para nuestra familia lo eran milvecesmilmás. Y eso porque —ahora lo sabíamos— ¡Él quería a las gemelas!

Tomelilla me lo había explicado bien: Luz una, Oscuridad la otra, unidas por la sangre y por el amor, Vainilla y Pervinca representaban aquello contra lo cual el Terrible 21 luchaba desde siempre: el Equilibrio y la Armonía. La vida.

Por eso había intentado raptarlas, por eso asediaba nuestro pueblo: para capturarlas y llevárselas. Quizá a una sola, pues le bastaba con separarlas, con hacer que alguna se alejase de la otra, con el pensamiento y con el corazón, para que la Antigua Alianza entre Luz y Oscuridad se rompiera. Entonces Él se convertiría en Rey. El despiadado rey de una tierra sin luz.

Me volví para mirarlas: habría hecho lo que fuera para protegerlas. No sólo habría dejado de dormir, sino también de comer, de beber, de existir si hubiera sido necesario. Eran mis niñas, las veía crecer desde hacía diez años; sus lindas caras, sus naricitas respingonas, sus cabellos rebeldes, sus mejillas blancas, su respiración leve... eran las cosas más familiares para mí. Las quería profundamente y no habría permitido que nadie les hiciera daño.

Y en aquellos días funestos había ocurrido algo que ahora me hacía sentir más impotente que nunca frente al Enemigo.

Durante la última batalla, pese a que monstruos terroríficos y espantosos rodearan Fairy Oak, Pervinca se había alejado del pueblo. Al día siguiente, serena y sin un rasguño, y sin dar tampoco signos de miedo, había regresado. ¿Dónde había estado? «Me caí en una trampa», había contado. Pero no había trampas en el valle. Entonces, ¿a qué venía aquella mentira?

Una duda atroz se había colado en el espíritu de los habitantes, conmocionados y asustados: que Pervinca se hubiese dejado seducir por el grandioso plan del Enemigo y se hubiese convertido en una valiosa aliada suya. ¿Dónde había estado Pervinca?

Según las murmuraciones y malicias que desde entonces nos perseguían, Vi había hecho un pacto con el Terrible 21: la entrega del pueblo, a cambio, quizá, de un puesto importante junto a Él en el Imperio que se avecinaba. Inmediatamente después había vuelto a Fairy Oak para no despertar sospechas pero para espiarnos y revelarle nuestros puntos débiles... Para mí, ¡estupinsensateces monumentales!

Pervinca había dicho una mentira, vale, no era la primera y tal vez ni siquiera lo era, puede que hubiera realmente una trampa. O a lo mejor había sido sólo una manera de hablar. Desde luego, no había dado más explicaciones, pero de ahí a aliarse con el Enemigo... ¡Imposible!



También aquella noche, en la que todo estaba en calma, algo me inquietaba. Acallando mis pensamientos un instante, me di cuenta de que dentro —y fuera— el silencio era tal que llegaba a

molestar en los oídos. Ni un ruido, ni siquiera el de la madera que a aquella hora crujía al dejar escapar el calor del día; ni una hoja seca que temblara con el aliento del invierno, ni un búho que ululara, ni una lechuza...

«Qué extraño», pensé, «es como si esta noche, inmóvil y como detenida, estuviera a la espera de algo oscuro». Incluso los árboles, que siempre habían sido mis amigos, me miraban con expresión hostil. Las finas ramas negras parecían afilados garfios listos para enganchar... «¿Quién, quién se esconde en la oscuridad?», me pregunté atemorizada. ¿Estaba a punto de ocurrir algo? Mis antenas no vibraban... Pero eso no significaba demasiado.

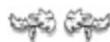
Miré el cielo en busca de alguna señal y, para mi sorpresa, lo encontré mudo, opaco, sombrío, de un solo color. «También esto es insólito», me dije, «¡es de noche y el cielo está gris!».

Enseguida mi pensamiento acudió al Terrible 21 y, de puro desaliento, hablé en vez de pensar. —¡El Enemigo anda de nuevo a la caza! —dije en voz alta.

Inmediatamente, un arrebato de rebelión me asaltó y se impuso. «No, no, no...», protesté sacudiéndome de encima los malos pensamientos. «Son tus ojos cansados, Felí, y los nervios y las preocupaciones de estos días, los que te impiden vislumbrar esperanzas. No es un nuevo ataque lo que el valle siente llegar, sino una señal de paz».

Y en el fondo, ¿por qué no? Después de tantos meses de batallas, enfrentamientos y sustos, ¿es que no nos merecíamos una pequeña señal de esperanza que nos infundiera valor y serenidad a todos nosotros, estando tan agotados? Que llegara, pues, y pronto.

«Oh hadadelashadas», rogué mirando afuera, «si está a punto de suceder algo, haz que sea cosabuena...».



No había terminado la frase cuando un copo de nieve cruzó el quieto cuadro que enmarcaba la ventana y, ajeno al tétrico panorama que yo veía en él, le dio vida danzando de norte a sur. Fulminada por esta visión, salté fuera del ovillo, atranqué la ventana con un hechizo de hada y volé hasta Tomelilla.

Una sombra de miedo



Yo era la única luz de la casa y mi resplandor alumbraba en círculo el espacio en torno a mí. Un círculo pequeño, pero suficiente para iluminar las estrechas paredes de madera de la escalera y los rostros retratados en las fotos colgadas a ambos lados: los abuelos de Dalia y Tomelilla, algunos tataratíos abuelos, Tomelilla el día en que recibió su primer premio, Dalia con las niñas, Cícero con el catalejo, Vainilla con un pajarillo posado en su dedo, un gato enroscado en una fuente de brezo, las niñas en su primer día de colegio, una niñita pecosa con un cómico perro en brazos, el diploma de «Meteorólogo Capacitadísimo» de Cícero, los de Aprendiz de Bruja de las niñas, yo admirando el tarro de mermelada el día en que Tomelilla me lo regaló, unos elegantes Dalia y Cícero en pequeños tronos de terciopelo rojo el día de su boda, el pueblo en un día *de nudos*... «¿Y esta? No la recordaba», me dije deteniéndome un momento ante la última foto. «Esperemos que Tomelilla no duerma profundamente. O más bien, que no esté durmiendo; si lo está, tendré que alzar la voz y despertaré a todos».

Llamé a su puerta.

Toc, toc, toc, toc...

—¡Soy Felí, Tomelilla! ¡Tengo que decirte algo!

—Entra —dijo tranquilamente desde dentro.

Empujé la puerta y, como la cama se encontraba vacía, la busqué en la oscuridad. Estaba ante la ventana, de rodillas sobre un cojín. Vestía la suave bata de lana azul sobre la cual, en aquel momento, resaltaba su trenza blanca cayéndole por la espalda. Miraba afuera con los codos apoyados en el alféizar y la barbilla entre las manos.

—¿Vos también lo habéis visto? —pregunté.

Sin volverse, dijo:

—Me encanta cuando nieva en Fairy Oak.

Luego se asomó para ver mejor el cielo.

—Oh, a mí también —dije, y alcé un poco la voz—. Sobre todo cuando nieva PRONTO, bastante pronto, muy pronto, prontísimo... ANTES incluso de la Fiesta del Principio, lo cual sucede MUY

RARA VEZ. ¿No lo creéis así, TOMELILLA?

Ella me miró extrañada.

—¿Qué te bulle en la cabeza, o es que te has tragado una cartilla escolar? ¿Y por qué gritas tanto?

—¡Porque son cinco años justos! —anuncié—. Cinco años que no nieva tan pronto. Nevó cuando nacieron las gemelas y, después, el año en que se les cayó su primer diente. Me acuerdo, porque a Pervinca se le cayó mientras jugaban las dos en el jardín y, con lo blanco que era, no conseguíamos encontrarlo. He vuelto a ver las fotos. Fueron dos años extraordinariamente felices y serenos, ¿recordáis, Tomelilla?

—¿Y es por eso por lo que estás tan alegre, pequeña Felí? ¿Crees que es una señal? ¿Que la suerte está volviéndose de nuestra parte? Sería bonito —suspiró y después razonó un momento—: Es cierto, esta nevada podría proporcionarnos alguna ventaja. En la nieve se dejan huellas muy visibles y al oscuro Enemigo podría resultarle más difícil esconderse.

—¡Exacto! —exclamé contenta de que me hubiera entendido—. La capa negra de los emisarios resaltará como el ala de un cuervo y eso facilitará la misión de la ronda que vigila el pueblo. Y también la de nosotras las haditas, debo reconocerlo. ¡La nieve está de nuestra parte!

Ella sonrió y volvió a mirar afuera.

Nos quedamos unos instantes en silencio, mientras la nieve silenciosa borraba los contornos y uniformaba el mundo a nuestro alrededor.

De repente, sin embargo, algo pasó volando por delante de la ventana y formó remolinos con los copos.

—¿Qué era eso? —pregunté alejándome asustada del cristal.

—¡Ni idea! —exclamó Tomelilla.

En ese instante la puerta de casa se cerró dando un golpe: ¡BLAM!

Nos volvimos al mismo tiempo y, con el corazón en un puño, corrimos escaleras abajo.

En el piso de abajo encontramos en pijama a Cícero, que bajaba por delante de nosotras.

—¿Tú también lo has oído? —le preguntó Tomelilla.

—S... sí —contestó medio dormido—. ¿Ha salido alguien?

—¡O ha entrado! —precisó Tomelilla—. ¡Vosotros id a la habitación de las niñas, yo voy abajo!

La puerta del cuarto de Vainilla y Pervinca estaba entreabierta, como yo la había dejado. La empujé y un rectángulo de luz iluminó a Pervinca o, mejor, lo que se adivinaba que era ella, porque las mantas la ocultaban hasta más arriba de la cabeza. Entré seguida del señor Cícero. También Vainilla dormía, estirada boca arriba, como a menudo hacía, con una mano detrás de la cabeza y una rodilla doblada.

—Arriba todo está tranquilo —dije al llegar junto a Tomelilla en la planta baja—. ¿Y aquí?

—Aquí también parece tranquilo —me contestó viniendo de la cocina. Con las prisas, se había olvidado de ponerse las pantuflas y ahora caminaba de puntillas sobre el helado suelo de piedra.

—Bien, entonces me vuelvo a la cama —dijo Cícero desde la escalera.

—También nosotras —dije mientras Tomelilla, detrás de mí, movía perpleja la cabeza.

—Me pregunto qué habrá sido ese rui...

Se calló y dio lentamente un paso andando hacia atrás.

—¿Qué ocurre? —pregunté en voz baja.

Ella no respondió. Había apoyado los talones en el suelo y hacía como si caminara, sin moverse del sitio.

—¿Qué ocurre? —pregunté otra vez.

—Aquí el suelo está húmedo —dijo de pronto.

—¿Húmedo?

—Sí, ¡alguien ha entrado!

—Pero si sólo está húmedo ahí...

Intuyendo lo que pensaba, Tomelilla dio algunos pasos alrededor.

—No, aquí está seco —dijo volviendo atrás.

Estaba pensativa. Luego, de forma imprevista, tuvo un presentimiento:

—Quien haya entrado, ¡sabe volar! —exclamó con los ojos en forma de cristal de nieve mientras corría hacia la cocina. Salió de ella con un saquito blanco—. ¡Deprisa!, vamos a llamar a Cícero y Dalia.

Subimos la escalera a la carrera y volvimos a sacar de la cama al pobre señor Cícero, y esta vez también a la pobre señora Dalia.

—¡Tomad un puñado de harina y sopladla alrededor de vosotros! —ordenó Tomelilla.

—¿Eh? —profirió Dalia levantándose toda despeinada—. ¿Es ya la hora de hacer el pan?

—No, no, no, ¡esto no tiene nada que ver con el pan! —contestó Tomelilla pasándole la bata—. Tiene que ver con el intruso. Si se ha hecho invisible, ¡esto lo delatará!

Dalia saltó fuera de las mantas.

—¿Alguien ha entrado en nuestra casa? ¡Pobres de nosotros!

—En realidad, no estamos del todo seguras de que haya entrado alguien, es sólo una precaución —dije yo para tranquilizarla mientras Tomelilla le indicaba con un dedo que guardara silencio y se calmara. Temblando de frío y del susto, Dalia tomó la bata y se cubrió.

—No queremos provocar pánico —dijo Tomelilla abriendo el saquito de harina—. Por eso, dejemos que Vainilla y Pervinca duerman y tratemos de ser un poco astutos. Bien, si fuese un Mágico de la Oscuridad, podría desaparecer pero no desmaterializarse, ¿verdad? —mientras se explicaba, Tomelilla empezó a repartir harina en las manos de todos nosotros—. Y si en vez de volar, caminara, dejaría huellas, ¿cierto? Así que soplad continuamente harina alrededor de vosotros y, si veis huellas, gritad. Dalia, tú y Cícero comprobad la habitación de las niñas y el piso de arriba. Felí y yo buscaremos en el resto de la casa.



Empezamos por el fondo, es decir, por donde la casa daba más miedo: primero fuimos a la Habitación de los Hechizos; luego, tras recorrer en sentido inverso el pasillo y subir dos peldaños, Tomelilla abrió la puerta del lavadero, las sábanas tendidas se hincharon hacia nosotras y yo me

asusté.

—¡Si sólo es la corriente, miedosilla! —dijo mi bruja—. Ilumina más bien ese rincón con tu luz, ¡en lugares como ese es más fácil esconderse!

«¡Qué alegría me da!», pensé.

Tres peldaños más arriba del lavadero, a la derecha, estaba el hueco de la escalera.

—¿También ahí dentro? —pregunté.

—¡Claro!

—Pero si ahí les cuesta entrar incluso a las niñas...

—¿Y? No sabemos cómo es de grande el intruso. Eso si es uno solo...

«¡Santos númenes!».

—Aquí no hay nadie. ¿Podemos volver arriba? —imploré saliendo del hueco de la escalera tan rápida como un rayo.

Por último, entramos en la cocina, donde estaba listo el desayuno y, desde allí, bajando un escalón, en el comedor... La estufa despedía aún un poco de calor y a través de las ventanas vi que el jardín estaba todo blanco. Pasamos a la sala de la chimenea, donde un *cric* me sobresaltó.

—Son las brasas, Felí, ¡nadie las ha apagado! —susurró Tomelilla, que añadió—: ¡Mal hecho! Nunca se sabe qué anida debajo de la ceniza... Alumbra, sin quemarte, la campana de la chimenea.

—¿Tengo que meterme ahí dentro? ¡Pero si está todo oscuro!

—¡Por eso tienes que entrar tú, Felí! ¿O he de transformarme yo? Venga, estoy cerca de ti...

Miramos detrás de las puertas y bajo los sillones, después de lo cual pasamos al estudio de Cícero y a la despensa.

Abrimos armarios, cajones, cada puerta y arcón de la casa hasta encontrarnos todos otra vez en el primer piso.

—Hemos soplado harina por todas partes —dijo Cícero tomando a Dalia del brazo—. Ahora volvamos a dormir.

—Muy bien, muy bien —contestó Tomelilla—. Perdonad que os haya molestado.

Dalia hizo un gesto como diciendo «figúrate», y nosotras, para mayor seguridad, comprobamos de nuevo la habitación de las niñas.



—¿Notas algo raro? —preguntó Tomelilla entrando de puntillas.

Miré alrededor con atención: media habitación en perfecto orden, la otra media un completo desastre.

—Todo normal —respondí.

Tomelilla se alzó la bata y, caminando como una grulla en un cañaveral, salvó los obstáculos que la separaban de la cama de Pervinca.

—Nunca me explicaré esta diferencia —rezongó—. ¡Parece como si en esta parte de la casa la fuerza de la gravedad predominara sobre la fuerza de la voluntad!

Tenía razón: Pervinca era demasiado desordenada y sus cosas parecían destinadas a vivir esparcidas sobre el suelo o amontonadas en una silla.

En la parte de Vainilla, en cambio, cada objeto tenía su sitio, su destino. La colección de gomas y lápices bien organizada en botes, los libros alineados en los estantes, los juguetes en su cesto, la cartera del colegio cerrada a los pies de la mesa, la ropa guardada, excepto un vestidito de lana a cuadritos grises y azules que estaba extendido sobre la silla, listo para el día siguiente.



Comprobé que el despertador estuviera puesto a la hora adecuada, di un golpecito al libro que sobresalía de la mesilla y me dirigí a la puerta pensando que Tomelilla haría lo mismo. Pero vi que se había sentado al lado de Pervinca y que la miraba con ojos de aprensión.

Estaba muy recta, con las manos en el regazo y un aire incómodo. Por otra parte, estaba sentada sobre una montaña de ropa: la de aquel día, la del anterior, la de dos días antes... Pervinca la amontonaba según caía de semana en semana sobre algo que, en nuestro recuerdo, era una bonita silla roja de paja trenzada al modo tradicional de Fairy Oak.

Sí, el desorden imperaba en el reino de Vi. Hasta su minúscula mesilla estaba atestada de objetos: el anillo de Grisam, la brújula mágica que le había dado Tomelilla, un vaso de agua que no había cambiado desde hacía días, un prendedor de pelo, tres libros: *Cómo criar a una araña en casa*, el *Libro Antiguo* y un manual que había pedido prestado a su padre, titulado *Rincones encantadores y senderos secretos del valle de Verdellano*. Este último estaba abierto con las páginas hacia abajo. Tomelilla le puso una señal y lo cerró. Luego, con un largo suspiro, se inclinó para dar un beso a Pervinca y se incorporó de nuevo. Cuando estaba cerca de la puerta, se tocó la parte trasera de la bata y en ese momento un gesto de amargura en las comisuras de su boca borró todo rastro de ternura de su cara.

—¿Va todo bien? —le pregunté en voz baja.

Ella no dijo nada y salió.

Un corazón aterido



En invierno, las gaviotas abandonaban el acantilado para buscar refugio sobre nuestros tejados, más templados. Por la tarde, y a veces toda la noche, las oíamos parlotear encima de nuestra ventana, y nos divertía pensar que se estaban contando vuelos fantásticos y audaces acrobacias, impulsadas por las corrientes de aire. Por la mañana, además, nos despertábamos con sus chillidos.

Aquel día, fueron los niños los que despertaron a las gaviotas, y también a Vainilla, media hora antes de que sonara el despertador.

—¡Ahhh! ¡Venid a ver! —exclamó una Babú radiante asomada a la ventana—. ¡Ha nevado! ¡Todavía nieva! ¡Están todos fuera jugando!

—¿Quieres bajar la voz? —gruñó Pervinca desde su cama—. Resulta que yo estoy durmiendo todavía.

Vainilla no creyó lo que oía.

—¿¿Dormir?? Pero ¿no has oído lo que he dicho? ¡Hay montañas de nieve ahí afuera! —exclamó señalando el jardín—. No puedes dormir, tenemos que salir también a jugar, y tú, hadita guapa —dijo volviéndose hacia mí—, no nos digas que no podemos, porque nadie va a mantenerme lejos de la nieve, ¡ni diez mil enemigos!

—Oh, no pretendo ser ningún obstáculo para vosotras —dije—, pero el colegio espera: si queréis divertir os un ratito fuera, tendréis que vestir os enseguida.

—¿Lo has entendido, Vi? —dijo Vainilla sacudiendo la cama de su hermana—. Levántate, así podremos estar un poco en el jardín y luego pasaremos a buscar a Flox... Quién sabe cuántas capas de ropa se pondrá hoy.

Vainilla desapareció en el baño y no dejó de canturrear ni siquiera mientras se lavaba los dientes.

—No tengo ganas de ir al colegio —masculló Vi desde debajo de las mantas.

—¿Y tampoco de ver la nieve? —pregunté—. ¡Qué extraño! Pero te entiendo. No siempre se tienen ganas de hacer lo que se debe. Pero Babú tiene razón, es un día especial.

—A mí no me lo parece.

—¿No has estudiado?

—Sí que he estudiado, no es eso, es que... no me apetece ver a los demás.

—¿Te has peleado con alguien?

—Todavía no, pero si las cosas siguen así...

—¿Así cómo, qué ocurre?

—Nada, no ocurre nada —contestó Pervinca dándose la vuelta—. Por favor, Felí, ¿podemos

decir a mamá y papá que hoy no me encuentro bien?

«¡Nadadeso, señorita!», pensé. «Por este año ya se han dicho bastantes mentiras».

—¿Por qué, en cambio, no les decimos lo que acabas de decirme a mí? —sugerí.

—Entendido —resopló ella apartando las mantas—. Me levanto.

Se sentó contra el cabecero y sacó trabajosamente las piernas de la cama.

—Pareces cansada, Vi —dije—. ¿Qué te pasa?

—No es nada, todo va bien, Felí, quédate tranquila. Pero te advierto que voy a vestirme sin darme una ducha, tengo demasiado frío.

Resoplando, metió una mano en el montón de ropa de la silla y sacó un par de pantalones de algodón.

—¡Mira dónde estaban! —exclamé—. No me digas que llevan ahí desde el verano.

—No sé, puede ser —contestó ella mientras se los ponía.

—Mira que son pantalones de verano y los pobres, después de haber pasado ahí tanto tiempo, tienen un aspecto un tanto restregosoferto. ¿Por qué no te pones el vestido a cuadritos grises y azules, como Vainilla? Es grueso y confortable, y con esta temperatura...

—¿Igual que Babú? No, no —dijo moviendo el dedo índice—. A Vainilla le quedan bien los vestidos; en cambio, yo parezco un saco.

—¿Y eso desde cuándo, si sois iguales?

—No tiene nada que ver, Felí, es una cuestión de estilo, de porte, de manera de caminar, llámalo como te parezca. Somos distintas.

—Si tú lo dices... Entonces ponte lo que llevabas ayer.

—Está bien... Quiero decir, no, no puedo, esa ropa está... sucia.

—Ya veo. Déjala entonces aparte, para que la laven —dije—. Busca los pantalones de tweed con tirantes, esos que normalmente te gustan.

—Ah, sí, esos sí —dijo un poco más contenta—. ¿Dónde están?

—Un par de estaciones encima de los de algodón. Busca, busca, que acabarás encontrándolos.



Como siempre, la primera en salir de la habitación fue Vainilla.

—¡АННН! —gritó—. ¡Ha nevado hasta dentro de casa!

—¿Qué? —exclamé. Luego me acordé.

—No, no... —dije—, ¡sólo es harina!

—¿Harina?

—¡Pobre de mí, lo había olvidado! —exclamó Dalia apareciendo en la puerta de su habitación.

—¿Se puede saber qué ha pasado esta noche? —preguntó Babú divertida.

—Nada, nada... una extravagante idea de tu tía para... —Dalia hizo un gesto como diciendo «dejémoslo estar».

—Será mejor que vaya volando hasta la cocina o dejaré pisadas por todas partes —rio de nuevo Babú. Y diciendo esto, se elevó y bajó al piso de abajo tan ligera como una hoja.

—Si queréis, después de haber llevado a las niñas, vuelvo para echaros una mano —dijo a mamá Dalia.

—Gracias, Felí, pero no te preocupes —respondió ella—. Más valdría una de esas magias que hacen solamente los Mágicos de la Oscuridad, de esas que hacen desapar... ¡Un momento! —exclamó golpeándose con una mano en la frente—. ¡Tenemos a una!

Se volvió y entró en el cuarto de las niñas.

—Vi, tesoro, ¿te has levantado? Te necesitamos.

—Ya voy —contestó—. Estoy ordenando mi ropa.

—¡Abríoscielos! ¡He ahí por qué nieva en diciembre!

—Je, ¡qué divertido! —masculló—. Pero no te emociones demasiado, sólo guardo la ropa de aquí encima y la demás la pongo a lavar.

—¡Muy bien, mi niña! Luego, a ver si tienes cinco minutitos para mí, debes hacer un hechizo.

—¿Un hechizo? ¿A ti?

—A mí precisamente no, a... lo entenderás nada más asomar la nariz.

Para gran sorpresa de Tomelilla, Pervinca no le pidió ayuda ni tuvo que intentarlo una y otra vez para hacer desaparecer la harina de la casa. Simplemente, movió la mano derecha adelante y atrás en el aire, como si estuviera limpiando el polvo de un mueble invisible, y pronunció una palabrita pero en voz tan baja que ninguno de nosotros la comprendió. Un instante después, los muebles brillaron como nuevos.

—¡Asombroso! —soltó Dalia entusiasmada—. ¡Tengo que acordarme de pedírtelo más a menudo!

Tomelilla, en cambio, no hizo ningún comentario, pero a mis ojos atentos no se les escapó un fugaz movimiento de sus cejas: Pervinca la había sorprendido una vez más.



—Venid a ver, ¡hay medio metro de nieve! —gritó Vainilla desde el jardín. Volaba boquiabierta emocionada de acá para allá entre las ramas cubiertas de nieve, feliz y a gusto como un petirrojo o un muñeco de nieve. Mamá Dalia tuvo que perseguirla con el sombrero y los guantes en la mano, y amenazarla con obligarla a entrar en casa si no se cambiaba de zapatos.

—¡Mira, mami, ha cubierto hasta los rosales! —le indicó Vainilla mientras ella terminaba de calzarle la segunda bota—. Qué gracioso, parece que las flores se han puesto una bufanda de encaje blanco. ¡Qué frío tendrán, pobrecitas!

Vi, en cambio, sólo paseó un poco por el jardín. Además, a aquella hora no podía volar, así que, con la nieve hasta las rodillas, se acercó al laguito y se paró a observar la pequeña balsa de madera atrapada en el hielo. La había construido ella el verano pasado, uniendo con arte cáscaras de nuez y ramitas. Con un pedazo de tela encerada que le habría sobrado a algún marinero, había hecho las velas, y otro trocito le había servido de bandera. Antes de que el hielo la dejara atascada, bastaba una racha de aire para que navegara tan veloz como un bergantín. Y flotaba bien, tanto que Vi, un poco cruelmente, la utilizaba para trasladar caracoles y grillos de una orilla a otra. A los animalitos no les ocurría nada, entre otras cosas porque el viaje era corto, y si alguno se caía, ya se ocupaba ella de salvarlo.

—¿Quieres que te ayude a liberarla? —le preguntó Vainilla posándose a su espalda.

—Gracias, pero no, se rompería. Esperaré a que llegue la primavera, y ojalá que el viento no desgare las velas. Si es así, las volveré a hacer.

—Debe ser muy desgraciada en esa situación —comentó Babú—. Una fuerza la empuja a partir y otra la obliga a quedarse donde está. Según tú, si pudiera elegir, ¿qué preferiría hacer?

—Es un barco de vela, nació para navegar y seguir al viento —contestó Pervinca.

—Entonces, ¿se siente atrapada?

—Bueno, no sé, sólo es un barco.

—Si tú lo dices... ¿Nos vamos? —propuso Vainilla—. Oigo gritos en la calle y quiero ver quién es.

Habladurías



Tardamos más de media hora en llegar al colegio, y no tanto porque Pervinca se hundiera en la nieve, sino porque Vainilla, que podía volar, seguía parándose y encontrando todo «fantástico» y «maravilloso»...

—¿No es maravilloso el pueblo nevado?! —gorjeaba a todo aquel que encontraba—. ¡Y ese carámbano! Fantástico, ¿verdad? ¡Parece una escultura!

Pervinca, por el contrario, se había encontrado con el joven Pajarillo y ambos caminaban por mitad de la calle, arrastrando un palo con el que de vez en cuando vareaban las ramas cubiertas de nieve.

—Sois libres —susurraba la brujita mientras las ramas, al soltar su lastre, se disparaban hacia el cielo. Sólo después de que uno de esos lastres sepultara a su hermana pudimos por fin acelerar nuestro paso.

—¡Tengo nieve hasta en las bragas! —confesó Babú, mientras Pervinca le limpiaba el pelo y los hombros—. Brr... Me... me parece que me estoy congelando.

—No, no te estás congelando. Corramos y verás cómo entras en calor. Levanta los pies...

Pervinca tomó de la mano a Vainilla y juntas se dirigieron a la escuela. Iban charlando con Pajarillo, pero de repente Pervinca frunció el ceño. El joven Robin había dicho algo que no le había gustado.



En la explanada del colegio, padres y hadas se esforzaban en que los niños dejaran de jugar. Por todas partes volaban grandes bolas de nieve y ya habían aparecido los primeros muñecos.

—Buenos días, Felí. Vainilla... Pervinca...

—Hola, Devién. ¿Ha entrado Flox?

—No, debe estar detrás de aquel muñeco de sombrero naranja.

—¿Detrás o... dentro?

—Tienes razón, Pervinca, quizá esté dentro. Quizá sea ella el muñeco. No me extrañaría.

—¿Podemos ir con ella, Felí? —preguntó Vainilla—. Todavía faltan cinco minutos para que suene la campana.

—¡Id, pero quedaos donde yo os vea!

—Yo te espero aquí —le dijo Pervinca.

—¿No quieres venir a jugar?

—No. Mejor entro en clase y me siento para entrar en calor.

—Como quieras, pero si quieres, quédate con nosotras...

—No, no, voy a entrar. Luego nos vemos.

—Está bien, Vi.

Observé a Pervinca alejarse con las manos en los bolsillos y la cara seria, mientras Babú corría a reunirse con Flox.

—En el colegio, los niños la evitan y la critican a su espalda —dije en voz baja a Devién—. Y también por la calle... El otro día, ¡la señora Molliwid arrastró a su hijo al otro lado de la calle para no cruzarse con nosotras! Imagínate. Y si vieras nuestra cesta de las cortesías, siempre medio vacía. La gente tiene miedo de entrar en nuestro jardín. ¡Como si Vi fuese un ogro!

—Pues no lo es —dijo Devién—. Por eso no se siente a gusto. Y hablando de ogros, te interesará saber que la mujer del alcalde viene hacia aquí.

—Felí, ¿puedo hablar contigo un momento, por favor? —gritaba ya, de hecho, la señora Pimpernel viniendo a mi encuentro.

«La que faltaba», pensé.

—Buenos días, señora Pimpernel, ¿en qué puedo ayudaros?

—Felí, me preguntaba... bueno, a decir verdad nos lo preguntamos un poco todos..., qué tal está Pervinca.

Hablaba con una mano sobre el pecho, como si le costara respirar o sintiese una sincera aprensión, no sé muy bien cuál de las dos cosas. Pero a mí no me engañaba.

—Scarlet cuenta que está muy taciturna —continuó—. Dice que apenas habla y anda siempre de mal humor. Mi marido, el alcalde, esperaba que tuviera alguna noticia oficial, quiero decir... acerca de lo ocurrido... alguna garantía... no sé si me explico.

La campana del colegio sonó como un regalo del cielo.

¡DRRRRIING!, se oyó en aquel momento.

—Pervinca se encuentra muy bien, gracias, señora Pimpernel —dije con una pequeña inclinación y alejándome de ella volando. Pero la «orca» me agarró por las alas.

—Oh, venga, estamos entre mujeres, ¿por qué mantener en secreto algunas cosas? —dijo con una sonrisa maligna—. Se ve perfectamente que la pobrecita no está bien, y es normal, ¡con lo que le ocurrió! Debió de ser tremendo, para un angelito como ella, estar sola en medio de tantos peligros ¡Dos días! Pero además, ¿qué es lo que pasó, os lo ha dicho? ¡Ah, ya, la trampa! Bueno, seguro que no era tan profunda si no se hizo ni un solo rasguño. Y logró salir por sus propias fuerzas, ¿no? Qué valiente. Aunque... mi marido pensaba que ya no había trampas en el valle. Pero alguna habrá quedado, desde luego. ¿Os ha dicho dónde? Tenemos que hacer que la rellenen enseguida, antes de que se caiga alguien más. En fin, que nos gustaría saber algo más. Todos los

niños de Fairy Oak son como hijos nuestros, ¿no es así? Dile a tu señora que el alcalde y su excelentísima mujer estarían encantados de recibirla, ¿querrás? Gracias, Si feliz estarás... etcétera, etcétera. Te deseo que pases un buen día.

«¡Y yo os deseo que un quintal de nieve os caiga en la cabeza y os entierre hasta la primavera!», me habría gustado replicarle. Las hadas no dicen ciertas cosas y ni siquiera deberían pensarlas, ¡pero es que jamás en mi vida me habían ofendido tanto!

Me arreglé las alas en silencio, consolándome al pensar la cara que habría puesto Vi si hubiera oído a la «excelentísima alcaldesa» llamarla «angelito». Me dieron ganas de reír.

El guarda de la escuela



Para entonces, las clases ya habían empezado. Ya no podía entrar en el aula, habría molestado a la maestra. Por eso me quedé esperando fuera el momento del recreo. No hacía demasiado frío y, además, tenía compañía. El señor Shuanmá, el guarda del colegio, llegaba en ese momento de la calle con una pala al hombro.

—Querida Felí, ¿has visto cuánta nieve? —me saludó—. Ese competente meteorólogo de tu señor no lo había previsto. Esperemos que no sea una mala señal, que Ese no haya decidido sepultarnos a todos —dijo señalando con un gesto la cima de la Roca de Arrochar.

—Esperemos que no, señor Shuanmá, o mi intuición se ha tomado de verdad vacaciones. Tengo un superbuén presentimiento respecto a esta nevada, ¿sabe?

—Ah, ten por seguro que no voy a ponerme a discutir con un hada —dijo él volviendo a meter la pala en la caseta—. Si tú lo crees así, ¡entonces sin duda es algo bueno!



¿Cuántos años tenía el señor Shuanmá? Ochenta, tal vez más, y no los aparentaba. Tenía la piel oscura como el bronce y los dientes blancos como la nieve, y estaba muy orgulloso de ellos. Quizá por eso siempre estaba sonriendo. Delgado y con la espalda más derecha que una espada, era un puñado de músculos y fuerza: no había trabajo, esfuerzo o sacrificio que lo asustara. Podía atornillar, doblar y levantar cualquier cosa. En la última batalla, uno de los carros colocados contra las puertas del pueblo le había caído encima y él, sin un resoplido, lo había apartado y había reanudado la lucha. Otra vez, para salvar a un niño, había atraído hacia él la atención de un toro. El toro le había embestido y él se había quedado quieto hasta el último instante para luego esquivarlo dando solamente un paso a un lado.

«Di la verdad, Joe», habían bromeado sus amigos, «te ha pasado entre las piernas...».

El señor Jonathan Shuanmá tenía las piernas arqueadas. Tanto, que en el pueblo le habían apodado «Joe Siemprensilla» porque caminaba con las piernas como si estuviese sobre una silla de montar. Tenía las pobres piernas tan arqueadas que, incluso cerradas, podía pasar entre ellas un

gato con un pez en la boca. Pero a él no le importaba. Había nacido así y aquel defecto no le había impedido nunca hacer las mil cosas que todavía hacía. ¡Era un gran hombre! Fuerte, bueno y generoso con todos los niños, y quienes habían asistido o asistían a la escuela Horace McCrips lo querían como a un abuelo. Era el símbolo de aquel colegio, él mismo había estudiado en él y había sobresalido enseguida. No por sus dotes de estudiante, porque no tenía ninguna, sino más bien por su generosidad y su sonriente disponibilidad para todo aquel que le necesitara. Si un compañero se olvidaba un cuaderno, él le daba el suyo, sin darse cuenta de que no podría escribir. Si algo se rompía, un pupitre, una silla, una puerta, el joven Joe abría inmediatamente su cartera y no sacaba libros, sino martillo, clavos, destornilladores, pinzas; herramientas, en suma, que alguien había tirado y que él rápidamente había rescatado. Y, silbando, reparaba el desperfecto. ¡Siempre!

Tanto era así que, en la escuela Horace McCrips, para todos se había vuelto normal el recurrir a Joe al primer chirrido o la primera señal de que algo cedía. Los alumnos, los maestros y el viejo director se habían acostumbrado incluso a traer de casa objetos y juguetes para ponerlos en las hábiles manos de aquel cómico niño de generosa sonrisa.

Más difícil resultaba hacerle abrir un libro: los perdía, los regalaba, los usaba para nivelar un estante, o bien hacía magníficos animalitos, árboles y hasta granjas enteras con páginas arrancadas y dobladas. Todo menos leerlos.

Cuando se descubrió que Joe también tenía buena mano con las plantas, el director le había confiado los huertos y parterres de la escuela para que aprendiera botánica, jardinería y meteorología, y cuando Joe extrajo un anzuelo del pico de un pato, también los animales del recinto habían pasado a ser cosa suya: ocas, cerditos, gallinas... Ocupándose de ellos, Joe había aprendido algunas nociones de zoología y veterinaria.

Por las tardes, cuando no quedaba nada por arreglar, los animales descansaban y el jardín estaba oscuro, los maestros se dedicaban por turnos a darle clases de matemáticas e inculcar en aquella cabeza llena de utensilios y libertad un poco de historia y geografía.

Desde entonces, Joe no había abandonado el colegio. Después de graduarse, había seguido yendo, siempre a la misma hora, y nadie había pensado nunca que no tuviera derecho a entrar, a arreglar algún pupitre que cojera, a poner aceite en las bisagras de una puerta, a regar el huerto y a dar de comer a los animales. Y así habían pasado los años, los alumnos habían ido cambiando y él los había conocido a todos...



—¿El colegio sufrió daños en la batalla, señor Shuanmá? —pregunté siguiéndole al corral de las ocas.

—Algunos, pero las piedras rotas tienen remedio, Felí —contestó él—, son los huesos los que deben preocuparnos. Y de todos modos, para decirlo en pocas palabras, la vieja escuela Horace es tan sólida como las rocas del acantilado y aún va a proteger a sus alumnos largo tiempo.

—Esperémoslo, señor Shuanmá —suspiré.

—Señor Shuanmá, señor Shuanmá... ¿Cuántas veces te he dicho que puedes llamarme Joe?

Pero es que vosotras, las haditas, sois así, respetuosas y educadas. ¡Ojalá todo el mundo fuera como vosotras! Pero... un momento, ¿por qué dices «esperémoslo»? ¿No acabas de decir que la nieve es una buena señal?

—Nosotras las hadas tenemos una gran intuición, señor Shuan... quiero decir, Joe, y la mía me dice que la nieve es una buena señal. Pero es cierto también que mis antenas todavía vibran, y no de alegría. Por ahora es sólo un imperceptible temblor, pero...

—¿Lo has hablado con tu bruja? —preguntó volviéndose hacia mí con el puño lleno de pienso. Una oca le picó en el fondillo de los pantalones y tiró—. Con la nieve les entra más hambre aún —dijo el señor Joe—. Aquí tienes, Blanquita... —dijo metiéndole en el pico un grueso trozo de pan.

—En realidad, no, todavía no —contesté—. Como he dicho, es sólo...

—Bueno, pues hazlo enseguida, mi linda hadita. Y si el temblor aumenta, dímelo. Apuntalar estos muros lleva su tiempo. Además, todavía tengo que aprovisionar la cueva de víveres y mantas, y cerrar...

Una voz lo llamó desde el otro lado de la calle:

—JOE, TRAE AQUÍ TU PALA, QUE LA MÍA SE LA ROMPÍ EN LA CABEZA A UNO DE ESOS MONSTRUOS QUE NOS ATACARON. TENGO QUE DESPEJAR LA ENTRADA DE MI TALLER.

—¡Ya voy, Prímula! —gritó el señor Shuanmá alzando los brazos al cielo—. No tengo ni un momento de paz —dijo—. Por la mañana el colegio, por la tarde de guardia en la cárcel, y entre medias... esto. Tengo que irme, pero tú haz lo que te he dicho, hazme caso.

—Sí, señor Joe —dije despidiéndome.

Mientras acudía a ayudar a la señora Pull a entrar en la sastrería, pensé que quizá no había sido buena idea pedirle a él que vigilara al prisionero. El señor Joe era una persona demasiado amable y, en cierto sentido, era también un poco ingenuo. Desde luego, cuando el alcalde se lo pidió, habría podido negarse, pero sospecho que el señor Shuanmá no conocía la palabra «no».



Volé hasta la ventana del aula de Pervinca: los niños se estaban poniendo en ese momento de pie, había sonado la hora del recreo.

«¡No quiero volver a verte, Vi!»



En menos que se tarda en decirlo, los niños salieron al jardín. Todos menos Pervinca.

Vainilla y Flox trataron de convencerla, y yo también, pero no hubo manera, iba a permanecer en el aula y a esperar a que las clases se reanudaran..., era inútil insistir.

—Venga, Vi —lo intentó una vez más Babú—. Nosotras estaremos contigo, nadie te molestará. Ven a ver la nieve.

—No, de verdad, gracias —contestó, y abrió el libro de historia como diciendo «Ahora voy a leer y no quiero que se me moleste».

Pero Babú era Babú.

—Si tú no sales, yo tampoco —dijo sentándose junto a su hermana—, y si yo no salgo, tampoco sale Flox, así que nos quedamos las dos aquí contigo aburriéndonos mientras los demás se divierten. ¿Ya estás contenta?

—¡Pero Babú, qué pesada eres! —exclamó Pervinca resoplando—. Sal fuera, yo estoy bien, no te preocupes.

—No me preocupo —contestó Vainilla—, ¿y sabes por qué?

—No, ¿por qué?

—¡Porque está llegando el señor mago Grisam! Adiós, adiós.

Y diciendo esto, Vainilla se levantó, tomó a Flox de la mano, saludó a Grisam que estaba entrando, y se marchó al jardín.



—¡Hola, Vi! —dijo el maguito—. ¿Qué haces?

—Tengo que estudiar —respondió Pervinca sin levantar los ojos del libro. Grisam se inclinó para ver qué estaba leyendo su amiga.

—¡Historia! ¡Guau! ¿Te van a preguntar?

—No lo sé.

—De todas formas, no creo que en diez minutos consigas aprenderte lo que no sepas. ¿Por qué

no vienes conmigo a tomar un poco el aire? ¡Afuera está precioso!

—No me apetece demasiado, gracias.

—¿Te molesta que me siente entonces a tu lado?

—Sí, un poco —contestó Vi.

—¡Qué simpática! ¿Es que te ha mordido una culebra?

—No, ¡he hablado con Robin Windflowers!

—¿Y yo qué tengo que ver?

—¡Y tanto que tienes que ver! —soltó Vi cerrando el libro de golpe—. ¿Por qué vas por ahí contando a todo el mundo que soy tu novia?

—A todo el mundo... Se lo habré dicho a algún amigo, ¿y qué?

—¿Cómo que «y qué»? ¿Te parece bonito?

—Perdona, pero ¿qué tiene de malo? Es la verdad.

—Antes lo era, antes, ¡ahora ya no! —replicó Vi con la cara roja—. Y aunque lo fuera, sería cosa mía, MÍA, ¿entendido? No tienes ningún derecho a decir lo que soy o no soy, lo que hago o no hago. ¡Ningún derecho!

Grisam estaba estupefacto.

—¿Qué te ocurre? No te reconozco, estás cambiada...

—¡NO DIGAS ESO! —exclamó Vi poniéndose de pie y volcando casi el pupitre—. No lo digas tú también o, palabra de bruja, ¡te convierto en una oruga! ¿Se puede saber qué os pasa a todos? ¿Por qué no os metéis en vuestros asuntos? ¿Por qué estáis siempre pensando en mí, es que no hay nadie más con quien tomarla? «Vi está distinta», «Vi no habla», «Quién sabe lo que habrá hecho Vi»... ¡Y ahora les has dado otro motivo estupendo! «¿Sabéis con quién sale la sobrina antipática de Tomelilla?». Bla, bla, bla. ¡Muchas gracias, Grisam Burdock!

Grisam se puso de pie.

—Entonces, resulta que ahora yo soy «todos» —dijo ofendido también—. Perfecto. Y esto es sólo asunto tuyo. Naturalmente, ni de lejos se te ha pasado por la cabeza que podría ser asunto NUESTRO, que lo que a ti te concierne también me concierne a mí, ¿verdad? —el joven mago tenía los índices enlazados como si fueran dos eslabones de una cadena y los movía bajo la nariz de Vi, que ahora estaba roja hasta las orejas—. La palabra «nosotros» a ti no te dice nada, Pervinca.

—No..., no me dice nada —balbució Vi retrocediendo—. Y te agradecería que la próxima vez que quieras hacer de mí un tema de conversación, me pidas permiso antes.

Mientras escuchaba la pelea desde el pasillo, vi a Devién haciéndome señas para que me reuniera con ella inmediatamente en el jardín.

—¿Qué ocurre ahora? —pregunté desconsolada.

—Júzgalo por ti misma.

Vainilla estaba discutiendo.

—Si pensáis que vuestras maldades me ofenden, estáis muy equivocados —gritaba a un grupo de víboras que habían venido a meter cizaña, al frente del cual, naturalmente, estaba Scarlet Pimpernel—. ¿Por qué no ahorráis vuestro aliento para cuando os pregunten en clase, en vez de decir tonterías sobre mi hermana? Más os valdría.

—¿Si no te ofenden, por qué te has puesto tan colorada, Periwinkle «cero coma cinco»?

—¿Cero coma cinco? ¡Esto es nuevo, Scarlet! Antes nos llamabas Periwinkle Uno y Dos.

—¡Qué anticuada eres!, ni siquiera sabes que «cero coma cinco» significa ¡«pobre diablo»!

—¿Ah, sí? Nunca se lo he oído decir a nadie.

—Déjalo, Babú —intervino Flox—, es imposible hablar con quien se pone cintas azules en vestidos azules y lleva zapatos azules con calcetines azules. Eso hace daño a la vista y hasta revuelve el estómago. Al final te pones mala. Vámonos.

—¡Habló el arco iris! —replicó Scarlet sarcásticamente.

Atraídos por la discusión, otros niños se acercaron.

—Te lo advierto, Scarlet, si te oigo decir otra vez una maldad sobre mi hermana o sobre Flox, o sobre cualquier amigo mío, iré a quejarme a la señora Flumen.

—¡Uy, qué miedo! ¿Y qué vas a decirle? He dicho que Pervinca es quisquillosa y pendenciera..., es decir, la verdad.

—Scarlet tiene razón —intervino Nepeta Rose—. ¡Desde hace días no hace más que pelearse con todo el mundo!

—¿Has visto? —insistió Scarlet—. ¡Yo nunca miento!

—Sí que lo haces, porque Vi sólo discute con quien la fastidia —protestó Vainilla.

—Sobge esto me veo obligado a contgadecigte, Babú —interrumpió Acantos Bugle con un brazo en cabestrillo—. Yo soy buen amigo de Pegvinca, todos lo sabéis, y no fastidio nunca a nadie. Sin embaggio, ayeg ella me gompizó mi lápiz favoguito ante mis naguices.

«Lo que faltaba», pensé. «¡Que me digan que no es verdad!».

—Es verdad, te rompió el lápiz —confirmó Babú—, pero después de que le pidieras por vigésima vez que dibujara la cara del Enemigo en la pizarra.

—¿Y qué? Podía habeg dicho que no tganquilamente. ¡Ni me habgía ofendido!

—Lo hizo, Acantos, ¡diecinueve veces!

—Así que es verdad que vio al Terrible 21. ¡GUAU! ¿Y cómo es? —preguntó el pálido Celastro Buttercup.

—¡No vio a nadie! —le contestó con brusquedad Vainilla. Pero para entonces ya se habían desatado las preguntas...

—¿Cuántas cabezas tiene?

—¿Le huele el aliento?

—¿Su baba es amarilla?

—¿La convenció para que se aliara con él?

—¿Cómo? ¿La torturó?

—¿O fue ella la que lo torturó a él?

—Eso explicaría que lograra volver.

—Siempre que de verdad la raptara. ¿La raptó?

—Cuéntanoslo, Babú.

—¿Es verdad que Vi ya no tiene amigos y que ahora todos tienen miedo de ella?

—Yo le tengo miedo, y también mi ma...

—¡BASTA! —gritó Babú en los límites de su paciencia—. Estáis diciendo un montón de tonterías. Mi hermana es completamente normal, no vio a ningún Enemigo y tiene muchos amigos.

—¿Como quién? —preguntó Sophie Littlewalton, y lo hizo de buena fe, porque era una niña amable y una de las más pequeñas.

Flox se golpeó el pecho.

—¡Como yo! —dijo orgullosamente.

—¡Y Grisam Burdock! —añadió Babú.

Lástima que, precisamente en ese momento, Grisam estuviera saliendo del aula de Pervinca gritando:

—¡No quiero volver a verte, Vi!

—¿Y quién más? —preguntó entonces Sophie con su vocecita cándida. Vainilla bajó desconsolada la cabeza.

—Está bien —dijo Scarlet Pimpernel pasando a su lado—, mientras lo piensas, nosotros volveremos a clase.

También nosotras nos dirigimos al aula de Flox y Babú.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó Vainilla—. ¿Por qué se han peleado esos dos?



—No lo sé bien, me ha parecido una estupidez —dije.

—¡Oh, ahí vuelve!

—¿Quién?

Levanté la cabeza y vi a Grisam que, a grandes zancadas, venía hacia nosotras por el pasillo. En realidad, no venía hacia nuestro encuentro, porque pasó a nuestro lado sin saludarnos y, como una furia, se asomó a la clase de Vi.

—¡Tú y yo tenemos que hablar! —dijo secamente—. Hoy, fuera del colegio, ¡procura estar allí!

Imaginé a Pervinca escurriéndose de vergüenza en su silla hasta meterse debajo del pupitre.
—¡Guau! —profirió Flox.
—Preveo una interesante continuación —comentó Babú.
«Bendita seas», suspiré. «Yo, en cambio, huelo una extrapeste a problemas».

¡Yo sé dónde está!



Como desde el último ataque ya nadie se fiaba y no se les dejaba solos ni un momento, cuando llegaba el final de las clases la plaza se llenaba de nuevo de tíos, abuelos y padres que esperaban para escoltar a sus hijos a casa. Así que yo esperaba afuera bien acompañada...

—Menos mal que has aprendido a volar, Pic —dijo Talosén—, si no, ¡menudo trabajo te habría costado andar estos días!

—Oh, no lo habría conseguido —comentó Ditemí—, ¡la nieve la habría sepultado viva!

¿Os he dicho que Ditemí era la más «optimista» de nuestro grupo? Su lema era: «Si algo puede salir mal, ¡saldrá mal!».

—Gracias, Ditemí —respondió Pic—. Siempre es útil tener a alguien que te recuerda las catástrofes que has estado a punto de padecer..., se ve la vida con más optimismo.

—Venga, chicas, no discutáis vosotras —intervino Talosén.

—Yo no discuto nunca —replicó Ditemí—, sólo digo cómo están las cosas. Por ejemplo, digo que, en mi opinión, no deberíamos esperar a las niñas aquí delante.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Bueno, porque hay mucha gente y apenas aparezca Pervinca por la puerta, todos se volverán a mirarla y cotillearán a sus espaldas.

—Oh —exclamé y no se me ocurrió nada más que añadir.

—Ahí está —dijo Talosén.

Oscura como la campana de una chimenea, Pervinca caminó deprisa hacia nosotras sin volverse ni una vez.

—¿Nos vamos? —preguntó.

—Aún falta Vainilla —dije—. Espera sólo un momento.

Los niños salieron desordenadamente, de dos en dos, alguno solo, en pequeños grupos... Llegaron los niños de Talosén, las niñas de Pic, las de Ditemí, y también Lolaflor nos alcanzó con su niña, pero ni rastro de Vainilla ni de Flox.

—Qué raro que no hayan salido todavía —señaló Ditemí—. A lo mejor...

—¡Ssshhh! —dije poniéndole un dedo sobre la boca—. No digas nada, por favor. Ahí vienen. En efecto, Flox y Babú aparecieron por la puerta del colegio.

—¿Algún problema? —pregunté.

—¡Ningunísimo! —respondió Babú con una gran sonrisa—. ¿Qué hacemos?

—¿Qué quieres que hagamos? ¡Vámonos a casa! —dijo Pervinca encaminándose ya por la cuesta.

—¿Seguro? —preguntó Vainilla—. ¿No tienes nada que hacer antes?

—¿Yo? No, ¿por qué?

—Mmm, nada, creía...

—Creías mal. ¡Por favor, vámonos!

Intercambiamos todas una mirada dubitativa, pero no servía de nada, si Vi no quería esperar, no podíamos obligarla; por eso nos despedimos de Pic y las demás haditas, y seguimos a Pervinca hacia la plaza del Roble.

Sin embargo, un instante antes de doblar la esquina, Babú se volvió para mirar la explanada: Grisam estaba allí. De pie, con las manos en los costados y la mirada seria, observaba cómo nos marchábamos.

Le dijo adiós con un tímido gesto y se colocó detrás de las demás en el estrecho pasaje que conducía a la plaza.



En la callecita que corría pegada a la muralla nos llegaron los rumores de los carpinteros y herreros que estaban trabajando. Durante el combate con los ejércitos del Enemigo, muchas casas habían quedado destruidas y había que reconstruirlas antes de que llegara el frío.

—OOOH, BUEENOS DÍIAS, NIIÑAS —dijo Roble al vernos llegar—. Y SALUUDOS A VOSOOTRAS, HADIIITAS QUERIIIDAS, ¿HABÉEEIS VHIISTO LA NIEEEVE? A NOSOOTROS LOS ÁAARBOLES NOS VIEEENE BIEEEN, ¿SABÉEEIS? RECUEEERDO QUEEE CUA AANDO EEERA APEEENAS UN VÁASTAGO...

—Ah, no —exclamó un hombre que trabajaba cerca—, esto lo he oído demasiadas veces. Voy a comerme una empanadilla donde Marta.

Soltó el escoplo y entró en la Tienda de Delicatessen.



Desde que habían empezado los trabajos de reparación, Roble por fin tenía compañía y estaba tan contento como un ruiseñor en primavera. Se pasaba el día entero entreteniendo a los trabajadores con sus «leentos» cuentos. Algunos aguantaban sin quejarse. Otros, en cambio, al rato perdían la paciencia y huían a reposar sus oídos en la tienda de los padres de Grisam, quizá con la excusa de tener frío o languidez de estómago. A veces, además, no era ni siquiera una excusa, porque la señora Marta horneaba continuamente algunos manjares calientes y fragantes que, acompañados

de sus infusiones y tés especiados e hirvientes, iban de maravilla para los pies fríos.

—Tengo que comprar botones para tía Hortensia —dijo Devién de repente—. ¿Os importaría esperarme dentro? Vuelvo enseguida.

Voló por entre las ramas de Roble hacia la Tienda de los Encajes, mientras yo me quedaba de guardia con las niñas.

—¿Queréis entrar? —pregunté.

—No, mejor que no —dijo Vi—. Es más, ¿podríamos alejarnos un poco de aquí? No quisiera tener «malos» encuentros.

«Vaya», pensé. «¿Grisam y Vi están peleados hasta ese punto? Qué pena...».

Luego, sin embargo, Pervinca dijo algo que me hizo olvidar al instante a Grisam y sus peleas, y me dejó sin respiración.

—¡Yo sé dónde está!

—¿El qué? —preguntó Flox.

—¡Yo sé dónde se encuentra el segundo *Libro Antiguo*!

«Fiuuu», suspiré. En un primer momento, había temido que quisiera volver a buscar el bastón-espada, aquel por el que había salido del pueblo antes del asalto del Enemigo. En cambio, se refería al volumen misterioso, la continuación del antiquísimo libro que tía Tomelilla le había prestado unos meses antes y que durante tardes y tardes nos había tenido pegadas a sus páginas. El *Libro Antiguo*, como se llamaba, contaba la historia de Fairy Oak. Pero no de la manera en que los niños la estudiaban en el colegio. Más bien, era una aventura extraordinaria que tomaba sus enseñanzas de tiempos tan remotos que nadie podía decir cuánto había de verdad y cuánto de leyenda. Los Mágicos, sin embargo, creían en ella casi todos. Y, sin duda, era fascinante. Lo malo es que, un buen día, habíamos llegado a la última página pero no al final de la historia, que parecía proseguir, quizá en un segundo volumen cuya existencia ni Tomelilla ni nadie en el pueblo parecía conocer.

—¿¿Sabes dónde está?? —exclamó Flox abriendo mucho los ojos.

—¡Oh, no te emociones! —masculló Vainilla—. Lleva días repitiéndomelo a mí también, pero luego no me dice nada. Probablemente sólo quiere tomarnos el pelo.

—Te equivocas, lo sé y os lo voy a decir —anunció Pervinca con el aire de quien de verdad sabe mucho—. He estado esperando porque quería estar segura, pero ahora ya no tengo ninguna duda. ¡Lo tiene él!

—¿Él, quién?

—¡El Capitán!

—Bah, ya te lo había dicho, estaba bromeando —dijo Vainilla dando un empujoncito a su hermana.

—¿Por qué crees que lo tiene él? —preguntó Flox.

—Porque he pensado en su historia y ayer soñé con él.

—¿Soñaste con el Capitán Talbooth?

—¡No, Flox, soñé con el *Libro*! ¿Os acordáis de cuando el Capitán nos dijo que entre los restos del velero hundido por los piratas había encontrado un «extraño» diario?

—¿Aquel con la tinta de las letras todavía negra?

—¿Que el mar no había borrado?

—Y que contaba una historia muy antigua de un mundo que él no conocía... —Vainilla se llevó una mano a la boca—. ¡Urka! —exclamó.

—¿Y ahora me creéis? Tía Tomelilla dijo que el segundo *Libro Antiguo*, si es que alguna vez había existido, debía de haberse perdido, y yo creo que precisamente el Capitán, sin saberlo, lo encontró.

—Esto explicaría por qué el *Libro* iba corriente arriba hacia el norte, ¡estaba volviendo a casa!

—¡Bien, Babú!

—¿Pero crees que el Capitán nos lo dará?

—No lo sé —respondió Pervinca—, no quería ni hablar de él, ¿os acordáis? De todos modos, si queremos pedírselo, tenemos que hacerlo enseguida.

—¿Enseguida... ahora? —preguntó Babú.

—Si no ahora mismo, pronto, antes de dos o tres días como mucho.

—¿Por qué, qué va a suceder luego? —pregunté.

—Bueno, veréis... después no podría dárnoslo aunque quisiera —explicó Pervinca bajando la voz.

—¿Y por qué no?

Vi movió la cabeza.

—Tengo un extraño presentimiento.

—¿Crees que está a punto de ocurrirle algo al Capitán? —preguntó Vainilla preocupada.

—¡Entonces, vamos enseguida! —exclamó Flox—. Así se lo advertimos.

—Pero no sabría de qué advertirle —se justificó Pervinca—. Como os he dicho, sólo es una intuición.

—Además, vuestros padres os esperan y vamos ya con retraso —dije yo—. Aquí vuelve Devién. ¿Vamos?

La visita del médico



Aquella misma mañana, mientras las niñas estaban en el colegio, Dalia y Tomelilla habían trabajado duro para despejar algunas partes del jardín: la caseta de las herramientas tenía la puerta bloqueada por la nieve caída del techo, a la leñera era casi imposible llegar y en el tendedero los pies se hundían hasta la pantorrilla.

—Ah, si Pervinca estuviera aquí... —había bufado mamá Dalia alzando la pala llena y pesada—. Ella se encargaría de deshacer toda esta nieve.

—Sin duda —había añadido Tomelilla—. Pero no debes exagerar pidiéndoles cosas. Son jóvenes y tienen que aprender a «usar» la magia y no a «abusar» de ella.



Horas después, el patio de la casa estaba despejado, por fin, y las dos hermanas tendían la ropa cuando...

—¿Hay alguien en casa? ¿Cícero? ¿Dalia? —llamó desde la calle el médico del pueblo.

Tomelilla le dio sus pinzas a Dalia y fue a su encuentro.

—Cuidado con el hielo, querido Penstemon —dijo como bienvenida mientras abría la cancela—, hemos esparcido sal, pero el suelo todavía está un poco resbaladizo. Ven, pasa.

Mientras Tomelilla invitaba a entrar en casa al médico, Dalia se las veía y deseaba para tender la última sábana. Tenía las manos hinchadas y heladas, y le costaba mantenerse en pie sobre las resbaladizas piedras.

—Que llegue pronto la primavera —había rezongado estirándose para tomar otra pinza—. Ya estoy harta de este invierno.

En ese momento, uno de sus pies resbaló.

—¡OHHH! —había gritado agarrándose a la cuerda y... ¡BRROM!, había terminado en el suelo arrastrando consigo el tendedero entero y, naturalmente, ¡la colada!

Inmóvil y cubierta por las sábanas, parecía formar parte del paisaje. Hasta que, de repente, con un gesto brusco, se liberó, recogió la ropa, otra vez sucia, la metió de nuevo en el cesto y entró en

casa.

—Tenías que tenderla, Dalia, no recogerla. ¿Qué ha pasado? —le preguntó Tomelilla al verla volver con el cesto lleno.

—¡He cambiado de idea! —respondió Dalia con las mejillas encendidas.

Tomelilla, confusa, movió la cabeza.

—¡Buenos días, Dalia! —la saludó en ese momento el doctor Chestnut—. Dentro de unos minutos te veré a ti también.

—Aquí estoy, dime —dijo Dalia secándose rápidamente las manos en el delantal y yendo a su encuentro.

—No, no... lo que quiero es examinarte. Hoy me toca esta parte del pueblo. Quiero estar seguro de que todos os encontráis bien y de que las heridas que algunos de vosotros sufristeis se van curando. ¡Santo cielo, niña!, ¡estás helada! —dijo el médico al notar que Dalia temblaba—. Será mejor que vayas a calentarte un poco junto al fuego o acabarás enfermando de verdad.

—Gracias, doctor, pero estoy bien —contestó Dalia tratando de ocultar lo nerviosa que se había puesto.

—Lo sé, lo sé, pero respiraste mucho humo y pasaste mucho miedo. Cuando haya comprobado que tu corazón se ha calmado y que tus pulmones respiran bien, te dejaré en paz. Por favor, ¿puedes avisar también a Cícero? Me gustaría echarle un vistazo a los cortes que tenía en el pecho.

—Se los curo todas las noches, Penstemon, y me parece que están sanando —dijo entonces Dalia—. Pero, desde luego, si los puedes ver tú también, mejor... Lo que pasa es que no va a ser fácil hacerle salir de su estudio. Lleva días encerrado en él.

—Eso quiere decir que tendré que entrar yo. Ahora el otro brazo, Tomelilla, enséñame la quemadura.

El doctor Chestnut terminó de examinar a Tomelilla, auscultó el corazón y los pulmones de Dalia, y cuando se disponía a entrar en el estudio de Cícero alguien llamó a la puerta.

—¡Precisamente tú! —había exclamado el médico al ver aparecer la gigantesca figura del señor Burdock—. Vete quitando el jersey y abriéndote la camisa, que dentro de un momento estaré contigo.

El señor Burdock trató de escapar a la chita callando, pero el médico lo agarró por un brazo justo a tiempo.

—Ni lo intentes, Duff. Hace días que me rehúyes, no hay quien te encuentre. Ahora estás aquí y vas a dejarte examinar, como los demás.

—¡Pero si estoy perfectamente! No pierdas el tiempo conmigo, tienes pacientes mucho más graves —protestó el señor Burdock.

El doctor no le hizo caso; es más, rogó a Dalia y Tomelilla que no lo dejaran escapar.

—Llevadlo a la cocina y atiborradlo de vuestras tartas, yo vuelvo enseguida —dijo, y desapareció en el estudio del señor Cícero, mientras Duff seguía a las señoras a la cocina.

—Un gigante grande y robusto como tú, que le tiene miedo al médico, pero venga, Duff, ¿dónde se ha visto eso? —le reprendió Tomelilla invitándole a sentarse a la mesa y poniéndole

delante una humeante taza de té.

—¡No me da miedo él, sino su pomada! ¿Te la ha untado alguna vez? Sospecho que es un mejunje a base de vinagre, sal y limón.

—Pero funciona, ¡ya no cojeas!

—Ya no cojeo porque no quiero que Penstemon me vea cojear y deje de seguirme con su peste. Pero todavía me duele, ¡caray! Las uñas de aquella bestia se me clavaron bien adentro.

—¡Por eso hay que curar la herida! —prosiguió el doctor entrando en la cocina. Duff golpeó con un puño en la mesa.

—Lo sabía, un torturador y un espía, ¡eso es lo que eres!

El médico se lavó las manos en el fregadero y Dalia, con la excusa de darle una toalla, se acercó a él.

—¿Está bien, Cícero?

El médico tomó el immaculado tejido de lino y se frotó hasta los codos.

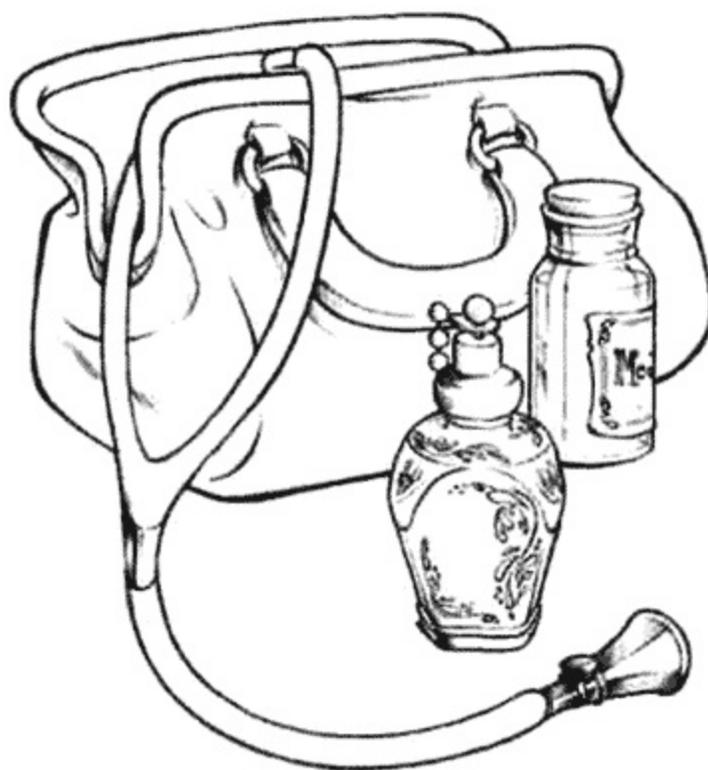
—Has hecho un buen trabajo, Dalia. Ahora lo que me preocupa es su estado de ánimo.

—Oh, ya se le pasará, ¿sabes? Sólo está inquieto por Pervinca. Después de lo que pasó... — Dalia se interrumpió— ...sólo está inquieto, eso es todo.

—¿Y quién no lo está en estos días? —respondió el doctor Chestnut sentándose junto a Duff.

—¡Ten por seguro que tú no eres de mucha ayuda! —refunfuñó el mago, que entre tanto se había guardado mucho de quitarse jerséis y desabotonarse camisas—. Con los remedios que aplicas, das más miedo que el Terrible 21. «Terrible Chestnut», así deberían llamarte.

—Para de protestar y arremángate los pantalones, Duff. O juro que el mejunje te lo unto en la lengua y no en la pantorrilla. Pero en una cosa tienes razón...



Las heridas de Fairy Oak



Volvíamos de la plaza justo cuando el médico estaba curando la pierna del señor Burdock.

—Ah, buenos días, niñas —nos saludó el doctor Chestnut—. Me alegro de que lleguéis. Con vosotras delante, este señor grande y fortachón tendrá menos ganas de quejarse como un niño.

—Bah, cállate ya y procura darte prisa. Cuéntame más bien en qué tengo razón, médico torturador —le dijo el señor Burdock.

El médico abrió su maletín y sacó un frasco de porcelana blanca. Al verlo, Pervinca y Vainilla empalidecieron.

—¡Nosotras no tenemos heridas! —dijeron antes de huir.

—¿Has visto? —Sonrió malignamente el mago Duff—. Ellas también la conocen.

Las dos brujitas, sin embargo, no fueron muy lejos: estaba claro que una reunión así no era casual y que los mayores tenían «cosas» que decirse. Pese a mis protestas, se escondieron en el hueco de la escalera, desde donde se oía todo lo que ocurría en la cocina.

—Tienes razón al decir que hay heridos graves, Duff —estaba diciendo el médico—. ¿Y sabes cuál es el más grave de todos?

Las niñas se miraron.

—No, ¡ay! ¿Quién?

—¡El pueblo, querido Duff! ¡Fairy Oak sufre heridas muy profundas! Y fíjate que no hablo de la que tienes en la pantorrilla ni de las grietas en las paredes. No, me refiero a las heridas que el miedo ha dejado en nuestro ánimo, tan hondas que a duras penas reconozco a algunos de mis conciudadanos. Si llamo a su puerta, no me abren; si los saludo, ni me miran ni se dan por enterados...

—¡Mira que es contigo con quien la tienen tomada! —masculló el señor Burdock apretando los dientes del dolor. El médico debió de vengarse en cierto modo, porque inmediatamente después...

—¡AY! —gritó el señor Duff.

—¡Así aprenderás a no estar siempre bromeando! Sabes muy bien que es algo muy serio.

—Sí, doctor, lo sé, pero es que hoy me había prometido estar de buen humor y no quería hablar de Él. ¡Pero es imposible por lo que parece!

—Querido Duff, ¿cómo esperas que no se hable del Terrible 21? —intervino mamá Dalia—. Si está aquí, alrededor de nosotros, en los escombros de las calles, en las vendas que envuelven nuestras cabezas, en el terror que sentimos a dejar que salgan por ahí nuestros hijos...

Las gemelas se miraron de nuevo.

—La gente teme que vaya a volver —añadió el médico—. ¡Algunos hasta quisieran soltar al prisionero! Dicen que es por su culpa por lo que hemos sido atacados; más aún, que la culpa es nuestra por tener como rehén a uno de sus hombres.

Esa afirmación sacó a Tomelilla de sus pensamientos.

—¿Como rehén? —preguntó sorprendida—. Ni siquiera estamos seguros de que sea uno de los suyos, ¿por qué vamos a tenerlo como rehén? Si acaso, lo retenemos para averiguarlo.

—Pero merodeaba de noche por las calles del pueblo y, cuando lo capturamos, ¡vestía con la capa negra de los Mágicos! —insistió el doctor sin dejarse intimidar demasiado—. Sostiene que es un inventor.

—¿Un inventor? —preguntó Duff asombrado.

—Sí, o algo por el estilo. El viejo Joe ha contado a Prímula que el prisionero, con una cuerda y dos poleas, se ha construido una cama que él mismo, acostado, levanta casi dos metros del suelo. Dice que así duerme más seguro.

—Me gustaría verla —dijo el señor Burdock—. ¿Y ha contado algo más?

—No, no lo sé. Pero no hay que fiarse. Inventor... le habéis visto, ¿no? ¡Si sólo tendrá unos dieciséis años!

—Mmm..., alguno más, me parece a mí —dijo el señor Duff—. Es muy alto y bien plantado. Sé muy bien el trabajo que me costó sujetarlo.

—Dieciséis, dieciocho... da igual. Es un mago, no un inventor, y es uno de ellos, hacedme caso.

—Podríamos ponerle a prueba. Pidámosle que invente algo —propuso Tomelilla.

—¿Como qué?

—No sé, algo que necesitamos, así no trabajará en balde.

—¿Y qué necesitamos?

—¡Una máquina anticotilleos! —sugirió Vainilla en voz baja. Pervinca sonrió y le dio un codazo.

—Un sistema de seguridad —dijo en cambio Tomelilla—. Lo necesitamos, ¿no? Y si inventa uno bueno de verdad, habrá demostrado que no es un enemigo.

—¿Y dónde pensáis que tendría que trabajar en ese «invento»? ¿En la cárcel? ¿O quizá en casa de alguien? En mi opinión, subestimáis los riesgos. Si tenemos que ponerlo en libertad, hagámoslo enseguida y que se vuelva por donde ha venido, así a lo mejor nos dejan en paz.

—Creo, Penstemon, que si el Enemigo estuviese furioso con nosotros a causa del prisionero, lo sabríamos seguro porque ya habría intentado rescatarlo, quizá con éxito —dijo Tomelilla.

—Bueno, calma: hemos ganado la última batalla, así que también nosotros somos un poco poderosos —replicó el médico—. Tal vez teman nuestra reacción y por eso nos están estudiando.

—Ah, Penstemon, Penstemon... —suspiró Duff Burdock—. Sabrás todo de apéndices y dolores de barriga, pero en lo que respecta a guerras y batallas, cualquier niño sabe más que tú. No hemos ganado un pimiento, querido amigo.

Al oír aquella afirmación, Vainilla se sobresaltó:

—¿Has oído lo que ha dicho? —susurró volviéndose hacia Vi. Pero Vi ya no estaba allí.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé —dije—. Ni me había dado cuenta de que se había marchado.

—Sabemos bien lo que quiere el Terrible 21 —prosiguió, mientras tanto, el señor Duff.

«No iré a decirlo de verdad», pensé. «Precisamente ahora que Vainilla está escuchando...».

—Y hasta que no lo obtenga no nos dejará en paz. Pero no voy a decir más, no quiero arruinar tus ilusiones.

«Fiuuu», suspiré aliviada. Si el mago Burdock hubiese seguido hablando, habría tenido que ponerme a cantar para que Babú no oyese la conclusión de aquella conversación. Por desgracia, sin embargo, el médico insistió.

—¡Esto sí que es bueno! —exclamó—. ¿Sabemos qué es lo que quiere? Pues bien, vamos a dárselo, ¡por la paz del valle! ¿A qué estamos esperando?

Contuve la respiración y pensé en una canción...

Por suerte, ni Duff ni Tomelilla respondieron.

Oí suspirar a Tomelilla. Y el señor Duff hizo otro tanto.

—Será mejor llamar a las niñas —dijo mamá Dalia—. Quieres examinarlas a ellas también, ¿verdad?

Antes incluso de que el doctor Penstemon dijera «sí», Vainilla y yo ya estábamos fuera de nuestro escondite y corríamos hacia la habitación.

La excluida



Aquella tarde, la Hora del Cuento fue bastante breve, ¡hacía un friofriísimogélido! Apenas nos despedimos mi bruja y yo, me deslicé por la puerta y volé a meterme en mi agujero dentro del tarro.

Las niñas estaban aún hablando.

—¿Tú por qué crees que han dicho eso? —preguntaba Vainilla a Pervinca—. Es decir, que no ganamos la última batalla y que saben lo que quiere el Enemigo.

—No tengo ni idea —contestó Vi—. ¿No han dicho nada más?

—Por desgracia, no.

En vez de refunfuñar o enfadarse, Pervinca dejó escapar un suspiro como de... alivio y se dio media vuelta, dándonos la espalda.

—¿No tienes curiosidad, Vi?

—Sí, sí —contestó bostezando—, pero ya sabes cómo son los adultos, hablan, hablan... Probablemente sólo hacían suposiciones, tendrán alguna sospecha. Mejor, si quieres, mañana podemos ir a pedir el *Libro* al Capitán.

—¡Ojalá podamos! —respondió Vainilla entusiasmada.

Alguien tocó a la puerta de la calle:

¡BUM, BUM, BUM!

—¡Son las dos de la madrugada! —exclamé sorprendida—. ¿Quién será a estas horas?

Las niñas saltaron de sus camas y corrieron a la ventana.

—¡Es un mago! —susurró Vainilla.

—Es el señor Burdock —repuso Pervinca.

Entre los copos de nieve, que caían copiosamente, se intuía una gigantesca figura oscura. Vestía la capa negra de los Mágicos y parecía impaciente, o bien muerto de frío. La puerta se abrió y oí la voz de Tomelilla:

—¿Qué haces ahí fuera a estas horas? —preguntó.

La cálida voz de Duff Burdock resonó con tono grave.

—¡Tengo que hablar contigo!

—Pues entra o te helarás, y harás que me hiele yo también —le contestó Tomelilla cortésmente.

—Más problemas —comentó Vi volviendo a su cama.

—¿Tú crees? —le preguntó Babú.

—¿Apuestas algo?



Oí a Tomelilla invitando al mago a sentarse en la cocina y avivando el fuego de la estufa. ¡Lo que habría dado por estar allí con ellos!

Aunque no quisiera, iba a oír lo que se dijeran, incluso desde nuestra habitación, pero la intensidad de aquel momento, la atmósfera mágica que aquellas dos criaturas lograban crear cuando estaban a solas... Habría sido bonito estar allí. Imaginaba la escena: Duff sentado en su sitio de costumbre, contra la pared, y ella frente a él, sentada a la manera en que se sientan las mujeres, de través en la silla, lista para levantarse si faltara algo. Estaba nevando y si, como imaginaba, no habían encendido el candelabro, la sombra de los copos de nieve correría por la vieja mesa recalcando que era invierno.

Sus voces se mezclaron con el crepitar de la leña ardiendo.

¿Qué había ocurrido, pues, tan urgente?

—Dos cosas —dijo taciturno el señor Burdock—. Una me concierne, la otra nos concierne a nosotros.

—Empieza por la que te concierne a ti, querido Duff, te escucho.

—Como quieras.

El mago esperó un momento y empezó a hablar.

—¡Necesito tener esperanza, Lilá! —profirió con pasión—. Por eso hoy no quería hablar del Enemigo. No pienses que soy un desconsiderado y que subestimo el problema. Sé bien en qué lío estamos, pero no quiero que el Terrible 21 trastorne nuestras vidas más de lo que ya lo está haciendo, y si logro mantenerlo apartado de mis pensamientos, aunque sólo sea una hora, sólo una hora, entonces siento que estoy venciendo. Y si venzo durante una hora, entonces vuelvo a tener esperanzas de vencer para siempre. Es cierto —continuó el señor Burdock—, somos cuatro gatos contra miles de monstruos feroces y un Enemigo que no conoce la piedad, pero podemos lograrlo, Lilá, si permanecemos juntos, si nos convencemos de poder ganar, nuestra determinación podría convertirse en un fantástico escudo.

—Siempre has sido sabio y valiente, mi amado Duffus —repuso Tomelilla con el tono más dulce que jamás le había oído—. Tus antepasados estarían orgullosos de ti como yo lo estoy. Pero no has venido para esto, ¿verdad?

—Estoy aquí para pedirte ayuda, Lilá.

—Bien, ¡adelante! —contestó ella.

—Si sólo supiera cómo decírtelo...

—¿Es algo tan malo que temas hablarme de ello? —preguntó Tomelilla.

Duff suspiró profundamente.

—Te va a doler.

—Sabré reaccionar.

—Los Sabios quieren convocar la Asamblea mañana por la noche... —dijo el señor Burdock con prudencia.

—Y...

—Quieren reunirse sin ti.

Tomelilla no replicó.



—Ha habido una pequeña reunión —explicó el mago—. Los Sabios desean intercambiar opiniones sobre lo sucedido, pero temen que si tú estás presente muchos no hablarán, al menos no sinceramente, por miedo a ofenderte o herirte.

—¿A ese punto hemos llegado?

—¿Comprendes ahora por qué te digo que debes ayudarme a unir a nuestro pueblo? Nos estamos desuniendo, Lilá. ¡Nuestra gente desconfía incluso de quien les ha salvado la vida!

—Tienes razón, Duff, estamos más en peligro de lo que creía.

—Ven conmigo, Tomelilla, ¡hagamos oír nuestra voz, juntos! —exclamó el señor Burdock—. Hagámosles ver que al menos nosotros estamos unidos, ya verás cómo les convencemos y...

—Me temo que ya hemos perdido, amigo mío. Las garras del Enemigo han hecho cortes profundos, como tú has dicho, y han infectado nuestra sangre, y yo no poseo ningún remedio para ese mal. Y tú tampoco, querido Duff.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Nos rendimos? ¿Cómo es posible que tú, precisamente tú, digas esto?



—¿Oyes lo que se dicen, Felí? —me preguntó Pervinca.

—Sí —dije muy seria.

—¿Problemas a la vista, como decía yo?

—Tomelilla ha sido excluida de la Asamblea de Sabios.

La Tienda de Encajes



El día siguiente era sábado, y Dalia llevó a Tomelilla y a Babú de compras. Hacía mucho tiempo que mamá y la tía no salían juntas, y las raras veces que lo habían hecho siempre había sido Tomelilla la que había convencido a Dalia para que dejara las tareas de la casa, saliera a tomar el aire y a dar un paseo. Además, corrían tiempos que no animaban a gastar en cosas fútiles y en casa había todo lo necesario. Por eso fue una gran sorpresa para todos ver a Dalia tomar la iniciativa, y todavía más oírle decir:

—¡Quiero comprarme un sombrero!

¿También ella habría escuchado la conversación entre Duff y Tomelilla?

Por entonces yo ignoraba lo que ella sabía realmente de Pervinca, qué era lo que había intuido, oído, visto. Su vida se desarrollaba, en su mayor parte, en casa, de la que salía sólo para hacer la compra o, como mucho, hacer una visita a Rosie Polimón o a los Burdock. Siempre estaba atareada limpiando, lavando, planchando, cocinando y procurando que nunca le faltara nada a ninguno de nosotros. Y así parecía feliz.

En cuanto a la educación de las niñas, tanto Dalia como Cícero habían delegado en parte este cometido en Tomelilla. Sobre todo desde que Vainilla y Pervinca se habían convertido en brujas, y quizá también porque Tomelilla siempre había sido la más sabia y enérgica de las dos hermanas De los Senderos. Así se llamaban antes de que Cícero diera a toda la familia su apellido.

Esa mañana, al encontrar a Tomelilla sentada melancólicamente a la mesa de la cocina, a oscuras y todavía en bata, Dalia había dejado caer la cesta de la colada y al grito de «¡Vístete, Lilá, vamos a salir!» había corrido arriba cantando el himno del pueblo.

El ruido de improviso había hecho dar un salto a Tomelilla.

—¿A... adónde quieres ir? —había preguntado creyendo haber entendido mal.

—¡Quiero salir! —había repetido Dalia desde su habitación.

Tomelilla había corrido hacia allí.

—¿Por qué? —había preguntado asomándose a la puerta.

Sentada ante el gran espejo de plata que había pertenecido a su madre, Dalia se había vuelto

para mirarla y había sonreído.

—He visto un precioso sombrero en la tienda de Prímula. Hace tanto que no nos compramos nada...

—Oh —había respondido Tomelilla. Y al no encontrar nada que oponer, sólo había dicho:

—Está bien, si te apetece...

—¡Lilá! —había vuelto a llamarla Dalia.

—¿Sí?

—Ponte elegante.

—¿Es que es alguna fiesta que no recuerdo?

—No, pero no salimos nunca...

—Sea como dices. Elegante.



Viéndolas bajar tan guapas y bien vestidas, Vainilla se entusiasmó.

—¿Podemos ir con vosotras? —pidió. Pervinca le dio un empujoncito.

—¡Ah, sí, el *Libro*! —recordó la bruja.

—¿Qué libro? —preguntó Dalia.

—Oh, un libro que... tenemos que leer para la escuela —contestó Babú guiñando un ojo a su hermana—. Pero podríamos «leerlo» después de comer, ¿verdad, Vi?

Pervinca se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras. Pero no te quejes luego si no lo conseguimos.

—Venga, nunca vamos de compras con ellas, a lo mejor encontramos algo para nosotras también, ¿eh?

—Ve tú, yo os espero aquí con papá —replicó Pervinca.

—¿No quieres un sombrero tú también?

—No, prefiero hacerlos la comida. Vosotras podéis traer postres calientes.

—Yo me quedo contigo —anuncié yo en ese momento.

Vi se rebeló.

—No hace falta, Felí, ¡está papá!

—Da igual, me quedo.



Y así, aquel sábado, Dalia llevó a Tomelilla y a Babú de compras. Parecían más bien alegres, pero tiempo después Tomelilla me contó que, por la calle, habían atraído las miradas asombradas de la gente y que luego todo había ido incluso a peor.

—¿Puedo saber qué te ronda por la cabeza? —preguntó a Dalia en voz baja.

—Nada —contestó ella—. ¿Por qué?

Al llegar a la plaza, encontraron a Roble inusualmente silencioso.

—ESTOOOY TRABAJAANDO —explicó el gran árbol con un susurro.

Los hombres, manos a la obra incluso el sábado, habían encontrado el modo de que se callara: sabiendo bien que Roble habría hecho lo que fuera por sentirse útil, lo habían invitado a colaborar. Pero con una condición, que se estuviese callado, porque quien trabaja no habla. Roble había aceptado sin pensárselo dos veces. Y lo primero que les había ofrecido eran sus ramas más bajas para que colgaran de ellas las herramientas y los abrigos. Visto así, parecía más un perchero que un árbol con siglos de vida.

Normalmente, en aquella época del año la plaza estaba ya decorada para la Fiesta del Principio. Ese año, en cambio, estaba desnuda y silenciosa. No estaban las habituales mesas que ofrecían vino caliente y rosquillas, ni los cestos en que los niños del pueblo pescaban regalitos, no estaba la señorita Rosita con sus flores y sus castañas asadas, no estaba el puesto de la tómbola, no había gente. Nadie para desear buen fin de año, nadie que brindara. Los bancos donde los hombres solían pararse a beber un trago, embozados en sus abrigos, contándose los hechos más extraordinarios de aquel año ya concluido, estaban vacíos y solitarios. Hasta los gatos de la plaza se habían retirado a lugares más calientes y seguros.

—Mientras vosotras vais a la tienda de Prímula, yo me acerco donde los Burdock a comprar los dulces —dijo Vainilla—. Luego os alcanzo.

Así, mientras Babú desaparecía en la Tienda de Delicatessen, Dalia y Tomelilla entraron en la Tienda de los Encajes.

—¿Hay alguien? —llamó Dalia empujando la puerta.

Las campanillas sonaron y Prímula Pull, la modista del pueblo, apareció detrás del mostrador, roja como un tomate.

—Ho... hola, amigas —resopló.

Estaba muy gorda y su peso, equivalente al de Dalia y Tomelilla juntas, quizá más, debía de hacer de cada movimiento un esfuerzo sobrehumano.

—Se me ha caído un botón y no lo encuentro —dijo antes de derrumbarse sin aliento sobre la gran superficie de madera maciza. La voluminosa señora, tal como estaba, envuelta en una bata gris y apoyada en un codo por un lado y en una mano por el otro, a Tomelilla le pareció más una gigantesca foca encallada en un escollo que una modista. Diferenciaban a Prímula del mamífero con aletas sus grandes ojos celestes y la boca en forma de fresa. Tenía las manos tan gordas que todos se preguntaban cómo hacía para enhebrar la aguja; sin embargo, era una modista excepcional, la mejor del pueblo.

—Deja —dijo Dalia dando la vuelta al mostrador—, yo te lo busco.

—¡Oh, por favor, faltaría más! —trató de detenerla Prímula sujetándose el pecho—. Lo harán mis hadas ayudantes... uf... ya es bastante honor que estéis aquí. Y... si mis pulmones me lo permitieran... os saludaría... como es debido... uf... qué cansancio, me estoy haciendo vieja...

—Venga, venga, si lo hago con mucho gusto —insistió Dalia—. ¿Dónde se te ha caído?

Prímula Pull siempre había sido una devota amiga de nuestra familia. Quería a Dalia y estimaba mucho a Lala Tomelilla, tanto que no pocas veces la había oído decir que daría de buena gana parte de sus muchos kilos —de los que estaba orgullosa, no hace falta decirlo— a cambio de

un gramo de la sabiduría y el estilo de mi bruja.

La acogida informal y amable de la modista tranquilizó un poco a Tomelilla, que estaba preocupada por Dalia desde que habían salido: ¿qué dolorosos efectos podrían tener la desconfianza y la perfidia de los demás en un carácter sensible y delicado como el suyo?

La respuesta llegó enseguida.

Mientras Dalia, a gatas, buscaba el botón de Prímula, las campanillas de la puerta sonaron de nuevo.

—Quisiéramos seis metros de ese precioso terciopelo que tenías ayer en el escaparate. Es de seda, ¿verdad? —dijo una voz femenina por detrás de Tomelilla.

—¡Y cinco carretes de hilo color zafiro, por favor! —había añadido otra voz.

Sin volverse, Tomelilla había reconocido a Gerbera Voltar y su prima Alquimila.

—Terciopelo e hilo color zafiro quieren las señoras. Vuelvo enseguida... —contestó Prímula.

En ese momento, el gorrito azul de Dalia reapareció desde detrás del mostrador.

—¡Aquí está! —exclamó alegre mostrando en su mano el pequeño botón.

Las dos señoras dieron un bote.

—¡Muy bien! Ahora ven a probarte el sombrero —dijo entonces Tomelilla volviéndose y sonriendo a las recién llegadas. También Dalia las saludó, pero ni un solo sonido salió de las bocas de las primas, que, en cambio, se apretaron una contra la otra y retrocedieron hacia la salida como si no fueran las hermanas Periwinkle las que estuvieran allí, sino dos fieras listas para saltar sobre ellas.

Cuando estaban ya en el umbral, una de las dos había balbuceado:

—Gracias, Prímula, volveremos más tarde.

Y un segundo después ya no se las veía.

La sonrisa se había apagado en el rostro de Dalia.

—¿Qué he dicho que las haya espantado tanto? ¡Si sólo las he saludado! —exclamó incrédula.

—Nada, tesoro. Habrán visto algo que las habrá impresionado, una araña quizá.

Poco convencida, Dalia salió a la plaza esperando alcanzarlas y aclarar el asunto. Pero sólo llegó a tiempo de ver a las dos primas evitando incluso a Vainilla.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó aterrada a su hija.

—¿Aún te sorprendes, mamá? —le contestó Babú entrando con ella en la tienda y depositando una bandeja humeante sobre el mostrador—. Yo ya no hago caso.

—¿No haces caso de qué?

—De las cotillas y las estúpidas.

—Pero nos conocemos desde pequeñas, jamás se habían comportado así antes.

—Es a causa de Vi, desde que ha vuelto la gente no hace más que hablar mal de ella a sus espaldas, pero nosotras no hacemos caso.



Al oír aquellas palabras, a Dalia le dio vueltas la cabeza, y Prímula apenas tuvo tiempo de quitar unas telas de la butaca antes de que se desplomara sobre ella.

—Pobrecita mía, voy a traerte un licor —le dijo mientras se alejaba un momento.

—Haciendo eso les das una satisfacción, mamá —comentó Vainilla a su lado—. ¿Quieres una pasta?

—No, no, por favor. Todo me da vueltas...

—No pienses más y bebe un poco de esto —dijo Prímula tendiéndole un vasito lleno hasta el borde.

—¿Qué es? —preguntó Babú.

Sospechando lo que contenía, Tomelilla lo interceptó y, con una breve sonrisa, se lo devolvió a la amable señora antes de que Dalia hubiese podido tomarlo.

—Ya está bastante mareada, gracias, Prímula.

—No lo entiendo —se lamentaba entre tanto la pobre señora Dalia—. En vez de estar contentas por nosotros...

—Es sólo pura ignorancia, mamá. No se explican cómo pudo salvarse Vi en aquel pandemónium. Eso es todo.

—¿¿Eso... eso es todo?? ¿Y de qué la acusan?

—¡De nada! —respondió Tomelilla ayudando a Dalia a ponerse de pie.

—Piensan que se ha aliado con el Enemigo —siguió diciendo, en cambio, Vainilla.

Dalia casi se desmaya.

—¡Oh, pobres de nosotros! ¿Qué disparate es ese? Dime, Prímula, ¿tú también lo piensas? —preguntó casi delirando.

Tomelilla alzó los ojos al cielo. Si hubiese sido una Bruja de la Oscuridad, habría hecho desaparecer de allí a su hermana para hacerla reaparecer en un baño caliente.

—¡Por el amor del cielo, no! —contestó Prímula soltando el vaso y apretándose las mejillas entre las manos—. Ni se me había pasado por la cabeza ese pensamiento.

«Vaya», pensó Tomelilla, «¡pues ahora sí lo ha hecho!».

—Ven —dijo en ese momento abrazando a Dalia—. Nos esperan para la comida, ¿recuerdas?
Hasta luego, Prímula.

¡La carta!



En casa, entre tanto, mientras Pervinca y yo poníamos la mesa, alguien tocó a la puerta.
—Se han dado prisa —dije.
Voy a abrir.

Vi dejó los platos y corrió a la puerta.

—Una cortacarta para Lala Tomelilla —decía el cartero—. ¡Es urgente!

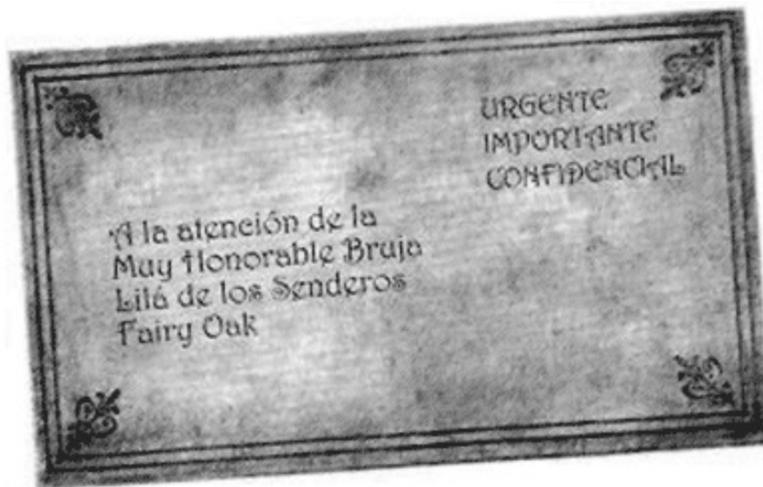
—¡Pero si está abierta! —protestó Pervinca al ver que el sobre estaba roto por un lado.

—Ah, sí, debe de haber hecho un largo viaje —explicó el señor Patillasghip. Luego, adoptando la actitud de quien tiene un secreto que comunicar, se tapó la boca con una mano y añadió en voz baja—: ¡La envía el Gran Consejo en persona!

—Está bien, se la daré nada más llegar, gracias.

Cuando Pervinca cerró la puerta, el contenido del sobre cayó al suelo.

Era una cortacarta oficial, de esas que dan noticias importantes y urgentes. Pervinca la dobló de nuevo y puso el sobre bien a la vista en la mesita de la entrada.



Luego, en silencio, volvimos a nuestra tarea. Lo que no podía saber yo era que en aquel momento una sospecha se había colado en la mente de Vi: que aquella cortacarta tuviera que ver

con ella. Mientras batía los huevos para las albóndigas, noté, sin embargo, que estaba muy pensativa.

—¿Qué crees tú, Felí?, ¿qué es eso tan urgente que el Gran Consejo tiene que comunicar a la tía? —me preguntó de repente—. Ya tenemos hada, que se está portando bastante bien, así que hay que descartar que te concierna a ti —siguió diciendo ella sola—. ¿Se tratará del Enemigo? Quizá el Gran Consejo se ha enterado de algo de lo que desea informar a tía Tomelilla, pero ¿qué?

Antes de que yo pudiera responder, Pervinca soltó el tenedor y volvió a la entrada, agarró el sobre y subió a su cuarto.

Volé a toda prisa tras ella.

—¿Qué estás haciendo? No se roba el correo de los demás.

—No la estoy robando, sólo la leo.

A los Muy Honorables Sabios de la Suma Asamblea de los Mágicos Fairy Oak

Considerada muy peligrosa vuestra situación. Imposible enviar nuevas hadas niñeras.

Buena suerte.

El Gran Consejo de los Sabios

—¡Tampoco esto es propio de ti!

—¡Es una emergencia, Felí! Vuelve abajo.

—¿Pero por qué sigues diciendo que me vaya? Soy tu hada, estoy aquí por ti. Dime qué es lo que te angustia, te ayudaré.

—Si te lo dijera, Felí, te pondría en peligro.

—No me importa estar en peligro, para eso estoy aquí, para protegeros a costa de mi vida, y lo haría sin pensármelo ni un momento.

—Lo sé, por eso te mantengo apartada.

—¿Pero apartada de qué? ¡Por todos los númenes, dímelo!

—Tengo que irme, Felí, y tengo dos opciones: o te encierro en algún sitio o prometes dejar que me marche sin seguirme.

—Tendrás que encerrarme, me temo. Pero no te será fácil, ahora que conozco tus trucos.

—Como quieras —dijo echándose encima la capa y tomando su mochila—. ¡Adiós!

Desapareció ante mis ojos. Instintivamente, volé a cerrar la puerta: no la veía, pero sabía que todavía estaba por allí y que, como aún era de día, no podía salir volando por la ventana. Sin embargo, se abrió la ventana y, un instante después, estuve segura de haberme quedado sola.

Volé abajo para avisar a Cícero y, juntos, nos precipitamos al jardín.

—¿Pero por qué ha huido? —preguntó mirando a su alrededor sin saber dónde buscar—. ¡PERVINCAAAA! ¡Soy tu padre y te ordeno que vuelvas aquí inmediatamente, estés dónde estés!

Por supuesto, nadie respondió.

Cuando volvimos a entrar en casa, el hervidor de agua de la cocina silbaba desesperado.

—Somos nosotras —anunció Dalia en aquel momento traspasando el umbral. Su voz era muy distinta a la de unas horas antes—. ¿Pero dónde están, por qué no apagan el agua? Ni siquiera han terminado de poner la mesa. ¡Pervincaaaa!

—¡Ha desaparecido! —dijo el señor Cícero saliendo a su encuentro.

—He tratado de detenerla —expliqué—, pero se ha hecho invisible, así que...

—¿Ha leído esto? —preguntó Tomelilla mostrándome la cortacarta.

Asentí.

—No es verdad, Vi no haría nunca algo así —protestó Vainilla—. Es la persona más discreta y respetuosa del mundo.

—Ha dicho que era una emergencia —seguí explicando.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? —preguntó Dalia enfadada—. ¿Qué carta es esta y qué tiene que ver con mi hija?

—Por lo que parece, el Gran Consejo no va a enviar a más hadas hasta que la situación en Fairy Oak no se haya calmado. Por eso, los niños que nazcan ahora no tendrán hada niñera que vele por ellos. Me gustaría explicártelo mejor, pero no hay tiempo. ¿Hace cuánto que se ha escapado Pervinca? —preguntó Tomelilla.

—Una media hora más o menos.

—Felí, vuela a buscarla, al puerto. Cícero, tú ve a casa de los Burdock; Dalia, corre donde los Polimón. Dudo que esté en alguno de esos sitios, pero vale la pena intentarlo. Yo sobrevolaré el pueblo.

—¡Voy contigo! —exclamó Vainilla poniéndose el abrigo.

—No, no, no, tú te quedas aquí —se opuso Dalia—. Estoy harta de perderos de vista todo el tiempo.

—¿Y qué hago?

—Sabes usar la radio —dijo el señor Cícero—. Enciéndela y permanece a la escucha.

En el puerto, un nutrido grupo de personas merodeaba alrededor de la caseta del Capitán Talbooth. En el centro de la multitud, unos estaban agachados mirando algo, mientras que los demás, a su alrededor, se ponían de puntillas para poder ver mejor. Bajé a echar un vistazo con el corazón a todo latir.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté.

—El viejo se ha sentido mal.

—¿Qué viejo, el Capitán?

—¡Sí, sí! El pobrecillo estaba entrando en su caseta cuando, de repente, se ha caído cuan largo es, ¡PLOF! Varado como un atún.

—¡Oh, pobrecillo!

—Sí, pero se ha recuperado, he visto que movía las dos piernas...

—¿Mueve las piernas? Ah, entonces se le ha pasado —dijo la señora Rosita, la florista del pueblo.

—¡Cómo que se le ha pasado —replicó la señora Estrelicia—, a su edad los males te agarran bien y ya no te sueltan!

—Oh, no tiene por qué ser así. Depende del físico, si se es tan robusto como él...

—No tiene nada que ver. La marca queda y te vuelves más débil de lo que eras, ¡no hay nada que hacer!

—Ese viejo visionario no quiere admitir que el tiempo pasa para todos y se comporta como un jovenzuelo.

—Es verdad, siempre para arriba y para abajo en ese barco suyo, ¡y con este frío además!

—Dicen que empeorará.

—¿Quién lo dice, Cícero?

—No, me lo dicen mis callos, puedes fiarte de ellos. El año pasado, por ejemplo...

—Perdonen —dijo interrumpiendo la alegre conversación—, ¿han visto a Pervinca? Estoy buscándola.

Los marineros y las señoras se miraron unos a otros moviendo ostentosamente la cabeza.

—No, hadita —dijo la señora Estrelicia, y con una sonrisa cohibida me preguntó—: ¿Se ha perdido otra vez?

Me limité a dar las gracias y seguí mi camino.

Mientras me dirigía hacia el extremo este del puerto, la voz de un niño me llamó.

—¿Estás... estás buscando a Pervinca? —gritaba el pequeño Robin Windflowers corriendo detrás de mí. A unos metros de él, Acantos Bugle se estaba escabullendo de la maraña de piernas y faldones que rodeaban al Capitán.

—¡Espegadme! —chilló... y volví.

—La he... la he visto salir por la muralla hace pocos minutos —dijo Pajarillo.

—¿Fuera... fuera de la muralla? —repetí. Robin hizo una pequeña mueca. Seguramente pensó que me estaba burlando de la cómica manera que tenía de repetir la primera palabra de cada frase. En realidad, estaba nerviosísima y no me podía creer que Vi hubiese salido del pueblo.

Robin asintió con la cabeza.

—¿Y estaba sola? —le pregunté también.

Él volvió a asentir.

—¡Yo también la he visto! —resopló Acantos sujetándose el brazo escayolado—. Y, paga seg sincego, paguecía más bien enfadada. ¡Ni siquiera me ha saludado! ¿Ha pasado algo?

—¡Gracias, chicos! —dije, y sin perder un minuto volé en la dirección que me habían indicado: el este, es decir, los Altos Bosques, los claros sombríos, el camino hacia el Paso, la Roca

de Arrochar...

El encuentro



Sobrevolé los tejados hasta que por debajo de mí sólo hubo árboles nevados y claros immaculados. Las sombras del atardecer se alargaban ya sobre la nieve y los pájaros se refugiaban en los árboles.

Descendí en busca de alguna señal o alguna huella y, así, reconocí las pisadas de las liebres y distinguí el recorrido de un cervatillo, pero no vi ninguna huella humana. Miré alrededor tratando de imaginar qué dirección podría haber tomado. La oscuridad estaba invadiendo el valle, pero la reverberación de la nieve permitía aún discernir la silueta de los árboles y, si alguien hubiese atravesado los grandes prados blancos, lo habría visto.

De hecho, vi un lebrato huyendo de un búho que lo perseguía y a unos gamos reagrupándose para pasar la noche. Vi a tres lobeznos seguir una pista segura y a una lechuza planear silenciosa sobre una peña. Pero a ninguna niña.

Llamé, primero bajito.

—Pervinca —un piar asustado se elevó desde las ramas más cercanas.

Grité algo más:

—¡PERVINCA!

De nuevo se movió algo. Esta vez oí el murmullo de las hojas secas en los árboles a mi espalda. Como el viento estaba en calma, me volví un tanto preocupada... Nadie.

Las hojas sonaron otra vez.

—¿Quién está ahí? —inquirí.

—Estás perdiendo el tiempo —respondió una oscura voz.

El corazón se me paró en el pecho.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Buscarla a *ella* no te servirá de nada —añadió la voz—. ¡Busca a la *otra*!

—No entiendo —dije—. ¿Cuál otra? ¡Muéstrate, por favor!

—Si me vieras, te quedarías aterrada —dijo la voz. Era extraña, cavernosa, pero no parecía mala—. Vuela tan deprisa como puedas a la Peña más allá de los Altos Bosques, ¡ahora!

¡Inmediatamente! —prosiguió.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué tendría que fiarme de lo que dices si no sé quién eres y no veo si tus ojos son sinceros?

—Luego es falso lo que se dice del instinto de las hadas. Igual que los humanos, necesitáis ver para fiaros. Peor para ti. Y sobre todo, ¡peor para aquella que está en peligro!

Oí alejarse el rumor de las hojas.

—¡Espera! —grité—. Dime al menos tu nombre.

No obtuve respuesta.

De repente, una figura oscura salió a pie del bosque. Iba envuelta en una capa negra y, por su andar, parecía un hombre joven. Se bajó la capucha y una abundante melena rubia resaltó sobre su atuendo oscuro.

—¡GRISAM! —exclamé.

—¡Felí! Os estaba buscando —respondió él nada sorprendido de verme allí—. El señor Cícero ha venido para decirme que no encontráis a Pervinca, y Pajarillo me ha dicho que la ha visto salir del pueblo.

—¿Eras tú? —le pregunté.

—¿Yo? ¿Dónde? ¿Qué?

—Antes, la voz que me ha hablado...

—No.

—Pero venía del bosque, como tú. ¿La has oído?

—No he oído nada —dijo Grisam.

—Es extraño. Me ha dicho «la otra está en peligro», y quería que yo fuese a salvarla.

—¿A salvar a quién? ¿A Pervinca?

—No, no lo he entendido, se refería a una mujer y parecía desesperadamente urgente...

—¿Te ha dicho dónde?

—¡En la Peña!

—Está al otro lado del pueblo, pero volando podemos llegar... ¡Oh!, ¿qué ha sido eso? —el joven mago se volvió alarmado por un ruido extraño—. ¡MIRA! —gritó después señalando los árboles.

Algo en las profundidades del bosque movía el follaje, pero no había viento ni la menor sombra de tormenta en el horizonte.

—¡SALVADLA! —gritó lejana la voz.

Los árboles empezaron a troncharse. Una fuerza misteriosa e invisible estaba avanzando hacia nosotros y emitía un gemido tremendo.

—¡A la Peña! —grité—. ¡Los Altos Bosques entorpecerán la carrera de eso que nos persigue!

—Siempre que no sepa volar como nosotros —comentó Grisam.

No había terminado de hablar cuando árboles centenarios, de más de cincuenta metros de alto, se abatieron ante nuestros ojos como espigas de trigo y un enorme claro se abrió en el bosque más antiguo del valle, hacia la Peña. ¡El Enemigo nos había sobrepasado!

—Mis antenas están recibiendo una llamada de socorro —dije en ese momento—. ¡Es una

niña!

—¿Pervinca?

—No, ¡VAINILLA!

Volamos lo más deprisa que pudimos, en línea recta siguiendo el paso del Enemigo, y de improviso, debajo de nosotros, ¡allí estaba!

Una pequeña luz llameaba en el claro nevado rodeada por una horda de monstruos negros y famélicos. Lenta y feroz, la jauría se cerraba en torno a ella. La joven bruja empuñaba una antorcha que, al quemarse, crepitaba y lanzaba pavesas ardiendo, y era lo único con que se defendía.

—¡FUERA, DEJADME EN PAZ! —chillaba Babú moviendo el fuego delante de los dientes afilados de los enemigos. Pero estos no retrocedían ni un paso: la pequeña presa estaba en la trampa y los cazadores paladeaban ya el sabor de su blanda carne.

¿Cómo había acabado allí? Habíamos quedado en que se quedaría en casa esperando a que Vi volviera y, sin embargo, había salido del pueblo. ¿Por qué?

Si la hubiese llamado, se habría distraído y con toda seguridad los monstruos habrían aprovechado para saltar sobre ella.

—Si fuéramos invisibles, podríamos acercarnos sin que se dieran cuenta —dijo Grisam adivinando mi pensamiento.

Así...

—¡Estamos aquí, Babú!, ¡a tu lado, Felí y yo! —susurró Grisam al oído de la asustada niña—. ¡No, no te vuelvas! No les quites los ojos de encima.

—Esta vez es el final —dijo Vainilla con la voz rota.

—No, no tiene por qué serlo. Sólo debemos mantener la calma y pensar, pensar rápidamente.

¡Ah!, si Babú hubiese sido una Bruja de la Oscuridad habría podido volar o hacerse invisible como nosotros y como Pervinca. ¡Pero Grisam podía hacerlo por ella!

—No, yo... sólo puedo hacerlo conmigo mismo —dijo—, con otro... nunca lo he hecho, y ni siquiera nos lo enseñan, porque está prohibido, es demasiado peligroso. No, Babú tiene que transformarse ella sola.

—Es imposible —susurré—. Ni en momentos de calma lo logra, ¡figúrate ahora con lo asustada que está!

—El *Libro Antiguo* —exclamó entonces Grisam—. Babú —susurró—, ¿recuerdas lo que Scarlet-Violet le dijo a Mentaflorida para que recuperara su aspecto cuando era una mariquita?

—No —dijo Babú.

—«¡Menta, concéntrate!» —le dijo—. «Piensa en cómo eres tú... ¿Te acuerdas de cómo eres?».

—No comprendo...

—¡Tienes que transformarte, Vainilla!

—Es el fin —replicó la joven bruja entre lágrimas.

—No, no lo es. Piensa en... ¿cuál es tu pájaro favorito?

—El petirrojo —dije yo.

—Piensa en un bonito petirrojo, como los que vienen a comerse las migas en el alféizar del coleg... ¡CUIDADO!

Un monstruo había saltado hacia adelante.

Vainilla lo golpeó con la antorcha y lo obligó a retroceder. Pero, mientras, otro había iniciado ya el salto. Vainilla consiguió golpearlo también. Un rugido rabioso recorrió la jauría: era cuestión de instantes que se abalanzaran contra ella.

—Ánimo, Babú, ¿cómo es un petirrojo?

—N... no lo sé.

—¡Sí que lo sabes! Un cuerpecito redondo, regordete, el abdomen blanco, el color de las alas oscuro como el musgo en verano y...

—... las plumas rojas en el pecho y... en la frente —balbució—, el pico fino y los ojos negros como los de Shirley...

¡FRUSH!, oímos junto a nosotros. Era el encantador murmullo de un batir de alas.

¡Vainilla se había transformado!

La antorcha, al caer, inflamó el erizado pelo de un monstruo y la horda se desató. Pero Babú estaba ya a salvo.

O casi.

Cuando ya huía volando en zigzag tras Grisam, que la llamaba mientras los monstruos furiosos se peleaban incluso entre ellos, un zarpazo, no sé cómo, la golpeó.

El pajarito perdió el control, giró dos o tres veces sobre sí mismo y acabó precipitándose en la nieve, en la linde del bosque. Estaba fuera de la trifulca, pero no fuera de peligro.

«¡Si la ven, adiós Vainilla!», pensé.

En ese momento, una de las criaturas negras se volvió hacia ella.

Enfilé hacia Vainilla animándola a levantar de nuevo el vuelo, pero cuando me acerqué a ella noté que una de sus alas colgaba hacia fuera.

—¡Tiene un ala rota! —dije a Grisam, que había vuelto a aparecer junto a nosotras.

Entre tanto, las fieras nos cercaban. Algunas fruncían la nariz en el aire y olisqueaban en busca de una pista: les llegaba nuestro olor y sabían que estábamos cerca, y aunque algunos arbustos nos ocultaban a sus ojos, pronto nos encontrarían.

—La llevo yo —dijo Grisam en voz baja tomando al petirrojo entre sus manos.

—Date prisa, una de esas horribles cosas viene hacia aquí —le avisé temblando.

Un monstruo caminaba hacia nosotros. Sus patas se hundían en la nieve, pero la horrible bestia era rápida y ágil. Con el hocico pegado al suelo, seguía nuestra pista con la baba en la boca y un gruñido terrorífico en la garganta.

Grisam cerró las manos alrededor del petirrojo, e intentaba alzar el vuelo cuando la fiera se detuvo como si alguien la hubiera llamado. A través de las ramas de los arbustos vimos cómo cambiaba su expresión. Ahora miraba hacia arriba, con las orejas gachas y el rabo entre las piernas. Se estaba sometiendo, pero ¿a quién? Nosotros no veíamos a nadie.

—Bravo, Entag —dijo en aquel momento la voz de un hombre—. Los has encontrado. Ahora vuelve a la manada y organízala para otro asalto. Estad atentos a mis órdenes.

Siguió el ruido de un salto, como de alguien que aterrizara desde lo alto en la nieve. Y unos pasos se acercaron a nosotros.

No era la voz que había oído en el claro. Esta era nítida, limpia, hasta... bonita, cálida. De todos modos, se dirigía a aquellos monstruos con la misma naturalidad y cortesía que un amo emplea con sus perros.

—Vosotros tres, ¡levantaos! —dijo de repente—. Sé que estáis ahí detrás.

—¡Ahora nos estaba hablando a nosotros!

El valor de Grisam



Acuclillado en la nieve, con las mejillas rojas del frío y el fondillo del pantalón empapado, Grisam me miró con los ojos llenos de curiosidad y de temor. Sosteniendo a la niña en sus manos a Vainilla, se incorporó lentamente.

—Sé bienhallado. Estarás helado —le dijo el hombre, que llevaba la capa negra de los Mágicos—. ¿Y el hada?

—No hay ningún hada —respondió Grisam serio.

—Oh, vamos, no hay razón alguna para ser tan agresivo. Claro que la hay, la he visto con mis propios ojos.

—Por supuesto, pero se ha ido volando a buscar ayuda.

—No —dijo el hombre golpeándose alegremente la palma de la mano con una fusta de cuero—, un hada no abandona nunca a un protegido suyo, o... a una protegida. La hermosa hadita de alas de seda y cabello de rocío está aquí..., lo que pasa es que se oculta, y no comprendo el motivo a decir verdad. Pero permíteme que me presente: me llamo Humulus Bellepor. Y tú eres Grisam, hijo y nieto de los Burdock, ¿he acertado?

—¿Qué queréis de nosotros? —preguntó el joven mago. El hombre se bajó la capucha negra y movió la cabeza.

—Está claro que no te soy simpático, y eso me disgusta —dijo frunciendo el ceño—. Si nos hiciéramos amigos, todo sería más fácil.

—Ni siquiera os conozco, ¿por qué vuestro amigo?

El hombre abrió los brazos y se le acercó.

—Porque, chico, es mucho mejor tenerme como amigo que como enemigo —dijo sonriendo, pero Grisam retrocedió.

—Ts, ts —profirió el hombre—. ¿Es así como se trata a alguien con buenas intenciones? ¡Ni que te fuera a comer! Mírate, estás muerto de frío, incluso tiembles y tienes las manos moradas, deberías metértelas en los bolsillos... Ah, claro, no puedes, la pequeña Periwinkle se caería al suelo si lo hicieras. Tiene un ala rota, ¿verdad? ¿Puedo verla?

—¡NO! —exclamó Grisam retrocediendo dos pasos más.

Esa seca negativa hizo que al desconocido le cambiara el semblante.

—¿No? —repitió severamente—. ¿Me has dicho que NO a mí?

Grisam se puso pálido y no dijo nada.

—¿No he sido amable contigo hasta ahora? ¿Es que acaso te he ofendido? ¿Te he tratado mal?

—el misterioso desconocido apuntaba ahora su fusta hacia Grisam y de vez en cuando la hacía restallar contra sus botas—. ¿Qué tengo que hacer para demostrarte que soy amigo, que no quiero haceros ningún daño?

—Deja que nos marchemos y te creeré —respondió Grisam. El hombre sonrió y miró a su alrededor.

—¿Y quién os retiene? ¿Es que os he atado? No veo cuerdas ni cadenas, no estoy armado. Entonces, ¿por qué me hablas como si os tuviera presos?

—Tus esbirros nos rodean y sus dientes son más amenazadores que armas o cadenas.

—¿Mi pequeño ejército? No os tocarán. Están aquí para protegerme a mí, no para atacaros a vosotros.

—¡Pero nos han atacado!

—Los habréis asustado —replicó el hombre. Grisam abrió de par en par los ojos.

—¿¿Nosotros?? —dijo incrédulo.

—Nos estamos yendo por las ramas y casi está amaneciendo —dijo el hombre—. Vamos, dame al petirrojo. Tienes mi palabra de que no le tocaremos ni una pluma.

—¿Qué vas a hacer con él, para qué lo quieres?

—¡Querrás decir ella! El hecho es que yo sé dónde se encuentra su hermana. Y también sé lo contenta que se pondría Pervinca si la volviera a ver. Sólo quiero que estén juntas. El mío es un gesto de cariño.

Grisam sonrió y negó con la cabeza. Después le vino una idea.

—Si sabes dónde está Pervinca —dijo—, tráela aquí. Te esperaremos, te lo prometo.

—No puedo —repuso el hombre.

—Entonces todo lo que dices es mentira. No eres nuestro amigo y sólo quieres a Vainilla para hacerla prisionera, lo mismo que has hecho con Pervinca.

—¡Que me muera ahora mismo, si estoy mintiendo! —exclamó el Misterioso—. ¡Pervinca no está presa! No puedo hacer que vuelva porque no depende de mí, sino de ella. Y ella está segura de estar bien donde está.

—¿Y qué lugar es ese?

—Eso no puedo decirlo.

—¡Mientes! Conozco bien a Pervinca y, si pudiese volver a casa, lo haría enseguida.

—Sé que la conoces... —dijo el hombre guiñando un ojo—. Tú eres el que está enamorado de ella, ¿no? Me ha hablado mucho de ti.

Grisam sonrió de nuevo.

—¿De verdad? —dijo—. Entonces llévame con ella. Soy un Mago de la Oscuridad y, si lo piensas bien, podría seros más útil que una joven Bruja de la Luz, sean cuales sean vuestras

intenciones.

—¿Y cuáles crees que son, Grisam Burdock, «nuestras» intenciones? Oigámoslas.

—Eres uno de los hombres del Terrible 21, ¿no es así? Uno de sus lacayos. ¡Vosotros queréis conquistar nuestro valle!

El hombre miró a Grisam unos instantes y después estalló en una sonora y larga carcajada.

—Esto sí que es bueno —dijo luego secándose las lágrimas—. Yo un lacayo de... ¿cómo has dicho que se llama..., Terrible 81? —y estalló de nuevo en carcajadas.

Grisam no se descompuso. Estaba seguro de haber adivinado e intuía que tenía que ganar tiempo. Así, en vista de que el hombre parecía con ganas de hablar, y sin dejarse impresionar por aquellas carcajadas, repitió:

—¡Llévame a mí!

El hombre paró de reír y su armonioso rostro se retorció súbitamente en una mueca maligna.

—Eres valiente —dijo—, pero ¿para qué te quiero a ti? No eres nada, un montoncito de magia elemental y arrogancia infantil. No me sirves de nada, ya tengo a las gemelas.

—¡No son gemelas! —dijo Grisam de forma instintiva—. Nacieron con doce horas de diferencia.

—Lo sé —dijo el hombre—. ¿Y?

—Bueno, si queréis unas gemelas, Vainilla y Pervinca no lo son, al menos no del tipo más puro. Y en esta región no hay más. Así que habéis venido al lugar equivocado. Id a buscar unas gemelas a otra parte.

El hombre miraba ahora a Grisam con una mezcla de incredulidad y ternura: ¿de verdad aquel niño sabía tan poco?

—Tú no sabes nada, ¿eh? —le preguntó. Y sin esperar respuesta, extendió la mano—. Venga, dame la otra mitad y volved a casa. Mis amigos se están poniendo nerviosos. —Las fieras gruñeron amenazadoramente a Grisam—. Perciben que no eres amistoso conmigo y temen por mí —explicó—, no me gustaría que te ocurriera nada malo, eres un gran chico. Haz lo que te he dicho y te doy mi palabra de que no os ocurrirá nada ni a ti ni a ella. En cambio, si te niegas...

El hombre alzó la fusta en el aire e hizo señal a alguien por detrás de Grisam para que avanzara. Pensando que se trataba de una trampa, Grisam no se volvió, es más, mantuvo la mirada fija en él. En ese momento se dio cuenta de que el desconocido era poco mayor que él y pensó que debía parecer fascinante a los ojos de una chica. Era muy alto, de porte orgulloso, la mirada tenebrosa y envolvente, y una sonrisa que a ratos sabía ser dulce y cautivadora. Sin embargo, ya no sonreía, al contrario. Sus ojos se habían vuelto sombríos. De nuevo hacía restallar la fusta contra sus botas, pero esta vez con ritmo; de hecho, canturreaba con los dientes apretados una cancioncilla cuya letra Grisam no acababa de comprender... y se iba aproximando... Grisam empezó a retroceder... un paso, otro más, hasta que su espalda se topó con algo. El joven mago se volvió y se encontró delante del hocico de un inmenso caballo negro.

—Mi Noson es silencioso como un gato —canturreó el hombre—, ¡ahora sí que estás prisionero!

Grisam miró de nuevo al misterioso caballero, pero ahora estaba asustado y con los ojos

desencajados.

—No consigues moverte, ¿verdad? Ni hablar... No temas, el frío aún no te ha congelado del todo, es el efecto de mi hechizo. Me gusta cantarlo, mis víctimas no comprenden que se trata de un encantamiento y ni siquiera intentan defenderse. Tú también has picado, pobre tonto. Pero se te pasará, ¿sabes? Apenas tenga lo que quiero.

El mago aferró las manos de Grisam, quien, furibundo, trató de resistirse, pero su cuerpo no le respondía, parecía que ya no fuera suyo. Desesperado, vio cómo sus manos se abrían y el pequeño petirrojo quedaba a la vista. Bellepor se apoderó de él ávidamente. Apartado de su seguro refugio, el petirrojo temblaba y piaba.

—¡La otra mitad! —dijo Bellepor observándolo con los ojos ardientes de satisfacción, como si fuera un valioso tesoro buscado largo tiempo.

Como había anunciado, la sangre volvió a fluir por los músculos de Grisam. Desde donde me encontraba, lo vi cerrar y abrir las manos un par de veces: ¡era el momento!

—¡DÉJALA IRSE! —exclamé apareciendo de improviso a espaldas del Amenazador. Como esperaba, el hombre se volvió y Grisam aprovechó para dar un salto y escapar de aquella encerrona.

—¡DÉJALA IRSE INMEDIATAMENTE! —repetí.

El hombre estrechó sus garras alrededor de Vainilla.

—¿Y si no lo hago? —preguntó con una sonrisa malvada—. ¿Qué podrían hacerme un maguito y una hadita?

—¡Querrás decir un halcón y una hadita! —dije.

Había visto transformarse a Grisam y ahora era una flecha en forma de pico fuerte y afilado disparado contra el enemigo. La rapaz, silenciosa como el viento, apuntó directamente a la mano de Humulus Bellepor y lo pilló por sorpresa: un picotazo y el mago cruel se dobló a causa del dolor. Pero no soltó a su presa. Es más, reaccionó. Con la mano sana y libre, lanzó un hechizo de muerte al halcón, que lo esquivó con un hábil giro. Volaba de una manera magnífica y apuntó de nuevo a Bellepor. En respuesta, el mago agitó la fusta en dirección al bosque. Cien ramas desnudas y con garfios como látigos endemoniados se alzaron delante de Grisam, ya lanzado al ataque. Al maguito le faltó un soplo de hada para no acabar en medio de ellas. Batiendo sus enormes alas, logró girar y volver atrás. Rodeando el peligroso obstáculo, se alzó de nuevo, a mayor velocidad aún y más enfadado, dirigiéndose hacia el mago y picándole en la mano herida. El petirrojo cayó al suelo. Antes de que el enemigo pudiese atraparlo otra vez, el bello halcón se le echó encima arañándole con sus garras. La jauría de fieras corrió en ayuda de su malvado amo, pero para entonces yo había conseguido recoger a mi petirrojo y volaba con él hacia la copa de un árbol.

—¡LTO ENGO! —grité. El halcón mordió la fusta y, con ella en el pico, vino volando hacia mí.

—¡VÁMONOS!



La búsqueda



Sobrevolamos la muralla del pueblo y planeamos sobre la punta del muelle del oeste, donde nadie vería a los niños adoptar su aspecto normal. Grisam se dio prisa. Vainilla, en cambio, estaba muy asustada. Le hablamos largo rato, acariciándola y dándole ánimos. Lo habíamos pasado mal, pero estábamos a salvo, si bien con algún huesecito roto. Por suerte, Bellepor nos había subestimado y se había defendido poco y mal. Si no hubiera sido así... Como debí imaginar, Babú volvió a nosotros con las primeras luces del alba y el tranquilo chapoteo del mar.

—¿Dónde está Pervinca? —preguntó apenas tuvo boca para hacerlo. Se sujetaba el brazo roto y tenía algunos rasguños en la cara.

—¿Te duele? —le preguntó Grisam.

—¿El qué?... Ah, sólo un poco, gracias. Quiero decir, gracias por todo, Grisam. Me has salvado la vida. Y a ti también, hadita, gracias, gracias de todo corazón.

Volé a frotar mi naricita contra la suya.

—De nada, tesoro. Lo importante es que estás a salvo. Pero ¿qué hacías ahí fuera? ¿Por qué saliste fuera del pueblo? No pretendo regañarte, sólo necesito que me lo digas.

—¿Quién está ahí? —gritó una voz en ese momento.

—Son los hombres de la ronda —dijo Grisam en voz baja—. Nos estarán buscando.

—Me pregunto qué vamos a decirles —suspiré.

—La verdad —contestó Vainilla—. Que hemos ido a buscar a mi hermana.

—¿Por eso estabas ahí fuera? Pero si tu tía Tomelilla y tus padres ya la estaban buscando. ¿Por qué saliste tú también?

—Bueno, encendí la radio de papá y oí al señor Duff hablando con los demás hombres; decían que no veían a Vi por ningún sitio. Pensé que tal vez había salido del pueblo y que nadie iría a buscarla. Así que lo hice yo. No creo que me regañen por esto; ahora que lo pienso, deberían agradecerme.

—No sé por qué, pero dudo que lo hagan —dije.

—¡Por eso se ha ido! —protestó Babú—. A nosotros, los niños, siempre nos están regañando y nos tienen encerrados aquí o allá. Sólo oímos prohibiciones: «Prohibido hacer esto, prohibido hacer lo otro...», jamás una pizca de confianza. ¡Vi ya no lo soportaba!

—¿Te lo dijo ella?

—No tenía necesidad de decírmelo, se veía. Y ya no soportaba que todo el mundo la mirara de reojo. Esta mañana le dije a mamá que a Vi no le importaba que hablaran mal de ella. ¡Mentía! Se siente muy mal y me gustaría saber cuántos aguantarían ser siempre el centro de todos los cotilleos. Que si Pervinca esto, que si Pervinca lo otro... Nadie trata de comprenderla, nadie la escucha nunca. Bueno, ha hecho como Duffus, se ha ido.

Guardé silencio. Probablemente Vainilla tenía razón. Temiendo recibir una mala respuesta, ninguno de nosotros había insistido de verdad, nunca, en preguntar a Pervinca por qué estaba de tan mal humor. Pero ¿era de verdad eso por lo que se había ido?

—Perdonad —dijo poco después Babú cambiando de tono—. Me he pasado un poco, pero es que estoy preocupada por Vi. Espero de verdad que haya vuelto a casa y, si es así, aceptaré cualquier castigo.

—¿Quién está ahí? —gritó de nuevo el hombre de la ronda.

—Somos nosotros, señor Martagón —contesté—. Soy Felí, de los Periwinkle, estamos...

—¡Pescando! —intervino Grisam—. Ahora volvemos a casa.

—Pero ¡por todas las orcas del océano!, os están buscando hace horas. ¡Vuestros padres están desesperados!

—Ahora volvemos, gracias, señor Martagón.

El señor Martagón bajó la lámpara.

—Increíble —rezongó reanudando su camino.

Un momento después, sin embargo...

—Oh, oh, aquí está de nuevo —dijo Grisam al ver que la luz volvía.

—Señor Martagón, no se moleste —dije—, ahora mismo volvemos a casa...

—No soy Martagón —dijo la luz—. ¡Soy Devién! ¿Dónde os habíais metido? La señora Dalia y la señora Marta están preocupadísimas. Seguidme, os llevo con ellas, están todos en el pub reorganizando la búsqueda.

—¿Ha vuelto mi hermana? ¡Eh, Devién!, ¿ha vuelto? —preguntó Vainilla corriendo tras ella. Devién me miró. Tenía los ojos tristes.



Pervinca no había vuelto y a Vainilla no la castigaron. No dimos demasiadas explicaciones de lo que había ocurrido, al menos no enseguida, porque no tuvimos tiempo: Tomelilla y el mago Duff partieron aquella misma noche en busca de Vi y yo me quedé en casa consolando a Vainilla. El doctor Chestnut vino a vendarle el brazo y curarle las heridas de la cara. Teniendo en cuenta el estado de ánimo de la niña, pensó que no era el momento de aplicarle la pomada terrible y prefirió untarle un aceite dulce y perfumado que curaba también los corazones desconsolados.



Pasaron los días.

Mientras tanto, a insistencia de Hortensia y del señor Cícero, algunos pequeños grupos de socorro se alternaban en breves y rápidas búsquedas fuera de la muralla. Flox y Grisam hacían compañía a Vainilla y la distraían como mejor podían. Se habían impuesto ser optimistas y, como hacían a menudo en los oscuros días invernales, hablaban del momento en que pudieran otra vez jugar con los cangrejos y pescar telinas en el mar. O hacían pequeños hechizos, de los que Grisam conocía un montón: sabía convertir un lápiz en un ciempiés, hacer desaparecer los colores de un dibujo o que se cayeran todas las letras de un libro, hasta podía hacer que se pudriera una manzana y oxidar un clavo en un segundo. Redujo uno de ellos a un montoncito de hierro ante nuestros ojos. Dijo que se había entrenado con las llaves de su casa y que, por esa razón, las puertas de la casa de los Burdock ya no tenían cerradura. Flox se divertía un montón. Babú, en cambio, apenas comprendía el lado divertido de aquellos encantamientos, y si sonreía, lo hacía por cortesía. Pasaron entonces a los chistes y los juegos de palabras, leyeron libros fáciles y retaron a Babú en pruebas de dibujo... Con poco éxito, sin embargo. Ella, que siempre estaba sonriendo...

De vez en cuando, Babú se apretaba el brazo, no porque le doliera, sino porque se lo había roto el día que su hermana había desaparecido.

—No se curará hasta que vuelva —susurró una tarde.

—No digas eso —se apresuró a consolarla Flox—. Tienes que ponerte buena y recobrar pronto tus fuerzas. Así, nada más volver Pervinca podremos salir a jugar.

Vainilla no replicó. Seria y melancólica, miró por la ventana justo en el momento en que otro grupo volvía de la búsqueda con la mirada triste y el rostro cansado y apagado.

Una noche en la torreta



Conforme pasaban los días, las esperanzas de encontrar a Pervinca iban depositándose cada vez más en Tomelilla y Duff, el Mago de la Oscuridad y la Bruja de la Luz más valientes y poderosos de todos.

Sabíamos que, juntos, rastrearían el valle palmo a palmo, buscarían en los rincones más remotos y oscuros, llegarían hasta donde nadie se atrevía a ir y, sin duda, la encontrarían.

En cambio, volvieron a casa con las manos vacías.

Viendo sus caras afligidas, derrotada su proverbial tenacidad y frustrados sus poderes, reconozco que nosotros, los adultos, caímos todos en un profundo desánimo.

En Fairy Oak, los rumores de que Vi había sido raptada por el Terrible 21 se propagaron a toda velocidad, para ser sustituidos luego por otros, más clamorosos e insistentes, según los cuales nuestra niña era una aliada del Enemigo y había vuelto con él porque en el pueblo se sentía ya descubierta.

Por su parte, Vainilla no sólo hacía caso omiso de los rumores, sino que, cuanto más insistentes se volvían, mayor era su voluntad de reaccionar. El brazo se le curó sin complicaciones, mientras que su humor mejoraba un poquito cada día. La joven brujita pasaba mucho tiempo estudiando el *Libro Antiguo*, incluso lo subrayaba y, de vez en cuando, ponía una señal.

—Ya te lo sabrás de memoria —le dije un día sonriendo. Aquel interés suyo empezaba a despertar mi curiosidad.

—De memoria todavía no, pero... —Vainilla cerró el libro y me miró—. ¿Sabes?, entre esa historia antigua y la nuestra hay muchas cosas parecidas. Pervinca tenía razón. Y no hablo sólo de los nombres. Piénsalo bien: la fuga de Duffus, que se escapa porque se siente incomprendido, igual que Pervinca. La manera en que el Enemigo ataca su pueblo y lo destruye, y tía Tomelilla nos confirmó que era precisamente el Terrible 21. Espera, que no he terminado: el lugarteniente del Terrible 21 se llamaba Roseto y era un habitante del pueblo, y precisamente porque era un habitante como los demás nadie pensó en defenderse de él y así logró hacer prisionero a su pueblo,

sin ningún esfuerzo. Bien, pues todo el mundo cree que Pervinca se está comportando como Roseto, ¿cierto? No tienes que responderme, sé que es así. Yo, en cambio, cada vez estoy más convencida de que Vi se parece a Duffus. Tiene un carácter rebelde como él, es inteligente, siempre piensa de manera distinta que los demás y no teme decirlo. Y es buena y valiente, yo la conozco bien.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —dije—. Sigue.

—Si su historia es tan parecida a la nuestra, entonces sería muy interesante, y útil, saber cómo terminó, para descubrir qué es lo que nos espera y, por tanto, decidir cómo comportarnos, ¿no lo crees?

—Creo que eres requeterrazonabilísima, pero ¿cómo podemos saberlo?

—Tenemos que conseguir el diario del Capitán.

—El Capitán no está bien, ya lo sabes.

—Sí —respondió Vainilla suspirando—, lo sé y lo siento, pero precisamente porque no está bien, seguro que no tendrá ganas de leer estos días.

—Encontraremos algún modo de pedírselo, Babú, te lo prometo.

—Sí, imagínate, ¡ni siquiera me dejan salir al jardín!

Era muy cierto. Desde el día del bosque no nos habían dejado salir: primero el brazo roto, después la nieve, el frío, el peligro acechando, había mil motivos para quedarse en casa a resguardo. Pero era aburrido y, además, teníamos que pensar, y encerradas no se piensa bien. Es malo, cuando tienes un pensamiento, una angustia en el corazón, no poder salir a pasear.

Desde luego, los amigos venían a vernos, y el invernadero y la torreta siempre estaban ahí. Pero en el primero, y en aquella estación, había poco que hacer. La segunda, en cambio, nos proporcionaba más satisfacciones. Cícero había trasladado allí su estudio y, día y noche, con binóculos, catalejos y telescopios escrutaba 360 grados el horizonte. Dalia y Vainilla se alternaban para llevarle la bandeja con la comida o la cena. A veces, sin embargo, los platos bajaban igual que habían subido..., llenos.

O bien no volvían, y esto ocurría cuando Vainilla estaba con él, y afortunadamente lo estaba a menudo. Padre e hija comían juntos, en silencio, mirando por la ventana. Babú aferraba el binóculo, se lo aplastaba contra los ojos y se pasaba la tarde buscando una sombra, una huella, una señal... A veces me dejaban estar allí con ellos y eso me hacía feliz.

Tomelilla, de hecho, pasaba todo su tiempo en la Habitación de los Hechizos leyendo libros oscuros y murmurando palabras en la antigua lengua de la magia, y yo me sentía inútil. Cuando estaba segura de que no la molestaría, le hacía compañía. Sentada junto al fuego, yo hojeaba en silencio los atlas de los Reinos Mágicos, o bien removía la sopa para el día siguiente, dispuesta a intervenir en caso de que mi bruja necesitara algo. Deseaba también hablarle de lo que pensaba Vainilla, pero ella siempre estaba demasiado concentrada en la lectura para escucharme.

Por el día, si Grisam y Flox estaban con Vainilla, ayudaba a Dalia en las tareas de la casa, o bien llamaba a la puerta de la torreta con la esperanza de que alguien dijera «¡Adelante!». Entonces volaba a sentarme en el hombro de Vainilla y escuchaba sus breves conversaciones.

—¡He visto un búho! —decía Babú mirando fuera con el binóculo—. Ha pasado justo por

delante de nuestra ventana.

—¿De verdad? —le preguntaba Cícero—. Es uno de los animales favoritos de Pervinca.

Silencio.

—Felí ¿quieres mirar un poco? —me preguntó Babú una noche.

—Oh, ¡me gustaría un granmontón! —contesté y miré por la lente—. ¡Veó sombras negras! —dije apartándome asustada—. ¡Aquí, delante mismo!

—No, no, parecen cercanas, pero en realidad están más allá de la muralla —me explicó Vainilla—. Siempre están ahí, papá y yo las vemos todas las noches, ¿verdad, papá? En la nieve resaltan como alas de cuervo.

«Sí», pensé, «ya lo dijo Tomelilla».

—Vainilla —dijo una tarde Cícero—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, papá —contestó ella.

El señor Cícero tomó aliento. «Debe de tratarse de algo delicado», pensé. Y él continuó:

—Babú, tú y Pervinca siempre habéis estado... no sé cómo decirlo... en contacto. Desde pequeñas nos dimos cuenta: vosotras os hablabais sin abrir la boca. Os entendíais con una mirada y, a veces, no hacía falta siquiera que os mirarais. Una sabía lo que pensaba la otra. Si ella dormía mal, tú te despertabas cansada y de mal humor; si tú te hacías daño, ella gritaba; si tenía poca sal su sopa, tú se la pasabas antes incluso de que te la pidiera...

—Todavía lo hacemos —murmuró Vainilla.

—Un día —prosiguió Cícero—, tú tendrías cinco años, estabas en la playa con Felí y ella se había quedado en casa, no recuerdo por qué. En determinado momento, Vi entró en mi estudio llorando y me enseñó un brazo, que estaba cubierto de puntitos rojos. «¿Qué te ha pasado?», le pregunté, y ella me dijo: «¡Una medusa!». «¿Una medusa?», me extrañé. «¡Pero si estabas en tu cuarto!». Un instante después entraste tú en casa llorando también. Abriste la puerta del estudio y corríste hacia mí enseñándome tu bracito: «Papá, papá, ¡me ha picado una medusa!», me dijiste. Tenías heridas idénticas, sólo que Vi no había salido de casa.

Me acordaba de aquella escena. Cícero se había quedado con la boca abierta. Tomelilla había curado las heridas de las niñas y las marcas les habían desaparecido a las dos el día siguiente.

Vainilla sonrió:

—Cuéntame más, papá, me gusta.

—Podría contar mil anécdotas como esta, Babú, entre ellas la misma pesadilla que tenéis juntas, siempre, desde que el Enemigo nos atacó la primera vez. Vosotras dos sentís la una a la otra, incluso cuando dormís, cuando estáis lejos, y por eso ahora te pregunto... ¿La sientes?

Babú enrojeció y bajó los ojos. No se esperaba aquella pregunta. ¿La sentía?

—Creo... creo que sí —dijo, por fin, prudentemente—. Juraría que sé que está bien y que sigue siendo ella, pero no estoy segura de que sea lo que dices, papá. De lo que hablas, intuir la felicidad o la tristeza de la otra, oírnos a distancia, no es algo que hagamos cuando queremos, ocurre sin que lo sepamos siquiera. Yo no puedo decidir ponerme a escuchar, como se hace con la radio, ¡ojalá pudiera!

Cícero sacudió la cabeza.

—Sí, perdona, soy un estúpido al preguntártelo. Es que estoy tan preocupado...

—Lo sé, papá. Si te sirve de algo, siento que volverá.

En la piel de Pervinca



Una tarde, cuando estaba en la torreta haciendo los deberes con Babú, Tomelilla vino a buscarnos.

—Si habéis terminado, salgamos —dijo—. Tengo que ir a recoger un libro a casa de Hortensia. Se lo presté hace años y ahora lo necesito. Un poco de aire y algo de charla os harán bien a vosotras también.

¡No nos lo podíamos creer!

—¡Ahora mismo! —exclamamos a coro.

—Os espero abajo. Daos prisa, por favor.

Como había empezado a nevar otra vez, Vainilla corrió a su cuarto para ponerse algo más grueso. Para mi sorpresa, la vi rebuscar entre la ropa de Vi.

—Quiero ponerme sus pantalones —dijo—. Los de terciopelo de color glicinia. ¿Los has visto? Y también... su camisa blanca con los botones de madera y... ¿dónde está? ¡Ah, aquí!, su chaqueta color café con leche.

—Los pantalones están en el armario. Pervinca los echó a lavar, pero como estaban sólo un poco húmedos...

Me interrumpí. La mañana en que creímos que un intruso había entrado en casa, sugerí a Vi que se volviera a poner la ropa del día anterior, pero ella dijo que estaba sucia y, por propia voluntad, algo bastante insólito, los llevó al lavadero. Dalia los encontró y, como estaban limpios, sólo los tendió. Un pensamiento terrible me cruzó la mente. He ahí por qué Tomelilla, al salir de la habitación de las niñas, se había tocado la bata y había puesto aquella cara: se había sentado sobre la ropa de Pervinca y, al levantarse, había sentido humedad en la espalda. Pervinca, ¡ella era el «intruso»! Lo que habíamos visto volar por delante de la ventana, la puerta golpeando, el suelo mojado... ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

—¿Qué te pasa, Felí? —dijo Vainilla—. ¿Un mal pensamiento?

—¿Qué? Oh, no, no. ¿Has encontrado los pantalones?

—Sí, estaban donde dijiste. Y también lo demás.

No contenta con haberse vestido con la ropa de su hermana, Babú se recogió el largo cabello dentro de una vieja gorra de *tweed* que había pertenecido al señor Cícero y que era la favorita de Pervinca.

—Estoy lista —dijo.

Tuve que esforzarme un poco para sonreírle.

—Ponte la capa y vamos. Tu tía nos estará esperando.

—Nada de capa, no la necesito —contestó saliendo del cuarto con las manos en los bolsillos.

—Pareces ella —dije—. Y hablas como ella.

—Me he puesto su ropa aposta —replicó Babú—, quiero probar a ser como Vi, así lograré comprenderla mejor.

—Si lo logras, espero que me ayudes a mí también a comprenderla —dije.

Como era Vainilla y no Pervinca, logré convencerla de que se pusiera la capa y, así, Tomelilla no se dio cuenta de la «transformación». Al menos no enseguida. Sólo le dijo:

—Ten cuidado para no resbalarte —y eso fue todo.

La calle estaba aún casi cubierta de nieve. El ir y venir diurno había removido la nieve caída aquella mañana, y aquí y allá se veían los adoquines, pero el resto estaba todavía blanco. La reverberación de la nieve, combinada con el tenue resplandor de las farolas y los vaporosos copos que estaban cayendo otra vez, creaba una atmósfera suave y sugerente, mientras que en la calle, en los jardines, en las escalinatas se reflejaba la cálida luz de las ventanas encendidas. Si nuestro corazón no hubiera estado tan abatido, quizá hubiéramos encontrado precioso aquel espectáculo.

Ascendimos los escalones que llevaban a la plazoleta y, al pasar junto a la fuente, Vainilla admiró un instante el largo carámbano de tonalidades azuladas que colgaba del grifo. El chorro se había reducido notablemente, pero de todos modos un hilillo de agua cristalina bajaba por el hielo y se vertía en la pila, abriendo un agujero en el estanque helado.

Por fin llegamos a la imponente verja de la casa de los Polimón. Vainilla tocó la campanilla y una delgada figura apareció en el umbral al fondo del caminito. Pese a que estuviera lejos y a contraluz, reconocimos a Rosie, la madre de Flox, que se estaba abrigando para venir a abrirnos. Pero Flox fue más rápida que ella.

—Bienvenidas —dijo—. ¿Os quedáis a comer con nosotros?

—Gracias, Flox —contestó tía Tomelilla—, pero sólo estaremos una hora o así. ¿Tu tía está en casa?

Mientras Devién acompañaba a Tomelilla hasta donde estaba Hortensia, yo seguí a Flox y a Vainilla por el largo pasillo que llevaba a los dormitorios, una galería oscura, atestada de alfombras y tapices centenarios que sólo dejaban libres los huecos de las puertas.

La familia Polimón vivía en una de las mayores y más antiguas casas de Fairy Oak. Tenía una altura de tres plantas, pero en extensión era como cuatro veces la nuestra. Los niños la llamaban «el Castillo», porque tenía torrecillas y chimeneas, protegidas por muros almenados, y un toque serio y hostil que no se correspondía en nada con las personas que la habitaban. De hecho, era una familia alegre y simpática. Baste decir que permitían a Flox pintar las paredes de su cuarto de los colores que quisiera.

—¿Es verde? No sé por qué, pero recordaba roja tu puerta, Flox —dijo Vainilla.

—Es que era roja —repuso ella empujándola para que entrara—. La volví a pintar ayer de «verde esperanza», como el resto de la habitación. Tendría que darnos suerte.

—Una esperanza verde manzana... ¡es bonita! —dijo Babú mirando a su alrededor.

—Gracias, me alegra que te guste. Y también... que estés aquí. ¿Cómo te encuentras hoy? No te veía desde hace un par de días, pero me pareces distinta.

—En efecto, estoy un poco mejor, ¿sabes por qué? ¡Porque esta noche he hecho planes!

—¡Bien, Babú! Mi madre siempre lo dice, la comida tiene un efecto benéfico en el estado de ánimo, más que cualquier hechizo.

—¿Qué tiene que ver la música?

—¿No me acabas de decir que has hecho flanes?

—Nooo, he dicho que he hecho planes, Flox, ideas, un proyecto...

—Ahh, ¿para hacer qué?

—Para recuperar el segundo *Libro Antiguo*.

—¿Se lo vas a pedir al Capitán, como quería Pervinca?

—No exactamente. Mañana, tía Tomelilla y mi madre irán a ver al Capitán. Ellas están convencidas de que las invitará a pasar a su caseta o que, como está tan débil, no podrá oponerse. Yo tengo mis dudas, pero... En cualquier caso, iré con ellas y se lo diré a Grisam.

—¿Por qué a Grisam y no a mí?

—Tú también puedes venir si quieres. Pero Grisam tendrá una misión concreta que cumplir.

—¿Cuál?

—Él será quien le pida al Capitán que nos preste el libro.

—¿Y por qué quieres que se lo pida él? —preguntó Flox asombrada.

Vainilla sonrió y puso una cara cómica.

—No sé si te lo he dicho alguna vez, pero yo hago a menudo una cosa... —dijo encogiéndose de hombros—. Y quizá tú también la haces. ¿No te ha ocurrido alguna vez, cuando estamos acompañadas y alguien nos cuenta una historia, que notas que quien la está contando mira más a una persona que a todas las demás?

—Mmm... sí. ¿Y?

—¿Qué piensas en ese momento?

—Depende. Si lo hace un chico que me gusta, me molesta un poco. En cambio, si lo hace la profesora De Transvall, entonces me pongo tan contenta como un pececillo que acaba de encontrar un agujero en la red.

—Exacto. ¿Y sabes por qué te pasa eso? Porque sabes que la persona a la que mira en ese momento es, sin duda, la persona más importante para quien está contando la historia. Pues bien, ¿sabes a quién miraba el Capitán Talbooth aquel día en su caseta mientras nos contaba la historia de su vida?

—¿A quién?

—¡A Grisam, Flox! ¡El Capitán miraba fijamente a Grisam!

—Ah. Pero sí me acuerdo de que incluso le reprendió...

—Tonterías, sólo quería despistarnos, y quizá despistar también a Grisam. No sé por qué, pero creo que el Capitán le aprecia mucho. Es más, sé por qué...

Babú se puso roja y Flox lo notó.

—Grisam se alegrará de ayudarnos —dijo Flox haciendo una caricia a su amiga—. Creo que tú le eres muy simpática y, de todos modos, me parece un plan muy inteligente. Pero, si puedo decírtelo, no entiendo muy bien por qué esto te hace sentir mejor...

—Porque estoy segura de que en ese libro están las respuestas que busco, más aún, que todos buscamos.

—¿De verdad?!

Alguien llamó.

—Tu tía te espera abajo, Vainilla —dijo Devién abriendo la puerta—. Están en la Habitación de los Hechizos, si queréis os enseño el camino.

Estaba pálida y apenas se veía su resplandor.

—Gracias, Devién, bajo enseguida —contestó Vainilla poniéndose la capa.

El espejo de hielo



Dejé que las niñas se adelantaran un poco y me acerqué a Docesutilessoplosdeviento.
—¿Estás bien? —le pregunté—. Pareces cansada.
Ya no soy una hadita joven, querida amiga, y todo esto me quita las energías. Además, tengo un mal presentimiento.

—¡Oh, no! —exclamé—. ¿Respecto a qué?

—El Capitán.

—El médico dice que está un poco mejor.

—Sí, pero no me lo creo. Talbooth le estará engañando para quitárselo de encima. Le conozco, esa rapaz de mar es capaz de hacer cualquier cosa.

—Si quieres, mañana podríamos ir juntas a verlo, los chicos tienen que pedirle una cosa.

—Gracias, pero ya he ido, incluso he estado esta mañana y me ha echado. Ha dicho que cuando estoy allí le parece que hay una mosca en la habitación, y que ya es hora de que aprenda a no estar todo el rato a su alrededor. Estoy muy preocupada, Felí.

Entramos dentro de otro pasillo oscuro que terminaba en una pesada puerta de hierro.

—Hemos llegado —dijo.

La puerta daba paso a una pequeña habitación totalmente cuadrada. Una chimenea la iluminaba y calentaba, pero de todas formas Babú y yo sentimos un escalofrío: era, pues, una Habitación de los Hechizos de un Mágico de la Oscuridad. En comparación, la cueva de Tomelilla era un jardín soleado. En los cuatro rincones, cuatro armaduras muy viejas y oxidadas nos observaban a través de las aberturas de sus yelmos. No se veían a menudo en Fairy Oak. El techo era negro, y en tres de las cuatro paredes había estanterías con libros de un aspecto tan siniestro como el de las letras impresas en sus lomos. Picada por la curiosidad, leí algunos títulos y me horroricé: *Pudrición y degradación de lagunas muertas - volumen uno*; *Sombras lúgubres y lúgubres lamentos*, *Historia de los encantamientos negros - volúmenes dos y tres*; *Venenos y horrendas transformaciones a cargo del profesor Boletus Luridus*; *Mordiscos y heridas de zarpas y garras envenenadas*; *Lugares oscuros del valle de Verdellano y rincones prohibidos*, y el peor

de todos, *El Imperio de la Oscuridad: el declive de la Luz...* Me aparté molesta y pude notar que una parte de la librería se había reservado para los objetos que le encantaba crear a la bruja.

Doblar el metal era labor de los herreros y un hechizo fácil para un Mágico de la Oscuridad; de hecho, casi todos los herreros del pueblo eran Mágicos de la Oscuridad. Hortensia Polimón, sin embargo, era mucho más que herrera, era una artista, lo que ella conseguía hacer con el hierro no lo lograba nadie más: centros de mesa que parecían de encaje, ramas floridas, pajarillos tan detallados que se diría que una ráfaga de viento podría mover sus plumas. Obras magníficas, de apariencia delicadísima y ligerísimas.

—¿Cómo estás, Vainilla? —preguntó apenas entramos—. ¿Se te ha curado el brazo?

—Sí, gracias, tía Hortensia —contestó Babú mostrando que podía moverlo sin problemas. La bruja la observó con una expresión extraña, como si algo no cuadrara.

—¡Tu ropa, es eso! —dijo de golpe al cabo de un rato—. Te has vestido de una manera muy distinta a como acostumbras, con los pantalones y... —se interrumpió—. Te sientan bien, sí, muy bien.

Tomelilla no dijo nada, y tampoco cambió de expresión.

—Me llevo el libro y no te molestamos más —fue lo único que dijo. Y para mi gran sorpresa se dirigió hacia la estantería que tenía los títulos más siniestros. Los miró uno por uno y... cuando vi que tomaba precisamente aquel, el peor de todos, la boca se me abrió sola.

—No vas a venir, ¿verdad? —le preguntó Hortensia cuando ya estaba junto a la puerta.

—No —respondió Tomelilla.

—¿Pero por qué?

—Porque no sería bien recibida.

—Los estúpidos no quieren que vengas, ni los bellacos, los temerosos, pero ¿qué te importan? Estaremos nosotros, y nosotros te queremos, eres el pilar de la Asamblea. Si no vienes, ¿qué sentido tiene reunirse?

—Eres muy amable, Hortensia, pero no creo que haya estúpidos ni pilares en nuestro pueblo. Sólo personas que ya no se escuchan unas a otras. Si necesitas otra vez el libro, dímelo.



Cuando salimos de casa de los Polimón, la nevada arreciaba. Vainilla iba pensativa. Sin darse cuenta se acercó a la fuente de la plaza y se miró en el agua helada. De pronto, sin embargo, apartó la mirada y dio un paso atrás asustada. Tomelilla y yo nos detuvimos a observarla.

Babú esperó un instante. Luego se acercó otra vez a la pila. Apoyó las manos en el borde de piedra y, lentamente, respirando fuerte, se asomó. Repentinamente, abrió mucho los ojos y cerró los labios en una extraña sonrisa que, poco a poco, fue haciéndose cada vez más evidente. ¿Qué era lo que miraba? Curiosa, hice amago de volar hasta ella, pero Tomelilla me detuvo y, llevándose un dedo a los labios, me pidió que guardase silencio. Vainilla se reflejaba y sonreía. De vez en cuando, inclinaba la cabeza a la derecha, luego a la izquierda, escuchaba y su expresión era dulce y levemente melancólica. De pronto, rozó la superficie del hielo con una mano... ¡Cric!,

sonó la fina capa helada. Vainilla retiró el brazo.

—¡NO! —exclamó con pesar.

—Ven, tesoro, tenemos que irnos —la llamó en ese momento Tomelilla. Ella no se movió. Desesperada, buscaba con los ojos algo en la pila que antes estaba y ahora parecía no estar.



—Ven, Vainilla —repitió su tía tendiéndole una mano. Por fin, la joven bruja alzó los ojos, unos ojos angustiados y llenos de interrogantes. Pero Tomelilla no dijo nada que pudiese calmar su agitado corazón. Salvo aquella sonrisa... que todo lo decía y todo lo resolvía. Tomelilla sabía lo que había visto Vainilla. Y lo que pronto sucedería. Ella lo sabía.

Aquella noche, a Vainilla le costó conciliar el sueño. En la oscuridad, yo la oía dar vueltas en la cama y resoplar.

—Felí —me llamó de repente.

—Estoy aquí, Babú.

Se había sentado muy recta, apoyándose en los brazos estirados hacia atrás.

—Creo que ya no necesito el *Libro Antiguo* del Capitán —dijo como conclusión del pensamiento que debía de haberla tenido despierta hasta ese momento.

—Si tú lo dices, así será —repuse—. Está bien, no estás obligada a pedírselo.

—Sólo quisiera estar segura de lo que he visto.

—Si puedo ayudarte de alguna manera...

—Quizá puedas responderme a esta pregunta que me asalta desde que... —se interrumpió un instante—. Desde hace horas —dijo luego—. Según tú, Felí, ¿Luz y Oscuridad pueden ser una sola cosa? Quiero decir, ¿podrían unirse alguna vez..., fundirse? Tía Tomelilla siempre nos ha dicho que donde termina una empieza la otra, y que, como el día y la noche, ambas son necesarias, pero nunca en el mismo momento, porque una crea y la otra destruye. Pero hoy ha ocurrido algo...

—¿Qué? —pregunté.

Ella no contestó. Ni siquiera me oyó. Seguía sus pensamientos, buscaba la respuesta a aquella

extraña, incomprensible pregunta.

Silenciosamente, se volvió a tumbar en la cama y no volvió a despertarse el resto de aquella breve noche.

En casa del Capitán



—¡**T**e necesito! —exclamó Vainilla a la mañana siguiente mirando a Grisam a los ojos. Llevaba un rato esperándolo, andando de un lado a otro a lo largo del muro del colegio, sin preocuparse por las miradas curiosas de sus compañeros: algunos se habían fijado en ella por su manera de vestir, otros para ver cómo se encontraba después del enésimo ataque, otros porque estaba guapa, y otros, por último, porque la miraban los demás. También Scarlet Pimpernel la había observado y, naturalmente, había tenido algo que decir.

—¿Qué es lo que ven mis ojos, sabes que estás muy bien? ¿Sabe ella que te pones su ropa? Ah, ya, ¿cómo iba a saberlo? Pobrecita, no está.

—¿Qué quieres, Scarlet?

—Oh, nada, sólo te hacía un cumplido. Y mira, estoy de tan buen humor que voy a hacerte otro: en mi opinión, eres muy valiente. En tu lugar, yo ni saldría de casa. Tendría mucho miedo del Enemigo, parece como si sólo tuviera ojos para vosotras las Periwinkle. ¿De verdad te convertiste en un murciélago para huir de él?

—Dime qué quieres, Scarlet, tengo otras cosas que hacer.

—No, oye, tienes que contármelo, porque además mi madre tiene una teoría al respecto y esta mañana, antes de salir, se la ha explicado a mi padre. Le ha dicho: «Pancraccio, ¡tengo una teoría al respecto!». Y él: «¡Dime, luz de mis ojos!». Ella: «Escucha esto: en mi opinión, la pequeña Vainilla se salvó sólo porque la otra, Pervinca, intercedió ante el Enemigo y él, que ahora se fía ciegamente de ella, dejó que se fuera». Papá la ha mirado con los ojos entrecerrados, algo que a mi madre la enfurece, porque significa que no ha entendido nada. «Pancraccio, yo te quiero, ¡pero eres un anormal!», le ha dicho, con una paciencia que yo... puedes figurártelo.

—Te doy cinco segundos para que te largues, Scarlet —había mascullado entre dientes Babú. Pero Scarlet no había hecho caso.

—En fin —había continuado incansable—, lo que mamá quería decir es que, según ella, ninguna niña podría salvarse del Enemigo sin ayuda de un ejército de Mágicos o alguien muy poderoso que interceda por ella. Como mucho, podría rendirse y pasar al otro bando, como al

parecer dicen que ha hecho tu hermana. Pero yo no me lo creo, y mi madre es muy boba. Por eso, si tú me lo contases en detalle, yo...

—Ahora sólo te quedan tres segundos. Si, cuando pasen, no has desaparecido, te doy un puñetazo en un ojo.

—¿Cómo dices? —Scarlet no podía creer lo que estaba oyendo.

—Dos segundos... —contó Babú.

Nunca había visto a Vainilla así. Había estado todo ese tiempo apoyada en el muro con las manos a la espalda y la mirada, fría y segura, fija en los ojos de Scarlet.

—Tú... no te atreverías nunca a... —había tartamudeado la incordiante.

—Uno...

—Peor para ti, Vainilla Periwinkle, sólo quería ayudarte, pero ahora te juro que...

Vainilla había dado un paso adelante y Scarlet había salido corriendo.



—Qué susto me has dado, Babú —dijo Grisam—. Por un momento he creído que eras... En fin, vas vestida como ella y...

—¿Susto? Querrás decir «qué emoción» —le reprochó Vainilla.

—No, no, me has asustado saltándome encima tan de improvisto.

—Te necesito —repitió Vainilla.

—Debe ser importante. Dime...

—Necesito que me ayudes.

De pie delante de él, Vainilla le miraba de arriba abajo, y Grisam comprendió que se trataba de algo delicado. Se echó los libros al hombro y se inclinó amablemente hacia ella. Babú sintió que el corazón le latía con fuerza: nunca había estado tan cerca de un chico, ¡tan cerca de él!

Pervinca, en su lugar, se habría distanciado o le habría dado un empujón, porque no le gustaba que la abrazaran en público, ni siquiera su hermana. Ella, en cambio, no se movió. Bajó los ojos y dejó que Grisam la envolviera con su abrazo, y cuando la oreja del joven le rozó los labios para que así pudiera susurrarle su petición, las palabras le salieron sin timidez ni reticencias. Vainilla le puso al corriente de su plan.

—¿Lo harías por mí? —le preguntó al final.

Grisam se enderezó sonriendo y un tanto dubitativo.

—Babú, voy a ayudarte con mucho gusto —dijo ladeándose un poco el gorro para rascarse perplejo la cabeza—, pero creo que te equivocas. El Capitán no sabe ni que existo.

—Ahora te equivocas tú —respondió Vainilla—. Fíate de una Bruja de la Luz, nosotras sabemos qué es lo que ilumina el corazón.

—Seguro. Sólo temo que, cuando me diga que no, te quedes desilusionada.

—No te dirá que no.



Vainilla salió del colegio satisfecha y sonriente. No con la sonrisa agitada y febril de quien ama y descubre que es amado, claro, sino con la que se dibuja en los labios de alguien que ha vencido y se siente íntima y profundamente complacido. Y ella había ganado. No un reto, sino dos. Había demostrado a Scarlet que no tenía miedo de ella, e inmediatamente después se había encontrado entre los brazos del chico que más apreciaba en el mundo. Y sin embargo, ni por un segundo, durante aquel abrazo afectuoso, había sentido que le flaquearan las piernas. Cerca de Grisam se había descubierto frágil y delicada, y había sido una sensación muy agradable, pero el amor es otra cosa, por fin estaba segura: ya no le quería, y esto ponía en su sitio las cosas con su hermana de una vez por todas.

—Creía que el diario ya no te interesaba —le dijo camino a casa.

—Yo también lo creía, pero a mi cuadro le falta aún una parte para estar completo, y quizá en ese libro encuentre la última respuesta. Al menos así lo espero.

Había quedado con Grisam y Flox a las cuatro en nuestra casa, cuando hubiera terminado los deberes. Todos juntos iríamos a casa del Capitán y allí, después de haberse interesado por él como debían, le pedirían por fin el precioso diario.

Pero las cosas no marcharon según sus planes, ni siquiera aquella vez...

A las cuatro en punto, Grisam tiró una piedrecita a los cristales de nuestra ventana. Vainilla se echó rápidamente el abrigo y la bufanda de Pervinca, y juntas bajamos a avisar a Dalia y Tomelilla de que esperaríamos a Flox, su madre y su tía en el jardín.

Sin embargo, para sorpresa nuestra, al abrir la puerta vimos que Grisam no estaba solo, ¡le acompañaban Robin Windflowers y Acantos Bugle!

—¡Oh! —exclamó Babú—, ¡cuántos somos!

—Roble... Roble nos ha dicho que vais a casa del Capitán Talbooth y... ¡nosotros también queremos ir a verle! —dijo Pajarillo dando saltitos sobre uno y otro pie. Y Acantos le hizo eco:

—Mi madge ha dicho que según las hadas las que decidan si podemos entgag, después de habeg compgobado el estado de salud del pobge Capitán.

—Tu madre es muy sabia, Acantos —dije—. Ah, aquí están Flox y tía Hortensia, Rosie y... Billie Ballatel, Celastro Buttercup, su hermana Cecilia, Cicerbita Blossom, Elsa Marsinlake, Hibiscus Castle... El grupo crece.

—Santo cielo, ¿qué hacen aquí todos estos niños? —exclamó Tomelilla apareciendo en la puerta—. ¡Vamos a ver a un enfermo, no a celebrar un cumpleaños!

Luego, volviéndose hacia Vainilla, le preguntó en voz baja:

—¿Los has invitado tú?

Vainilla negó con la cabeza.

—Pero entonces...

—El... el Capitán es nuestro amigo —dijo el pequeño Windflowers—. Estamos seguros... estamos seguros de que le gustará vernos.

—Yo también estoy segura —respondió Tomelilla—, ¡pero no a todos a la vez!

—Pegdonad mi mala educación, que me impide callagme, hongosísima bguja Lala Tomelilla

—intervino el cortés Acantos—, pero me veo obligado a contgadecigos. En mi humilde pareceg, de hecho cuantos más seamos, más contento de vegnos se pondgá el Capitán.

—Pero...

—Os lo ruego, Tomelilla, no me preguntéis por qué, pero creo que Acantos tiene razón —dije interrumpiendo por primera vez a mi bruja—. Dejadlos venir al puerto y os prometo que sólo entrarán en la caseta si el Capitán da su consentimiento.

—Está bien —suspiró Tomelilla—. Que vengan, pues, pero sólo con esa condición.

En buena compañía, nos dirigimos, pues, al puerto.

Flox, Grisam y Babú caminaban deprisa agarrados del brazo y encabezaban la joven comitiva. Estaban emocionados, ¡y se notaba! Acantos iba justo detrás de ellos y, por querer seguir su mismo ritmo, tropezó varias veces.

—¡Quizá fuera mejor que le agarraras a él del brazo! —bisbiseó Vainilla al oído de Flox—. ¡Antes de que se rompa el otro brazo!

Flox tiró de ella y el grupito siguió su camino.

Cuando pasamos bajo el arco y desembocamos en la plaza del puerto, ¡la panda se había triplorredoblado!

—¿Y estos cuándo se nos han unido?

—No lo sé, Tomelilla —dije riéndome al ver a todos aquellos chicos emocionados que habían acudido desde quién sabe dónde y se habían vestido de fiesta para la ocasión.

—¿No pensarán de verdad que pueden entrar todos en la caseta del Capitán? ¡No cabrían ni apretados como sardinas en lata! ¡Oh, qué situación!

—Adelantaos vos, Tomelilla, y si...

No había terminado la frase cuando ya el pequeño Robin salía de la caseta gritando:

—¡No está!

—¿Cómo es eso? ¿Quién o qué no está? ¿Y tú cómo es que has entrado...? ¡Venga, dejadnos pasar!

Lala Tomelilla y Dalia se abrieron camino para entrar en la caseta, pero algunos jóvenes y veloces «corsarios» se plantaron delante de la puertecita azul.

—No está, ¿por qué perder el tiempo? Sería mejor buscarlo —dijeron decididos.

—¡Pero si estaba enfermo, tiene que estar!

—Está claro que se ha sentido mejor y que el médico le ha dado permiso para volver a su casa —supuso el altísimo Hibiscus Castle—. ¡Es una buena noticia!

—O bien se lo ha tomado por su cuenta, conociéndolo... Venga, abrid paso —replicó secamente Tomelilla.

—¡Un momento! —exclamó Grisam—. ¿No es aquel barco amarrado allá abajo el suyo?, ¿el *Santón*?

Los niños se volvieron todos a la vez, y el joven mago les hizo señas para que corrieran.

—¡Sí, es el *Santón*! —gritó aferrando el extremo del amarre—. ¡DEPRISA, JÓVENES FILIBUSTEROS, TODOS A BORDO!

Pensamos que estaban bromeando. En cambio... en menos que se tarda en decirlo, todos los

pequeños amigos del Capitán se habían subido al barco y se alejaban del muelle. Nadie remaba y, sin embargo, el barco se dirigía hacia la casa del Capitán.

—¡ALTO, ALTO! —gritaron a coro madres y tías.

—¡SI SU BARCO ESTÁ AQUÍ, NO PUEDE ESTAR EN SU CASA!

—¡ES CASI DE NOCHE, VOLVED!

—Te lo pido, Hortensia querida, síguelos —imploró la madre de Flox.

—¿De qué serviría? Cuando los hubiera alcanzado, ¡lo único que podría hacer con mis poderes es hundir el barco!

—Entonces tú, Tomelilla...

—Yo puedo calmar el mar por delante de ellos —bufó Tomelilla hecha una furia—. ¡E ir a pedir su barco a Meum!

—Es una buena idea —dije—. Nosotras, mientras, vamos a seguirlos. En realidad sólo son unos metros... Mirad, ya están bajando en el peñasco del Capitán.

El silencio



Grisam había arrimado el barco al pequeño muelle y Pajarillo había saltado para amarrarlo. Uno tras otro, los niños bajaban al minúsculo embarcadero que había construido el Capitán. Solamente uno permanecía sentado.

—¡Yo me quedo aquí y os espego!

—¿Por qué? ¿Tienes miedo, Acantos? —le preguntó Grisam saltando del barco.

—Es que está oscuro y no veo dónde pongo los pies. Y, si no veo por dónde voy, me caigo, y si me caigo, me gomo otra vez las gafas y mis padges se enfadan. Por eso me quedo aquí.

—Venga, yo te ayudo. Los demás no están mirando.

—Flox sí.

Grisam se volvió: Flox estaba en el embarcadero esperándolos.

—Id vosotros por delante, ahora os alcanzamos —le gritó el joven mago—. Pero esperad antes de entrar, yo también quiero estar.

Flox hizo un ademán y desapareció con los demás detrás de la casa, donde se encontraba la entrada.

—Ahora dame la mano, yo te guío —dijo Grisam.

—¿Y si me caigo al mar?

—Eres un mago, Acantos, si te caes al mar siempre puedes convertirte en pez.

—¿Y si viene un pez mayor?

—Te comerá y yo podré ir por fin con los demás.

—¿Estás enfadado conmigo, Grisam?

—No, Acantos. Pon un pie aquí...



La casita del Capitán era una diminuta construcción de piedra, encajada entre las rocas de un islote, aunque llamarlo «islote» era hacerle el mayor de los cumplidos, porque en realidad no era más que un peñasco.

«¡Dos habitaciones y un tejado rojo!», así describía su casa el Capitán.

Dos habitaciones, una encima de la otra: el Capitán vivía en la de arriba, porque en la de abajo entraba el mar. Con la marea, o con una ola, la planta baja se inundaba, un día sí y el otro también. Por eso estaba vacía. El Capitán únicamente dejaba en ella las escotas y algunas mangas de pesca, todo colgado del techo.

Los niños se agolparon delante de la puertecita, limpia y azul como la de la caseta.

—¿Entramos?

—No, tenemos que esperar a los últimos.

—¿Dónde se han metido?

Acantos se habrá caído al agua y Grisam estará salvándole la vida.

—¡No es verdad! —protestó Flox.

—¿Y entonces dónde están?

—Esperemos que se den prisa, ¡me muero de frío!

—Se me han helado los pies y me duelen las orejas.

—A mí también.

—Alza el farol, Vainilla, ¡aquí detrás está tan oscuro como boca de lobo!

—¿Creéis que el Capitán nos habrá oído?

—¡Claro!

—Entonces, ¿por qué no nos abre?

—Quizá no nos quiere ver en su casa.

—Las velas de arriba están encendidas.

—¡Aquí vienen!

Grisam llegó corriendo y se unió a Babú.

—No arméis ruido, ¿vale? —ordenó haciendo señas a los otros para que bajaran la voz—. No estamos seguros de que se haya curado. Acantos, pásame el otro farol.

Llamaron a la puerta. Una, dos, tres veces. A la cuarta, la puerta hizo «¡cloc!» y se abrió sola.

—Tal vez fuera mejor que nos adelantáramos nosotras —sugirió Devién.

—¡Capitán! —llamó Grisam asomándose.

Nadie respondió. Los niños se miraron unos a otros, dudando y con frío.

—¡Yo subo! —anunció Vainilla—. ¿Alguien viene conmigo?

—¡TODOS!

Grisam se puso de nuevo a la cabeza y una serpiente de niños bisbiseando se puso a trepar por la estrecha escalera de caracol.

Sin embargo, al llegar ante la puerta de la habitación del Capitán se volvió a repetir la escena: tocamos, voceamos y nadie respondió.

Vainilla empujó la puerta:

—¿Capitán?

El resplandor de un farol alumbraba apenas la habitación.

El mismo orden, la misma noble sobriedad, la misma discreta elegancia... Como la caseta, la habitación del señor William Talbooth parecía el camarote de un auténtico capitán. Y si no era así,

si Talbooth no había sido nunca capitán de alguna Marina Real, el espíritu sí que lo tenía.

¡Y toda la parafernalia!

Cabos y sogas tan gruesas como para amarrar un navío, una preciada vajilla, estandartes de seda, estatuas y cajas de madera finamente decoradas, libros de navegación encuadernados en cuero, gigantescos atlas, cartas náuticas, binóculos, sextantes..., pero ¿acaso algún pescador tenía esas cosas? Al igual que en la caseta, todo estaba mezclado con redes de pesca y cubos, mangas y anzuelos, remos y achicadores, pero todo en su sitio, limpio y lustroso. Vainilla y Grisam se detuvieron: en el fondo de la estrecha habitación, justo al lado del farol, estaba la cama del Capitán. La había hecho dentro de una vieja lancha de salvamento, quizá de la fragata *Isabella II*, que el Capitán había sujetado colgando del techo.

—El mar le había acunado durante años —susurró Devién con un hilo de voz—, el Capitán no habría podido dormir en una cama quieta.

Los niños se acercaron despacio y lo rodearon. Grisam se quitó el gorro y los demás le imitaron.

—¿Está durmiendo? —preguntó la pequeña Sophie.

—Sí —respondió Devién haciéndole una caricia—. Nuestro Capitán se ha dormido para siempre.

A las niñas se les escapó un sollozo, y también a Acantos y al pequeño Pajarillo. Grisam, con el gorro apretujado entre las manos, bajó los ojos.

—Quieres... quieres decir que está...

—Se ha ido —dijo Devién con una lágrima—. Pero no debéis poneros tristes. ¿Le veis? Está sonriendo. Probablemente esté surcando las olas del océano en busca de una ballena o de algún pirata.

—¿Y no vamos a volver a verle?

—Oh, sí, todas las veces que queráis. Sólo tendréis que cerrar los ojos y recordar su voz ronca, su barba hirsuta y blanca, su boca desdentada, su enorme barriga y sus manazas como esculpidas en madera...

Devién se calló. La emoción le impedía seguir hablando. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener las lágrimas, que sin embargo caían de forma abundante por las mejillas de los jóvenes amigos del Capitán.

—Recordarlo no será como estar con él aquí —se lamentó Cecilia Buttercup, la hermanita de Celastro.

—Los recuerdos no te hacen reír.

—Y tampoco dan miedo, como daba él.

—Y no saben contar historias.

—Y además, los recuerdos se olvidan.

A esas palabras siguió un largo silencio sólo interrumpido por los sollozos. Alguien, de vez en cuando, alzaba un poco los ojos y lo miraba a hurtadillas, restregándose la nariz con la manga. «Su». Capitán, que no hacía mal ni a una mosca y había visto salir el sol en los mares del Sur, había capturado calamares gigantes y había cortado las olas de las borrascas con la proa de su

nave. Todo era verdad, ahora estaban seguros. Porque es así como se va un capitán: en silencio y con una sonrisa de orgullo.

Y así se había ido él, acunado por las olas de los recuerdos que iban y venían, consolado por la certeza de haber hecho el bien o, al menos, de intentarlo. Como un héroe.

Vainilla abrazó a Grisam y estalló en un llanto apagado. El joven mago la estrechó con fuerza y cerró los ojos.

—Venga, vámonos —dijo tomando a Vainilla de la mano y enjugándose rápido las lágrimas—, dejémosle tranquilo.

De puntillas, con la cabeza gacha, los chicos abandonaron la habitación. Bajaron silenciosamente la escalera y se reunieron fuera, entre los arbustos de brezo y las retamas cubiertas de nieve. Grisam tiró de la puerta tras de sí y, con la linterna en alto, inició el camino hacia el embarcadero.

Al volver la esquina de la casa vieron acercarse una luz y oyeron unas voces que procedían del mar.

—Es mi padre —dijo Vainilla con un tono neutro—. Y el señor McDale. Me parece que vienen a reprendernos.

—¡Aquí están! —exclamó Cícero—. Pero... QUEDAOS AHÍ, NO SUBÁIS TODOS AL BARCO, PODRÍAIS VOLCAR. NOSOTROS VAMOS A BUSCAROS.

—Se ve que no te conocen —susurró Pajarillo al *Santón* mientras lo desamarraba—. Tú no vuelcas nunca..., no con nosotros a bordo.

Los dos hombres arribaron al peñasco y Cícero saltó al embarcadero como si hubiera un incendio en el islote.

—¿Se puede saber cómo se os ha ocurrido? ¿Queréis que nos preocupemos todavía más? ¿Es que no tenemos ya bastantes problemas? ¡Santo cielo!, ¿dónde están Hortensia y Duff? ¡Tenían que estar aquí desde hace rato!

—Aquí estoy —exclamó el señor Burdock a nuestra espalda.

—¡Tío Duff! ¿Cuándo has llegado? —preguntó Grisam asombrado. La expresión de Duff Burdock era la de quien ha visto y comprendido todo.

—No los regañes —dijo de hecho al señor Cícero—. Creo que están algo conmocionados y tristes.

Cícero no necesitó más para entenderlo.

—¿Es lo que imagino? —preguntó.

El señor Burdock asintió.

—¿Dónde está Hortensia?

—Ha ido a avisar a los demás. Devién está con ella.

Cícero hizo una caricia a Vainilla y se volvió al amigo que se había quedado en la barca:

—Meum, ¿llevas tú a los niños a tierra? Yo me quedo un momento aquí con Duff. Volveremos en el *Santón*. ¡Un momento! ¿Cómo es que su barco estaba en el pueblo si él estaba aquí?

—¡Porque es un barco mágico! —respondió Pajarillo—. Me parece que todavía hay muchas cosas que no saben del Capitán.

Los dos hombres no respondieron.

Meum McDale hizo subir a los niños a la barca y cuando estaba a punto de separarla del muelle, Grisam se dio cuenta de que Pajarillo se había quedado en tierra.



La confianza cura el tartamudeo



—¡E sperad, falta Robin! —gritó Grisam.
—¿Qué hace, por qué no viene?
—¡Ánimo, Pajarillo, salta! —gritaron los demás. Robin, sin embargo, no se movía. Apretaba entre las manos el cabo del *Santón* y lloraba.
—Voy yo —dijo Grisam.
—¡No, quédate donde estás! —gritó Pajarillo, que le había oído—. ¡No voy con vosotros, no voy a dejarlo solo!
—¿Pero de quién habla?
—Del barco del Capitán.



Resulta que Talbooth había elegido a Robin como su grumete.
«... ¡Tú, ven, lávalo! Está lleno de algas y escamas. Después ávalo a aquel amarradero de allí, es el sitio que más le gusta. Haz tu trabajo, chico, y un día te llevaré a pescar».
Pajarillo se había vuelto loco de alegría. Y había puesto tanto empeño en su trabajo que un día el Capitán, como premio, lo había llevado de verdad a pescar, y también al día siguiente, y al otro.
Le había enseñado a pilotar y atracar, a anclar con corriente y a maniobrar cuando había que echar las redes.
En el *Santón*, Pajarillo había aprendido a volar y, ahora que el Capitán ya no estaba, sentía que aquel viejo cascarón era suyo por derecho propio.
—Prometo que haré todo lo que pueda para ayudarte a que el *Santón* sea tuyo, Robin. Mañana mismo. Pero ahora, sube al barco —dijo Grisam tendiéndole la mano.
Pajarillo retrocedió.
—Nunca me lo darán, soy pequeño, un alfeñique y...
Grisam abrió de par en par los ojos.
—¡Pajarillo, ya no tartamudeas! ¡No tartamudeas!

Tan estupefacto como nosotros, el pequeño Robin dejó de llorar y abrió mucho los ojos.

—¡Ahora eres un verdadero marinero!

Robin volvió a mirar el barco, lo aseguró a una estaca y siguió a Grisam a la embarcación. Los niños se levantaron y dieron orgullosas palmadas en sus hombros, alguno hasta le estrechó la mano.

—¡Bravo, alfeñique!

—¡Enhorabuena, Pajarillo!

—¡Ahora eres mayor!

—El Capitán estaría orgulloso de ti, Robin Windflower —le dije—. Ven, siéntate aquí.

En el puerto, fuimos recibidos con abrazos silenciosos y sonrisas conmovidas. Los mayores se mostraron cariñosos y comprensivos, y nadie pensó en reprender a nadie. Es más, los padres estrecharon contra sí a sus hijos y una profunda emoción nos unió de nuevo unos a otros como no sucedía desde hacía mucho tiempo.

—Pobre hombre, qué triste va a ser no verlo más en su barco —decía alguno. Y otro respondía:

—Eh, sí, vamos a echarle de menos.

Las voces se mezclaban unas con otras, como antes.

—¿Quién se ocupará del funeral?

—Lo hará el alcalde.

—Qué noticia tan triste, ¿verdad, Prímula?

—Ni que lo digas, qué afligida estoy y qué mal me siento, querida Jane...

Quién habría dicho que el viejo Capitán tuviese tal poder.

Después de besarla en la frente y abrazarla con fuerza, Dalia abrigó a Vainilla con su chal y quiso tomarla de la mano cuando...

—¡Pampuria! —exclamó Babú.

—¿Quién?

—¡La gata del Capitán! ¡No estaba en su casa! Estará sola y habrá ido a la caseta a buscarlo...

¡Tenemos que encontrarla!



La buscamos por todas partes, entre los barriles de grog del Capitán, detrás de los arcones, entre los cojines, movimos incluso el aparador. Mejor dicho, Vainilla y yo la buscamos, porque Dalia y Tomelilla estaban sorprendidas ante tanta maravilla.

—No habíais estado nunca en la caseta del Capitán, ¿verdad? —preguntó Babú con una sonrisita guasona sin dejar de buscar—. Gatitaaaa... ¡Ps, ps, ps!... ¿Dónde estás?

—Es... ¡es increíble! —exclamó Dalia.

—¿Otra vez esa palabra? ¿No pensáis, en cambio, que ha llegado el momento de empezar a CREER un poco? Era capitán, ¡desconfiadas, que sois unas desconfiadas! ¡Un auténtico, honorable y experimentado Capitán de la Marina Real de no sé qué majestad! Ven, Pampuria, gatita, gatita...

¡No está! A lo mejor está fuera...

—¿Por qué no nos lo dijo?

—¡Sí que os lo dijo!

—Pero nunca con detalles. Bueno, murmuraba cosas raras y nunca recordaba nada preciso...

—Sí, es verdad, la memoria no era su fuerte. Pescar se le daba mejor, y también contar historias y ser bueno, generoso, valiente... Gatitaaa...

—Yo me he quedado muda. ¿Pero por qué, si nos apreciaba tanto, nunca nos dejó entrar aquí?

—Puede que, a fin de cuentas, no nos apreciara tanto —dijo Tomelilla.

—Oh, no me lo creo. Todo el mundo quiere ser reconocido por lo que es...

—No le importaba hacérselo saber a NOSOTROS, Dalia. ¡A ellos sí se lo dijo!

Buscamos a Pampurria media hora más. Hacía mucho frío y ya era muy tarde. Prometí solemnemente que volveríamos al día siguiente, y también al otro. Pero sólo cuando Dalia abrió una lata de sardinas y la puso bien a la vista junto a un cuenco de agua limpia, Vainilla aceptó regresar a casa.



Mientras abajo preparaban la cena, fui a calentar el agua para el baño y extendí una falda limpia para mi niña triste.

Vainilla estuvo en el agua casi una hora. Eso sucedía a menudo desde que había aprendido la magia: convertía las gotitas en burbujas ligeras que volaban por el aire y las ocas de corcho con las que jugaban de pequeñas de repente se ponían a nadar con ella en la bañera salpicando y sumergiéndose con la colita hacia arriba, como hacen en los estanques cuando buscan comida entre las algas.

Ver a Vainilla darse un baño era todo un disfrute.

Cuando llegó la hora de acostarse, Babú me pidió que le contara una historia.

—¿Quieres que te cuente la de tu nombre? —le pregunté. Solía gustarle escuchar cómo había acabado llamándose así, y de hecho dijo:

—Sí.

El nombre de Vainilla



Era el 31 de octubre y el cielo anunciaba frío y nieve. Pervinca había nacido doce horas antes y de ti no sabíamos nada todavía. El doctor Chestnut, sin embargo, nos lo había advertido: «Llegará, ya lo veréis, no le metáis prisa». Y así fue, ¡a medianoche en punto apareciste! Eras muy graciosa y sonreías, y ya que el nombre de Vi lo había elegido mamá Dalia, papá Cícero decidió que el tuyo lo elegiría él.

«Siempre que sea el nombre de una flor», le dijo tía Tomelilla. Pero él, impasible, replicó: «Esta niña llevará un nombre de mi familia, y será el de mi madre: ¡Asdrúbala!».

Tomelilla dio un respingo.

«¡Pues será sobre mi cadáver!», gritó mamá Dalia desde el dormitorio.

«¿Por qué, qué tiene de malo?», preguntó papá.

«¡Todo!», le respondió tía Tomelilla.

«Es un nombre precioso, pero si no os gusta, entonces llevará el nombre de mi abuela, ¡Grisamunda!».

Tomelilla dio un respingo mayor que el anterior: «¿Quién os puso los nombres, una araña borracha?», preguntó.

«¡No te consiento que digas eso, Tomelilla!», voceó papá. «Fijaos en los nombres de vuestra familia: Gerbera, Saxífraga... ¿Es que acaso son bonitos?».

«Pero, querido Cícero, es muy probable que tu hija sea una bruja, tiene que llevar el nombre de una flor».

«¡Anasaura, como mi tía!», insistió papá.

Tía Tomelilla lo rechazó:

«¡Alhelí, como nuestra madre!».

«¡Esterulda, como la prima de mi abuela!».

«¡Margarita, como la abuela de mi prima!».

«¡Fedora, como la tía abuela de mi padre!».

«¡Violeta, como nuestra tatarabuela!».

«¡Ofélida, porque es guapa como mi hermana!».

«¡Cereza, porque es redondita y blanda!».

«¡Soledad, porque es luminosa!».

«¡Magnolia, porque es clara y delicada!».

«¡Vanesa, porque será ligera como una mariposa!».

«¡Manzanilla, porque es dulce y tranquila!».

«¡VAINILLA!», exclamó Dalia en aquel momento. Los dos contendientes se miraron fijamente

unos minutos y, al no encontrar nada que oponer, bajaron la guardia y llegaron a un compromiso:

«¡De acuerdo, se llamará Vainilla!», concluyó Cícero.



Cuando terminé, Vainilla estaba seria. Normalmente, aquella historia la hacía troncharse de risa.

—La echo de menos, Felí —susurró—. Sin ella, nada es bonito, ni interesante, ni divertido. Perdona, creo que me voy a dormir, estoy muy cansada y muy triste.

—Ha sido un mal día, pequeña mía, otro más —dije remetiéndole las mantas y haciéndole una caricia—. Pero pasarán.

La acaricié hasta que cerró los ojos y su respiración se volvió pausada y regular. Aquella noche, por primera vez, me habría saltado de buena gana la Hora del Cuento: yo también me encontraba muy cansada, y estar allí, junto a Vainilla, en la tibieza de nuestro cuarto, con la nieve cayendo fuera, era dulce y tranquilizador, y sentía que no deseaba nada más.

Poco antes de medianoche, en cambio, nuestra puerta se abrió. Una franja de luz iluminó la cama vacía de Pervinca y me traspasó el corazón.

—Ya voy, Tomelilla —dije.

—No soy Tomelilla, soy Cícero. Felí, aumenta un poco tu resplandor, no quisiera tropezar en este desorden.

Cuando el señor Cícero se acercó a la cama, vi que tenía en las manos una manta enrollada y que estaba emocionado.

—¿Puedo despertarla? —susurró.

—Sí... sí, claro. Siempre se alegra de veros.

—Oh, no, no es por mí.

Cícero abrió la manta y un gato saltó a la cama de Babú.

—¡PAMPURIA! —exclamó Babú.

—Estaba aterida de frío y hambrienta —explicó Cícero—. Mamá le ha dado un pescadito y ahora te toca a ti hacerla entrar en calor.

Vainilla estaba loca de alegría. Tomó en brazos a la gatita y la estrechó contra su corazón.

—Con lo que la hemos buscado. ¿Dónde estaba?

—Bajo las mantas del Capitán, ¡dormía a su lado!

—¡Qué alegría! Gracias, papá, no sabes el regalo que me acabas de hacer. ¿Podemos quedárnosla? ¡¡Por favor!!

—Ahora es nuestra; bueno, vuestra. Cuidadla bien y, de vez en cuando, llevadla al ático.

—Oh, no, podrían entrarle ganas de comerse un ratón y no queremos que haga eso. ¿Verdad que no queremos, gatita?

«¡Miau!», dijo Pampurria frotando su hociquito contra la barbilla de Vainilla. Cícero alzó los ojos al cielo: ¿de qué servía tener un gato si no cazaba ratones?

—Mañana le haremos una camita, hoy dormirá conmigo. ¿Puede, papá? Quiero decir, ¿puede dormir sobre mi cama?

—Si a ti no te molesta. Lo importante es que tú puedas dormir. Ahora a mimir, venga.

—¡Qué cara va a poner Pervinca cuando la vea! No te metas con su araña, ¿eh? Como lo hagas, esa bruja te convertirá en un sapo en cuanto vuelva.

Oí el profundo suspiro de Cícero, como si se hubiera deshinchado de la cabeza a los pies.

—Buenas noches, hijita.

—Buenas noches, papá.

—Ah, Felí, casi me olvido —dijo Cícero ya en la puerta—. Tomelilla me ha pedido que te diga que está en el invernadero, pero que, si estás cansada, lo entenderá. Estará allí una hora todavía.

—¿Papá? —dijo aún Vainilla.

—¿Sí, cariño?

—¡Era un auténtico capitán!

—Jamás lo he dudado, Babú. Ahora duerme.

Noticias de Shirley Poppy



A las doce en punto de la noche volé al invernadero. Después de lo que me había dicho el señor Cícero, me sentía más que obligada a bajar. Los últimos acontecimientos habían convertido la Hora del Cuento en un hecho casi excepcional y, aunque estaba cansada, me habían entrado muchas ganas de ver a mi bruja.

—Oh, Felí, qué bien que has venido, me parece como si no te viera desde hace mucho tiempo —me saludó Tomelilla nada más entrar.

—A mí también me hace feliz, Tomelilla —dije—. ¿Puedo?

Ella dijo que sí con la cabeza y yo volé a sentarme entre los pliegues de su chal.

—¿Vainilla se ha dormido?

—Sí, abrazada a la gata del Capitán. ¡Si hubieseis visto qué contenta estaba!

—Me lo imagino. Yo también me alegro de que la hayamos encontrado. ¿Tú cómo estás?

—Estoy un poco desorientada —respondí— y también un poco triste y preocupada, y tengo una cosa que contaros.

—Dime.

Puse al corriente a Tomelilla de lo que Vainilla pensaba respecto al *Libro Antiguo* y de su intención de pedírselo al Capitán.

—No creía que hubieran comprendido la importancia de esa antigua historia. Y mucho menos imaginaba que el Capitán tuviera en su poder el segundo volumen. Traes noticias extraordinarias hoy, Felí —exclamó y me ruboricé halagada—. Está bien que Babú pueda tener ese misterioso diario, crucemos los dedos para que sea de verdad como decís. Aunque...

—¿Aunque?

—No será fundamental.

—¿Qué queréis decir, Tomelilla?

—Vainilla sabe ya mucho y ha tenido ya la respuesta que busca, sólo que no lo sabe. ¿Sabes que he visto a Shirley?

—No —dije, disgustada porque hubiese cambiado de tema—. ¿Cuándo?

—Mientras rastreaba el valle con Duff. Llegamos hasta la granja de los Poppy y nos detuvimos a ver cómo estaban Shirley y su pequeña familia.

—¿Y están bien?

—Edgar me dijo que oyen mucho movimiento en el bosque por la noche y que por la mañana encuentran huellas de caballos y hombres.

—¿Hombres? ¿No monstruos?

—Él ha dicho «hombres». Tienen miedo, pero no pueden abandonar la granja, así que le dije que, si quiere, volvería para traerme a Shirley y que estuviese un tiempo con nosotros en el pueblo.

—Oh, sería sublimagnífico, Tomelilla. ¡Vainilla se pondría tan contenta! ¿Cuándo iréis?

—Mañana, si puedo, en todo caso lo antes posible. Se siente tan sola. Si vieras lo que ha hecho... —Tomelilla sonrió y movió la cabeza.

—¿Qué ha hecho? ¡Decídmelo!

—Ha fabricado veinte, ¡veinte muñecos de nieve!, Felí, cada uno distinto, repartidos por toda la granja. Y los ha vestido con los trajes de escena de su papá y su mamá. Nunca había visto un espectáculo parecido: hay una gitanilla, una princesa, un caballero... «Son mis amigos», me dijo. Y luego me explicó sus nombres: «Tina Corazoncálido, Pippy Pequeñasorejas, la señora Cabezaredonda, el amable señor Narizdezanahoria...».

—Es una niña muy especial, ¿no os lo parece, Tomelilla? —dije.

Ella asintió.

—Quizá más de lo que imaginamos, querida hadita. ¿Qué hora es? Vaya, se ha hecho tarde y tú estarás agotada.

—¿Cuándo será el funeral del Capitán? —pregunté mientras la ayudaba a quitarse el delantal—. A Vainilla le gustaría ir.

—¡Debe asistir! Será mañana por la tarde.

—¿Sabíais que era un auténtico capitán?

—Sabía que era una excelente persona, Felí, un buen pescador y el mejor conocedor del mar que he conocido nunca. Su rango no me interesaba.

Subimos la escalera en silencio.

—Buenas noches, Tomelilla —dije en voz baja entrando en la habitación de las niñas. Ella no contestó. Estaba absorta en sus pensamientos y siguió subiendo hacia su cuarto.

Vainilla dormía sobre un costado, con la gatita enroscada en el hueco de su abdomen. Fuera nevaba. Volé hasta mi ovillo pensando que, si Pervinca hubiera estado en su cama, habría sido una de las noches más perfectas de mi vida. En cambio... Tomé el diario: malos y tristes pensamientos volvían ya a mi mente cuando, de improviso... ¡toc, toc!, sonaron los tacones de Tomelilla en la habitación de arriba. Alcé los ojos y, sonriendo, le di las gracias por existir.

El funeral del Capitán



Al primer toque de campanilla, los niños se precipitaron a la plazoleta del colegio.

—¿Os habéis enterado de la hora del funeral del Capitán? —preguntó Acantos.

—Hay por la tarde, a las cuatro —le contestó Vainilla.

—¿Vais a ir?

—¡Claro! —exclamó Grisam—. ¡Vamos a ir todos! Y lo despediremos a nuestra manera.

—Nosotros no podemos —dijo Tommy Corbirock—. Nuestros padres creen que es demasiado peligroso salir del pueblo y han dicho que quieren que nos quedemos en casa.

Su hermano Francis dio un puntapié a una piedra y gruñó que era una injusticia.

—Pajarillo, ¿tú?

—Sin problemas.

—¿Podrás salir unos minutos antes que tu familia?

—Sí, creo que sí.

—¿Y tú, Flox?

—Lo intentaré.

—Celastro, ¿tu hermana y tú podéis venir?

—Creo que sí, no nos han dicho nada.

—Billie, ¿sabes lo que tienes que traer?

—Claro que sí, jefe.

—¿A alguien más le han prohibido salir de casa?

La pequeña Sophie alzó la mano, y también las hermanas Ruth y Rhiannon Biggerwalton.

—Mmm... —meditó Grisam—. Habrá que organizar bastantes fugas, pero nos las arreglaremos. Escuchad qué es lo que tenéis que hacer...

Los niños formaron un corro y Grisam les susurró el plan que tenía en mente:

—Quien no pueda venir, esperará a que sus padres hayan salido. Pajarillo y yo nos aseguraremos de que van a ponerse en fila con los demás adultos detrás del carruaje fúnebre y luego vendremos a llamaros. No os mováis hasta que nos oigáis, ¿vale?

—¡Vale! —respondieron a coro.

—Vosotras no seréis sus espías, ¿verdad, haditas? —me preguntó Sophie.

Miré a Devién.

—No, no lo seremos. Estamos con vosotros —dije.

—¿Todas?

Hubo un rápido intercambio de miradas entre Pic, Lolaflor, Ditemí, Talosén y las demás.

—¡Todas! —confirmó Pic.

—Debemos darnos mucha prisa para estar en nuestra posición cuando llegue el carruaje —siguió diciendo Grisam— y, teniendo en cuenta que algunos de vosotros no podrán salir hasta que se hayan ido sus padres, tendremos que darnos el doble de prisa.

—Pero ¿dagnos p gisa en qué, si puedo p geguntaglo? —quiso saber Acantos, y los niños se volvieron a mirarle.

—¿Todavía no lo has entendido?



En su cuarto, Vainilla encontró el vestido para la ceremonia que le había elegido Dalia.

—¿Tengo que ponerme este? ¿No puedo llevar los pantalones de Vi? Empezaba a sentirme a gusto con su ropa, es más cómoda y, para el funeral, sería más adecuada.

—¿Por qué?, ¿es que este vestido no lo es?

—No, bueno, sí, pero no para este funeral.

—Ah, entiendo, es un funeral de pantalones.

—En cierto sentido, sí. Y llevar su ropa será como llevar un pedacito de ella. Oh, Felí, ¿por qué no está aquí? Habríamos llorado juntas, o a lo mejor sólo habría llorado yo y Vi me habría consolado, y luego yo a ella con mi charla, porque a Vi le gusta lo que digo, se ríe, lo sé. Aunque de vez en cuando refunfuña, pero lo hace porque ella es así, como tía Tomelilla, no muestran sus sentimientos, pero los tiene, y muy profundos... —dijo conmovida—. ¡Quiero a mi Vi, aquí, ahora, conmigo! —y sollozó.

Estaba sentada en la cama abrazada a la gata, y yo no podía hacer otra cosa más que estar junto a ella y acariciarla esperando a que se le pasara.

A las tres y media, una piedrecita en los cristales nos avisó de que había llegado la hora de bajar.

—¡Yo me voy ya! —gritó Vainilla saliendo. Pero Dalia la retuvo.

—No pensarás ir sola al cementerio.

—No, no, ni pensarlo. Es que... ya estoy lista y Grisam está ahí afuera, ¿quieres verle?



—Deja que se vaya, Dalia —intervino Tomelilla—. Duff ha intensificado la ronda y algunos Mágicos vigilarán con él el camino hasta el viejo cementerio.

Dalia suspiró.

—Está bien, vete, pues, pero no te alejes mucho.

Mientras en las casas las madres cepillaban el traje oscuro de sus maridos y, en la calle que llevaba al puerto, los hombres se repetían, susurrando, los trabajos que quedaban por hacer, los niños empezaron a salir.

—¡Vamos! —dijo Grisam tomando a Vainilla de la mano. Se adentraron en las callejuelas y, tan rápidos como ratones, se perdieron de vista.

Pocos minutos antes de las cuatro, los adultos dejaron sus casas y llenaron las calles. Las mujeres, con la cabeza cubierta y del brazo de los hombres para no resbalarse en la nieve, llevaban ramos de flores invernales y bayas. El carruaje con el Capitán esperaba en la plaza grande y, como Grisam había previsto, los adultos se estaban alineando justo detrás.

—¡Ahora! —susurró el joven mago—. Vamos a buscar a los demás, ¡rápido!

El cortejo fúnebre empezó a moverse y, lentamente, salió de la plaza. Una rama de Roble se deslizó levemente sobre el sobrio ataúd poco antes de que el carruaje doblase por la calle que conducía a las montañas y al antiguo cementerio donde reposaban «aquellos que había antes». Algunos muy ancianos, o imposibilitados para caminar, asistían al paso del Capitán desde sus ventanas, los hombres con la cabeza descubierta, las mujeres con las manos puestas sobre el corazón.

Cuando la gran puerta se abrió para dejar pasar el carruaje, algunas madres, entre ellas Dalia, empezaron a mirar alrededor preocupadas. En ese momento, uno de los niños apareció por una callejuela y, corriendo como una liebre, adelantó al cortejo y al carruaje. Lo mismo hicieron Vainilla y Grisam, y después Tommy Corbirock y su hermano Francis, Acantos y su hermana

Cloudy, Celastro y Melisa Buttercup, Ruth y Rhiannon Biggerwalton, la pequeña Sophie arrastrada por Pajarillo... Corrían hacia el cementerio, por el páramo nevado, para preceder a su Capitán. Y todos llevaban lo mismo.

Al llegar ante la antigua y negra verja, la abrieron de par en par y, sin decir una palabra, se alinearon en dos filas perfectas a ambos lados del camino.

Cuando el carruaje apareció por la última cuesta, un grito resonó en el aire:

—¡FIIIR... MES!

¡Clac, clac!, se oyeron los pequeños tacones.

—¡HONOR AL CAPITÁN WILLIAM TALBOOTH! —gritó orgulloso Grisam. Al oír esas palabras, una solemne hilera de remos formó un pasillo a lo largo del recorrido, un remo delante de cada joven rostro.

Inmóviles y serenos, esperaron a que el carruaje pasara, mientras la trompeta de Billie Ballatel tocaba la marcha fúnebre.

El cortejo superó lentamente la verja y, poco después, el ataúd fue depositado sobre la nieve.

La gata Pampuria, que hasta aquel momento había permanecido tranquila en brazos de Cícero, saltó al suelo y se acercó al féretro. Luego hizo amago de dar un paso hacia Vainilla.

—Ve, no me importa —le dijo Babú con lágrimas en los ojos—. Ve con él, si quieres. Fue tu amo durante mucho tiempo, es normal que quieras despedirte.

La gatita dio un saltito en señal de gratitud y volvió con el Capitán.

Mientras las mujeres depositaban las flores junto a la bella lápida y los hombres se quitaban el sombrero, el alcalde comenzó su discurso.

Fue en ese preciso momento cuando Babú sintió un escalofrío. Se volvió instintivamente, como si alguien la hubiese llamado, y, sonriendo de una manera muy dulce, extendió despacio una mano hacia donde no había nadie.

—¿Estás aquí? —susurró.

La Asamblea de los Jóvenes Sabios



De vuelta del funeral, los niños se reencontraron en la plaza. Uno tras otro, fueron a sentarse bajo las ramas de Roble, que enseguida los agobió a preguntas: el viejo árbol quería saber si todo había salido bien, si el lugar reservado al Capitán era agradable, si desde donde estaba ahora se disfrutaba de la vista del mar, como le habría gustado... Los jóvenes asentían y alguno dio incluso una breve respuesta, pero ninguno tenía ganas de hablar.

Fue Acantos quien rompió el silencio:

—Ahoga que él ya no está, ¿qué haguemos los domingos póg la mañana?

Los niños suspiraron.

—Le echaremos de menos, y no sólo los domingos. Con él nos divertíamos mucho.

—¡Éramos sus corsarios!

—Y aún lo sois —dije—. Y si queréis saber lo que pienso, creo que deberíais hacer lo que hacíais cuando él estaba.

—¿El desfile? ¿Y a quién se lo hacemos? —preguntó Flox—. Los demás pescadores no aguantan las bromas como el Capitán.

—Y no cuentan bonitas historias.

—Lo que quería decir Felí es que deberíais seguir siendo el gran grupo que sois ahora —intervino Devién.

—Es decir, que deberíais jugar todos juntos más a menudo —explicó Pic.

—¿Y cuándo? ¿Dónde? Si no podemos dar ni un paso a ninguna parte...

—Podríais quedar para contaros historias uno por uno —sugirió Talosén.

—Y cuando todo haya terminado, podríais organizar excursiones aventureras por el valle.

—Salvar animales en peligro.

—Descubrir lugares desconocidos.

—¡Las hadas tienen razón! —exclamó Grisam saltando desde una rama—. Éramos la tripulación del Capitán, ¿cierto? Él hizo que nos juntáramos y nos enseñó muchas cosas. Si ahora nos separamos, sería como olvidarle.

Los niños parecían estar de acuerdo.

—Seremos una pandilla, ¡la Banda del Capitán! Unida y compacta como la tripulación de un velero. ¡Quien esté de acuerdo que levante la mano!

—¡Yo! —exclamó Vainilla y, después de ella, Flox, Pajarillo, Nepeta, incluso la pequeña Sophie...

—¡Yo!

—¡Yo!

—¡Yo! —respondieron los niños.

—¡Uno paga todos y todos paga uno! —gritó Acantos.

—¡Todos para uno y uno para todos! —repitieron los demás.

—¿Y qué haremos? —preguntó Francis Corbirock.

—¡Lo que hace una pandilla!

—¿Y qué hace una pandilla?

—Se reúne y...

—¿Dónde?

—Francis tiene razón, deberíamos tener una guarida secreta —dijo su hermano Tommy.

—¡La caseta! —sugirió Grisam—. Mientras esté vacía, podríamos reunirnos allí.

—Y SI QUERÉIS UN POOCO DE SOOOMBRA, SIEEEMPRE PODÉIS ENCONTRAAAROS AQUÍII —dijo Roble—. A MÍII ME ENCANTARÍIIA Y GUARDARÉEE VUEEEESTROS SECREETOS, LOOO PROMEEETO.

—Está bien —dijo Grisam—. Este será nuestro segundo lugar de reunión, aquí nos encontraremos cuando no llueva ni nieve y nos apetezca estar al aire libre.

—Pero, si alguno de nosotros se pone enfermo y no puede salir, ¿cómo se comunicará con el grupo?

Grisam se puso a pensar en ello...

—Podríamos usar el telégrafo de las hadas —sugirió Vainilla.

—Es una magnífica idea, y uno de nosotros se pondrá en contacto con quienes no tienen hada. Siempre que las hadas estén de acuerdo...

—¡Concordeacordamos! —dije—. Y sé que hablo en nombre de todas.

—¿Y luego qué haremos? —insistió Francis.

—Jugaremos, nos contaremos historias, tomaremos decisiones importantes.

—¿Cómo cuáles?

—No lo sé, ya veremos.

—Ah, vale. —El joven Corbirock parecía por fin satisfecho.

—¡Y nos impondremos reglas! —añadió Grisam.

Francis lo miró mal.

—¡Una pandilla debe tener reglas! Por ejemplo, ¡nunca dudaremos uno del otro!

—¿Ni siquiera de quien me tire de las trenzas?

—No, Sophie. Si alguien te tira de las trenzas, le dirás que pare y ya está.

—¿Y si alguien traiciona al grupo?

—Deberemos tener pruebas seguras, segurísimas, de su traición.

—¿Y en ese caso?

—Será expulsado de la pandilla.

—Me gusta esta regla —suspiró Babú. Alguno se volvió a mirarla en silencio y Grisam intuyó que había llegado el momento de poner a prueba a la Banda.

—Ahora, para estar seguro de que habéis comprendido la regla, os haré una pregunta: ¿que levante la mano quien crea que Pervinca Periwinkle nos ha traicionado!

Vainilla abrió mucho los ojos y se puso pálida.

—Venga, no tengáis miedo —les incitó Grisam—. Corren rumores y es legítimo dudar. ¿Nadie? Bien, entonces Pervinca es de los nuestros hasta tener pruebas en contra.

Nadie objetó.

—¡Pog Baco, se ha hecho tagde! —exclamó Acantos poniéndose de pie—. Yo tengo que volver a casa, mi padge ha dicho que el alcalde va a hacegnos una visita antes de la cena.

—Creo que quiere ir a casa de todos —dijo Devién acercándose a Flox—. Será mejor que nosotras también nos vayamos.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —preguntó Vainilla.

—Mañana, a la salida del colegio —contestó Grisam—. Quien no pueda quedarse, que no se preocupe; si decidimos hacer algo importante, le informaremos de una manera o de otra.

El testamento del Capitán



Poco después de la hora de la cena, el alcalde tocó a nuestra puerta.
—Buenas noches, Dalia —oí que decía—. Tengo que entregaros algunas cosas.
¿Puedo entrar?

Vainilla, que leía en la cama junto a Pampurria, al oír la voz del padre de Scarlet compuso una mueca y no hizo siquiera amago de levantarse para bajar a saludar.

—Deberías ir —dije—. No deja de ser el alcalde del pueblo.

—Y también el padre de la niña más antipática y mala del pueblo y, si ella es así, será un poco por culpa suya. Y además, no ha venido por mí.

—¿Vainilla está? —preguntó en aquel momento el señor Pimperl—. Estoy aquí debido a la herencia del Capitán y es necesario que estéis todos.

Al oír esas palabras, Babú saltó de la cama y corrió escaleras abajo.

—Aquí estoy —dijo esbozando una sonrisa.

—Ah, muy bien, entonces empecemos.

El alcalde posó unos cajones en el suelo.

—Nuestro viejo amigo fue muy generoso, ¿sabéis?, pensó absolutamente en todos. Incluso en mí. Pero no estoy aquí para deciros esto. Bien... —el alcalde tendió una gran caja a Tomelilla—, esto es para ti de su parte. Es un gramófono, ¿ves? Y hay también algunos discos.

—¿Para mí? —Tomelilla se quedó muy sorprendida por aquel regalo. Amaba la música, ¡pero ni se imaginaba que el Capitán lo supiera! Además, por primera vez en su vida había oído al alcalde llamar «amigo» a William Talbooth.

—¡Es precioso, gracias! —dijo conmovida.

—A ti, Cícero, te ha dejado un barómetro y estos mapas. Me he cuidado mucho de abrirlos, ¿ves? Aún están sellados. Y también... esta pipa. A ti, Dalia, una bella tetera de porcelana, aunque me temo que sólo viene con una taza y un platito, y... ¡ah, sí!, su colección de pinzas de la ropa.

Acostumbrado a la tacañería de su mujer, el alcalde interpretó las lágrimas de Dalia como una muestra de desilusión y se sintió en el deber de consolarla.

—Venga, venga, sé que no es gran cosa, pero en el fondo lo que cuenta es la intención, ¿no?

—Oh, pero si es muchísimo —dijo Dalia—. No imaginaba siquiera que alguna vez pensara en mí. Y ahora esto... Será que vivimos días muy malos, querido Pancracio.

—Lo sé, lo sé, pero pasarán.

El alcalde se despidió y salió. Vi pintarse la decepción en la cara de Vainilla y creo que, si hubiese tenido un espejo y me hubiese mirado en aquel momento, también la habría visto en la mía. ¿Por qué había querido que estuviéramos todos si para nosotras no había nada?

—¡Oh, qué despistado soy! —exclamó el señor Pimperl un instante después, parándose en el último peldaño—. Tenía las manos cargadas y los he dejado en el carro con la idea de volver luego por ellos, y casi me olvido. También tengo algunas cosas para Vainilla, para Pervinca y para ti, hadita... No me acuerdo nunca de cómo te llamas, entre otras cosas porque tengo la impresión de que cambias continuamente de nombre.

El alcalde rebuscó un momento en el carro, colmado de arcones y cajas, y sacó un magnífico cofrecito de madera taraceada que entregó a Vainilla.

—¡Oh, qué bonito! —susurró Babú sinceramente emocionada. Trató de abrirlo, pero...

—Perdonad que os lo pregunte, señor alcalde, ¿por casualidad el Capitán no dejó también una llave?

El alcalde tomó una hoja, recorrió la lista y leyó en voz alta: «La llave dorada que va con el cofre se la lego a Pervinca Periwinkle». Bueno, dejarla la ha dejado, pero no a ti.

Estupefacta, Vainilla tomó la llave.

—No comprendo —dijo—, el cofre a mí y la llave a Vi... A lo mejor quería que lo abriésemos juntas. De todas formas, gracias, gracias infinitas también de parte de mi hermana.

—Espera, espera —la detuvo el señor Pimperl—, también hay una manga de pesca para ti y... este libro de notas para Pervinca.

—¿Un libro de notas? —exclamó Babú. Un momento después, cuando abrió la primera página, sin embargo, su entusiasmo desapareció—. No es el diario... Tiene dibujos y descripciones de animales nunca vistos: «Los dragones de las islas del Sur»... ¡Son horribles! A Vi le gustarán muchísimo, gracias.

En ese momento, el alcalde se volvió a mí:

—Ten, ha dejado uno a cada hada con esta carta.

Me entregó un pliego muy elegante. Dentro estaban todas sus historias transcritas con letra clara y limpia. En la carta que acompañaba el pliego, el Capitán Talbooth explicaba que nos las dejaba a nosotras, las hadas, para que se las leyéramos a «sus» niños y, de esta forma, no lo olvidaran nunca y siguiesen soñando con mundos lejanos.

Vainilla entró en casa a la carrera y subió deprisa a su cuarto.

—¡Lo que daría por saber qué contiene, Felí! Pero no puedo abrirlo sin Pervinca, ¡la llave es suya!

—Sí —dije sentándome a su lado.

Nos quedamos así unos minutos, en silencio, con el cofre sobre las rodillas de Vainilla.

—Un momento —dije de repente—, tú eres una Bruja de la Luz, ¡puedes abrirlo con tus

poderes! El verdadero impedimento es la voluntad del Capitán, que deseaba que lo abrieseis juntas.

—Sí... —suspiró Babú—. A no ser que... ¡Ya lo entiendo! Nos estamos equivocando, Felí, ¡es todo lo contrario! Yo puedo abrirlo incluso sin llave, en cambio Pervinca no, y por eso le ha dejado la llave a ella, ¡no para que lo abriéramos juntas, sino para que ambas pudiéramos abrirlo! ¿Sabes lo que quiero decir? El Capitán deseaba que este cofre fuera abierto a toda costa, al menos por una de nosotras.

—¡Entonces ábrelo! ¿A qué esperas?

—Tengo miedo. No estoy del todo segura de saber cómo hacerlo, tía Tomelilla no nos ha enseñado nunca hechizos como este. ¿Y si meto la pata?

—Por Urkablú, ¡no lo había pensado! Podrías transformarlo en un bizcocho y adiós a su contenido. Quizá sea mejor que uses la llave.

—¡Pero no puedo!

—Entonces habrá que esperar a Pervinca.

—¡Tampoco puedo hacer eso! Tengo que saber qué hay aquí dentro.

—Mira en tus apuntes, a lo mejor encontramos algo...

Vainilla corrió a buscar el cuaderno de magia y lo hojeó de principio a fin.

—No, ya te lo he dicho, no pone nada sobre esto —dijo desanimada—. Quizá es un hechizo demasiado difícil para los niños.

—¡O quizá tan fácil que ni siquiera merece que se le dedique una lección!

—¿Tú crees? ¿Crees que baste con chasquear los dedos y ordenarle que se abra diciendo «¡ÁBRETE!» o algo así?

¡Clac!, hizo en ese momento la cerradura del cofre.

—Algo así —susurré extasiada.

Envuelto en una tela blanca de lino con las iniciales del Capitán, Vainilla encontró el misterioso diario, el mismo que había rescatado de los restos del bergantín *Sunboat*. Aunque la encuadernación de cuero estaba ajada, las páginas de dentro estaban aún sin cortar y en perfecto estado. La tinta de las palabras era negra y brillante, como si se acabara de escribir. Y una de las primeras palabras que leyó Vainilla fue: «¡Mentaflorida!».

—¡Es él, Felí! ¡ES ÉL! —dijo enjugándose una lágrima—. Pervinca tenía razón, el Capitán lo encontró, sólo que no sabía qué era.

—O quizá sí lo supiera —dije—, si no, ¿por qué iba a dejároslo a vosotras?

—¿Podemos leerlo ahora mismo, Felí?

Fairy Oak, 30 de noviembre.

Yo, William Edward Talbooth, con la mente lúcida en la medida en que puede esperarse de un viejo de mi edad,

dicto a continuación mi última voluntad, que confío será respetada cuando mi alma decida hacerse a la mar. No tengo mucho y lo dejo todo.

De mi gata Pampuria sé que os ocuparéis todos, porque, si algo bueno tienen los habitantes de este pueblo, es que aman y respetan a los animales.

Mi baúl de caoba, y todo lo que contiene, que vaya a ese curioso de Grisam Burdock; mi fiel barco, a ese pajarito amigo mío Robin Windflower; la cama en la que duermo le gustará a Joe Shuanmá; al alcalde Pimpernel, y al pueblo dejo mi casa; sea para Prímula Pull mi máquina de coser; a Cícero Periwinkle le dejo mis cartas náuticas, mi barómetro y mi pipa; a su mujer Dalia, que se le entreguen mis porcelanas y mi colección de pinzas de la ropa; a Tomelilla de los Senderos, mi gramófono; a Vainilla Periwinkle le dejo mi cofre y mi manga de pesca; la llave dorada del cofre vaya a Pervinca Periwinkle, junto con mi álbum de dibujos; a Meum McDale le dejo mis anzuelos y las botas de pescador que siempre me pide; a Marta Burdock deben entregársele mis paños de lino blanco, y a su marido Vic, mis plumas y los cuadernos en blanco, que los utilice para las cuentas; a Rosie Polimón le dejo mis plantitas, y a Hortensia, todo el hierro que encuentre en esta vieja casa.

A mi amigo Duff le doy todas las jarcias, las sogas y las poleas, que haga buen uso de ellas, y los libros de botánica. A las hadas lego los sobres que encontraréis en el aparador

de nogal, uno a cada una. A Devién del Reino de las Rachas Templadas entréguesele mi frasquito de grog y la vieja muleta...

Del Segundo Libro Antiguo



El Sauce y Mentaflorida

Después de haber salvado montañas de hojas arrugadas y haber atravesado por entre puntiagudas ramas enlazadas, después de haber subido troncos altísimos y haber escapado de las trampas de las arañas, la mariquita llegó por fin a un claro sombrío cubierto de tréboles, por el que discurría un arroyuelo entre el musgo y los helechos.

Allí descansó un poco.

Con el corazón triste, sola, asustada, hambrienta, la pobre Mentaflorida habría querido dormirse para no despertar jamás. ¿Qué haría ahora? ¿Adónde iría?

No comía desde hacía días. A veces, su instinto de mariquita la había llevado cerca de las plantas donde los pulgones se agrupaban en colonias, pero siempre había podido más el asco: ella era una niña y las niñas no se comen los piojos de las rosas.

Ahora, los retortijones le oprimían el estómago y la vista le iba y venía, tanto que, por un instante, tuvo la sensación de que algo se movía delante de ella y le hablaba.

«Scarlet-Violet, ¿eres tú? ¿Has vuelto a buscarme?», preguntó con un hilo de voz. Una profunda emoción agitó sus temblorosas patitas y Mentaflorida pensó en correr al encuentro de su amiga de los días felices. Pero sólo pudo dar un paso, porque la pobre criatura se desplomó, exhausta, sin un ápice de energía.

«Perdóname», dijo, «no tengo fuerzas para ir adonde estás. Te espero aquí y a lo mejor duermo un poco...».

La mariquita cerró los ojos y cayó inmediatamente en un sopor poblado de sueños, voces, colores, perfumes...

Ahora estaba con Scarlet y corrían juntas y felices por los prados de su valle, entre variopintas flores silvestres y mariposas. Desde la cima de la colina, donde se pararon a recuperar el aliento, admiraban la bahía azul que se extendía entre los largos promontorios cubiertos de brezo. Luego, otra carrera desenfrenada cuesta abajo, hacia la playa blanca.

Riendo, se quitaban los zapatos y la ropa, y se zambullían, por último, en el agua fresca. Qué ligeras se sentían ahora, acunadas por las olas, y qué suave y perfumada era la brisa del mar que les acariciaba el rostro. Mentaflorida se lamió una gota de los labios y, con cierto estupor, no sintió un sabor salado, sino dulce. Un sabor tan bueno como el de la miel. Saboreó de buena gana otra gota y otra más, y pensó que, gota a gota, se bebería todo el mar.

Qué bien se sentía ahora, el cansancio de los juegos y las carreras se esfumaba poco a poco, y la tripa tampoco le dolía ya.

«¿Mejor ahora?», le preguntó Scarlet-Violet.

«Mucho mejor, gracias. ¿Tú sabías que el mar sabe a miel?».

«No», rio Scarlet-Violet. Mentaflorida pensó, en aquel momento, que el largo viaje para encontrar a Duffus debía de haber sido arduo y trabajoso, y que su amiga estaría cansada, porque su voz era grave y hablaba lenta y ampulosamente.

«¿Crees que vendrá a jugar con nosotras?», le preguntó Mentaflorida.

«¿Quién?», respondió la voz.

«¡Duffus! Si viene, recuérdame que le diga que pruebe el mar».

«Lo haré. Ahora descansa y no pienses en nada».

Mentaflorida cerró los ojos y se abandonó a las olas. Envuelta por el azul, arrullada por los aromas y la dulzura de aquel momento, apartó todo pensamiento y se perdió en un precioso sueño largo y tranquilo.

Cuando volvió a abrir los ojos, sobre ella había un cielo negro y sin estrellas. Se puso en pie para desentumecerse las patitas y un vértigo imprevisto la asaltó. ¡Estaba en lo alto de un árbol! ¿Cómo había acabado allí?

Cerró los ojos y trató de abrir las alas, pero ¿dónde estaban sus alas? ¡Ya no tenía! ¡Era una niña otra vez!

Sentada en una rama, se miró las piernas: colgaban sobre el bosque a oscuras y eran las suyas, blancas como la leche y cubiertas de pecas.

Miró a su alrededor: ¿dónde estaba Scarlet-Violet? Y el mar, las olas... ¿Es que sólo había sido un bonito sueño?

El pánico se adueñó de ella. No quería seguir estando sola, no quería tener más hambre. Instintivamente, se lamió los labios: ¡sabían a miel!

«Por fin te has despertado. Creía que ibas a dormir todo el invierno», dijo la voz que había oído en el sueño.

«¿Quién eres?», preguntó Mentaflorida. «¿Te conozco?».

«Nos hemos visto una vez».

«¿Dónde estás? No te veo...».

«Estoy aquí».

«¿Aquí dónde?».

«Aquí, alrededor de ti».

«Alrededor de mí sólo veo ramas y hojas».

«De hecho, soy un árbol. Te he recogido cuando estabas desmayada, pobrecita, y con mucha hambre. Las privaciones han hecho desaparecer tu hechizo y, en estos tiempos, los bosques no son lugares seguros para una jovencita. Por eso te he escondido entre mis ramas. Las abejas, apiadándose de tus lamentos, han traído la miel con la que te he alimentado estos días».

«¿Desde hace cuánto tiempo estoy aquí?», preguntó Mentaflorida.

«El sol ya no sale desde hace mucho tiempo, niña, y nosotras, las criaturas del bosque, estamos

confusas. Las gaviotas, sin embargo, han dicho que han visto la marea subir y bajar veinte veces desde que te encontramos».

«Veinte días... ¿Y he dormido todo este tiempo?».

«Sí. Alguna vez has abierto los ojos, pero veías sólo tus sueños y hablabas con ella».

«Scarlet...», suspiró Mentaflorida. «Quién sabe dónde estará ahora...».

«Sssh, ¡escóndete! Llega alguien», susurró el sauce.

Las ramas se elevaron para ocultar a Mentaflorida de los intrusos.

Desde detrás de las hojas, la chica vislumbró tres figuras oscuras avanzando a caballo entre la floresta. Se abrían camino a golpes de espada, cercenando sin piedad los jóvenes arbustos que, valientes, se tendían hacia ellos para impedirles el paso.

Se detuvieron en el claro donde la joven se había desmayado y uno de ellos desmontó. Mentaflorida no podía verle la cara, pero intuía que era alto y de porte altivo.



El caballero tanteó la hierba con su bastón.

«¡No pueden estar lejos!», dijo. «¡Sólo han faltado ellos a la llamada!».

Aquella voz le puso un nudo en la garganta a Mentaflorida. ¡Era Roseto Pimpernel, el hermano de Scarlet-Violet, el gran traidor!

«Temo que os están buscando a vosotros», susurró el sauce. «Sois los únicos que quedáis en libertad. Todos los demás han sido llevados a la Roca de Arrochar».

«¡Entonces a mis padres también! ¡Tengo que liberarlos!».

«No puedes», la detuvo el árbol. «Nadie puede entrar en la Roca a no ser como prisionero o como uno de ellos».

«¡Entonces haré que me apresen!».

Mentaflorida hizo intención de saltar del árbol, pero una rama la ciñó por la cintura y, suavemente, la retuvo.

«Llegará un momento en que deberás actuar siguiendo solamente a tu corazón», dijo el árbol, «pero no ahora. Hoy, tu corazón está demasiado triste y desesperado para guiarte bien. Débil y confuso, te empujaría, sin saberlo, a acciones insensatas de las que te arrepentirías. Dale tiempo para que se calme, espera con paciencia a que vuelva a ver bien, como sólo un corazón sabe ver, y entonces actúa siguiendo lo que tu corazón te dirá que hagas».

Mentaflorida no respondió. Lloraba.

Habría podido gozar de aquella nueva y preciosa amistad, pero demasiados pensamientos malos.



Con el tiempo se acostumbró a andar por el árbol y a dormir entre las largas ramas. Bajaba sólo cuando Árbol le decía que era un momento seguro para hacerlo y se quedaba siempre bajo su maternal protección.

Árbol le enseñó la lengua de las plantas y a distinguir los frutos buenos de los venenosos. Las abejas le traían miel; las gaviotas, de vez en cuando, un pez, y la ponían al corriente de cuánto tiempo pasaba.

Y el tiempo pasó, endulzado por las historias del árbol y sus nanas, por las canciones del bosque y por la leve y amable compañía de las criaturas que todavía estaban vivas...

Pésimas señales



Los párpados empezaron a pesarle y Vainilla, de mala gana, cerró el libro.

—Seguiría leyendo hasta terminarlo —dijo bostezando—. ¿Sabes, Felí? Creo que te debo una disculpa.

—¿Ah, sí?

—Me comporté como una estúpida saliendo del pueblo aquella noche. Me puse en peligro y también a vosotros. Pero estaba desesperada. Ahora, estoy algo mejor...

—Me alegra.

Tomé el libro de sus manos y apagué la luz.

En ese preciso instante, un resplandor brilló delante de nuestra ventana. Volé a asomarme.

—Felí, soy Pic, sal un momento, es importante.

—¿Qué ocurre?

—Malas noticias, me temo. Estábamos de ronda y hemos visto mucho movimiento alrededor del pueblo. Un gran trajín de sombras oscuras y gritos horribles.

—¿Habéis avisado al mago Duff?

—Sí, ha sido él quien me ha dicho que viniera a vuestra casa; tienes que avisar a Tomelilla para que esté alerta.

—¿Cree el señor Burdock que atacarán esta noche?

—No me lo ha dicho, pero ha preguntado si alguna de nosotras estaba disponible para hacer la ronda fuera del pueblo.

—¿Y qué has contestado?

—He dicho que sí, naturalmente.

—Bien hecho, Pic. Yo también me apunto. Tengo que pedir permiso a Tomelilla, pero seguro que dice que sí.

—Ahora me voy. Ah, una cosa más: respecto a la carta del Gran Consejo, ¿ha tomado Tomelilla alguna decisión?

—Todavía no, que yo sepa, pero se me ha ocurrido una idea. Mañana os la contaré. Ahora debo

advertir a mi bruja.

—Está bien. Hasta mañana, entonces, y esperemos que esta noche no pase nada.

—Esperémoslo.

Me despedí de Pic y volé a informar a Tomelilla.

Llamé a la puerta de su habitación, pero no respondió nadie. Volé hasta el invernadero. Nadie. Bajé a la Habitación de los Hechizos. Estaba a oscuras. ¿Era posible que ya lo supiera y hubiese salido a vigilar? Volví a mi cuarto muy nerviosa y encontré a Vainilla hablando en sueños.

«Oh, no», pensé, «la bruja por la mitad no, ¡ahora no!».

Pero Vainilla estaba soñando precisamente con ella, y de hecho la llamaba, primero en voz baja, luego cada vez más fuerte, hasta que de repente gritó.

—Vainilla —intenté despertarla. Ella no me oyó, pero, de todos modos, no parecía asustada. Más bien preocupada. Lo intenté de nuevo y esta vez logré que me oyera.

—¿Eres tú, Felí? —dijo Babú abriendo los ojos.

—Sí, tesoro, estoy aquí.

—He soñado con la bruja por la mitad.

—Lo sé, hablabas en voz alta.

Se restregó los ojos embotada por el sueño.

—¿Dónde está Pampuria? —preguntó—. ¿Cómo es que no está aquí con nosotras?

—No lo sé, hace un momento sí lo estaba. Habrá bajado a beber un poco de leche.

—No ha salido de casa, ¿verdad?

—No, quédate tranquila.

—Menos mal, porque se está acercando una tormenta.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho la bruja por la mitad. Ha sido justo antes de que me despertara, y es la parte del sueño de la que menos me acuerdo, por desgracia. Me parece que ha mencionado algo sobre los árboles y hablaba de rayos... Mmm, no sé. En todo caso, es mejor que nadie salga ahora.

—Está bien —y suspiré pensando en Tomelilla.

—Felí —continuó Babú—, ¿qué pensarías si te contara que muy pronto no podremos fiarnos de lo que vean nuestros ojos, y que tendremos que aprender a orientarnos sin ver?

—¡Hadamía! Pensaría que estás presagiando un tiempo sin luz y me preocuparía muchísimo. A no ser que...

—¿A no ser que qué?

—¿Te acuerdas de lo que te conté sobre mis primeros días en esta casa, Babú? ¿Sobre cómo me orientaba en este laberinto de escaleras y puertas y habitaciones?

—Aprendiste a reconocer las habitaciones por los olores y, para no perderte, decidiste fiarte de tu nariz más que de tus ojos.

—¡Precisamente! —dije—. Y si hubiese estado oscuro, probablemente me habría fiado de lo que tocaba con mis manos. Se puede ver con muchas cosas, niña: con la nariz, con las manos y también con la experiencia, y más que cualquier cosa, mejor que todas, nos guía el corazón.

—Es también lo que el árbol le dijo a Mentaflorida —comentó Vainilla pensativa.

—¿La bruja te ha asustado?

—Oh, no. ¿Sabes qué? ¡La he visto! Por primera vez he podido ver también la mitad que se mantenía oculta.

—¿Y cómo era?

—¡Como yo imaginaba! —dijo sonriendo.

Del otro lado de nuestra puerta, la escalera crujió.

—¿Es Pampurria? —pregunto Vainilla.

Volé a asomarme esperando con todo mi corazón haber oído bien: era algo más que el paso de un gato. De hecho...

—Sí —dije aliviada.

Y mientras la gata entraba en el cuarto, saludé con un ademán a Tomelilla, que subía detrás de ella. Con un gesto de la mano me indicó que estuviera tranquila y que volviera a cerrar la puerta: tenía el borde de la falda empapado y también los zapatos, y no quería que Vainilla la viese.

—¿Nieva? —me preguntó Babú antes de cerrar los ojos.

—No, tesoro. Esta noche el cielo está estrellado.

¡Salvad a Roble!



Tomelilla vino a despertarnos al alba. Vestía la capa negra y parecía estar lista para salir. Dalia estaba detrás de ella, ya vestida también.

Felí, ven conmigo, por favor —dijo la bruja.

Instintivamente, miré por la ventana, todo parecía tranquilo.

—¿Hay algún peligro? —pregunté.

—Podría haberlo —contestó ella decidida—. Por precaución, Dalia y Vainilla se quedarán en la Habitación de los Hechizos hasta que volvamos. Cícero permanecerá de guardia en casa.

—¿Adónde vamos?

—¡A la plaza!

¡CRASH!, se oyó de improviso en el jardín.

Cícero subió corriendo la escalera.

—¡¡SE HA CAÍDO UN ÁRBOL!! —gritó—. ¡Y LOS OTROS SE TAMBALEAN!

¡BADABUM!, oímos de nuevo.

—¡SE ESTÁN CAYENDO TODOS! —chilló Cícero desesperado mirando por la ventana.

—¡Atacan! Vosotras dos, ¡bajad enseguida! —dijo Tomelilla dirigiéndose a Dalia y Vainilla—. Nosotras dos, vámonos. Mantente cerca de mí, Felí.

En el tiempo que tardamos en salir de casa cayeron otros tres árboles con un estruendo ensordecedor. No me fue difícil entender por qué Tomelilla quería ir a la plaza: si los árboles estaban en peligro, entonces también lo estaba Roble. Es más, probablemente lo estaba mucho más que los otros.

Nunca había sido blanco del Enemigo, ni comprendía del todo por qué lo era ahora. Durante los ataques anteriores, nadie había pensado en defenderlo, porque Roble siempre había estado allí... guerras había visto muchas, y a todas había sobrevivido. A esas alturas se daba por descontada su eterna presencia.

Segura de que Dalia pondría a Vainilla a resguardo, volé detrás de mi bruja.

El espectáculo era uno de los más trágicos que había visto en mi vida. Bajo un cielo

repentinamente tétrico y amenazador, los árboles, precedidos por gemidos sobrecogedores y horriblos crujidos, se abatían unos sobre los otros rasgando el aire entre espectaculares cascadas de nieve y batacazos clamorosos. Gigantes buenos e inconscientes caían impotentes, abatidos por el hacha invisible del Enemigo que, despiadada, los sacrificaba para siempre con el fin de llegar hasta él, hasta el corazón de Fairy Oak. Durante siglos, la enorme copa de Roble había descollado sobre la muralla, faro maternal y seguro para los hombres y las aves migratorias, sombra amiga y confidente, refugio de la lluvia y, finalmente, incluso nuestro perchero. Era el centro viviente y el pulso de nuestra comunidad, el emblema de nuestro pueblo. En él residían la historia y la memoria de Fairy Oak.

El Enemigo nos estaba golpeando en el corazón.



Hacia Roble habían acudido decenas de Mágicos de la Oscuridad y de la Luz, que se afanaban por salvarlo. Entre ellos estaba Duff Burdock.

—Es un hechizo oscuro, Tomelilla —dijo el mago mostrando a mi bruja una rama de Roble que había sido arrancada—. Ataca las ramas y baja luego por el tronco. Cuando llega a las raíces, el árbol cae. No sé qué es, pero no logramos neutralizarlo.

Tomelilla se acercó a Roble y, poniéndose de puntillas, arrancó un trozo de corteza de su tronco, lo más arriba que pudo.

—¡Es un deforestahechizo! —dijo volviendo hasta nosotros—. Todavía no ha bajado por el tronco, pero pronto lo hará. No hay modo de combatirlo. Tenemos que alejar a Roble de aquí, ¡hacer que se vaya!

—Pero si él es su blanco, el Enemigo lo golpeará a donde lo lleven sus raíces.

—¡Por eso tendrás que volverlo invisible! El verdadero problema es otro: ¿sabrá andar este viejo árbol?

«¿Por qué no?», pensé. «¡Es un árbol encantado!».

—¡Nunca lo ha hecho! —exclamó Duff evitando por un pelo otra gruesa rama que se precipitaba al suelo.

—¡Vamos a pedirselo! —dijo Tomelilla.

—Ya he intentado comunicarme con él, pero tiene un susto de muerte y no escucha.

—¡Probaré yo! —dije.

Era más fácil de decir que de hacer, porque, en ese dramático momento, las ramas de Roble que todavía resistían el hechizo azotaban el aire como látigos cortantes.

—¡ROBLE, ROBLE, SOY FELÍ! —grité con todas mis fuerzas volando a su lado—. ¡TE LO RUEGO, ESCÚCHAME, ES POR TU SALVACIÓN!

—¡¡VEEETE, HADIIITA, EES MUY PELIGROOSO ESTAAAR AQUÍII! —replicó.

—¡Me voy sólo si tú vienes conmigo! —dije.

—¿Y DEJAAAR MIII SIITIO? NOOO.

—Pero ¿podrías hacerlo?

—NUUUNCA, EEESTA EES MIII CAAASA, YOOO VIIIIVO AQUÍI DESDE HAAACE SIIIGLOS, SOOOY EL CORAZÓON DE EEESTE PUEEEBLO...

—Lo sé, Roble, pero si te pidiéramos que te desplazaras un momento, justo el tiempo para hacer un hechizo, ¿podrías hacerlo?

—MIIIS RAÍICES ESTÁAN ARRAIGAAADAS DESDE HAAACE DEMASIAAADO TIEEEMPO, HADIITA, Y YOOO SOOOY DEMASIAAADO VIEEEJO.

—¿Podemos ayudar? —preguntó en ese instante una vocecita a mi espalda.

—¡Pic! ¡Talosén! ¡Lolaflor! ¡Ditemí! Menos mal que habéis venido. ¡Tenemos que convencer a Roble para que se vaya de aquí!

—¿Quieres mover un árbol? —exclamó Ditemí.

—¡Sí! Roble sabe andar, el problema es que no quiere.

—¿Y adónde le decimos que vaya?

—Oh, bueno, resulta más bien voluminoso... Yo diría que hacia la playa.

—¿Quieres que salte la muralla?

—¡¡¡DITEMÍ!!!

—Está bien, ya me callo.

Fue una de las tareas más fatigosas que pueda recordar. Durante largos, interminables minutos, le rogamos, le imploramos, lo empujamos y tiramos de él. Ditemí incluso lo amenazó y Lolaflor le hizo cosquillas en las raíces: todo fue inútil. Roble no se movió ni un paso. Fairy Oak había nacido en torno a él y él no iba a abandonar el pueblo nunca, ¡nunca!

A no ser que...

Una bandada de pájaros, los más disparatados y variados, voló de forma imprevista entre las ramas del gran árbol. Uno tras otro lo aferraron por las ramas y empezaron a tirar de él con sus patitas. Gorjeaban, cada uno a su manera, y le hablaban. De repente, con lentitud, haciendo añicos el empedrado de la plaza, Roble alzó sus largos y grandes pies y comenzó a moverse.

—¡AHORA, SEÑOR BURDOCK! —grité.

El mago tendió sus grandes manos hacia el árbol y pronunció el encantamiento. Un instante después, Roble desapareció. La bandada se alejó y en la gran plaza se hizo el silencio.



Por el momento, Roble estaba a salvo, pero los demás árboles...

Yacían a millares, encastrados entre los muros de las calles, en los jardines, abatidos uno encima de otro, destrozados. Derrotada la antigua sombra, una «marea» de luz invadió las calles de Fairy Oak igual que la marea alta inundaba la bahía. Y colmó cada rincón y cada grieta, incluso entre las piedras de los muros, donde solía crecer el musgo y arraigaba la hiedra. Estábamos a plena luz. Demasiada luz. En las plazas, bajo los arcos, dentro de las casas. Como ratones en una caja abandonada al sol que buscaran refugio sin encontrarlo, miramos alrededor asustados, extraviados. Todos los puntos de referencia habían desaparecido, se habían borrado o habían cambiado de forma o posición.

Sin embargo, lo peor estaba aún por llegar.

—¿Y ahora? —preguntó la señora Marta, la madre de Grisam, con lágrimas en los ojos.

—Algunos quizá estén vivos todavía —respondió Tomelilla—. Tenemos que mirar debajo de la corteza: si, al levantarla delicadamente, veis que el tronco está verde y no amarillo ni, peor aún, marrón, entonces es que el árbol tiene alguna esperanza de salir adelante y nosotros, los Mágicos de la Luz, podemos intentar salvarlo. No tenemos mucho tiempo; no obstante, los árboles vivos necesitan volver pronto a la tierra. Cuando encontréis un árbol verde, marcadlo con una X, así nosotros, brujas y magos de la Luz, sabremos cuándo intervenir.

—Y dadles una voz a los demás también. ¡Que participen todos! —dijo el mago Duff.

El grupo se dispersó por la calles del pueblo.

«¡Este está vivo!», «¡Este también!», se oía gritar por todas partes...

Tomelilla y yo nos dirigíamos hacia la calle de los Ogros Bajos cuando, de improviso, un grito llamó la atención de todos.

—¡EL PRESO SE HA ESCAPADO!

El prisionero



— ¡Es la voz del viejo Joe Siemprensilla! —exclamó alguien.
— ¿Qué habrá pasado?

— ¡Vamos a ver!

Mágicos y Sinmagia acudieron de forma dispersa y pronto abarrotaron la plazoleta de la cárcel, donde el alcalde ya estaba haciendo recriminaciones al pobre señor Shuanmá.

— Di la verdad, Joe, ayer bebiste y le dejaste salir.

— ¿Qué historias son esas? Me ofendéis, alcalde, ¿cómo podéis pensar una cosa así? Me conocéis desde hace muchos años, siempre he sido un guardián de confianza. ¿Es que acaso me habéis visto borracho alguna vez?

— Bueno, si he de decirlo, todos los viernes por la noche.

— Una pinta de cerveza con los amigos en el pub. ¡Y de ahí no paso!

— Está bien, está bien, pero el caso es que el preso se ha escapado y seguro que no ha abierto la celda solo, porque es a prueba de magia, así que o alguien le ha abierto o le ha pasado la llave de la cerradura. ¡Vamos a verlo!

— ¿El qué?

— ¡La cerradura!

— No está, ¡ha desaparecido!

— ¿Cómo es eso? Joe, no busque disculpas, quiero ver la cerradura abierta.

— Os digo que ha desaparecido, alcalde. Oh, ya veo que no me creéis. Nadie nos cree nunca a nosotros, los pobres viejos.

El alcalde respiró profundamente y, con las manos juntas delante de la cara, invitó a Joe a concentrarse:

— Bien, entiendo que es un momento difícil, Joe, y puedo imaginar que tras la desaparición del pobre Talbooth quizá tengas ganas de, ¿cómo decirlo?, de echar un trago, eso. Erais muy amigos, sería comprensible y...

—¡William era un buen hombre! —le interrumpió tajante el señor Joe—. Y me duele mucho saber que ya no está, ¡pero esto no tiene nada que ver!

—Joe tiene razón, Pancraccio, no tenemos razones para dudar de él —intervino el señor Burdock—. Joe ni siquiera estaba de guardia anoche. Mejor veamos si el fugitivo ha dejado huellas.

—Oh, hay miles —respondió el señor Joe—. ¡Con la desbandada que ha habido con el ataque! Pero a ver quién reconoce las del prisionero.

—¿Incluso en la ventana de la celda?

—Imposible comprobarlo. Ese árbol se ha derrumbado precisamente ahí, ¿veis? Y ha hundido el tejado de la celda.

El señor Burdock entró en la cárcel y salió anonadado.

—¡Pues sí que ha hecho un buen agujero! Si se hubiese quedado dentro, ese chico se habría dejado el pellejo ahí. Por eso deduzco que huyó antes.

El señor Joe alzó los brazos al cielo desconsolado.

—Yo no he hecho más que cumplir con mi deber, Duff. Díselo tú también, que yo no tengo que ver con su huida.

—Estoy convencido, Joe, no necesitas repetirlo, pero debes entender que el alcalde sólo hace su trabajo, en el fondo él es el responsable del preso y ahora tendrá que rendir cuentas de su fuga a toda la comunidad..., por eso indaga, para descubrir la verdad.

Las palabras del señor Burdock dieron en el blanco, y esta vez fue el señor Pimpernel quien enrojeció.

—Los ciudadanos de Fairy Oak saben perfectamente que no tengo nada que ver en esto y que...

—¡LO HAN ENCONTRADO, LO HAN ENCONTRADO! —gritó en aquel momento la voz del señor Demencio Hobbs, el secretario del alcalde. Llegaba a la carrera desde el nuevo Ayuntamiento.

—¡Lorado sea el cielo! —suspiró el alcalde dejándose caer sobre el banco que había frente a la cárcel—. Al menos esto se ha resuelto.

—¡Bravo, Pancraccio! —dijo Duff—. Ahora querrás averiguar cómo ha podido ocurrir.

—Oh, sí, sí, por supuesto —dijo el alcalde adoptando de nuevo una compostura respetable—. Averiguarlo, claro. Aquí llega Demencio. Voy... voy a ver. Disculpadme.

Los niños se apartaron para dejar pasar al señor Demencio que, entre funambulescas acrobacias para no resbalar, llegaba a todo correr. Venía solo.

Jim Burium



—¿Y bien? —preguntó el alcalde al secretario, que, jadeante y con el rostro congestionado, esperaba a recuperar el aliento.

—¿Dónde está?

—En casa de la señora Hortensia Polimón.

—Santos númenes, ¡entonces la retiene como rehén!

—En realidad no, señor. Cuando lo hemos visto, estaba tomando té con ella.

El alcalde puso cara de no entender nada.

—No comprendo —dijo rascándose nerviosamente la cabeza—. ¿Estamos hablando de la misma persona, la que hasta ayer estaba encerrada en esta celda?

—Sí, señor. Hemos intentado traerlo aquí, pero la señora Hortensia nos lo ha impedido; ha dicho que el joven estaba muy trastornado y agotado, y que necesitaba recuperarse.

Alguien de la multitud soltó una carcajada. Otros bisbisearon todo su desdén.

—¡Increíble! —farfulló la señora Patillasghip, la mujer del cartero.

—¡Qué cara más dura!

—Ahora nos la juegan ante nuestros ojos.

—Uno de estos días nos pedirán a nosotros que entremos en la cárcel y tirarán la llave.

—No me extrañaría lo más mínimo.

El alcalde había sacado un gran pañuelo y se secaba el sudor de la frente.

—En este caso —dijo—, iré yo a casa de los Polimón y veremos quién manda en este pueblo.

—¡Bien dicho! —exclamó el joven Voltar. Era el mago más liante del pueblo, y un enorme petulante—. Y para asegurarnos de que las cosas se hacen como se deben, ¡nosotros también iremos! —anunció.

—¡Sí, iremos todos! —gritó otro.

—¡Vamos, vamos!

—¡Recobremos al prisionero!

El alcalde se encaminó hacia la casa de los Polimón y la muchedumbre lo siguió, compacta.

—Será mejor que nosotros también vayamos, Duff —dijo Tomelilla—. No quisiera que la situación se nos fuera de las manos.

—Sí, tienes razón —respondió—. Parece que nuestra gente alberga grandes deseos de venganza... ¡Qué vergüenza!

Al llegar ante la cancela de los Polimón, el alcalde Pimperl se detuvo y, antes de tocar la campanilla, sacó de nuevo el pañuelo, empapado ya.

—¡Hortensia, soy el alcalde! ¡Exijo entrar! —gritó enjugándose el sudor... ¡con el frío que hacía!

—¡Ahí está! —exclamó Morus Voltar señalando la casa—. Ni siquiera tiene la decencia de esconderse. ¡Se está bebiendo su té tan tranquilo delante de la ventana!

—Ni que estuviera de vacaciones.

—Peor, se comporta como uno del pueblo.

Hortensia apareció en la puerta con una gran sonrisa.

—Ah, te estaba esperando, Pancracio. ¿Demencio te ha avisado? ¿Cómo es que hay tanta gente, ha pasado algo?

—¡Entrégnos el fugitivo, bruja Polimón! —gritó Morus.

El alcalde intervino y le reprendió:

—Mantengamos las formas, por favor. ¿Qué maneras son esas? Además, soy yo quien tiene que hablar.

—Perfecto, que se os oiga entonces.

—Verás, querida Hortensia... Creo que aquí todos tenemos ya bastantes problemas, no me parece que sea el momento de ir en busca de más; por eso te rogaría que acompañases fuera al prisionero de forma que yo pueda devolverlo a su celda y ponerlo a buen recaudo, te estaría infinitamente agradecido. Luego, con calma, me dices cómo ha acabado en tu casa. ¿De acuerdo?

—Oh, puedo decírtelo ahora mismo incluso..., es más, ¡quiero decírtelo! Pero ¿por qué no entras, Pancracio? La cancela está abierta. Así dejamos de gritar.

El señor Pimperl empujó la cancela, que se abrió, en efecto.

—¡Un momento, un momento! —dijo al notar que la multitud se agolpaba para entrar con él—. No podemos invadir la casa de los Polimón así, todos juntos. Iré yo solo y... ¿Dónde está Duff Burdock?

—¡Estoy aquí! —respondió el mago, que se había quedado con Tomelilla un poco más atrás observando todo con preocupación.

—Bien, ven tú también, por favor, y tú, Tomelilla. Hortensia es amiga tuya, a ti te hará más caso.

Los dos Mágicos se abrieron paso entre las miradas furiosas de la gente.

«¡Hadamía, qué malos tiempos corren!», pensé mientras volaba junto a mi bruja.

Cuando la puerta de la casa se volvió a cerrar a nuestra espalda suspiré aliviada. Me parecía haber atravesado un nido de avispas.

Hortensia tomó las capas de los tres recién llegados.

—Está en la cocina —dijo aludiendo al fugitivo— y hay algunos amigos con él.

«¿Amigos?», me pregunté. «¿Qué amigos?».

Tomelilla sonrió:

—Creo saber a quiénes te refieres.

Para mí, en cambio, fue tal la sorpresa que, al principio, tartamudeé:

—¿T... TÚ? ¿Qué... qué haces aquí?

—Estoy tomando el té con Jim —me contestó Vainilla muy tranquila.

—¿Os sirvo uno? —preguntó Flox.

Grisam dispuso las tazas.

También el alcalde se sentía desorientado; de hecho llevó aparte a Hortensia y le dijo:

—Es un riesgo tremendo dejar que los niños se acerquen al fugitivo, ¿cómo se te ha ocurrido?

La bruja le miró con ternura y estrechó sus manos entre las suyas. Después se separó de él y se acercó al joven.

—¿Os presento a Jim Burium! —dijo orgullosa—. Viene de Aberdurville... ¿Os suena de algo Aberdurville? Tiene muchas cosas interesantes que contarnos, es un inventor y puedo asegurarnos que sabe tanto de magia como yo de inventos mecánicos, es decir, ¡nada!

—¿No es un mago?

—No.

—¿Y por qué no lo dijo enseguida?

—Lo hizo, Pancracio, pero ninguno de nosotros le hizo caso.

—¿Y no es un hombre del Enemigo?

—Lo puede ser tanto como tú o como yo —respondió Hortensia.

—¿Cómo podemos estar seguros?

—Escúchale y no te quedará ninguna duda.

—Sí, sí, de acuerdo, pero estos niños... Hagamos que salgan, por favor —dijo el señor Pimperl—, no es sensato que estén cerca de un elemento potencialmente peligroso.

—Pero si Jim no es peligroso —dijo Vainilla—, de verdad, ¡no lo es en absoluto!

—Dejad que hable, os lo explicará todo. Pero no nos hagáis salir, por favor —le rogó también Flox.

Fuera lo que fuese, aquel chico no tenía aspecto de malvado precisamente. Nos miraba, extrañado, con los ojos más dulces y extraviados que había visto nunca, apacibles y oscuros como los de un cervatillo. Era alto y bien proporcionado, con una sonrisa que por sí sola iluminaba la habitación. Sería que, en vez de rebelarse y emprenderla a puñetazos, se estaba callado y escuchaba, ¡y me miraba como si yo fuese un milagro! Sería también el entusiasmo de los niños, aunque aún no me explicaba por qué estaban allí y cuándo habían llegado... En suma, fuera lo que fuese, yo estaba ya de su parte. No podía ser un enemigo.

Y en efecto...

—No lo soy —dijo el joven contestando a la pregunta directa del alcalde Pimperl—. He visto un hechizo por primera vez en mi vida, delante de mis ojos, en este pueblo, y creedme que me he asustado de muerte. Ni siquiera creía en la magia, y en cuanto a las hadas... —se volvió para mirarme con aire de disculpa—, creía que sólo existían en los cuentos.

Alcé los hombros y le sonreí.

—Jim, la señora Hortensia ha dicho que vienes de un lugar llamado Aberdurville —dijo Tomelilla—. ¿Puedes decirnos dónde se encuentra?

—Sí, señora. Se encuentra al sur de aquí, más allá de las montañas y los lagos azules. Está muy lejos.

Tomelilla miró a Duff, y por la cara que ambos pusieron comprendí que tenían la misma sospecha que yo: ese nombre era demasiado parecido al nombre del valle donde vivía Shirley y donde, milenios atrás, vivía el pueblo de los Mágicos, para ser sólo una coincidencia.

—¿Cuántos años tienes, Jim? —le preguntó el señor Burdock.

—Tiene dieciocho —respondió Flox—. ¡Qué suerte!

—Tengo dieciocho, señoras —confirmó Jim.

—¿Qué importancia puede tener su edad? —farfulló el alcalde nervioso.

—Bien, has hecho un largo camino. Y por lo que dices, Jim, has cruzado los lagos y el paso del Gogoniant, que en estos días está cerrado a causa de la nieve... ¿Has hecho todo eso tú solo?

—Solo, señoras. Tenía un caballo y víveres. Pero, tras atravesar el paso, fui asaltado por un puñado de hombres a caballo. Me hicieron descabalgar y me robaron todo lo que tenía. Por desgracia, se apoderaron también de mi caballo. Luché largo rato, y a uno le arranqué la capa, la que llevaba puesta cuando fui apresado.

Duff y Tomelilla se miraron de nuevo.

—¿Cómo has logrado escapar de la cárcel?

—¡Oh, eso es mérito mío, él no tiene nada que ver! —respondió Hortensia—. Vi aquel árbol tambaleándose peligrosamente sobre la cárcel y pensé que, si se caía, mataría al preso. Y nosotros no queríamos que eso sucediera. Así que manipulé un poco la cerradura y... ya sabéis que el hierro no tiene secretos para mí. No fue muy difícil.

El alcalde hizo una mueca como queriendo decir: «¡Estupendo!».

—Cuando lo liberé, me dio las gracias de una manera que... En fin, que me ha convencido enseguida. Y además, el árbol cayó y, si estos tres pajarillos no hubiesen intervenido oportunamente, nos habría aplastado a los dos.

Me estremecí y me volví de sopetón hacia Vainilla.

Una bandada de niños



—¿Eras el petirrojo? —dije.

Vainilla asintió con una sonrisa.

—¿Y tú eras el halcón blanco! —dije volviéndome hacia Grisam—. ¡Oh, qué tonta he sido al no darme cuenta enseguida!

—Yo era el picapinos —dijo Flox—. Y Robin Windflower era... el chochín, naturalmente. Los hermanos Corbirock, Tommy y Francis, eran los dos carboneros, el blanco y el pardo, mientras que Acantos Bugle era el porrón y...

—Por eso no habéis dicho nada al verlos aquí, Tomelilla —dije—, ¡lo sabíais! Pobre de mí, cuántas cosas tengo que aprender aún.

—¿Estáis diciendo que la bandada que ha salvado a Roble eran en realidad nuestros, es decir, vuestros... en fin, los niños de Fairy Oak? —preguntó atónito el alcalde.

—Sí, alcalde —dije—. Pero no os lamentéis por no haberlo adivinado; tampoco yo, que soy el hada de dos de ellos, me di cuenta.

—No importa, no es grave —respondió Tomelilla—. Ahora es más importante saber qué vamos a hacer con Jim. Toda esa gente ahí afuera...

—¡Les diremos la verdad! —exclamó tía Hortensia—. No veo cuál es el problema.

—El problema está concentrado al otro lado de tu verja, tesoro, y si te asomas lo verás tú misma.

La bruja descorrió los visillos y miró hacia fuera.

—¿Te parece una multitud con ganas de que le digan que este hombre, que creen que es un fiel servidor del responsable del desastre que acabamos de sufrir, y al que en este momento quisieran desollar vivo, es en realidad un chico venido de lejos y que merece que le pidan perdón?

—Pues no, no mucho.

—Hablaré yo con ellos —dijo el alcalde—. En fin, si aquí dentro todos estamos convencidos de que... se llama Jim, ¿verdad?, de que Jim es inocente, no tendré dificultades en convencerlos. Soy el alcalde y gozo de cierta credibilidad.

El señor Burdock no pudo contener un suspiro.

—¿Qué? ¿Creéis que no conseguiré convencerlos? Os lo voy a demostrar...

—¡No, Pancraccio, espera!

Antes de que logaran detenerle, el alcalde ya había salido a la puerta de la casa y, con los brazos levantados, indicaba a la multitud que todo estaba bajo control.

—¡Todo está bajo control! —gritó—. El fugitivo es una persona respetable, nos equivocamos y lo arreglaremos...

—¡Sacadlo de ahí! —le interrumpió Morus.

—¡Dejádnoslo a nosotros!

El alcalde bajó entonces los peldaños y se dirigió hacia ellos.

—No, no, no lo habéis entendido —dijo—. Se llama Jim Burium y es un buen chico...

—¡Atémoslo y metámoslo otra vez en su celda! —gritó otra vez alguien de la multitud.

—¡Que sirva de comida a los peces!

—Oh, santos númenes, lo que nos faltaba —dijo el alcalde Pimperl con una sonrisita nerviosa, subestimando totalmente la cólera que animaba a su gente.

Sólo cuando el mago Voltar empujó la cancela y una oleada de ciudadanos furibundos invadió el caminito de la casa, comprendió lo dramática que era la situación.

Con su fiel pañuelo en la mano, dudó sólo un segundo antes de dar media vuelta y regresar a la casa.

—¡Están todos locos! —dijo jadeando mientras cerraba rápidamente la puerta—. No sé qué podemos hacer para salir de aquí.

—Yo me ocupo —dijo muy serio el señor Duff. Y sin añadir más, salió y se plantó en el rellano con los brazos cruzados, severo e imponente como una estatua.

—Desde este momento, el chico está bajo mi vigilancia —atronó con su poderosa voz, mirando a sus conciudadanos uno a uno a los ojos—. La cárcel no es lugar seguro, tenemos la prueba, por eso estará conmigo y, si trata de huir, se enterará de cómo las gasta mi magia.

La muchedumbre murmuró.

—Dice que no es un mago —continuó el señor Burdock—, ¡y lo voy a comprobar! Mientras tanto, Jim trabajará para ganarse la comida y el alojamiento. ¿Alguna objeción?

—¿Quién nos dice que no lo has acordado con él? ¡Sí, vosotros los Magos de la Oscuridad habláis todos la misma lengua!

—¿Cómo podemos saber que no es un plan para que se escape?

—¿Crees que todos los Mágicos de la Oscuridad son enemigos, Morus Voltar? —preguntó Duff—. Pues entonces debes de llevar una vida penosa, porque somos muchos aquí. Pero espera... —y escrutó silencioso a la multitud—. ¡Cardo Pitlochery! —exclamó de repente apuntándolo con un dedo—. Amigo mío, tú eres un hombre de irreprochable rectitud, leal y apreciado por todos, tenlo tú bajo vigilancia y nadie tendrá nada que objetar.

—¿Yo? —respondió el señor Pitlochery retrocediendo como un cangrejo—. Si yo no he abierto la boca, ¿por qué yo? No, no, yo no quiero ocuparme de él, Duff, quédatelo tú.

—¡Meum McDale! —dijo a continuación el señor Duff mirando a otro sitio—. La gente

también se fía de ti, eres un Mago de la Luz, ¿no? Amable y de confianza.

—¿Necesitas una balanza, Duff? ¿Y por qué me la pides a mí? —preguntó el señor McDale que estaba un poco sordo. El señor Burdock sonrió.

—He dicho que eres amable y de confianza —repitió alzando la voz—. ¿Me has oído ahora?

—Antes quería una balanza, ahora me pide una escayola, no entiendo nada —farfulló el anciano.

—Olvídalo —dijo el señor Burdock—. Quizá alguien quiera ofrecerse voluntario. Si es así, me alegrará echarme atrás y dejarle hacerse cargo del fugitivo.

Algunas manos se levantaron.

—Ah, muy bien, muy bien —dijo el imponente mago frotándose las manos de satisfacción—. Ahora os lo puedo decir, apenas me agradaba la idea de compartir techo con un sujeto «potencialmente peligroso». Estaba dispuesto a sacrificarme, cierto, pero todas esas noches en blanco vigilando, sin un momento de tranquilidad, y luego tener que darle de comer, dejarle una de mis camas, andar por la casa siempre con el miedo a ser atacado...

Una a una, las empezaron a bajar. Sólo permaneció alzada la mano de Morus Voltar.

—¡Bravo, Voltar! —exclamó Duff—. Estoy muy contento de que quieras tenerlo tú. Naturalmente, no le tocarás ni un pelo y, en honor del buen nombre y lo civilizado de nuestro pueblo, lo mantendrás en buena forma y en buena salud, como está ahora.

—¡Es un enemigo! —protestó Morus bajando la mano.

—Quizá lo sea y quizá no. Y aunque lo fuese, ¡nosotros no somos como ellos!

—¡Entonces quédatelo tú! —respondió el irascible mago, desilusionado por no poder desahogar con el prisionero toda su ira, como quizá le hubiera gustado.

En ese momento, sin embargo, el señor Burdock dijo que no con la cabeza.

—No, no, no —dijo echándose atrás—. Yo ya no lo quiero. Vosotros no os fiáis de mí y hacéis bien: soy viejo y estoy bastante cansado. Fue la locura la que me empujó a ofrecerme, pero vosotros me habéis hecho entrar en razón y, ahora que he comprendido lo pesado que es este cometido, no voy a ceder —un rumor se elevó de la multitud—. Es más, mirad, yo me lavo las manos. Le abro la puerta y que se vaya adonde quiera.

—¡NO, NO! —gritaron muchos—. ¡CIERRA, CIERRA!

Demasiado tarde, el señor Burdock ya había desaparecido en la casa. Un instante después salió agarrando a Jim por el brazo. El joven era tan alto como él.

—¡Aquí está! —dijo—. ¡Quien lo quiera que venga por él! —y empujó a Jim por la escalera.

La multitud retrocedió y, entre afligidos murmullos y cohibidas toses, algunos empezaron a alejarse. Cinco minutos después, la calle estaba totalmente vacía.

El inventor



El señor Burdock volvió a entrar en casa de los Polimón con Jim y, resoplando, se dejó caer pesadamente en una silla. Los niños estaban exaltados.

—¡Bravo, tío Duff! —gritaron—. ¡Les has hecho parecer tontos!

—¡Vainilla, Flox! —intervinieron las tías—. ¿Qué palabras son esas?

—¡Pero si es así!

El alcalde, un tanto cortado por no haber conseguido lo que el señor Burdock, no dijo nada.

—Ahora, chico —empezó a decir el mago dirigiéndose al forastero—, voy a decirte lo que va a pasar. Durante un tiempo estarás en nuestra casa; total, no podrías ir a ninguna otra parte, los hombres que te asaltaron controlan el valle y son mucho más peligrosos de lo que crees —tía Hortensia sirvió un poco de té en la taza de Jim y dos dedos de un licorcito transparente en la del señor Burdock—. Ayudarás en la tienda hasta que las aguas hayan vuelto a su cauce, dentro y fuera del pueblo. Entonces serás libre de ir adonde quieras. Ahora, dime, ¿hay algo que sepas hacer? Quiero decir, ¿que sepas hacer bien?

Jim dio las gracias por el té.

—Soy bueno con las manos —dijo limpiándose los labios—. Y soy rápido con la cabeza.

El señor Duff se bebió el licor de un trago.

—¿Por qué te marchaste?

—¿Por qué dejé mi pueblo? Señor, si hubieseis vivido durante dieciocho años donde vivía yo, también os hubierais marchado. Tres casas y una playa, el océano delante y las montañas detrás. Quería ver mundo.

—¿Y qué sabes tú del mundo?

—Jim ha leído muchos libros —intervino Vainilla.

—¿Tres casas y muchos libros? Suena raro.

—Estaban apiñados en dos arcones que trajo el mar mucho antes de que yo naciera —explicó Jim—. Mi abuelo los encontró cuando flotaban en la bahía, arrastrados por la marejada. Contenían oro y joyas, pero para mí el verdadero tesoro fueron los libros. Había muchos, y crecí con ellos.

—¿Y gracias a los libros te convertiste en inventor? —preguntó el señor Burdock—. ¿La cama de la celda la fabricaste tú? ¿O te ayudó el señor Joe?

—Háblales de los juguetes, Jim —susurraron los niños—. Y de la máquina que lavaba la ropa en vez de tu abuela.

Jim sonrió y la habitación se iluminó.

—La fabriqué yo, señor. De pequeño hacía juguetes que se movían... Por divertirme simplemente. Hice un soldadito que andaba, un carrito que no hacía falta empujar en las cuestas porque subía solo, una barca con remos que giraban solos y, cuando me rompí un brazo, inventé un pasapáginas para leer en la cama.

—Interesante, ¿verdad? —dijo tía Hortensia.

—Un día, a mi abuela empezó a dolerle la espalda. No era capaz, la pobre, de estar doblada durante horas lavando la ropa y luego en pie toda la tarde planchándola. Así que inventé una máquina «lavaplancharropa». Funcionaba bien, y mi abuela tuvo por fin tiempo para dedicarse a bordar, que le encantaba.

Vi que el señor Duff se acariciaba la barbilla y rumiaba silencioso. Tomelilla le tocó en un brazo.

—Dime —continuó el mago—, ¿sabrías inventar un sistema para cerrar rápidamente las puertas de nuestro pueblo?

—Creo que sí.

—Ten en cuenta que son muy pesadas.

—Eso no es problema —respondió Jim—. Donde vivía proyecté un mecanismo que levantaba cajas llenas de pescado y las llevaba desde el puerto hasta los almacenes sin que nadie las tocara.

—Deberás contarnos todo sobre tu pueblo —comentó el señor Burdock—. Por el momento, sin embargo, tengo ya un trabajo para ti. Ven, te enseñaré las puertas con las que tendrás que trabajar. El tiempo apremia y necesitamos ese mecanismo cuanto antes.

—Eh... —profirió el alcalde en aquel momento, y Duff comprendió.

—Siempre que nuestro alcalde esté conforme —dijo.

—¡Conformísimo! —contestó el señor Pimpernel complacido—. Por favor, os acompaño.

Al final todos acompañamos a Jim a recorrer toda la muralla de Fairy Oak. Desde luego, el pueblo no estaba en su mejor estado y tuvimos que cambiar de calle a menudo a causa de los árboles abatidos que impedían el paso. Pero Jim ni se fijaba. Caminaba mirando hacia arriba, con el entrecejo fruncido como un sabio, y de vez en cuando hacía preguntas difíciles: cuáles eran los muros más resistentes, si las puertas pesaban todas lo mismo, cómo eran de largos y sólidos los canales de desagüe... Cuando el alcalde no sabía responder, intervenía Duff. Los niños escuchaban cautivados, incluso Vainilla y Flox, aunque la conversación fuese tan poco atrayente para unas jovencitas. ¿Sería que su interés tenía más que ver con Jim que con el peso y las medidas de nuestra muralla?

Recorrimos todo el perímetro del pueblo comprobando también el estado de salud de los troncos, y Tomelilla marcaba con una «X» los que aún estaban vivos.

—¿Qué van a hacer con los muertos? —preguntó Jim.

—Oh, bueno, los recogerá el carpintero y se convertirán en muebles y leña, imagino —respondió la bruja—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Necesitas madera para tu proyecto?

—Sí, en efecto... —dijo el joven inventor—. Viendo la forma de las puertas, se me ha ocurrido que no sería difícil reforzarlas y crear, detrás de ellas, unas segundas puertas más robustas todavía para utilizarlas sólo en caso de un ataque en masa.

Los adultos se miraron pasmados.

—No sé de qué estás hablando, pero tendrás toda la madera que necesites —dijo Tomelilla.

—Y la colaboración del leñador McDoc —añadió el alcalde.

—¿Cuánto tiempo precisas para construir ese sistema de defensa que tienes en mente? —preguntó el señor Burdock.

—Bueno, si empiezo enseguida y trabajo todos los días y todas las noches... ¿Qué día es hoy?

—16 de diciembre.

Jim hizo algunos cálculos en voz baja.

—Para finales de mes podría estar listo —contestó.

—¿Tan pronto? —exclamó extasiado el alcalde. Tomelilla se acercó a Jim y le puso una mano en el hombro.

—Me temo que para entonces no serviría de nada —dijo disgustada por no poder compartir el mismo entusiasmo—. Tienes cinco días, Jim, y toda nuestra ayuda. Ni una hora más.

—Pero, santo cielo, Tomelilla, ¡en cinco días no se construye ni un buen columpio! —protestó el señor Pimperl. Tomelilla no replicó. Durante unos segundos miró a Jim a los ojos y el joven no bajó en ningún momento la mirada.

—Lo intentaré —dijo muy serio de repente.

Babú hizo un rápido cálculo...

—Dentro de cinco días será ¡21 de diciembre! —susurró—. ¡El solsticio de invierno!

¡Contraseña!



Jim se puso inmediatamente manos a la obra. Se le entregaron hojas de dibujo y varios lápices para que esbozara su proyecto, y una buena mesa en el estudio del señor Duff, al lado mismo de la estufa, para que se apoyara. En su fuero interno, el mago no dudaba en absoluto de la buena fe del joven forastero, pero la responsabilidad que había asumido ante el pueblo no le permitía disminuir la vigilancia sobre él. En cambio, con su tío tan ocupado, Grisam tuvo algo más de libertad y esto permitió a la Banda del Capitán disponer de un «jefe» siempre presente.

—¡Tenemos nuevos acontecimientos que contaros! —dijo a sus compañeros reunidos en torno a él fuera del colegio—. Veámonos después de comer en la caseta. ¡Ah!, una cosa importante: nada más llegar, entrad enseguida, no os quedéis afuera o despertaremos sospechas.

—¿Puedo deciros una cosa?

—Claro, Acantos.

—Yo os digo que debguíamos tener una contraseña.

—¡Cierto! ¿Alguna idea?

Los chicos se pusieron a pensar.

—¡Roble! —exclamó Flox de golpe.

—¿Sabéis que no lo encuentran? —dijo Vainilla—. Se lo he oído decir a mi tía, no fue a la playa y nadie sabe dónde está.

—Pobrecito, se habrá perdido.

—Los árboles no se pierden, venga. Además, él vive en el valle de Verdellano desde hace siglos, ¿cómo va a perderse?

—A lo mejor deberíamos buscarlo.

—¡Podría ser nuestra primera misión! —anunció Grisam entusiasmado.

—Sin embargo, me parece un poco peligrosa como primera misión.

—¡Lo haremos nosotras! —dije yo—. En realidad, ya lo estamos haciendo. El señor Burdock ha formado una ronda de hadas para que rastree los alrededores del pueblo.

—¡No me lo habías dicho! —exclamó Vainilla preocupada—. ¿Y tú también participas?

—Claro, tesoro. Los componentes de la familia Periwinkle no son ningunos cobardes, ¿verdad?

—Sí, bueno, pero no me gusta.

—Estamos de acuerdo, entonces, ¡la contraseña será Roble! —concluyó Grisam—. Las hadas nos mantendrán al corriente de los progresos de su búsqueda.

Los chicos acordaron los últimos detalles para encontrarse en la caseta y yo aproveché aquel momento para contar a mis compañeras una idea que se me había ocurrido.

—Habéis oído hablar de la cortacarta del Gran Consejo —dije—. Hasta que el peligro no cese, a Fairy Oak no vendrá ninguna hada niñera más.

—¡Es una vergüenza! —exclamó Talosén—. ¿Qué harán los nuevos niños?

—En vez de traer a todas las hadas en nuestra ayuda, nos dejan solas —refunfuñó Pic.

—¡De ahí nace mi idea! —dije—. Nos ocuparemos nosotras. ¡Vamos a mandar una carta! Más aún, ¡cien..., mil cartas!

—¿Y a quién vamos a escribir?

—Cada una de nosotras escribirá a sus compañeras de reinos lejanos y les pedirá que vuelen aquí inmediatamente.

—¡Pero tardarán meses!

—No, si vuelan deprisa. Os lo ruego, ¡intentémoslo! —imploré—. Habéis visto a esos chicos. Merecen que los ayuden, y tenemos que hacer todo lo que podamos para lograrlo.

Hubo un momento de silencio. Pero después...

—Escribiré al Reino de las Rachas Templadas —dijo Devién—. Alguien vendrá.

—Y yo mandaré una carta a mis hermanas del Reino de los Arroyos —dijo Lolaflor.

—Yo enviaré unas palabras al Reino de los Pollitos Gordos y si esas perezosas no mueven las alas, ¡se las verán conmigo!

—¡Gracias, Pic! —dije abrazándola.

—El Reino de los Pétalos Blancos está muy lejos, tardé mucho en llegar aquí, pero escribiré de todas formas.

—¡Bien, Talosén! ¿Y tú, Ditemí?

—¿Qué gano con escribir? Allí nadie me hace caso cuando pido ayuda.

—Si es por eso, tampoco aquí —farfulló Pic.

—Después de leer mi carta, harán un barquito con ella.

—¿No quieres intentarlo al menos?

—Mmm... Está bien, lo intentaré.

—¡Bravo, hadita! Hacedlo todas y cruzad las alas.

—Cuéntanos, Felí —dijeron a coro.

—¿Qué es lo que tienes que contar? —preguntó Vainilla en aquel momento.

—Sobre su colaboración —dije—. ¿Habéis terminado?

—Sí, nos vemos a las cuatro en la caseta. ¡Pero chitón!

Cuando abandonábamos la plazoleta de la escuela, nos encontramos con el señor Joe, que renqueaba cargado hasta lo inverosímil de mantas, cojines, víveres, libros y quién sabe qué más.

—¿Podemos ayudarte, Joe? —le preguntó Vainilla.

—Gracias, eres muy amable, pero me las puedo apañar. Un viaje más y habré terminado.

—¿Adónde llevas todo eso?

—A la cueva. Me lo ha pedido el alcalde.

Esa respuesta ensombreció el rostro de Vainilla. Con un gesto, se despidió del guardián del colegio y no dijo nada más durante el resto del camino.

A las tres había terminado ya de hacer los deberes. Desde que el segundo volumen del *Libro Antiguo* había entrado en nuestra casa, ¡Babú se había vuelto rapidísima!

—Tengo una hora justa para leerlo —dijo—. Ayer por la noche lo dejé en un punto que me parecía muy interesante.



Del Segundo Libro Antiguo



La Oscuridad y la Luz

Había pasado un mes desde que se habían despedido en la linde del bosque y, desde entonces, Scarlet-Violet no tenía ninguna noticia de ella, ni del valle ni de su pueblo. ¿Habría conseguido Mentaflorida encontrar un refugio? ¿O bien la soledad y el terror habrían podido con ella y yacería ahora en las jaulas negras junto con sus amigos y compañeros?

O peor aún, muerta...

No quería pensarlo. Estaba cansada y, aunque el hada Nieve había sido hasta ese momento una magnífica compañera y amiga, tenía ganas de estar en casa con ella mojando un bizcocho de calabaza en el té, persiguiendo a ratoncitos para hacerse su amiga.

El hada y la joven bruja viajaban desde hacía tiempo por un mundo que se volvía cada vez más triste. De muy lejos había llegado el Enemigo, su paso era patente, porque sólo dejaba tras de sí desolación y pesar. Y sobre ellos volaban Nieve y Scarlet-Violet en silencio.

Un solo encuentro las había sorprendido agradablemente y les había dado alguna esperanza: un roble. Un árbol gigantesco que vivía completamente solo en el centro de un bellísimo claro que bajaba en suave pendiente hacia una tranquila bahía en el mar. Ya lo había visto desde casa de Duffus, en lo alto del árbol. Un día, al atardecer, el joven mago la había tomado de la mano y le había señalado aquel sitio maravilloso diciéndole que un día viviría allí, a la sombra de aquel árbol.

«¿No me crees?», le había preguntado.

Ahora que había estado, sí que le creía, y se dijo que si alguna vez volvían a encontrarse, lo acompañaría.

El roble las había invitado a descansar al abrigo de sus poderosos brazos y, como hablaba, las había entretenido con un lento cuento. Y así, entre las largas «OOO» y las lentas «EEE» con las que el roble se expresaba, Scarlet-Violet se había enterado de que la guerra no era algo nuevo en la región y que, en otras épocas, muchas batallas habían ensangrentado aquellos campos, desencadenadas siempre por Aquel que quería imponer la Oscuridad a la Luz, el Señor del Mal.

El árbol había contado que varias veces había tratado de convencer a los ejércitos de la Oscuridad de cesar el combate, porque, si vencían, si la noche se imponía sobre el día, la Tierra y sus criaturas morirían, sometidas a un fin horrible. Pero había sido en vano: la Madre Naturaleza no les había enseñado nada. El ritmo con el que, desde hacía millones de años, organizaba los

ciclos de la vida sonaba inútil y vano a oídos de quienes no se oían más que a sí mismos y sólo ansiaban el poder.

El día que se alterna con la noche para que los hombres puedan descansar... El ciclo de las estaciones, que permite a las plantas y los animales regenerarse bajo la capa del invierno, para despuntar con nueva vida en primavera con más fuerza y vigor... Esta rueda, sobre la que el mundo gira desde siempre, no le interesaba al Señor que amaba la Oscuridad y de oscuridad quería cubrir el mundo.

Pero la Tierra no puede vivir sólo de oscuridad, había repetido el árbol, ni sólo de luz, ni de las dos cosas juntas. Luz y Oscuridad no pueden gobernar juntas, sólo la alternancia asegura la vida. De otro modo, la rueda se pararía, ¡la Tierra se detendría!

Todos para uno...



—**E**sto lo complica todo —dijo Vainilla cerrando el libro.
—¿Algo va mal? —pregunté.
—¡Babú, ¿te acuerdas que te pregunté si creías que Luz y Oscuridad podían ser una sola cosa?
—Sí —dije.
—Quería saber si los opuestos podían actuar al mismo tiempo, como... un único poder. ¿Te acuerdas?
—Claro. ¿Por qué me lo preguntas, es que has encontrado la respuesta?
—Está en el *Libro*, tal como esperaba.
—¿Y...?
—No es posible.
—¿Y eso es malo?
—Estoy confundida —dijo Babú perpleja—. Creía que había comprendido lo que tenía que hacer, pero ahora ya no estoy del todo segura. ¡Si aquella visión volviese!
—¿Qué visión? —pregunté.
Vainilla se sonrojó.
—Perdona, no tendría que haberlo dicho —susurró mientras el reloj del cuarto de estar daba los tres cuartos—. Es hora de salir, pero ¿qué vamos a decirles a mamá, papá y tía Tomelilla?
—Nada, saldremos por la ventana y volaremos hasta el puerto.
—Pero si la tía llega a enterarse, lo pasaremos mal, ¡sobre todo tú!
—Mmm, sospecho que tu tía Tomelilla sabe mucho más de lo que dice. De todos modos, vale la pena. Todos para uno y uno para todos, ¿no? Vamos.



—¡Roble! —susurró Babú ante la puertecita azul de la caseta.
—¡Entra! —contestó una voz desde dentro.
Grisam, Acantos y su hermana Cloudy ya habían llegado. Inmediatamente después de nosotras

llegaron los demás. Sólo faltaba Flox.

—¿Cgeéis que no la han dejado venig? —preguntó Acantos.

—Es posible —suspiró Vainilla—. Pobre, tenía tantas ganas de estar aquí.

Alguien llamó.

—Contraseña —solicitó Grisam.

—¡Mordillo! —respondió quien llamaba.

—Es la voz de Flox, pero la contraseña no es esa.

—Esa bobalicona la habrá olvidado.

—¡Mordillo, ven aquí! —dijo de nuevo la voz de Flox—. Ven aquí, bonito, ¡ven, Mordillo!

La Banda soltó un suspiro de alivio.

—¡Flox, si quieres entrar debes decir la contraseña!

—¡Roble! —dijo Flox.

La puerta se abrió y el perro del señor McMike se coló dentro con un guante entre los dientes.

—¡Mordillo!

—Me ha seguido hasta aquí y me ha robado un guante —explicó Flox—. Puede entrar, ¿no?

—Yo diría que sí, ¡nos hacía falta una mascota! —comentó Vainilla quitando el guante todo babeado de la boca de Mordillo—. La próxima vez traeré también a Pampurria, le gustará volver aquí.

—Bien, Banda... —empezó Grisam—, estamos aquí reunidos porque tenemos cosas que contar. Antes, sin embargo, quisiera compartir con vosotros una idea que se me ha ocurrido esta mañana.

—¡Las ideas del jefe son nuestgas! —exclamó Acantos.

—Bueno, no debería ser así, pero gracias. Como os decía, creo que lo primero que deberíamos hacer es darnos nombres en clave.

La Banda se entusiasmó.

—¡Sí, sí, estupendo!

—¿Y qué nombres nos daremos? —preguntó Tommy Corbirock.

—Tú eras un carbonero, ¿verdad? ¡Serás Carbonero Palustre! ¡Y tú serás Carbonero Garrapinos!

—Entonces tú serás Halcón Blanco.

—Exacto —dijo Grisam.

—¡Y yo seré Petirrojo!

—¡Bien, Babú!

—¿Pero por qué tenemos que llamarnos así?

—Para que los mayores no sepan de quién estamos hablando ni qué estamos haciendo.

—¿Y por qué no queremos que los mayores sepan lo que estamos haciendo?

—Porque nos lo impedirían.

—¿El qué?

—¡Ayudar a nuestro pueblo! Los habéis oído, ¿no? Ah, no, no estabais. Pero estábamos Vainilla, Flox y yo cuando los ciudadanos de Fairy Oak han intentado linchar al fugitivo. Una

escena terrible: gritaban, injuriaban...

Grisam contó a la Banda toda la historia de Jim.

—Me parece que mi padre estaba entre ellos —dijo Celastro muy avergonzado.

—Y también mis padres.

—Y mi tío...

—No digo que todos se hayan vuelto malos —explicó Halcón Blanco—, pero... en fin, quizá han perdido un poco la cabeza. Es comprensible, las batallas, el miedo...

—Están asustados —le echó una mano Vainilla.

—¡Precisamente! Hasta el punto de que cuando el Enemigo nos ataque, algunos se rendirán enseguida.

—¿Y quién dice que el Enemigo nos atacará otra vez?

—A lo mejor se ha ido.

—Esta es la otra noticia que tenemos que daros —dijo Grisam torciendo la nariz—. Hemos escuchado una conversación mientras acompañábamos a Jim a ver el pueblo. Mi tío teme que el Terrible 21 atacará la noche del solsticio de invierno.

—¡Es dentgo de cuatgo días! —exclamó Acantos, que siempre había sido muy bueno en matemáticas y ciencias.

—Jim está trabajando en un plan, y nosotros haremos otro tanto.

—¿Trabajaremos en el plan de Jim? —preguntó Flox con los ojos que empezaban ya a brillarle.

—¿Por qué no? —contestó Grisam—. ¡Pero, además, trazaremos un plan, pero sólo para nosotros!

—¿Cuál?

El joven mago se encogió de hombros.

—Tenemos que pensarlo entre todos, para eso estamos aquí.

—Yo creo que eres muy valiente, Grisam Burdock, pero también que estás un poco loco —dijo Nepeta Rose—. Sólo somos unos niños, ¿cómo podríamos ser útiles?

—¡Igual que hicimos ayer! ¿Salvamos o no a nuestro árbol?

Nepeta no supo qué contestar.

—¡Estuvimos muy bien! —comentó Porrón-Acantos—. Hicimos como las hogmigas.

—¿Por qué como las hormigas?

—Pogque, a pesag de seg pequeñísimas, cuando las hogmigas están todas juntas, son tan fuegtes y están tan ogganizadas que hasta podgían transpogtag a uno de nosotgos si quisiegan.

—¿De verdad?

—Entonces pidamos a las hormigas que nos defiendan del Enemigo —dijo la hermanita de Acantos.

—Ah, seguro que lo lograrían. Pero nosotros no somos hormigas y necesitamos un buen plan.

—Puede que yo ya haya pensado en algo —dijo muy cauta Babú.

Grisam se volvió hacia ella.

—¿De verdad? —preguntó asombrado y con admiración—. ¿De qué se trata?

—No es justo que sea una chica la que haga el plan de la Banda —protestó desde el otro lado de la habitación Carbonero Garrapinos-Francis.

—Bueno —empezó Babú—, creo que os sorprenderá un poco oír lo que estoy a punto de deciros y probablemente pensaréis que estoy un poco pirada, y os darán ganas de hacerme un montón de preguntas, sólo que tal vez no podré responderlas. Deberéis fiaros de mí.

La Banda asintió, pero estaba un tanto perpleja.

—Hoy he visto a Joe preparar la cueva —continuó Vainilla—. Llevaba muchas de esas cosas que... Sospecho que pretenderán encerrarnos en ella cuando el Enemigo ataque.

—Yo también lo he visto —dijo Pajarillo.

—¡Encerrados en la cueva seremos muy poco útiles! —protestó Grisam.

Babú bajó los ojos y sus mejillas enrojecieron un poco.

—Yo no puedo entrar en ella bajo ningún concepto —dijo—. Si lo que sospecho sucede, será fundamental que yo esté bien visible cuando... —se interrumpió para buscar las palabras más adecuadas. No quería asustar a sus amigos, pero sabía algo que nadie más sabía y no podía decirlo—. Tal vez se salve el valle si logro hacer lo que debo hacer —dijo de un tirón—. Tenéis que ayudarme, hacer lo que sea para que no me encierren: cuando llegue lo peor, ¡tengo que estar libre!

Los niños no abrieron la boca. Ni siquiera intercambiaron miradas estupefactas. Tenían los ojos fijos en Vainilla y guardaban un silencio absoluto... quizá esperaban que de un momento a otro estallase en carcajadas y les dijera que todo era una broma. Pero Babú permaneció muy seria.

—Ya había dicho yo que los planes deben hacerlos los chicos —farfulló el pequeño Francis acariciando a Mordillo.

Aparte de él, ningún otro habló durante un buen rato. Por lo demás, ¿qué podían decir? Incluso yo me había quedado sin palabras. Fue ella, a su amable y delicada manera, quien nos ayudó.

—Sabía que os iba a parecer raro lo que tenía que pedir os —dijo sonriendo—. Pero os juro que no estoy montando ningún número. Realmente os necesito, necesito vuestro valor y, sobre todo, vuestra confianza. Uno para todos...

—¡Y todos para uno! —respondió Flox con decisión, extendiendo la mano abierta hacia el centro de la habitación. Y su cara, por una vez, estaba seria y algo solemne.

—¡Y todos paga uno! —repitió Acantos levantándose y poniendo su mano sobre la de Flox.

Pajarillo, Celastro, su hermanita Melisa, Tommy y hasta su hermano Francis le imitaron.

—¡Y todos para uno! —dijeron a coro colocando todos las manos una sobre la otra. También los demás siguieron su ejemplo y pronto en la caseta resonó el hermoso ruido de las manos chocando entre sí... ¡Pac! ¡Pac! ¡Pac!... El sonido de la amistad y de la confianza.

—¡Y todos para uno! —dijo Grisam poniendo su mano abierta encima de la torre de manos de sus amigos.

Por último, ella se acercó:

—¡Y DOS para todos! —dijo mirando a sus amigos a los ojos. Estaba profundamente conmovida. Los niños se miraron: quizá alguno había empezado a entender.

Vuelo a Aberdur



Una luz brillaba bajo la puerta del estudio. Eran las cuatro de la madrugada y Jim todavía estaba trabajando.

—¿No te has ido a dormir todavía? —le preguntó el señor Burdock al entrar—. Deberías descansar un poco.

—No tengo tiempo, señor. Mañana quisiera empezar a poner los primeros postes y necesitaremos estos dibujos.

—¿Puedo verlos?

Jim se apartó para que Duff pudiese echar una ojeada al proyecto, extendido sobre la mesa. El mago lo miró un poco desde la izquierda y otro poco desde la derecha. Después se rascó dubitativo la cabeza.

—Es más complicado de lo que pensaba —dijo—. ¿Funcionará?

—Eso espero, señor.

—Necesitaremos ayuda para unir todas esas partes. Según tú, ¿a cuántos hombres habrá que llamar?

—Una decena bastarán, si son fuertes y tienen buena salud.

—Lo que me temía. En épocas normales, habrían venido unos cuantos Mágicos de la Luz a levantar, con su magia, los troncos y los postes de hierro, y algún Mágico de la Oscuridad acudiría para doblarlos y afilar las partes que tendremos que enterrar. El problema es que no van a venir, al menos no todos los que nos harían falta.

—¿Por mi causa? —preguntó Jim.

—Por la tuya, la mía y por todo este jaleo que ha convulsionado a nuestro pueblo. Pero ahora no debes preocuparte, encontraremos a alguien dispuesto a ayudarnos —y Duff pensó en voz alta—: Cícero, mi hermano Vic, McDoc, Bernie Polimón, Ewan O'Donelly...

Una sombra pasó delante de la ventana y, poco después, Jim vio una mano salir de la oscuridad y golpetear en el cristal. El chico dio un respingo en su silla, y también el señor Burdock se asustó.

—¡Es Tomelilla! —dijo al recuperar el aliento—. Y Felí.

El mago hizo una señal para que nos acercáramos.

—La ronda de las hadas acaba de volver, Duff —dijo mi bruja—. Felí, dile lo que habéis visto.

—Un gran movimiento, señor Burdock, al este.

—¿En la Roca?

—Sí. Hemos oído impartir órdenes en la lengua oscura, y alzarse gritos exaltados por todas partes.

—¿En qué punto está el plan? —preguntó Tomelilla.

—Mañana muy temprano empezaremos a construir las defensas. ¿Participarás? Necesitamos ayuda.

—¡Por supuesto! —contestó Tomelilla.

—¿Puedes avisar a Hortensia y Prímula, y a tu hermana Dalia? Nos hacen falta brazos...

—¿Has pensado también en Viccard? Se pondrá muy contento porque podrá abandonar el faro durante unas horas.

—He pensado en él, sí, pero ir hasta allí me parece ahora una locura.

—Iré yo —dijo Tomelilla—. Prometí a Edgar Poppy que, cuando llegara el momento, me traería a Shirley conmigo.

El señor Burdock sacudió la cabeza.

—Es demasiado peligroso, Lila. ¿Has oído a Felí? Pronto el valle será invadido por el Enemigo. Y a propósito, ¿alguna noticia de Roble?

—Ninguna —dije—. Parece haberse esfumado en el aire.

—No obstante, el hechizo habrá desaparecido y con lo grande y grueso que es deberíamos poder verlo.

—Lo buscaremos cuando vayamos hacia Aberdur —dijo Tomelilla—. Y seré prudente, te lo prometo. Además, Felí estará conmigo, ¿verdad, Felí?

—¡Seguro! —exclamé.

—¿Y cuándo habéis pensado ir?

—¡Ahora mismo!

Duff pensó deprisa.

—Voy con vosotras —dijo tomando su capa.

Pero Tomelilla lo detuvo.

—Haces falta aquí, amigo mío. Si te ocurriera algo ahora, al pueblo no le quedaría ninguna esperanza.

—Gracias por tu confianza, pero no puedo dejaros ir solas.

—Sssh... —dijo la bruja poniéndole un dedo sobre los labios—. Ya lo he decidido y tú sabes que tengo razón. Estaremos de vuelta con las primeras luces del alba y vendremos a ayudaros.

El mago dejó escapar un largo suspiro.

—Está bien, bruja testaruda. Pero si al alba no estás aquí...

La bruja Tomelilla sonrió y le dio un delicado beso en la mejilla.

—¡Estaremos!

La mirada del señor Burdock no se apartó de nosotras hasta que fuimos dos puntitos en el

horizonte. Tomelilla se transformó en una golondrina y juntas, ala contra ala, volamos hacia el valle de Aberdur.

Sobrevolamos la larga playa de Arran siguiendo la reverberación de las largas olas que rompían en la arena, hasta los acantilados, y no tardamos en avistar el faro. Tomelilla se detuvo a hablar con el farero; quería informarle del plan del señor Duff, y no sólo eso. Una esperanza animaba su corazón, ¡que alguien la hubiese visto! En efecto, le preguntó por Pervinca, y no debía de ser la primera vez, porque el farero contestó que había estado atento, pero que... «malas» señales de esas había visto muchas, pero a Vi... nada. Nos despedimos del señor Viccard y proseguimos hacia la granja de los Poppy.

—¡Hay alguien en torno a la casa! —exclamé frenando de golpe. Decenas de sombras inmóviles rodeaban la granja.

—Son los muñecos de Shirley, tranquila.

—¡Hadamía, qué susto! Pero está todo a oscuras, estarán durmiendo a esta hora.

—Malva no duerme nunca —dijo Tomelilla.

Y de hecho, como siempre, mi bruja tenía razón. Al acercarnos a la ventana del taller, percibimos la luz de una vela que se filtraba por las cortinas corridas.

Fue difícil llamar la atención de la tía de Shirley. La señora Malvarrosa era bastante anciana y un poquito sorda. Cuando por fin vino a abrirnos, su expresión era la de una tranquila señora que recibía a invitados para el té de las cinco.

—Perdona por la hora, Malva, hemos venido a buscar a Shirley.

—¿Por qué, qué hora es? —preguntó ella.

—Está a punto de amanecer, querida, es realmente temprano.

—Voy a hacer té.

—Oh, no, no, gracias, tenemos que volver enseguida y además... Sería mucho mejor que tú también vinieras al pueblo.

—¿Hay alguna fiesta?

—No, Malva, no es ninguna fiesta. Hay peligro, en cambio.

La anciana señora se encogió de hombros y subió la escalerita que llevaba al cuarto de Shirley.

¡Me sorprendió su agilidad! Era toda piel, huesos y gafas de leer con gruesos cristales. Mirándola, daba la impresión de que estuviera a punto de hacerse añicos o de que un golpe de viento pudiera llevársela. Siempre tenía los bolsillos llenos, y yo me había hecho la idea de que guardaba dentro piedras para anclarse a la tierra. En cambio, eran carretes de hilo.

Volvió poco después seguida de Shirley.

—Siento haberte despertado a esta hora, niña —le dijo Tomelilla envolviéndola con su capa—. En cuanto lleguemos a casa podrás dormir un poquito más.

La señora Malva sujetó la cara de su sobrina y, estrechándola entre sus dedos largos y nudosos, le estampó un beso en la frente.

—Pórtate bien —le dijo— y ayuda en la casa.

Shirley le devolvió el beso y, todavía soñolienta, siguió a Tomelilla.

—Di a papá que cuide de los muñecos de nieve —dijo en el momento en que Mr. Berry salía

de su bolsillo y se despedía con una patita.

Tomelilla lo intentó de nuevo:

—¿Estáis seguros de que Edgar y tú no queréis venir?

—Oh, es inútil, señora Tomelilla —dijo Shirley—. Ya he tratado yo de convencerlos, pero no me escuchan.

—¡Deberían hacerlo! Venga, Malva, estaréis mucho más seguros dentro de la muralla.

La escuálida señora sonrió y, mirándonos por encima de las gafas, dijo:

—Esta es nuestra muralla, querida Lilá, ¡nuestra casa! ¡Oh, mira, sale el sol!, ¡cuánto hace que no lo veía! Bien, ¡que tengáis un buen viaje!

Cerró la puerta y aquello fue todo.



Mientras tanto, en casa...



Vainilla se había quedado a dormir en la torre con el señor Cícero. En realidad, la preocupación de saber que estábamos las dos fuera no la había dejado pegar ojo. Y así, más o menos a la misma hora en que nosotras llamábamos a la puerta de los Poppy, ella y su padre estaban charlando de grandes asuntos: dónde podía estar Pervinca, por qué estaba ocurriendo lo que estaba ocurriendo, qué iba a ser de todos ellos... Ambos tenían muchas preguntas y muy pocas respuestas. En momentos como aquellos, Vainilla encontraba consuelo en el *Libro Antigo*, y esa noche pensó en compartirlo con Cícero.

—No es la solución a todos los problemas —le quiso aclarar—, pero es muy interesante si lo sabes interpretar. Escucha, papá...

Del Segundo Libro Antiguo



Duffus y Scarlet-Violet

El roble también había ofrecido su sombra a los ejércitos del Mal: a cambio, estos le habían cortado algunas ramas y le habían hecho heridas en la corteza. A pesar de ello, sin embargo, el roble no había dejado de creer en los hombres. El último al que había visto recompensó su confianza haciéndole compañía y apreciando el espléndido lugar que había elegido como morada.

Se llamaba Duffus e iba lejos. Hasta le había prometido que un día volvería y construiría su casa cerca de él.

Confortada por aquella historia, Scarlet-Violet había pedido al árbol que le indicara la dirección que había tomado el joven. Entonces, una rama se había movido y, sin dudarlo, había indicado el sur, el Paso Alto, las montañas.

Y así, después de haberle dado las gracias al roble y haberle hecho la misma promesa que el joven, la bruja y el hada habían reemprendido su viaje. Hacia el sur.

Aparte de la desolación, desde hacía días tenían que hacer frente al frío. Sin un atisbo de luz, sin un rayo de sol que la calentara, Scarlet-Violet sentía que las fuerzas pronto la abandonarían. Si todavía resistía era porque el tenue resplandor de Nieve le iba abriendo camino en la noche infinita. La seguía como las galenas siguen los faroles de los marineros hasta que descubren que están en medio del mar y entonces, exhaustas, caen y se ahogan. Un día, Nieve se daría la vuelta y no la vería. Entonces Duffus no sabría nada más de ella y Mentaflorida se quedaría para siempre en el bosque. Cada vez que su pensamiento la llevaba a ese momento, Scarlet-Violet recuperaba un poco de energía para proseguir. Y así, trataba de no pensar en nada que no fueran Duffus y Mentaflorida. Y en el resplandor de Nieve, que no la abandonaría jamás.

Volvieron a ascender por los bosques nevados y las montañas heladas, azotadas por los vientos gélidos que intentaban a toda costa hacerlas retroceder. Sobrepararon las cumbres rocosas y se cruzaron con los vuelos de las águilas, que trataron de convertirlas en su presa.

Se escondieron de los cazadores de Mágicos que, por aire y tierra, rastreaban la región sin descanso. Y fue huyendo de ellos cuando se escondieron entre las rocas de un torrente.

Con los pies en el agua helada y los dientes castañeteándole, Scarlet-Violet pensaba que, si se transformaba en pez, dejaría de tener frío. Las rápidas aguas se la llevarían y no tendría que luchar más. Por fin reposaría, a merced de la corriente, y no necesitaría fuerzas: el río se encargaría de

transportarla lejos, a otro lugar, a otra tierra, fuera de allí. Con una sonrisa en los labios y con los ojos cerrados, se abandonó a aquel pensamiento: deslizarse con el agua, descansar por fin... Se soltó de la roca, se le doblaron las rodillas y cayó.

El agua le lamió las piernas lívidas y le infló la falda. De improviso, dos brazos la aferraron.

Duffus tomó a Scarlet-Violet en sus brazos y la tendió en la orilla. Nieve le iluminó la cara: estaba pálida y no respiraba. Rápidamente, el chico se quitó la chaqueta y la tapó. Luego abrió su saco y extrajo un par de pantalones, un jersey, una bufanda y un gorro. Pidió al hada que vistiera a la muchacha con aquellas prendas después de quitarle las mojadas.

Mientras Nieve obedecía, Duffus encendió fuego y calentó un poco de agua.

«Tiene que beberse esto», dijo al hada. Incorporó a la joven y le apoyó la taza en los labios. «Es té caliente, amor mío. Por favor, Scarlet-Violet, abre los ojos y respira».

Un espasmo agitó el delgado cuerpo agotado y la boca se abrió en busca de aire. La respiración volvió a hincharle el pecho y cuando por fin Scarlet-Violet abrió los ojos, Duffus la estrechó contra sí y lloró.

«Te he buscado tanto...», murmuró ella.

«Pues me has encontrado, bruja testaruda. Pero ahora no hables, estás muy débil y cansada».

«No hay tiempo», dijo Scarlet-Violet tratando de levantarse. Duffus se lo impidió: «No, no, es demasiado pronto, ¡no debes moverte!».

«Nuestro pueblo está en peligro, Duffus, tenemos que volver». La chica a duras penas podía hablar.

Duffus alzó los ojos hacia el hada y la miró sorprendido: ¿qué estaba diciendo su amiga? Así pues, ¿la amenaza que se agitaba sobre sus cabezas había llegado al pueblo?

«Creía que era solamente aquí», dijo.

«Los han hecho prisioneros», explicó el hada. «¡A casi todos!».

«Pero ¿quiénes son? ¿Qué quieren?».

«Es el Mal que avanza y conquista, y dispone de ejércitos de hombres».

«¿Hombres?».

«Algunos de sus nombres te serán muy familiares, y escucharlos será para ti como una herida en el corazón».

«Continúa».

El hada respiró profundamente y, con inmensa tristeza, fue diciendo los nombres: «Roseto Pimpernel, los hermanos McLoad, Crocus Pills, Creulon Deb, Elderberry Barks, Silver Birch y...».

«Tu padre y mi padre, Duffus», dijo Scarlet-Violet con voz grave. «Desde hoy son enemigos nuestros».

Duffus, sorprendido, retrocedió. «No es posible», dijo.

«Los he visto, han apresado también a los padres de Menta».

«¿Y ella?».

«Huyó conmigo, ahora ya no sé dónde está. La dejé en el bosque cerca de la Roca de Arrochar».

Scarlet-Violet tosió y un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Duffus la apretó con su manta.

«Ahora no podemos movernos, no lograrías dar un paso, además de que estás demasiado débil para transformarte. Dormiremos aquí y mañana decidiremos qué hacer».

Cuando Duffus reabrió los ojos, Scarlet-Violet estaba ya en pie y apagaba el fuego. Nieve estaba a su lado.

«¿Has descansado?», le preguntó a Duffus sonriendo.

Duffus pensó, como siempre, que era la sonrisa más bonita del valle.

«Sí», contestó. «Y tú, ¿cómo estás?».

Pocas horas antes estaba a punto de morir y ahora estaba lista para luchar. Esta era Scarlet-Violet, dulce y combativa, y por eso la amaba.

«¿Por qué quieres volver?», le preguntó. «Nunca nos han comprendido ni escuchado, ¡casi se merecen lo que les pasa!».

«¿Cómo puedes hablar así? Es nuestro pueblo, nuestra gente. ¿Dejarías a tu madre y a tu hermana, y a Menta, en manos de esos monstruos?».

«Quiero vivir mi vida contigo», dijo Duffus tomándole las manos. «¿Te acuerdas del lugar que te enseñé?».

«¿El valle con el roble?».

«Cuando todo esto haya terminado, iremos a vivir allí y...».

«¿Y cuándo habrá terminado todo, Duffus?».

«Yo... no lo sé...».

«No acabará nunca si no hacemos nosotros que acabe. Te... te necesitan, ¡debes volver! Vuelve conmigo».

«Si vuelvo, volveré solo, no quiero que arriesgues tu vida».

«Pero aquí no estoy más segura que allí, amor mío. Y aunque lo estuviera, no podría quedarme aquí sin hacer nada, esperándote».

Duffus se puso serio y, con cara sombría, se alejó.

Una hora después, taciturno, volvió con ella: «Sólo hay una manera de derrotarlos, pero me duele la sola idea de implicarte en un plan tan peligroso. Sin embargo, sé que no lograré mantenerte apartada y, siendo dos, tendremos más posibilidades».

«Siendo tres», susurró Nieve.

«Tres».

«Habla, mi héroe, te escucho».

«Habrá que aliarse con ellos, ¡entra en sus filas!».

Scarlet-Violet no creía lo que oía.

«¡Fingiremos, tesoro! Desde dentro será más fácil controlarlos y descubrir su punto débil, si es que lo tienen...».

«Convertirse en uno de ellos... hacer como ellos... estar junto a ellos... no sé si lo conseguiré».

«Entonces no lo hagas, no estás obligada y yo me sentiré inmensamente feliz si renuncias».

«Renunciar es aún peor», dijo Scarlet-Violet. «Iré y haré lo que dices».

20 de diciembre



El señor Burdock y Jim fueron a la plaza con los dibujos y la lista del material que necesitaban para llevar a cabo el plan de defensa. Las farolas empezaban a apagarse y Duff miraba con más frecuencia el reloj.

—No han vuelto todavía —dijo escrutando el cielo rosa.

—Perdonad que os lo diga, señor, pero si no procedemos a toda velocidad, no habremos terminado para mañana. ¡El trabajo es bastante complicado! —le reclamó Jim.

—Sí, sí, tienes razón, sólo me preguntaba por qué tardan tanto. Bueno, aquí vienen Vic y Bernie Polimón...

—No me digáis que esta es toda la mano de obra que tenemos.

El señor Burdock se volvió para mirar a Jim con los ojos desencajados:

—Dime, chico, ¿es que quieres ponerme más nervioso? ¿Crees que si pudiera hacer que todos vinieran aquí corriendo en un instante, no lo habría hecho ya?

—Sólo digo que, siendo cuatro, iremos muy despacio.

—También van a venir Cícero Periwinkle y Joe, y algún otro. Tú trabaja y deja de abusar de mi paciencia —y miró de nuevo el cielo—. Sólo nos faltaba que ella no volviera —dijo.

Llegó el alcalde con el señor Joe, el herrero Liliun Martagón y el leñador McDoc, y los trabajos empezaron. Antes de nada tenían que procurarse todo el material que Jim indicaba en su lista:

Sistema de defensa del pueblo Fairy Oak

Lista de materiales

- Cabrestantes: 4 por puerta
- Troncos: 15 por puerta
- Poleas: 16-20 por puerta
- Palas: ¡Muchas!
- Cuerdas: ¡Todas las que encontremos!
- Ruedas grandes de carro: 2 por puerta

- Ruedas pequeñas de carro: 2 por puerta
- Barras de hierro: Las que hagan falta
- Cadenas: 10 por puerta

Además:

- Hachas, sierras, martillos, tenazas y clavos

—En cuanto a los troncos, no hay problema, y debo añadir «por desgracia» —dijo el leñador—, disponemos de todos los que queramos, y también hachas y sierras para cortarlos.

—En mi taller tengo barras de hierro y cadenas —dijo el herrero Martagón—, pero nos hará falta un carro para traerlo todo.

—Se lo pediremos a los Coclery —dijo Duff—. ¿Qué más?

—Cuerdas y poleas.

—Yo tengo. ¿Más?

—Herramientas: martillos, mordazas, tenazas y clavos, muchos clavos.

—Traigo las mías —dijo el señor Joe.

—¿Falta algo?

Jim dirigió una mirada bastante explícita al señor Duff.

—¡Vendrá quien quiera venir! —rezongó el mago intuyendo la preocupación de Jim—. Liliium, ve a pedirles el carro a los Coclery, y ya que vas, pídeles dos, uno lo usaremos para los troncos. Yo voy un momento a casa de los Periwinkle; nos encontraremos todos aquí dentro de dos horas.

—¿Y yo qué hago, señor? —preguntó Jim.

—Si no tienes nada que hacer aquí, ven conmigo.



Tocaron a nuestra puerta y Dalia fue a abrir.

—¿Han vuelto? —preguntó Duff.

—Todavía no, y estamos empezando a preocuparnos.

—¿Está Cícero en casa?

—Ya baja.

Las largas piernas del señor Cícero aparecieron en la escalera. Junto a él bajaba también Vainilla. Al ver a Jim, enrojeció.

—Estamos comenzando el trabajo, temía que no vinieras —dijo el señor Burdock a su amigo—. Somos pocos, y si no viene nadie más...

—Perdona, Duff, se me ha hecho tarde, pero ya estoy listo, quizá como nunca lo he estado —contestó Cícero mirando con ternura a Babú.

—¡Vamos!

—¿Puedo ir con vosotros? —preguntó Vainilla—. Por favor, papá, al menos hasta que vuelvan

Felí y la tía. ¡Si espero aquí, me muero!

Jim se asomó para ver qué contestaba Cícero.

—De acuerdo —dijo—. Avisa a mamá y abrígate bien..., hace un frío terrible.

—¡La cera! —exclamó Jim.

—¿Qué cera?

—Con este frío y esta humedad, las poleas podrían bloquearse, necesitaremos mucha cera para untarlas. Y poder encender fuego.

—Entonces, ¡velas! Babú, pide también a mamá que nos dé todas las velas que tenga.

—Te ayudo —dijo Jim siguiéndola a la cocina.

Dalia registró todos los cajones y, como no quedaban muchas velas nuevas, quitó las usadas de los candelabros y dejó sólo dos por habitación. Llenó todo un saco.

—Lo llevo yo —dijo Jim cargándose a la espalda.

Se encaminaron hacia la plaza, pero a mitad de camino el señor Duff se detuvo.

—Cícero, en mi almacén están las cuerdas y poleas que me dejó Talbooth. Llévalas tú, yo tengo que ir a buscar a Felí y a Tomelilla.

—¡No hace falta! —exclamó Cícero señalando el extremo de la calle.

Cuando galopábamos hacia ellos, me pareció ver sólo la sonrisa alegre de Babú, pero Tomelilla, por su parte, notó también la cara larga de Duff.

—¡Sooo, Bess, sooo! —gritó ordenando parar nuestro caballo.



—¡El sol está casi en el cenit! —gruñó el mago cuando nos apeamos—. ¡¿Y por todos los ogros del valle, por qué llegáis en calesa?!

—Volvimos a buscar a Barolo, nos dolía el corazón de dejarlo allí —le expliqué mientras volaba con Shirley hasta donde estaba Babú.

—¿Y no podíais transformarlo a él también?

—Amigo mío, sabes muy bien que no es posible —le susurró Tomelilla acercándose a él.

—¡Sea como sea, llegáis con retraso!

—Pero sanas y salvas, y listas para ayudar. Veamos, decidnos qué es lo que tenemos que hacer.

—Reclutar a mucha gente, toda la que podáis, sobre todo a los Mágicos y a los Sinmagia más corpulentos.

Shirley y Vainilla se abrazaron con fuerza. Luego...

—¿Podemos ir con vosotros a casa del señor Duff, papá? —preguntó Babú.

—¿No preferís llevar la calesa a casa para que descansa la pobre Bess? Tiene aspecto de haber galopado un buen trecho hasta aquí.

—Así es, señor Cícero —dijo Shirley—. Pero creo que incluso Bess prefiere venir con nosotras. ¿No es verdad, Bess?

La yegüita relinchó.

Vainilla, Barolo y yo volvimos a montar en la calesa. Shirley, con Mr. Berry, ocupó el puesto de Tomelilla y agarró las riendas.

Yendo al paso, seguimos a los hombres a casa de Grisam, mientras Tomelilla volvía para avisar a Dalia antes de empezar a recorrer el pueblo para reclutar a la gente.

La Banda vuelve a la acción



Shirley y Vainilla se despidieron de la señora Marta y corrieron a tocar a la puerta de Grisam. Cuando le oyeron decir «Adelante», entraron a informarle.

—Necesitan ayuda! —le dijo Vainilla sin aliento.

—Hola, Shirley —respondió Grisam levantándose de la cama con los ojos medio cerrados—. ¡Barolo! ¡Mr. Berry! ¿Qué está pasando? ¿Quién necesita ayuda?

—¡Nuestros papás, y Jim, y tu tío Duff! No encuentran a ningún Mágico dispuesto a ayudarles a poner en práctica el plan de Jim.

Grisam hizo un gesto a las dos amigas para que se volvieran y se puso los pantalones.

—¡Vamos! —exclamó echando mano a su abrigo.

Pasamos cerca de la puerta sur, donde las obras ya habían empezado. Sin dejarnos ver demasiado, echamos una ojeada al grupo de voluntarios en pleno trabajo: Tomelilla había llevado consigo a Dalia, a tía Hortensia y a Prímula Pull, y juntas estaban untando las poleas con la cera de las velas. El señor Burdock, con un hechizo, había abierto un inmenso hoyo delante justo de la puerta y, ahora, el señor Joe, Vic Burdock y Bernie Polimón, con las palas, estaban echando en unas lonas la tierra del agujero. Un Mago de la Oscuridad habría podido hacerla desaparecer, pero la tierra hacía falta para el plan de Jim. ¡Y había una montaña!

No muy lejos, el herrero y el leñador construían una balsa, o al menos eso era lo que parecía. Habían tendido quince troncos uno junto al otro y estaban atándolos, precisamente como se hace cuando se construye una balsa. También estaba el alcalde, abrigado con una horrible piel mucho más vieja que él. Debía de haber sido una decisión de su mujer, porque el pobre hombre parecía sentirse más bien a disgusto. Caminaba de manera desgarrada y, para ver algo, tenía que alargar el cuello por encima de las peludas solapas. Ataviado así, no iba a resultar útil en absoluto. Se apartó y, detrás de él, pudimos ver a Jim ocupado en hacer algunas correcciones a su proyecto. Estaba serio y visiblemente preocupado. Al vernos, sin embargo, su rostro se iluminó. Alzó la mano y nos saludó.

¡Iban a tardar meses, no un día!

—Dispersémonos, ya sabéis lo que hay que hacer... —dijo Grisam. Él se dirigió al este y nosotros al oeste, hacia la casa de Flox. Por la calle, Vainilla puso a Shirley al corriente de los últimos acontecimientos. La niña que siempre sonreía se puso muy triste.

—Lamento haberte disgustado —le dijo Babú haciéndole una caricia—. De todas formas, tenías que saber por qué Pervinca no está aquí para darte la bienvenida. Pero tenemos un plan, ¿sabes? ¡Y tú serás de los nuestros!

Shirley, con un pequeño gesto, hizo desaparecer las lágrimas y, con otro, hizo aparecer un caramelito que le dio a su amiga.

—¡Sólo tú eres capaz de hacer estos hechizos! —dijo Vainilla mirándola extasiada. De repente, sin embargo, su expresión cambió y sus ojos miraron a Shirley como si fuera la primera vez que la viera.

—Shirley, ¿tu madre era bruja?

—Sí —respondió Shirley.

—¿De la Oscuridad o de la Luz?

—No lo sé, ¿por qué?

—Porque nadie, aparte de ti, posee ambos poderes. ¿Lo sabías?

—Mi papá me dijo algo sobre ello alguna vez, pero la magia nunca ha sido muy importante para nosotros. Él no habla nunca de magia y no quiere verme a mí haciendo encantamientos.

—¡Es realmente extraño! Quiero que veas algo...

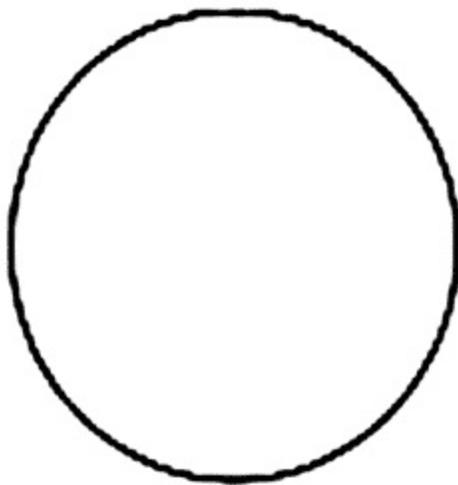
Babú agarró un palito y se agachó. Shirley hizo una señal a Barolo para que se quedase a su lado y así no pisotear lo que Babú iba a dibujar. Vainilla trazó un semicírculo en la nieve.

—Este es el Poder de la Luz. Digamos que soy yo...



—Este, en cambio, es el Poder de la Oscuridad... —junto al primer semicírculo, la joven bruja trazó otro, formando así un círculo completo.

LUZ



OSCURIDAD

—Nuestros poderes juntos —dijo Vainilla haciendo girar el palito dentro del círculo dos o tres veces— forman la rueda que, por lo que me han dicho, hace girar el mundo. Bien, pero si esta mitad soy yo y la otra es Pervinca, tú, que tienes ambos poderes, ¿dónde estás en este círculo?

Shirley iba a contestar cuando, de improviso, alguien la abrazó y la estrechó con fuerza.

—¡FLOX! ¡Cuidado! —exclamó Vainilla tratando de apartar del dibujo los pies de su amiga.

—¡Lo has borrado!

—¿Qué es lo que he borrado?

—Nuestro círculo.

—Oh, perdón, pero estaba demasiado contenta de volver a ver a Shirley. ¿Cuándo has llegado?

—Ahora.

—¿Te ha hablado Babú de la Banda? Ya estamos en acción, ¡venid!

—Lo sabemos —dijo Vainilla—. Veníamos a llamarte. ¿Quién te ha avisado?

—¡Ha venido Porrón Osculado! Creo que ya se ha corrido la voz y...

Mientras las niñas hablaban, Shirley, con un dedo, volvió a dibujar el círculo en la nieve. «¿Dónde estás tú en este dibujo?», le había preguntado Babú. Observó el círculo y, sin que nadie la viera, siguiendo un misterioso instinto, hizo un punto justo en el centro.

—¡Ahí están! —exclamó Flox de improviso.

Pajarillo y otros chicos habían aparecido por la calle y se dirigían a la puerta sur. ¡No estaban solos!

—¡También vienen sus padres! —dijo Vainilla gratamente sorprendida—. ¡Y sus tíos... y hasta sus abuelos!

—Han convencido a toda la familia para que los siguieran. Qué bien han hecho, ¿eh? —comentó Flox—. ¡Vamos!

Conforme se acercaban, otras familias, conducidas por otros chicos, aparecían por las bocacalles del pueblo y el grupo se iba haciendo cada vez más numeroso. Cada vez más y más, hasta que la calle resultó demasiado estrecha para todos. Las voces atrajeron la atención de quienes ya estaban trabajando y, cuando tuvimos a la vista la puerta, Tomelilla, Duff y todos los demás nos miraban con la boca abierta.

—Bueno, Duff, dinos qué tenemos que hacer —dijo el padre de Pajarillo yendo al encuentro

del mago.

A este le debió parecer todo demasiado bonito para ser verdad. Abrazó al señor Windflower con tal fuerza que casi lo tritura y, con calurosos apretones de mano y palmadas en el hombro, dio las gracias también a todos los demás.

—¡Gracias por venir, gracias!

Un sonriente Jim enseñó los planos a los recién llegados. Inmediatamente después, adultos y chicos fueron divididos en cuatro cuadrillas, una por cada puerta.

—Ahora sí que esto marcha —dijo Tomelilla un poco más satisfecha con sus conciudadanos.

Vainilla, Shirley, Flox, Grisam y yo nos quedamos para ayudar en la puerta Sur. Comprendí enseguida que lo que creía una balsa era en realidad una especie de pesado puente levadizo que serviría para cubrir el foso hecho por Duff y para que los habitantes del pueblo no cayeran en él. ¡Era un plan genialideado!



El plan de Jim



Como esperábamos, a cada uno de nosotros se nos asignó un cometido: a Flox, que derritiera de prisa la cera de las velas; a Shirley, de la que se pensaba que, gracias a las enseñanzas de su tía, sabía coser bien, le pusieron en la mano una gruesa aguja, con la cual la niña del pelo rojo tenía que ayudar a la señora Prímula a coser entre sí los bordes de las lonas que contenían la tierra y convertirlos así en sacos. Shirley objetó tímidamente que no necesitaba tener la aguja en la mano, ya que podía manejarla fácilmente con la magia y, por ello, quizá pudiera hacer más cosas al mismo tiempo. Tía Hortensia le pidió entonces que la ayudara a convertir las ruedas de los carros en ruedas dentadas.

A Vainilla le confiaron la tarea de mantener «despejadas» las sogas. Sabía lo que esto quería decir, se lo había explicado una vez el Capitán: tenía que deshacer en las cuerdas que se fueran a usar los posibles nudos, o enredos, y hacer que estuvieran siempre libres y disponibles. No era un trabajo difícil, pero las sogas eran gruesas y muy pesadas, y a veces los nudos que se formaban eran tan intrincados que incluso con la magia le costaba llegar al final. En esos casos siempre acudían en su ayuda los poderosos brazos de Jim. ¡El joven parecía no tener ojos más que para ella!

Grisam se encargó de hacer seguir a las cuerdas su complicado giro (de los cabrestantes a las poleas del suelo, de las poleas del suelo a las del extremo de los postes plantados en el terreno, y luego hasta lo alto de la muralla para volver a bajar de nuevo a lo largo de las puertas, hasta terminar en los sacos...). El chico, que era ágil y ligero, se encaramaba como una ardilla por los postes, subía por las escaleras y se deslizaba a lo largo de la muralla, para colocarse en los puntos estratégicos, estrechos y vertiginosos, donde los hombres, más gordos y pesados, no habrían podido estar.

Más o menos lo mismo estaba ocurriendo por la parte de dentro de las otras tres puertas, y el trabajo progresaba bastante rápido. Pero...

Al atardecer, mientras se izaban los primeros sacos con los cabrestantes, la ronda volvió con la noticia que no habríamos querido oír.

—¡Están avanzando!

—¿Cuántos son?

—Miles, señor Duff. Pero esta vez es distinto, ¡son hombres, no monstruos! —dijo Pic.

Toda la cuadrilla se paró para escuchar.

—¿Hombres? —repitió el mago.

—Hombres dirigidos por un hombre. ¡Y llevan descubierto el rostro!

—¿Habéis reconocido a alguien?

Las hadas se miraron.

—Sí, señor —dijo triste Lolaflor.

—¡Pues dinos su nombre!

—La señora Dhella iba a la cabeza del primer grupo.

—¿Hiedra Dhella?

—Sí, señor.

—Así que ha conseguido doblegarla —comentó amargamente tía Hortensia—. Me pregunto a cuántos de ellos reconoceremos, amigos, parientes, antepasados...

—Por eso ha querido que muestren sus rostros —dijo el señor Burdock sentándose del agotamiento—. ¡Quiere que los reconozcamos! Nuestro pueblo no luchará nunca contra un ejército de amigos y familiares.

Tenía razón. Lanzar un encantamiento contra un monstruo era una cosa, pero otra muy distinta era hacerlo contra los propios vecinos.

—Ya hemos perdido la batalla —murmuró el mago.

—Un momento, ¿estáis diciendo que vamos a abandonar el plan, señor Duff? —preguntó Jim con incredulidad.

—¡Nada de eso! —exclamó Tomelilla—. ¡Vienen a atacarnos y nos defenderemos! ¡Adelante, en pie, amigo mío! ¡Todavía queda mucho por hacer!

Tomelilla ayudó a Duff a levantarse y el trabajo se reanudó. Pero un profundo silencio pesaba ahora sobre el grupo.

Colocaron el segundo par de cabrestantes, el que levantaría los contrapesos para abrir el foso y levantar la barrera. ¡Esta parte fue mucho más complicada y también más peligrosa! De hecho, un cabrestante se rompió y el contrapeso que estaba alzando se vino abajo arrastrando tras de sí la cuerda, que caía enloquecida.

—¡CUIDADO! —gritó Grisam.

¡Vainilla! ¡El peso iba a caer de lleno sobre ella! Lancé un soplo de hada, pero Jim se me adelantó: con un salto, aferró a Babú y la apartó. Un décimoinstante después, el contrapeso chocó en el suelo con un poderoso ¡TUNF!, que hizo temblar la tierra.

—¿Cuánto tiempo se necesita para repararlo? —preguntó Jim a los hombres. El señor Martagón se inclinó a echar un vistazo mientras Duff se subía a la muralla para escudriñar el horizonte.

—Todavía no se ven —dijo al volver. Después se dirigió a nosotras, las hadas—: Que algunas de vosotras vayan de reconocimiento, pero antes que señalen a las demás compañeras la posición

de los enemigos. ¡Rápido!

Devién se adelantó. Las demás acababan de volver...

—Voy con ella —dije.

Tomelilla alzó los ojos, muy seria.

—Tened cuidado —dijo.

Mientras Pic partía a advertirles a los que trabajaban en las otras puertas que se dieran prisa, Lolaflor, Talosén y Ditemí se apostaron sobre la muralla. Devién y yo volamos al encuentro de los enemigos.

—Algo se mueve. Está más allá de los ejércitos, incluso más allá del horizonte —dijo Devién.

Descubrimos lo que era mucho tiempo después.

Riesgos y problemas



—¡**E**stamos recibiendo un mensaje luminoso de Felí, señor Duff! —gritó Pic.
—¿Qué dicen?

—Los ejércitos han sobrepasado los Altos Bosques y los están dejando a su derecha. Ahora se dirigen hacia los puentes de piedra.

—¿A qué velocidad avanzan?

Pic hizo señales y esperó unos instantes.

—Ya no responden, deben de haber cambiado de lugar. Lo intentaré de nuevo dentro de un momento.

—¿No habrá pasado algo, tía Tomelilla? —dijo Babú.

—No, no te preocupes. Devién y Felí deben seguir a los ejércitos y luego encontrar un sitio seguro desde el que hacer señales. Todavía es pronto para alarmarse.

—Si ahora el ejército está en los Altos Bosques, veamos... —el señor Burdock hizo rápidamente el cálculo—. Un hombre a caballo, a trote rápido, puede hacer... ¿cuántas?, ¿treinta millas al día?

—Si va muy veloz, algo más —dijo el herrero, que había ajustado las herraduras a muchos caballos en su vida.

—Entonces podrían estar aquí mañana mismo, quizá al amanecer —el señor Burdock movió la cabeza—. El Enemigo está tan seguro del éxito de su plan que ha preferido emplear dos días más y utilizar caballos, en vez de convertir a sus hombres en monstruos y caernos encima en pocas horas.

—¿Estás asustado? —le preguntó Tomelilla.

—¡Claro que lo estoy! ¡Y tú también deberías! Me pregunto cómo haces para permanecer tan tranquila.

Tomelilla miró a los chicos.

—Ah, ya, perdona —dijo el mago bajando la voz—, no habría debido gritar, los habré aterrorizado.

—No los he mirado por eso, Duff. Obsérvalos...

Estaban todos ocupados en trabajar y ninguno había levantado la cabeza ni miraba alrededor asustado.

—Yo creo, amigo mío, que al final ellos serán nuestra última esperanza.

—¡Por la barba de los gnomos! —gritó Pic en aquel momento—. ¡Vuelan!

—¿Cómo que «vuelan»? ¿Pero no venían a caballo?

—Sí, ¡pero son más veloces que el viento, señor Duff! ¡Las señales dicen que están ya en el río!

—¿En el río?

—¡Ningún caballo puede ir tan rápido!

—Si puedo decir algo... —el alcalde había levantado prudentemente una mano.

—Más tarde, Pancraccio, más tarde —le respondió Duff—. ¿En qué punto estamos con ese cabrestante? —preguntó a los hombres que trabajaban bajo la muralla.

—¡Se han doblado las barras de apoyo! ¡Qué lío!

—¿Tú, Tomelilla, con tus poderes, podrías levantar el peso?

—Creo que sí. Pero supón que nos ataquen primero desde arriba: son Mágicos, saben volar, me extrañaría que no lo hicieran. En ese momento, tú y yo estaremos atareados en repeler el ataque y entonces, ¡adiós barrera!

—Mmm... tienes razón —dijo Duff—. Hay que reparar el cabrestante.

—Perdonad si os lo pregunto —les interrumpió Jim—, soy todavía nuevo en estas cosas, pero me parece haber comprendido que un hechizo de Luz podría enderezar las barras, ¿me equivoco?

—No te equivocas, Jim —le contestó Tomelilla—, lamentablemente no todo puede resolverse con magia. Es una gran aliada pero sólo durante un breve tiempo. A la larga, sin embargo... Mira, por naturaleza, un encantamiento no puede durar eternamente.

—¿Y cuánto dura?

—No es fácil de decir, depende de muchas cosas; una de ellas, y no la menos importante, del Mágico que lo ha llevado a cabo: influye su habilidad, su humor, ¡incluso su salud!

—Por eso, para tener alguna esperanza, deberíamos encontrar a un Mágico muy poderoso que se sienta en forma y de buen humor... Me pregunto quién es capaz de sentirse así después de tantas horas de trabajo y con el Enemigo en puertas.

Duff miró a Tomelilla.

—¿No acabas de decir que tienes mucha confianza en ti? Y tú eres muy poderosa, ¡la más poderosa de todos nosotros!

—Dejadme como vuestra última posibilidad, ¿queréis? —contestó Tomelilla—. Si los hombres logran arreglarlo será mucho más seguro para todos.

—Es justo —dijo Duff—. Démosles una hora más: si dentro de una hora el problema no está resuelto, intervendrás tú.

Grisam les llamó:

—¡Te necesitamos aquí, Jim, para colocar las ruedas dentadas!

Jim le indicó que iba enseguida.

—Creo que tengo algo importante que decir —volvió a la carga el alcalde Pimpernel. Duff lo miró seriamente. En realidad, estaba pensando en otra cosa.

—¿Qué has dicho? —le preguntó volviendo a la realidad.

—Me gustaría hacer una sugerencia...

—Espera sólo un segundo, Pancraccio, ¿puedes? No sé si lo has oído, pero estamos en una emergencia.

—Precisamente sobre ello...

—Disculpa, pero tengo que ir a comprobar en qué punto está el trabajo en las demás puertas. Vuelvo enseguida.

—Bueno, entonces me temo que pasará más de un segundo —refunfuñó el alcalde volviendo a sentarse.

El señor Burdock salió corriendo por una calle.

Jim se acercó a Vainilla.

—¿Estás cansada?

—Un poquito —contestó ella.

—¿Quieres un poco de té? Tengo en la cantimplora.

—Gracias, quizá más tarde, cuando empiece a hacer frío de verdad.

—Bueno, espero que cuando se haga de noche vuestras mamás os lleven a casa. Quiero decir, lo espero por vosotras, no por mí.

Vainilla sonrió.

—No soy tan pequeña, ¿sabes? Y también nuestra ayuda, la de los chicos, es muy importante.

—¡Y tanto! Si no hubiese sido por vosotros, todavía estaríamos intentando clavar esos postes en la tierra. ¿Tienes miedo?

—No —contestó Vainilla—. Sé que debería tenerlo y, en cambio, me siento... emocionada.

—¿Emocionada? ¿Por la idea de encontrarte con el Enemigo?

—No, con alguien distinto. Y tú, Jim, ¿tienes miedo?

—Estoy demasiado cansado, no duermo desde hace días y hoy ha sido un día muy duro.

—Pero tu plan parece fantástico —dijo Babú.

—¿Has comprendido cómo funciona? Ahora, ataremos a las sogas todos los contrapesos que hemos alzado con los cabrestantes. Cuando el señor Duff, o el alcalde, den la señal, uno de nosotros cortará las sogas, los contrapesos caerán y, al caer, harán que se cierren las puertas y se levante el muro de troncos.

—¿Como si fuese un puente levadizo?

—¡Exacto! Lo hemos dispuesto de forma que quede al ras del foso, así no podrán utilizar las escalas para superarlo.

—¡Pero volarán! —hizo notar Babú.

—Algunos sí, pero te aseguro que el foso es muy profundo y no resultará nada agradable caer dentro. ¿Puede volar un Mágico herido?

—Mmm... no lo sé, puede que sí, pero mal.

Y rieron, por primera vez en aquel día.

Duff volvió a la carrera, casi asfixiado.

—¿Hay novedades? —preguntó.

—El cabrestante no quiere funcionar.

—Espléndido. ¿Y qué hay de los enemigos?

—Ninguna noticia.

—¿No han hecho señales las hadas?

—No.

El mago se volvió y gritó a nuestras compañeras de la muralla:

—¿Qué ocurre, por qué no hacen señales?

—No lo sabemos, señor. ¿Queréis que vayamos a ver?

—¿Tú qué crees, Tomelilla? ¿Es oportuno?

—Esperemos todavía un poco.

Entre tanto, Vainilla se había acercado.

—¿Y si están en peligro? Pic podría averiguarlo y volver para avisarnos.

—Sólo un momento —rogó la tía.

—¡AQUÍ VIENEN! —gritó Pic—. ¡Ya vuelven! Pero... sólo veo una luz.

Vainilla se volvió de golpe.

—Calma —le susurró Tomelilla—. Calma. Esperemos.

—Me parece la lucecita de... Felí. ¡Sí, es ella!

—¿Y Devién? —preguntó Flox.

Tía Hortensia, sin decir nada, dejó su trabajo y se levantó.

—¡YA LLEGAN! ¡YA LLEGAN! —grité—. ¡CERRAD LAS PUERTAS!

El muro



Los hombres estaban pálidos y cansados. La luz de las antorchas anunciaba la llegada de la noche, pero iluminaba, de forma cruel, los rostros marcados por la tensión y las manos tambaleantes y amoratadas que era inexplicable que pudieran seguir trabajando.

—¡Pero aún no estamos preparados! —exclamó el señor Duff—. ¿Cómo pueden haber sido tan rápidos?

—¡Sus caballos, señor! —dije con el poco aliento que me quedaba—. Son incansables, igual que los jinetes que los montan. No se detienen nunca y sus patas no temen ningún terreno, ni siquiera los más duros y quebrados. Corren sobre las rocas igual que sobre la nieve, vuelan sobre los obstáculos y las lagunas, saltan los ríos y se arrojan de cabeza por las pendientes más escarpadas. Galopan veloces como el viento y no atienden a las voces de las hadas. Hemos intentado hablar con ellos, los animales suelen escucharnos, pero estos caballos son extraños.

—Bien, ¡veremos si pueden superar también nuestra barrera!

—¡AQUÍ ESTÁN, SON ELLOS! —gritó Pic.

—¡JIM, A LAS PUERTAS! —ordenó el mago Burdock.

Jim alcanzó al señor Duff.

—Corre a cortar la soga de la izquierda. ¡Yo voy a la otra!

—¡Pero no está terminado y no lo hemos comprobado! —respondió el señor Joe—. Si el mecanismo se rompe, ¡no habrá tiempo para repararlo!

—¡No queda tiempo, Joe! Tenemos que hacerlo y tener la esperanza de que la suerte esté de nuestro lado.

Corrieron a lo alto de la muralla, hacia cada uno de los voluminosos contrapesos que sujetaban las puertas.

—¡CUANDO YO DIGA TRES, JOE! —gritó el joven. El señor Joe alzó el hacha.

—¡UNO, DOS... TRES!

Las sogas chasquearon, las poleas vibraron y las puertas se impulsaron.

¡TUNF!

¡TUNF!

Sonaron los contrapesos al tocar el suelo. Y... ¡CACLONC!, hizo la primera puerta. La segunda, en cambio, se paró antes de cerrarse..., algo había salido mal.

—¡DIABLOS! ¿CUÁNTO HA FALTADO?

—¡UN DEDO, SEÑOR! —gritó Jim.

—¡EL MURO, RÁPIDO!... Y esperemos que tu encantamiento resista, Tomelilla —dijo el señor Burdock aferrando la manivela del cabrestante. Liliun Martagón se ocupó del otro.

—¡DEPRISA, DEPRISA! —imploró el alcalde.

—¡No, despacio! —dijo Jim—. Levantad despacio.

El segundo par de sacos que había que izar era mucho más pesado. Una vez arriba, Jim y el señor Joe quitarían el bloqueo, los contrapesos volverían a caer y la barrera, tirada por ellos, se levantaría dejando un enorme socavón en su lugar.

El herrero y el mago empezaron a tirar lentamente hasta que las cuerdas se tensaron. Un minuto después de la medianoche del 21 de diciembre... ¡BOOOM!

En las puertas resonó un golpe tremendo. Jim y Grisam se subieron a la muralla y miraron hacia abajo.

Una marea negra rodeaba el pueblo. ¡Veinte filas de más de quinientos enemigos cada una! Iban todos a caballo, vestían capa negra y, como había dicho Pic, no eran monstruos, sino hombres como ellos.

Y un hombre también los comandaba. Apartado de los demás, iba montado en el caballo más hermoso que los niños habían visto nunca: el pelaje y la crin eran tupidos y ondulantes, negros y brillantes como la tinta. El cuerpo, poderoso y altivo, formaba un todo con el cuerpo de su jinete. El caballo ejecutaba las órdenes sin necesidad de bridas, y el jinete cabalgaba sobre él sin silla. El comandante impartía las órdenes a su ejército en una lengua que ni Grisam ni Jim conocían. ¡Pero su intención era clara!

—¡SON MILES! —gritaron—. ¡Y ESTÁN FORZANDO LAS PUERTAS!

El frío de la noche helaba el aliento y, sin embargo, la frente del señor Burdock estaba perlada de sudor. Una gota le bajó por la mejilla.

—Cuidado —le dijo Tomelilla—, si la soga se rompe y tú sigues agarrando la manivela, la violencia del tirón te arrancará el brazo, ¿te das cuenta?

—Lo sé. ¡Tú estate lista para intervenir!

Los dos hombres se lanzaron una mirada de entendimiento y, mientras los demás a su alrededor aguantaban la respiración, empezaron a izar los contrapesos.

Los sacos se estiraron y, lentamente, fueron separándose del suelo. Un siniestro rechinar acompañaba su ascensión, mientras las sogas se tensaban a más no poder.

Un giro de manivela, otro giro... y los sacos subieron lentamente. Jim tragó saliva y Joe tentó instintivamente su petaca en el bolsillo del chaquetón.

—¡Ánimo!, ¡ánimo! —susurraba con los dientes apretados.

De improviso, toda la estructura sufrió una sacudida. ¡Los contrapesos se precipitaron!

—¡NOOO! —gritó Jim.

Por fortuna, Tomelilla logró quitar a tiempo la mano de Duff de la manivela sólo un instante antes. Liliun Martagón, en cambio, no tuvo tanta suerte y por poco no se deja allí un brazo. Sangraba, así que el señor McDoc ocupó su puesto. El alzamiento se reanudó.

Tomelilla miraba fijamente el cabrestante y sus labios pronunciaban silenciosos susurros. La tensión era increíble.

Oíamos gritar a los enemigos y sentimos que sus voces estaban cada vez más cerca.

—¡LA PUERTA ESTÁ CEDIENDO! —gritó Jim.

Los sacos subían, pero ahora Duff y el señor McDoc tenían miedo e iban más despacio.

Por fin los sacos tocaron su punto más alto.

¡Cloc!, hicieron las ruedas dentadas asegurándolos en su posición.

El mago y el leñador eran dos máscaras de fatiga y sudor.

—¡JIM, GRISAM! ¡AHORA! —gritó el señor Burdock.

—¡TENDREMOS QUE SINCRONIZARNOS PERFECTAMENTE! —advirtió Jim—. ¡SI LOS CONTRAPESOS NO CAEN JUSTO AL TIEMPO, LA BARRERA SE TORCERÁ Y ADIÓS DEFENSA!

Grisam hizo una señal a Jim para avisarle que estaba listo, y otra a los demás para que se apartaran. Esta vez no iban a contar. Jim y el joven mago se miraban a los ojos, y cuando su entendimiento fue perfecto, las hachas cayeron sobre las cuerdas.

Con un único fragor ensordecedor, los contrapesos se desplomaron y, ante los ojos incrédulos y estupefactos de todos, surgió de la tierra un muro de troncos. En ese momento, los hombres del Enemigo destruían la puerta y se lanzaban al ataque. ¡Pero encontraron el foso frente a ellos! Muchos cayeron en él, y en ese mismo instante el mago Duff los convirtió en gusanos y lombrices.

Gritos exaltados y amenazadores se elevaron más allá del foso. Pero también risas desairadas y de desprecio.

—Intentarán pudrir la madera, Tomelilla, ¿conseguirás contrarrestar tú sola su encantamiento?

—Lo intentaré. Tú prepárate para defendernos de un nuevo ataque desde arriba —dijo la bruja tomándole la mano. Duff la agarró y tiró de Tomelilla hacia sí para abrazarla con fuerza.

—Felí, ¿dónde está Devién?

Tía Hortensia se había acercado.

—Se ha quedado sobre la muralla, con las demás —dije—, para... bueno, para vigilar.

—¿Por qué no ha venido contigo a informarnos de lo que habíais visto? Sabe que estamos preocupadas por ella.

—¡Ah, pero está bien! —dije—. Sólo quería... ¡aquí está! ¿Veis? Ya llega.

Pobre Devién, se había repuesto un poco, pero cuando habíamos vuelto... no parecía ella misma de lo agotada que estaba. No había querido que Hortensia y Flox la viesan en aquel estado, y por eso se había detenido a descansar.

Los niños se rebelan



Tomelilla lanzó el hechizo «siempreverde» al muro de troncos para hacerlo más resistente a los encantamientos de fuego y pudrición de los enemigos. No obstante, cada tentativa nuestra para defendernos de sus asaltos provocaba una carcajada en el comandante de los ejércitos y no entendíamos por qué.

—¡Bien, en este momento hablaré! —exclamó el alcalde poniéndose en pie—. En vista del peligro que nos acecha, considero que los niños tienen que ser reunidos inmediatamente y llevados a la cueva bajo la escuela. ¿Está todo preparado como te pedí, Joe?

—Todo, señor alcalde —respondió el guardián tirando la petaca ya vacía.



Vainilla, Grisam y Flox se miraron alarmados. También Jim se percató, y Shirley. No hizo

falta que se dijeran nada, todos conocían el plan.

—¡SÍGUENOS SHIRLEY! —gritó Vainilla.

Y antes de que mamá Dalia, Cícero, mamá Rosie o quien fuera pudiese detenerlos, los niños ya huían por la calle oscura.

—¿Qué hacen? ¿Adónde van?

—¡Seguidles, por favor!

Bernie Polimón, Vic y el señor Joe corrieron tras ellos. Viendo que Cícero dudaba, lo arrastraron también. Cuando se propagó el rumor de que el alcalde quería encerrar a los niños en la cueva, por las calles del pueblo se desencadenó una auténtica desbandada.

—¡Sujetadlos!

—¡Que no escapen!

—¡Volved aquí!

No hubo nada que hacer, los niños tenían una misión que cumplir y nadie iba a detenerlos.

—¡EL QUE PUEDA, QUE SE TRANSFORME! —gritó Grisam. La orden pasó rápidamente de uno a otro.

—¿Y QUIEN NO PUEDE?

—¡QUE SE ESCONDA!, Y CUANDO EL CAMINO ESTÉ LIBRE, ¡QUE SE REÚNA CON NOSOTROS EN LA GUARIDA SECRETA!

La voz se extendió, y ya volaban los primeros pájaros.

Halcón Blanco, Petirrojo, Picapinos, Porrón Osculado, Carbonero Palustre, Carbonero Garrapinos... Uno tras otro, todos llegaron a la caseta del Capitán. Y después de ellos, otros, ¡muchos otros! Parecían no tener fin. Y cuando estuvieron todos, eran muchos más de los que nunca habían sido..., tantos, que tuvieron que hacerse muy, muy pequeños para entrar en la caseta.

Grisam no se lo podía creer. Con mucho esfuerzo logró subirse a un arcón y allí retomó su aspecto.

—¡Escuchadme, Banda! —gritó.

El ruido era tal que el joven mago tuvo que hablar tan alto como pudo para que lo oyeran.

—¡SILENCIO! —gritó.

Por fin, el ensordecedor parloteo cesó.

—Acaba de suceder algo absolutamente inesperado, vosotros mismos lo estáis viendo: por alguna oscura razón, ¡todos los pájaros del valle nos han seguido!

—No es eso —dijo el petirrojo Vainilla desde un rincón, volviendo a transformarse—. Los que ves, Grisam, ¡son todos niños! Y el mérito es de Shirley, que ha convertido en pájaro incluso a los niños Sinmagia. ¡Ahora la Banda está de verdad al completo!

En ese momento, una corneja chilló y trató de salir.

—¿Quién es, lo sabes? —preguntó Grisam.

—Me temo que es Scarlet —suspiró Babú—. Shirley ha sudado lo suyo para transformarla. Ella no quería y, de hecho, ahora que lo pienso, ni siquiera estaba huyendo.

—¡Si quiere salir, que salga! No debemos obligar a nadie a quedarse.

Vainilla fue a abrir la puerta y la corneja salió echando chispas sin dejar de protestar.

—Bien —volvió a tomar la palabra Grisam—. Antes de nada, bienvenidos. Pediría a los Mágicos que no vuelvan a su forma original, para que la caseta no reviente. Los Sinmagia necesitarían a Shirley, así que podemos estar tranquilos por el momento. El Enemigo está ahora a las puertas de Fairy Oak y nosotros tenemos una misión que cumplir. Los nuevos miembros de la Banda no saben cuál es, por eso les pido que hagan lo mismo que nosotros. No os separéis nunca, permaneced todos juntos: formaremos una bandada y protegeremos a Vainilla. Estaremos listos para intervenir en caso de que alguien trate de apresarla, aunque fuese el señor Cícero. ¿Es así?

Vainilla asintió.

—Quien no se sienta capaz de salir al descubierto, o tenga miedo, que se quede aquí, no está obligado a venir y nadie lo juzgará por su decisión. ¿Alguna pregunta? Ah, sí... no podéis hablar. Espero que todo haya quedado muy claro.

El original auditorio escuchó cada palabra, y cuando Grisam concluyó, todos los pájaros asintieron y agitaron las alas.

—Perfecto, entonces. ¡Estad preparados!

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Babú —dije.

—Yo también lo espero, Felí.

—¿Tienes contigo la brújula de tía Tomelilla?

—¿El lugar adecuado en el momento adecuado? Sí, Felí, la tengo.



—Espero que, en determinado momento, indique nuestra casa o la cueva del colegio —suspiré. Y Babú sonrió.

—Si lo hace, no podré seguirla. ¡Lo que debe pasar, pasará pronto y al aire libre!

—¿No podrías decirme algo? ¡Sería más útil si lo supiera!

—Lo siento, Felí, pero debes fiarte de mí. Como ellos...

Estaba tensa y emocionada. Haber pedido ayuda a la Banda había sido una buena idea, pero también una gran responsabilidad.

Los gritos de la batalla atravesaban las paredes y hacían latir con fuerza los pequeños corazones de los pájaros, que, pegados unos a otros, no paraban de darse ánimos. En silencio miraban la puerta y, a cada grito o estruendo aún mayor, entrecerraban los ojos. Sin embargo,

todos estaban dispuestos a mantener su palabra. Saldrían de su refugio para ayudar a Vainilla a llevar a cabo ese plan misterioso, costara lo que costara.

El pueblo luminoso



Como había previsto Tomelilla, los combates se concentraron en tierra, aunque también se luchó en el cielo. Puesto que los enemigos peleaban a cara descubierta, también los Magicos de Fairy Oak decidieron no transformarse. Fue la batalla más cruel que se recuerda aún hoy en Fairy Oak. Hombre contra hombre, amigo contra amigo.

Y fue desigual, porque los habitantes del pacífico pueblo ya no se sentían capaces de combatir y muy pronto muchos se rindieron. El cansancio de quien todavía luchaba se multiplicó. No es que Tomelilla y Duff disfrutaran lanzando hechizos contra aquellos que en otro tiempo les habían sonreído, y que quizá todavía les sonreían desde alguna foto pegada en un álbum de recuerdos. De hecho, más que nada, se defendían y defendían el pueblo. Los amigos y conocidos de antaño, ahora enemigos, no sentían, desgraciadamente, la misma piedad ni la misma debilidad, y combatían para herir y matar.

Vencidos por el cansancio y por las numerosas heridas que habían sufrido, los magos y brujas que luchaban en el aire cayeron pronto a tierra.

También el poderoso Duff mostraba heridas por todas partes y una muy profunda en un costado, que ya no le permitía volar.

La voz de Humulus Bellepor resonó victoriosa al otro lado de la muralla.

—¡FAIRY OAK ESTÁ CEDIENDO! —gritó—. ¡ADELANTE, MIS HOMBRES! ¡PREPAREMOS EL TERRENO PARA AQUEL QUE VIENE A DOMINAR!

El cielo, ya negro por la noche pero todavía despejado, se volvió de plomo de pronto. Una capa de nubes oscuras y lívidas ocultó las estrellas y, amenazadora, cayó sobre nosotros.

—Ya llega —susurró Vainilla.

Con los puños cerrados y los ojos fijos, temblaba.

—No tienes que ir —fue mi ruego—. Desde lo más hondo de mi corazón, te lo suplico, renuncia. Sea lo que sea, es demasiado para ti.

—No puedo evitarlo, Felí. No tengo miedo, es más, no veo la hora de que todo esto acabe. Se alzó y miró a Grisam.

—¡Es el momento! —dijo.

El mago asintió. Sin una palabra, volvió a adoptar el aspecto de halcón y se puso al frente de la bandada, listo para emprender el vuelo. Junto a él iba el petirrojo.

La puerta se abrió y un fragoroso ruido de alas llenó la habitación. Los pájaros volaron hacia afuera, hacia el mar. Pero pronto torcieron y volvieron hacia atrás, en dirección a la plaza.

Entre tanto, Jim libraba su combate para defender el muro y las puertas. Sin Duff para impedirselo, muchos Mágicos enemigos habían entrado por arriba y ahora intentaban abatir nuestras defensas desde adentro.

Armados de hachas y martillos, Jim, el señor Joe, Liliun Martagón y algunos más trataban de hacer retroceder a quienes se acercaban al muro y a Tomelilla.

Pero los Sinmagia, aunque voluntariosos, eran un blanco fácil para los Mágicos, que lanzaban contra ellos encantamientos terribles. Por fortuna, tía Hortensia tuvo una magnífica idea: en vista de lo mal que pintaban las cosas, voló a su casa y volvió con su armadura puesta. Era pesada y hacía difícil cada movimiento, pero, con ella, Jim y algunos otros tendrían más posibilidades.

Ninguna armadura, en cambio, podía proteger la madera de nuestras fortificaciones: atacada por todas partes con la magia destructiva de los enemigos, y sin Tomelilla para defenderla, la madera de las puertas Este y Oeste se pudría y se volvía cada vez más débil. Hasta que, consumida en sus fibras, la madera de la puerta Este cedió y también la barrera fue atacada. El muro de troncos se agrietó y una parte empezó a pender sobre el foso. ¡Ante los ojos aterrorizados de los defensores aparecieron los ejércitos enemigos!

—¡MIRAD! —gritó en aquel momento Talosén—. ¡AHÍ VIENEN LAS HADAS!

Un resplandor casi cegador iluminaba el horizonte.

—¡SON ELLAS, VIENEN EN NUESTRA AYUDA!

Tal y como habíamos esperado, volaban veloces hacia nosotros y, en un instante, una ola de luces centelleantes inundó el pueblo. Desde cada uno de los reinos habían volado a millares y millares para socorrernos.

—¡VIVA! —dije exultante yendo a su encuentro.

—HADAS AMIGAS DE LOS HOMBRES Y LA PAZ, ¡SED MÁS QUE BIENVENIDAS! —grité—. ¡AHORA, GRACIAS A VOSOTRAS, PODEMOS TENER ESPERANZA OTRA VEZ!

—¡ESTAMOS A TUS ÓRDENES, HADA DE LOS ROCÍOS DE PLATA ! —respondieron las hadas—. ¡DINOS QUÉ HEMOS DE HACER!

—¡QUE UNA PARTE DE VOSOTRAS SE REPARTA POR EL PUEBLO ! QUE CADA MAGO, BRUJA Y SINMAGIA TENGA A MUCHAS DE VOSOTRAS ALREDEDOR Y QUE VOSOTRAS LOS PROTEJÁIS, LAS DEMÁS, QUE VENGAN CONMIGO, TENEMOS QUE HACER RETROCEDER A LOS INVASORES Y REPARAR LOS DAÑOS.

—¿DÓNDE ESTÁN LOS NIÑOS?

—¡YA NO HAY NIÑOS EN FAIRY OAK! —exclamé—. ¡MANOS A LA OBRA, PUEBLO LUMINOSO!

Gracias a la llegada de las hadas, ¡de nuevo estábamos a plena luz!, una luz mágica que curó las heridas y los ánimos, y volvió a encender la esperanza entre los habitantes de Fairy Oak.

Volvió a subir la energía por las piernas y los brazos, y la gente del valle empezó otra vez a

defenderse y combatir.

Rodeados por el resplandor cegador de las hadas, que difuminaba sus contornos y los hacía casi invisibles a los ojos de los enemigos, magos, brujas y Sinmagia lograron tomar la delantera. Los enemigos que habían caído en el foso fueron transformados; por su parte, aquellos que habían logrado entrar en el pueblo fueron expulsados; y quienes intentaban entrar fueron repelidos a golpes de hechizo y de todo lo que se tenía a mano: palas, remos, piedras, sillas, puños, incluso zapatos... el arma no tenía importancia. Ahora estaban decididos a sobrevivir y a proteger lo que querían, y nada ni nadie los detendría.

Con este espíritu, y de nuevo unidos, ¡estaban ganando!

Con ayuda de Jim y del señor Duff, que nos explicaban lo que teníamos que hacer, conseguimos reparar el muro del Este y parte de la puerta; así, manteniéndolo todas juntas en equilibrio, logramos dar tiempo a los hombres de la puerta Norte para apuntalar su muro.

Ahora, el sistema de defensa estaba listo para repeler un nuevo asalto. Era una batalla que habíamos ganado nosotros.

Fue precisamente entonces cuando vi a Vainilla que estaba subiendo la muralla. Pensé que quería unirse a los que desde arriba miraban exultantes las capas negras de los enemigos que se refugiaban entre las filas de sus compañeros. Pero cuando llegué hasta ella, me di cuenta de que estaba equivocada.

Un caballo blanco montado por una jovencita se separó de las filas del Enemigo y se puso al frente del ejército. Un jinete llegó al galope en un corcel negro y, después de girar en torno a ella una vez, se puso a su lado. ¡Era él de nuevo! Lo había visto cuando, junto a Devién, habíamos seguido el avance del ejército: Humulus Bellepor, el brazo derecho del Terrible 21.

¿Y ella? ¿Quién era ella?

Llevaba una capa suntuosa y montaba un magnífico corcel blanco de crin plateada. Derecha, altiva... ¡parecía una reina! Él alzó el rostro y nos miró: sonreía de una manera cruel, como el que sabe que le queda aún por jugar una carta ganadora.

¿Era ella su carta ganadora? ¿Su arma secreta?

Humulus retrocedió y la dejó sola. Ahora, la misteriosa muchacha era la única protagonista de la escena. Lentamente, con regia solemnidad, se bajó la capucha y levantó el rostro hacia nosotros.

—¡¡NOOO!! —gritaron las hadas.

¡Fue el golpe de gracia!



El secreto de la Roca



Nunca la había visto tan hermosa y, aunque sus ojos infundían terror en ese momento y todo en ella parecía más adulto, no había duda: ¡era Pervinca!

Aterrorizado por aquella visión, que ponía fin a la Antigua Alianza, el pueblo luminoso huyó abandonando el valle a su destino.

Y los humanos... Con los brazos caídos, los cuerpos cansados, el rostro lívido... los habitantes de Fairy Oak habían perdido y lo sabían. Las fuerzas del equilibrio se habían alineado, pero en lados opuestos, y ahora se enfrentaban. Desde su lugar, Tomelilla podía ver a ambas: Vainilla y Pervinca, la Luz de una parte, la Oscuridad de la otra, y, en el medio, un muro y una guerra. La bruja no hizo nada, ni se acercó a Vainilla. Sólo murmuró: ¡Ahora, que hablen los corazones!

Barolo y Mordillo empezaron a ladrar furiosamente y desde el cielo, de nuevo plomizo, salió un caballo alado, negro como la jaula de la que tiraba. Con sus inmensas alas extendidas, dispersó a los pájaros e hizo huir a los hombres, creando un vacío en torno a Vainilla.

Sólo un instante después, Babú estaba dentro de la jaula.

Instintivamente, Tomelilla y yo miramos a Pervinca, que ni siquiera alzó los ojos. Ni un signo de emoción o temor atravesó su rostro, que permaneció impasible, con los ojos gélidos mirando al frente. Ningún parpadeo traicionó algún intento de reprimir una lágrima.

El caballo alado desapareció entre las nubes.

—¡RÁPIDO, RÁPIDO! —grité a la bandada, que volaba ya en pos de la jaula—. ¡Tenemos que alcanzarla!

Nos perdimos tras ella en las nubes y fue como perseguir una pesadilla. Desde todas partes intentaban golpearlos rayos y centellas, mientras la jaula aparecía y desaparecía, aparecía y desaparecía...

Hasta que, de repente, las nubes clarearon. No del todo, sin embargo. Una atmósfera gris y tétrica envolvía ahora el paisaje por debajo de nosotros. Un páramo desolado, azotado por el viento y la lluvia, rasgado por los relámpagos..., y en medio la Roca de Arrochar.



Las infaustas agujas de las torres, agudas como lanzas, habrían asustado al mago más poderoso. Y en efecto, la bandada dudó al verlas. Halcón Blanco y yo, sin embargo, íbamos por delante y seguimos al caballo hasta el interior de la Roca antes de darnos cuenta de que nos habíamos quedado solos.

Fuimos recibidos por un inesperado silencio, roto solamente por el silbido del viento y los truenos. Ningún lamento surgía de las piedras, como habíamos creído que escucharíamos, ningún quejido.

Así pues, ¿era sólo una leyenda? ¿Es que acaso las piedras no eran prisioneros transformados, sino sólo piedras?

Una estrecha escalera de caracol, de irisada madreperla, bajaba a los oscuros abismos de la Roca sin que se pudiera ver el final. No teníamos otro camino, así que Halcón Blanco se arrojó por la deslumbradora pendiente. Una tremenda corriente nos envolvió casi enseguida, un viento gélido y siniestro que nos arrastraba hacia abajo y al cual ni siquiera las ágiles y fuertes alas del halcón lograban oponer resistencia. Nos precipitamos, pues, hacia abajo... abajo... cada vez más durante un tiempo que nos pareció infinito.



—Hay un secreto para entrar en la Roca sin ser capturados, ¿sabéis? —decía Devién a la bandada, que no acababa de estar muy convencida—. Y el secreto es ser puros de corazón. Probablemente Vainilla no oirá el llanto de las piedras lamentándose, ni la llamada del Enemigo. Pero Grisam es un Mágico de la Oscuridad y para él resistir será un gran esfuerzo. Como también lo será para ti, Flox, y para ti, Francis Corbirock, y para la pequeña Melisa Buttercup. Y no creáis que los Mágicos de la Luz y los Sinmagia sois inmunes al Oscuro Reclamo, pues, cuando su voz se acerca a la oreja, cualquier humano está en peligro. Ahora las posibilidades son dos: entrar y tratar de salvar a vuestros amigos, o bien volver atrás y rendirse al Enemigo. Vosotros decidís. Pero, atención, tendréis que trazar un plan...

Nosotros seguíamos cayendo. Pero el mar amortiguó nuestra caída. Y tal fue nuestra sorpresa por encontrarnos sumergidos en el agua, que por poco nos ahogamos los dos. Sacudiéndose y batiendo las alas, Grisam logró alzar el vuelo y me arrastró con él. Pero ascender por la escalera era imposible, la corriente nos lo impedía. Así, giramos sobre aquel mar aprisionado entre los muros de la torre. Como un gigantesco pozo, absorbía a los curiosos e inconscientes que se asomaban a él. Las paredes verticales no ofrecían huecos ni puertas: ¿dónde se había metido el caballo? ¿Es que la salida se encontraba... bajo el mar?

—No tenemos elección —dije al halcón—. Tiene que estar en alguna parte ahí abajo, a la fuerza.

Pero no. Sus ojos, de excepcional vista, escrutaban todavía la Roca palmo a palmo en busca de una hendidura, una grieta que revelara una puerta, un pasaje secreto.

En ese momento, algo llamó mi atención: su sombra, que hasta entonces había seguido mientras se deslizaba por las lisas paredes, de repente desapareció. Esperé a que el halcón diera

otra vuelta y de nuevo, en el mismo punto que antes, la sombra se esfumó.

—¡LA HE ENCONTRADO! —grité—. ¡SÍGUEME!

El halcón, viéndome volar hacia la pared, dudó.

—¡Es un efecto óptico! —le grité—. ¡Confía en mí!

Las vetas de las piedras, el color, la luz, las dimensiones de los macizos... todo estaba bien estudiado para engañar la vista. Pero la sombra del halcón había revelado el truco: ese trozo de pared parecía la continuación natural de un muro sin fin, pero en realidad era el principio de un corredor. Nos metimos en el estrecho pasaje, pero enseguida tuvimos que elegir entre tres direcciones. Dudamos y, finalmente, elegimos una al azar. Poco después, sin embargo, otra pared detuvo nuestra carrera.

—¡Volvamos atrás, rápido!

Volamos de nuevo donde el corredor se dividía y tomamos otra dirección. Este pasillo estaba bien iluminado y ascendía libremente, sin obstáculos.

—Esperemos que sea el correcto —dije. No había terminado la frase cuando se presentaron ante nuestros ojos no tres, sino SEIS ramificaciones.

—Este pasaje asciende por la Roca como la hiedra trepa por los árboles —dije desconsolada—. ¿Cómo podremos encontrar a Vainilla en este laberinto?

De repente sentí en la cara una ráfaga de viento húmeda y oí una voz que no venía de muy lejos.

—¡Es ella! —susurré. Me adentré en la galería más estrecha, pero enseguida me di cuenta de que Halcón Blanco no me había seguido. Volví atrás, justo a tiempo de ver su sombra desaparecer por el camino más oscuro.

—¡No es por ahí! —grité en voz baja y volé tras él—. Detente, ¡ese es el camino equivocado! Él no me escuchaba y entonces comprendí...

—Te está llamando, Grisam, pero es una trampa, no sigas su voz. ¡Tú eres bueno!

Lo agarré por las plumas de la cola, pero él se volvió y casi me hirió con el pico. Sus ojos eran extraños, estaban encendidos por un furor desconocido.

—¡Grisam, por favor, escúchame! Vaini... ¡PERVINCA TE NECESITA! —Y se detuvo—. Por favor —susurré.

Lentamente se volvió para mirarme: ¿era él de nuevo? Parecía que sí. Me siguió fuera de la oscuridad y, con cautela, seguimos a lo largo de la galería de la que procedía el viento. Hasta que reconocí el mosaico de la terraza cubierta, en lo alto de la torre de la Roca: habíamos vuelto al punto de partida.

Ahora, sin embargo, en el centro mismo estaba la jaula negra. Vainilla estaba sola. Traté de llamar su atención, pero quien está preso en ellas no ve ni oye. Hablaba, no obstante, y su voz nos había guiado. «¡Bien hecho, Babú!», pensé.

Halcón Blanco se aferró a los barrotes con sus garras y, mientras yo intentaba atraer la atención de Vainilla, trató de romper la cerradura. De improviso... una sombra cayó sobre nosotros.

El Señor del Mal



Si las tormentas tuviesen rostro y las desgracias voz, diría que una tempestad sin ojos nos miraba desde lo alto y como una desgracia, fría y burlona, su voz sin boca rasgó el aire y se coló en nuestro ánimo.

—¿Por qué afanarse en huir del propio destino? —dijo—. No se huye del destino, y el vuestro está escrito.

Era la muerte en persona, pero no era una persona. Era el Enemigo burlándose de sus presas antes de convertirlas en su bocado.

—Vosotras, hadas, nunca dejaréis de sorprenderme —rio maligno—. Dais vuestra vida por defender a los hijos de los hombres ¡a cambio de NADA! ¿Qué os importan ellos? Os utilizan, os someten, os obligan a acatar sus leyes y a morir. ¡Porque ese es el FIN que vas a tener tú, hada! Tú, como miles antes de ti. Sólo porque una de vosotras logró salvar la vida de sus niñas, habéis concebido la ilusión de poder protegerlas. ¡Pero es una función que no podéis desempeñar! ¡NO TENÉIS LA FUERZA NECESARIA! Y, sin embargo, insistís en vuestra absurda misión hasta el final. ¡Como Ella hizo! En una noche como esta, la bella hada NIEVE luchó hasta el límite y me jugó una mala pasada —al evocar su antigua rabia, el Tenebroso se volvió aún más sombrío—. ¡Una broma que pagó muy cara! Se apagó lentamente, como una luciérnaga herida de muerte, sola e implorando piedad. No lo sabías, ¿verdad? No, nadie te lo ha contado nunca, hada, ¡o no estarías aquí ahora! —rio de nuevo.

No sé de dónde saqué el valor para hablar y responder a Aquel que representaba nuestro fin, pero le dije:

—¡MIENTES! Porque estás hecho y vestido de mentiras y falsedades. ¡Muestra tu verdadera identidad! De noche Tempestad, de día Misterio... Eres un mal sin nombre ni esperanza. Te llenas los ojos de oscuridad y terror, y por eso tu vista está ofuscada. No ves la realidad, así que no la entiendes, y yo no tengo tiempo ni ganas de enseñártela. Llegará un día, sin embargo, en que descubrirás qué esconde el corazón de un hada y por qué ningún hechizo de muerte podrá nunca detener su latido sin que nazca otra para ocupar su puesto. ¡Es una cadena que nadie puede

romper, ni siquiera tú!

—¡Tiene razón! —exclamó Devién apareciendo en aquel momento por detrás.

—Y si te fue fácil matar a un hada...

—Quizá te sea más difícil...

—Matarnos...

—¡A todas!

Talosén, Pic, Ditemí, Lolaflor... Una tras otra, mis amigas hadas llegaban en nuestra ayuda, y no estaban solas. Cuando Talosén pronunció la palabra «todas», una bandada entera de petirrojos se abatió sobre la azotea y fue a cubrir la jaula. Escondidas entre sus plumas, las hadas intentamos forzar la cerradura de nuevo.

—¡No hay manera, no se abre! —dijo Pic furibunda—. ¡Si fuese un gigante, la haría migas!

—¡El juego de las llaves y los clavos! —exclamé en aquel momento—. Grisam, ¡tú sabes hacerlo! Un día, en nuestra casa, redujiste a polvo un clavo ante nuestros ojos. ¡Hazlo ahora!

—Pero no puede, el chico debería retomar antes su aspecto —dijo Lolaflor—. ¡Es demasiado peligroso!

El halcón no se lo pensó ni un segundo: volvió a transformarse en Grisam y lanzó su hechizo. Un fino polvo empezó a caer de la cerradura y pronto formó un montoncito.

—¡Deprisa, deprisa! —lo alenté en voz baja.

—¡Espera un momento!

—¿Un momento? Parece un bonito juego, hagamos que dure más, ¡eres hábil! —la horrenda voz se reía otra vez de nosotros. No lo veíamos, pero sentíamos el peso de su presencia, estaba encima de nosotros—. He oído hablar de ti, chico, eres el que se atrevió a desafiar a Humulus. Mi fiel servidor no te ha perdonado y ahora espera vengarse. Sería una verdadera lástima que tu sangre, tan fresca y gallarda, se derramara demasiado pronto.

—Entonces te hago a ti el ofrecimiento que le hice a él —dijo Grisam con arrogancia—. Llévame a mí en lugar de a ella.

«Oh, no», pensé, «¡Otra vez!».

—Vainilla Periwinkle es una Bruja de la Luz, la más pura, no puede hacer más que el bien —continuó Grisam—. En cambio, yo soy un Mago de la Oscuridad, igual que la otra, la que ya es tu vasalla. Somos amigos, nos entendemos, trabajaremos juntos y te serviremos.

—Eres valiente y tu poder es sólido —respondió meliflua la voz—, tu ofrecimiento me tienta. Pero, ves... ¡la pequeña *Babú* me es útil!

—¿Por qué?

—Bueno, ya conoces a las brujas, son volubles. Un día te juran fidelidad eterna y al día siguiente te apuñalan por la espalda. Es mejor ser previsor y protegerse... ¿cómo decirlo?, una carta en la manga.

—¡Te equivocas! —replicó Grisam. Luego, con una mano, me señaló la cerradura: el encantamiento había seguido surtiendo efecto y él lo sabía.

—¡Ya está! —logré decirle moviendo sólo los labios. Estábamos listos.

—Si te refieres a Pervinca, ella no es así —continuó aún el joven mago—. Cuando Vi decide

algo, no hay nada que la haga cambiar de opinión. Su cabeza es más dura que el hierro, y seguro que... —dijo Grisam abriendo la puerta de la jaula— ¡es más dura que esta cerradura! ¡PRONTO, LLEVÁOSLA DE AQUÍ!

Agarramos a Babú y, mientras la sacábamos de la jaula, la bandada de petirrojos formó un escudo a su alrededor, dándole tiempo para transformarse en un petirrojo idéntico a ellos. Rodeados de rayos y truenos desencadenados por la ira del Enemigo, huimos entre las nubes hacia el mar. Era casi de día. Un grito de odio rasgó el aire detrás de nosotros, pero pronto se convirtió en una carcajada feroz.

Pero no había acabado todavía.



El traspaso del Poder



Cuando volvimos a avistar Fairy Oak, el espectáculo al que asistimos borró de nuestra cara cualquier sonrisa de victoria: un humo negro se elevaba de cada una de las cuatro puertas, y ya no había nadie de guardia en la muralla.

¡El Enemigo estaba entrando!

A aquellas alturas la gente, casi del todo indefensa y resignada, observaba al orgulloso comandante avanzando, cruel y hermoso, sobre su caballo. A su lado, igual de hermosa, orgullosa y cruel, iba Pervinca. Detrás de ellos, el ejército.

Algunos ciudadanos intentaron huir, otros no iban a rendirse nunca: sobre ellos, con un restallido de su fusta, Bellepor lanzó a los más fuertes de sus hombres. Duff Burdock, su hermano Vic, el joven Jim, el señor Joe, Liliun Martagón y Bernie Polimón fueron atacados y muy pronto encadenados. Pervinca no levantó un dedo para detenerlos.

Grisam volvió a conducir a la bandada a la caseta.

—Debemos volver con nuestros padres —gritaban ahora los niños—. No podemos quedarnos aquí.

—¡Pero os atraparán! —trató de detenerlos Grisam—. ¡Y os harán prisioneros lo mismo que a ellos!

—¡No importa! ¡No quiero estar solo! —gritó Francis Corbirock abriendo la puerta y saliendo a la carrera. Pronto lo siguió su hermano Tommy, y Celastro, Nepeta, Cicerbita, Melisa, Ruth y Rhiannon, y la pequeña Sophie..., e incluso Acantos y Pajarillo, algo disgustados por abandonar a sus amigos, se fueron. Poco a poco, todos se marcharon para reunirse con sus familias.

Sólo quedaron Vainilla, Grisam, Flox y Shirley.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó el mago a Babú.

—Vosotros habéis mantenido vuestra promesa y ahora yo debo mantener la mía.

—¿Adónde vas?

—¡Con ella!

—¿Y si estuvieras equivocada, Babú, si de verdad Pervinca se hubiera pasado al otro bando?

¡Tú la has visto!

—¡Es mi hermana, Grisam! Creía que tú también la querías.

—¡La amo, más que nunca! Pero no sé qué creer.

—¡Cree a tu corazón! Él no te engaña.

—Te capturarán antes de que puedas llegar hasta ella.

—Es posible, por eso quiero que vosotros os quedéis aquí —dijo Vainilla—. No es justo que arriesguéis la vida otra vez por mí.

—Yo voy contigo —dijo Shirley.

—Y yo también —dijo Flox.

Grisam suspiró, se aseguró de que la explanada del puerto estaba libre, y los cuatro amigos se deslizaron fuera de la caseta. Pegados al muro, alcanzaron el arco que daba acceso a la calle de los Ogros Altos: a Babú le pareció que había pasado un siglo desde la última vez que había estado allí.

—Será mejor que nos dividamos —bisbiseó Grisam—. Flox, Devién y yo iremos por delante y, si el camino está libre, os haremos una señal.

Vainilla dio a entender que había comprendido.

Los tres amigos se deslizaron a lo largo de los muros de las casas y llegaron a la primera bocacalle.

De repente, sin embargo, se agazaparon contra una puerta. Grisam se volvió hacia nosotras con un dedo sobre los labios. Oímos ruido de cascos de caballos, alguien venía.

—¿Crees que todavía queda alguno? —preguntó una voz desconocida.

—¡Desde luego! Esos críos se esconden en cualquier parte, pero nosotros los encontraremos.

—¡Pero si ya hemos llenado una jaula entera!

—Eso quiere decir que llenaremos otra, ¿contento?

Babú abrió mucho los ojos y se mordió los labios.

—¡Eh! ¿Qué es eso de allí? —preguntó una de las voces.

Oímos el ruido de los cascos cada vez más cerca.

—¿El qué?

—Ahí detrás... parece... la punta de un zapato.

—¡Ah, buenos días, caballeros! —exclamó Devién apareciendo de improviso delante del hocico de los caballos—. Un hermoso día, ¿verdad?

—¡Escapa, Flox! —gritó en aquel momento Grisam. Mientras Devién trataba de obstaculizar a los enemigos, los dos jóvenes se metieron en una callejuela que corría en paralelo al puerto. Babú sacó la brújula del bolsillo.

—¡Por aquí, rápido! —dijo agarrando a Shirley por una manga.

Volvieron, dejaron atrás la caseta del Capitán y se encaminaron por el muelle.

—Sobre la muralla hay un pequeño camino que da la vuelta a todo el pueblo —explicó Vainilla—. El muro es bajo, pero si nos agachamos no...

—¡CUIDADO! —gritó Shirley en ese momento.

Babú chocó con alguien que había aparecido de repente.

—¡Dejadme, dejadme! —gritó sintiendo que la agarraban.

—Soy yo, Babú.

—¡Tía Tomelilla!

Vainilla se arrojó a los brazos de su tía y se apretó contra ella, pero sólo por un momento. Luego se separó y retrocedió unos pasos.

—Por favor, no me lleves a casa ahora, no me encierres para protegerme, yo...

—Lo sé —dijo Tomelilla—. Lo sé. No estoy aquí para detenerte, todo lo contrario, te estaba buscando. Los enemigos están por todas partes, debéis tener mucho cuidado.

Un grupo entero de soldados invadió la explanada del puerto.

—Tengo muchas cosas que decirte, pero no hay tiempo —dijo la bruja. Tomelilla abrió la mano de Babú y le puso en la palma un pequeño objeto—. Consérvala, valiente Babú, ¡tenla siempre contigo!

—Es una piedrecita...

—No importa lo que sea, importa lo que contiene. Ahora ve, rápido, y cuando la Oscuridad caiga sobre nosotros, recuerda este momento. ¡Todo depende de ti ahora! ¡Buena suerte, Babú!

Las niñas subieron deprisa los escalones.

—Tenemos que ir lo más agachadas que podamos.

Recorrieron el camino de rodillas hasta el sitio donde pocas horas antes había una puerta. Allí, la muralla se había derrumbado y tuvieron que bajar. Luego, cautas y silenciosas, corrieron a esconderse en el portal de una casa.

—La plaza está justo detrás de aquí —murmuró Babú—. Pero tendremos que dar toda la vuelta para entrar, no hay ningún pasaje por este lado.

—¿Quieres que vaya yo por delante y te diga si el camino está libre? —preguntó Shirley.

—Gracias, ya estás corriendo bastantes riesgos por mi culpa. Y tú también, Felí, no sé cómo agradecértelo. Nos moveremos juntas, un poco cada vez. Felí, es mejor que te ocultes en mi bolsillo, si ven el resplandor de un hada comprenderán que hay niños en las inmediaciones y todo se habrá acabado.

Me escondí en el mismo bolsillo donde Babú había metido la piedrecita. Era un canto blanco, liso y plano, como los que muchas veces habíamos hecho saltar sobre las olas. Y olía aún a mar y a juegos en la playa, y a alegría... Aquel aroma me embriagó hasta el punto de que, durante unos instantes, me olvidé de dónde estaba y en qué horrible situación nos encontrábamos. De repente oí a Vainilla pedir a Shirley que se detuviera.

—A partir de aquí voy yo sola —dijo.

El Poder de la Luz



Tendré que salir al descubierto —explicó Babú—, forma parte del plan. No sé cómo terminará, pues todavía me falta una respuesta, pero sé que lo que estoy haciendo está bien. Tú también, Felí... Ahora puedes salir.

—Ni lo pienses —dije.

—Por favor, hadita, ¡tengo el tiempo justo!

—¡No!

Vainilla respiró largamente.

—¡Si feliztúserásdecírmeloquerrás, sal de mi bolsillo y quédate con Shirley! —dijo.

Sentí cómo mis alas se ponían a vibrar y cómo lentamente me sacaban del bolsillo.

—¿Cómo es posible? —dije—. ¡Los niños no pueden dar órdenes a las hadas!

Me sonrió de nuevo. Frotó su naricita contra la mía y se encaminó a su destino.

Ya no se escondía. Caminaba por el medio de la calle, viendo el tremendo espectáculo de los prisioneros encerrados en las jaulas.

Mr. Berry nos enseñó la lengua.

—No sé cómo haces para tener la lengua rosa en este momento, ratoncito —dije.

Vainilla se paró, algo había atraído su atención. Se inclinó, observó un momento y, sonriendo, se irguió. Su paso era ahora más seguro y en pocos instantes llegó a la plaza.

Humulus hablaba a la gente del pueblo.

—De hoy en adelante, este valle pertenece a mi señor, soberano absoluto del Imperio de la Oscuridad. Pronto olvidaréis el día y la luz, y os acostumbraréis a vivir en las tinieblas, pues la noche reinará en estas tierras. Obedeceréis a vuestro nuevo amo y seréis amables con su reina.

Humulus se apartó para que todos pudieran admirar a Pervinca. Ella bajó lentamente los ojos y, con una mirada gélida, fue observando a todos, uno a uno. Hasta que...

—¡Ahora la verá! —susurré a Shirley.

¡En efecto! La mirada de Vi se posó sobre Vainilla, pero, al igual que con todos, ¡ni se inmutó!

—¡Le han quitado la razón! —exclamé.

Humulus, mientras tanto, proseguía con su terrible discurso...

—No tratéis de rebelaros o moriréis; trabajad y recibiréis alimento, obedeced fielmente a vuestros soberanos y seréis recompensados. ¡Y ahora tú, Bruja de la Luz! —dijo volviéndose de golpe hacia Vainilla—. Has salido de una jaula y volverás de nuevo a ella. ¡Ella no te protegerá!

Vainilla no escuchaba. Apretaba en la mano la piedrecita y miraba fijamente a su hermana. Hasta aquel momento, todo se había desarrollado tal y como la superficie del hielo en la fuente le había mostrado: los ejércitos que llegaban a caballo, el asedio del pueblo, el caballo negro que la raptaba, todo. Incluso el modo en que ahora estaba dispuesta la gente, el lugar que ocupaba cada uno, el ambiente... Debía suceder en aquel momento y, en efecto...

Los ojos de Pervinca se giraron lentamente hacia ella. Humulus se dio cuenta.

—¡No! —gritó—. ¡QUE LA OSCURIDAD INVADA ESTE VALLE Y LOS CORAZONES DE LA GENTE, Y QUE SEPARE A LAS GEMELAS PARA SIEMPRE!

—¡AHHH! —gritaron espantados los ciudadanos. Un manto negro cayó de improviso sobre nosotros y lo ocultó todo.

No veía nada, ni siquiera a Shirley, que estaba a un paso de mí. Estábamos inmersos en la Oscuridad y todos y cada uno de nosotros nos encontrábamos solos. ¿Era aquel nuestro futuro? ¿La pesadilla contra la cual la gente de otros tiempos se había rebelado? ¿Frío y soledad y terror como únicos compañeros para el resto de nuestras vidas? Pasaron así unos largos, terribles minutos, hasta que...

Babú tuvo la sensación de que la piedrecita que apretaba se estaba calentando. Instintivamente, abrió la mano y... ¡magia! Su palma, de inmediato, irradió una luz blanca y espléndida que las envolvió a ella y a Pervinca. Los plateados rayos iluminaron sus rostros. ¡Sólo los de ellas!

... La noche sigue al día, el día a la noche, Luz y Oscuridad, por siempre juntas, por siempre separadas, a no ser que... intervenga un prodigio que altere los acontecimientos: ¿no eran ellas mismas un prodigio? Dos encantamientos, como si hubiese sido uno solo, de la misma intensidad, lanzados en el mismo instante, crear y destruir juntos, en un único gesto perfecto, en perfecto equilibrio. ¡Eso tenían que hacer! La rueda del mundo se detendría. ¿Y luego? Ahora Babú lo sabía, ¡por fin sabía la respuesta!, ¡la había visto dibujada en la nieve!

Sin decirse nada, las gemelas fueron una al encuentro de la otra y se tomaron de la mano. Muy juntas, se abrazaron y se elevaron en el aire; su abrazo se convirtió en un giro, primero lento, luego cada vez más rápido... hasta que nos fue imposible distinguirlos. Un gran círculo blanco se dibujó en el cielo y en el momento en que todo, el valor, la esperanza, la confianza, el futuro..., parecía perdido, Luz y Oscuridad sellaron para siempre la Antigua Alianza.

—¡LUZ Y OSCURIDAD! ¡SOMOS UNO! —gritó una única voz sobre el valle.

Luego... ¡todo terminó! Las voces, los gritos, la huida, el sufrimiento, el miedo... Todo se detuvo de pronto. La cresta de las olas, el balanceo de las barcas amarradas en el puerto, el vuelo de las gaviotas, el ruido de los cascos de los caballos... Todo quedó petrificado en un momento.

No se movía nada.

En lugar de hombres, unas estatuas grises contaban con expresiones vítreas y gestos tensos el drama que habían vivido. Estatuas en los jardines, en las calles, en la plaza; estatuas que gritaban,

lloraban; estatuas que agredían o huían; madres, padres, Mágicos y Sinmagia, hijos de Fairy Oak.

No se movía nada.

El mundo había dejado de girar y ahora no quedaba más que una triste representación de lo que había sido. Una pintura estática y fúnebre que, como un cuadro colgado desde hacía siglos, pronto cubriría el polvo. La tela sobre la que, durante mucho tiempo, el mundo había sido pintado con arte y esfuerzo, se agrietaría y haría borrosa y desvaída la imagen hasta que al final desapareciera del todo.

No se movía nada. O tal vez...

Una sombra en la nieve.

Un paso silencioso.

Una estatua se movió.

¡Pero no era una estatua! El vívido color de su piel, de su cabello, el vapor de su aliento que desaparecía en la helada invernal, el ondear de su vestido, revelaban vida. Movimiento aislado, sola, como el primer copo de nieve que cae en la noche silenciosa, la criatura avanzaba en la inmóvil pintura y volaba hacia el círculo blanco, en el cielo. Y con el mismo dedo con el que había hecho un punto en el círculo de nieve, en el mismo centro, Shirley lo tocó, allí donde el mundo recomenzaba.

Sopló una brisa fresca y limpia, y al igual que el paño roza suavemente el cristal para quitar el polvo, así el nuevo viento limpió el mundo de su pasado.

Fuera dolor, fuera temores, fuera peligro y celos, fuera la desconfianza...

Fuera todo rastro del Enemigo, borrado.

Liberados por fin del polvo del Mal, acariciados por aquel dulce contacto, los colores volvieron a vibrar y las gaviotas a volar; su reclamo resonó en el aire vívido y el mar respondió con un profundo suspiro. Las olas volvieron a romper en las rocas y las salpicaduras mojaron otra vez el muelle del Oeste. Un gato saltó desde su camastro de redes para evitar el agua, y un cormorán, atraído por el olor a pescado, ocupó rápidamente su puesto.

Fairy Oak volvía a la vida.

Rozadas por las hojas, empujadas por la brisa, las estatuas fueron animándose lentamente: los rostros contraídos por el terror se distendieron en sonrisas y quienes estaban a punto de huir apenas recordaban el motivo. Curados de las heridas y de los disgustos, los habitantes del pueblo miraban a su alrededor maravillados, como los niños que ven el mundo por primera vez y todo les resulta nuevo.

Y no se equivocaban.

Aquel era de verdad un mundo nuevo.

Los árboles ondeaban sus ramas desnudas al viento y, felices, las ofrecían a los pájaros. Nuestros árboles.

El humo salía de las chimeneas haciendo cosquillas en la nariz, y el toldo de la Tienda de Delicatessen restallaba anunciando la llegada del mistral. Nuestro viento.

Se anunciaba un día *de nudos*.

Todo había pasado.

Una nueva Era



Gritos de alegría inundaban las calles. Los hombres lanzaban al aire sus gorras, mientras las mujeres saltaban y chillaban y se abrazaban. Las jaulas habían desaparecido. El Enemigo se había esfumado.

Quien no había estado presente, acudió para verlas.

—¡Han sido las gemelas! —gritaba alguien.

—¡Nos han salvado!

—¿También Pervinca?

—¡Sí, sí, corred, están en la plaza!

Yo también volé, pero no me acerqué del todo. Las encontré donde antes estaba Roble y todavía se abrazaban. No veía sus caras ni oía sus palabras, pero sabía que en aquel abrazo infinito se contaban todo: la primera huida de Vi, aquel magnífico encantamiento súbito e inmediatamente repudiado; el falso pacto con el Enemigo para salvar a su gente y los horribles días en el pueblo, aquel doble juego en dos frentes, con nosotros y con Él, el temor a traicionarse y ponernos en peligro... Y luego, aquella cortacarta, la humillación de tía Tomelilla, excluida de la Asamblea de los Sabios... No lo había soportado y por eso había huido de nuevo. ¡Pero qué difícil, qué terrible había sido separarse de ella!

—¡No volveré a dejarte! —sollozó Pervinca—. ¡Nunca más!

—¡Oh, Vi, mi adorada Vi!

Rodeadas por los habitantes de Fairy Oak, que agradecidos y conmovidos no dejaban de aplaudir, las gemelas sellaron una vez más su íntima alianza.

—¡Has sido tan valiente, Vainilla!

—Oh, no, sólo he seguido algunos *buenos consejos* que creo valen para siempre: no ser impulsiva, no creer sólo en lo que veo y pedir ayuda cuando la necesito. Si Grisam y Shirley, y todos los demás, no hubiesen permanecido a mi lado...

—¿Dónde están ahora? No los veo —dijo Pervinca buscándoles con la mirada entre la multitud que las aclamaba—. No está ninguno de ellos...

—¿Cómo que no? ¡Tienen que estar! Estaban con nosotros poco antes de que... ¡Oh, no!

—¿Qué?

—¡Grisam y Flox! La última vez que los vi estaban siendo perseguidos por dos enemigos.

¡Tenemos que encontrarlos!

Y corrieron hacia nosotras.

—¿Dónde están los demás chicos, por qué no están aquí?

—Ssshh, calma, todo va bien —contestó Tomelilla. ¡Qué hermosa y radiante era su mirada!

Con una mano se palmeó el hombro y yo volé hacia ella más feliz que nunca.

—Tenía que ser una sorpresa —dijo—, pero en vista de que estáis tan impacientes por verlos, subid a la muralla...

Pervinca tomó de la mano a Babú y juntas corrieron a través de la multitud que se abría exultante a su paso. Subieron los escalones y, cegadas por el nuevo sol que resplandecía en el cielo, miraron al Este.

—¡AHÍ ESTÁN! —gritó Vainilla.

Una «bandada» de niños, posados sobre las ramas de un árbol gigantesco, acompañaba, cantando, su lento caminar hacia el pueblo.

—¡ES ROBLE! ¡LO HAN ENCONTRADO!

—Ha sido la pequeña Sophie —dije al posarme sobre el hombro de Vi—. Cuando todo terminó, le tiró de la chaqueta al señor Duff y con su vocecita cómica le dijo que si ella fuese un gran árbol y hubiese tenido que ocultarse, habría ido allí donde los árboles son más altos que ella.

—¿En los Altos Bosques?

—Sí, y allí estaba Roble, esperando la orden de volver. Los niños corrieron a buscarlo.

El árbol avanzaba ondeando alegre las ramas para hacer reír a sus jóvenes amigos.

—Será mejor que nos apartemos —dijo Pervinca—. No quisiera estar aquí cuando Roble salte la muralla.

—Podría inclinarse y pasar bajo el arco —dijo Babú.

—¿A su edad? ¡Se partiría!

Alcanzamos a Tomelilla y avisamos a todos para que se apartaran.

Los grandes pasos del árbol hicieron temblar la tierra y, por fin, las enormes y retorcidas raíces aparecieron sobre la muralla y por un momento oscurecieron el sol. Poco después, Roble estaba de nuevo en casa.

—¡HIP, HIP... HURRA POR ROBLE! —gritaron los ciudadanos del pueblo, y los sombreros volvieron a volar por los aires.

—¡BIENVENIDO, GRAN ÁRBOL!

—¡QUÉ BIEN VOLVER A VERTE!

—ÉES UUUNA ALEGRÍIA TAMBIÉEN PARA MÍII . SOOOY DEMASIAAADO VIEEEJO PARA ESTAAAR EN MEEEDIO DE LOS JÓOOVENES, YAAA NOOO TEEENGO EDAAAD...

Los niños saltaron de las ramas y corrieron al encuentro de las gemelas: todo eran abrazos, saludos, agradecimientos, felicitaciones... Pero a quien más dieron las gracias las gemelas fue a

Grisam. ¡Y a Shirley, por supuesto! Las niñas sentían que el gesto que Shirley había hecho, tan importante, ¡tan fundamental!, había sido, en cierto sentido, natural para ella. La magia era algo natural para Shirley, ¡Shirley era la magia misma!

Grisam, en cambio, se había comportado como un héroe en cada uno de los momentos de aquella gran aventura.

Pervinca fue hacia él. Él la vio pero no se movió, plantó los pies en el suelo y, con los brazos cruzados y una sonrisa burlona, esperó a que ella se acercara.

—¿Y bien? —le dijo.

—¿Y bien qué?

—Estoy esperando tus disculpas.

—¡Ni lo pienses, Grisam Burdock! Eres tú el que me debe disculpas.

—¿YO?

—Sí, por haber contado por ahí que soy tu novia.

—¿Y no es verdad?

—Mmm... No lo sé, ya veremos cómo te portas en las próximas horas.

—¿No me he portado bien hasta ahora?

—Sí —dijo Pervinca tomándole de la mano—. Sí.

—Claro que, si te aburrías tanto, podías haberlo dicho, habríamos inventado algo en vez de desencadenar este pandemonio.

Y se rieron a la vez.

Vainilla se acercó y los abrazó a los dos.

—Eres una chica afortunada, Vi. No te separes de este mago, no hay muchos como él —dijo.

—Lo sé.

—Ahora tengo que dejaros, quiero ir a buscar a alguien.

—¿A quién? —preguntó Vi.

—No lo conoces, pero te caerá bien. ¡Es un inventor!

Las hadas no mueren



En menos de lo que se tarda en decirlo, de los talleres de la Plaza surgieron largas y anchas mesas que, como todos los años, se dispusieron alrededor del gran tronco. Pull extendió sobre ellas la tela más bonita de su tienda y, mientras los niños traían platos y vasos, y los mesoneros destapaban los barriles, en las manos de la señora Marta y de otras mujeres aparecieron bandejas repletas de todo tipo de manjares.

—No hay tiempo para cocinar —explicó Tomelilla.

El señor McMike reunió a los músicos: un violín, un fagot, una armónica, un tambor y una guitarra, ¡y la orquesta atacó!

—No recuerdo si te he felicitado por tu plan —dijo el señor Duff haciendo sonar su jarra contra la de Jim.

—Si triturarme en la plaza del Roble quería decir gracias, entonces sí, ya me las habéis dado —respondió el joven masajeándose los brazos doloridos por el fuerte apretón del mago.

—¡A tu salud, viejo animalote!, ¡y a la tuya, brillante Jim! —brindó el herrero Martagón uniéndose a sus amigos.

—Ah, querido Martagón, veo que nadie ha conseguido agujerearte esa tripa, ¿eh?

—Eh, piensa en la tuya, mago gordinflón.

—Meum... ¡Ven aquí, únete a nosotros y brinda por haber salvado el pellejo!

—¿Queréis ir a cazar conejos?

—No, he dicho que... Olvídalo, ven aquí, deja que te abrace.

—¡Un brindis por nuestro médico Pestemon Chestnut! —gritó alguien de la multitud—. Que, ¡por suerte!, no tendrá que sacar de su maletín la terrible pomada.

—¡Y por nuestro alcalde, por supuesto!

—Que desde hoy gobernará con sabiduría y justicia —susurró el señor Burdock.

—Yo, en cambio, alzo mi copa por... *hip*... Prímula —dijo el señor Pull, ya medio borracho—. Que es la luz de mis ojos.

—¡Y la mejor modista del mundo! —aplaudieron las señoras.

—Un momento: ¡un brindis por los Burdock y por su tienda! ¡Marta... Vic... por vosotros y por otras mil bandejas de exquisiteces! ¡Seguid llenándonos la panza!

—¡Ja, ja, ja! —rieron a la vez los del pueblo.



—¡Y un brindis también por la directora Flumen y por todos los maestros de Fairy Oak! —exclamó el gris Calicanto Winter—. ¡Qué diablos! Profesora De Transvall... Profesor Otis, ¡a partir de mañana van a tener mucho que hacer con una bandada de pájaros en clase!

Rieron de nuevo.

—¡Hip, hip, hurra por nuestros chicos!

—¡El futuro de Fairy Oak está en buenas manos!

—¡Vivan nuestros jóvenes héroes!

Al oír esas palabras, los chicos rodearon a Grisam y, antes de que pudiera escabullirse, lo agarraron y lo lanzaron al aire tres veces.

—¡Hurra por Halcón Blanco! ¡Hurra por nuestro Capitán!

—¡Ah!, aquí estás, te estaba buscando —dijo Babú a espaldas de Jim. El joven, de la emoción, casi se derrama encima la cerveza.

—¡Yo también! —dijo—. ¿Siempre es así aquí?

—No —sonrió Babú—. ¡Por suerte! ¡Pero, desde luego; has elegido un buen momento para llegar!

Hablaron, se rieron y, por último, también bailaron juntos.

—¿Habéis visto a Devién? —les preguntó Flox—. No la encuentro.

—¡Me lo creo, con el jaleo que hay!

—No, no la veo desde que conseguimos huir de aquellos enemigos.

—¿No fue con vosotros?

—No.

—Ven, te ayudamos a buscarla, ¿verdad, Jim?

—Claro.

Los chicos hicieron correr la voz y, poco después, todos iban por ahí buscando al hada.

—¡Devién!

—Devién, ¿dónde estás?

—¡Quizá esté en casa! ¿Has preguntado a tu tía?

—Tampoco la veo.

—Vamos a tu casa —dijo Vainilla.

—Nosotros, mientras, nos dividiremos para buscarla —dijeron los niños.

—¡Deviéeen!

—¿Dónde estás, Devién? —oíamos llamar por las calles del pueblo mientras corríamos siguiendo a Flox a su casa.

Tenía un mal presentimiento.

Cuando entramos en la callejuela que conducía a la escalera de la plazoleta, de repente... ¡bum!, me di contra alguien que volaba en sentido contrario al mío.

—¿Y tú quién eres? —pregunté viendo el rostro de un hada nueva. Era muy joven y tenía ojos claros y vivaces, como su luz, que refulgía con mil colores.

—Me llamo Delvientoenamoradoseapífanoespabilado —dijo la hadita—. Pero podéis llamarme Pífano. Me manda el Gran Consejo. He venido a ocupar el puesto de una muy honorable hada que ha sacrificado su vida por su niña.

Al oír aquello, Flox gritó y salió como una flecha. Vainilla, Shirley y Jim corrieron tras ella.

—¿Qué? —dije—. ¿Puedes repetirlo, por favor?

Pífano se puso seria.

—¿No tenía que decirlo?

La miré fijamente, atontada, sin acertar a decir ni una palabra. ¿Se refería a Devién? Mi amiga Devién... se había sacrificado por Flox. De repente me volvieron a la mente las palabras que me había dicho mientras bajábamos a la Habitación de los Hechizos de tía Hortensia. «Ya no soy una joven hadita, querida amiga, y todo este movimiento me quita las energías».

Así, había elegido su momento para marcharse, silenciosa y discreta como siempre lo había sido, como su Capitán. Me brotó una lágrima y no me fue posible reprimir el llanto.

—Las hadas no mueren —me susurró en ese momento la voz amable de Pífano. Y citó, palabra por palabra, un texto antiguo que me encantaba y que había leído muchas veces—: «... Su corazón pasará a otra hada y, si yo la encuentro, reconoceré en ella la misma mirada, el mismo coraje, la misma sabiduría que alimenta nuestra luz. Un hada nunca muere...». ¿No había escrito eso Nieve?

La miré e, instintivamente, me arrojé a sus brazos.

—¡La quería tanto!

—Lo sé —susurró la joven hadita—. Pero ahora tenemos que pensar en la niña.

—Tienes razón —dije tratando de recuperar un poco la compostura—, pero no es a mí a quien debes consolar. Ven, te llevo con ella.

Flox lloraba desesperada entre los brazos de tía Hortensia. Dejamos que Pífano se acercara a ella y, en silencio, salimos y las dejamos solas.

El hada y el Capitán



Volvimos a la plaza y contamos a los demás lo que había ocurrido.

Mientras, sin embargo, el alcalde estaba pidiendo la palabra desde una tribuna improvisada.

—¡Conciudadanos! ¡Un momento de silencio! —gritó—. Ha llegado el momento de reconocer los méritos de nuestros héroes. Vainilla, Pervinca, por favor, venid aquí. Y... ¿dónde está la joven Poppy?

—¡No, yo no! —susurró Pervinca a su hermana—. Ve tú.

—Alcalde, ¿puedo decir algo? —dijo Vainilla.

—Te lo ruego.

—Bueno, si de verdad Fairy Oak desea honrar a sus héroes, entonces me temo que esa tribuna es demasiado pequeña. Porque, vean, cuanto más miro a mí alrededor, más me doy cuenta de que cada uno de nosotros merece esos honores. Pero si ha habido alguien más valiente que nadie, entonces creo que habría que premiar al hada que ha dado su vida por el futuro de Fairy Oak.

Un murmullo corrió entre la multitud y Pervinca tomó la palabra.

—Hay partes del pueblo que todavía no tienen nombre: la plaza de la fuente, la del puerto. Sería bonito que la plazoleta a la que da la casa de la familia Polimón se llamase desde ahora *Plaza de Docesutilessoplosdeviento* y la plazoleta del puerto tomara el nombre de *William Talbooth*.

—Nosotros, sin embargo, la llamaremos *Plaza del Capitán* —precisó Pajarillo.

—Sea así, entonces —dijo el alcalde—. Me parece una bonita manera de recordar a dos amigos. Si alguien no está de acuerdo...

—¡Yo no lo estoy! —exclamó la señora Pimpernel—. Eso de dar el nombre de un hada a una de nuestras plazas... y de ese Talbooth...

—¡Oh, cállate un poco, Adelaida! —dijo el alcalde—. Ya lo he decidido. Demencio, informa enseguida al señor Poppy para que prepare las placas.

De las manos del señor Burdock salió el primero, el más largo y el más conmovedor aplauso

de aquella tarde.

—¡Hay otra cosa también! —gritó Vainilla.

—¿Otra?

—Oh, sí, y no menos importante. ¡Le concierne a Poppy! Es una estudiante excelente y creo que, para la escuela Horace McCrips, sería un gran honor poder tenerla entre sus alumnos. Y creo que también a nosotros nos haría bien acudir de vez en cuando a las clases del profesor que la ha instruido todos estos años.

El alcalde miró a la señora Flumen.

—Me parece una petición interesante, ¿qué opina la directora?

—¡Será un placer!

Shirley se volvió y abrazó a Babú.

—Yo todavía no sé escribir —le susurró asustada.

—Muy bien, entonces esto también está arreglado —exclamó el alcalde satisfecho—. ¡Que comience la Fiesta!

—Yo creía que ya había empezado.

—¡Otra fiesta! La del Principio tiene lugar todos los años. Normalmente la celebramos el 31 de diciembre, pero este año es todo un poco especial.

—¿Y por qué amontonan leña aquellos hombres?

—¿Quieres contárselo tú, Felí?

—Con mucho gusto —y así conté la historia de la antigua Fiesta del Principio—: Hace varios siglos, un matrimonio joven arribó a este lugar, Fairy Oak, y se estableció aquí con su gente. Ahora sabemos que se llamaban Duffus y Scarlet-Violet. Con el tiempo, Fairy Oak creció hasta convertirse en este pueblo. Desde aquí, otros jóvenes partieron y dieron vida a nuevos asentamientos más pequeños situados en la costa, en los bosques y en lo alto de las montañas. Para recordar estos hechos, en Fairy Oak se enciende a la medianoche en punto una gran hoguera en esta plaza, que es llamada para la ocasión la «Plaza del Principio». Cuando las llamas de la primera hoguera llegan muy alto, dos jóvenes con cuatro antorchas corren a encender las hogueras de los jardines. Primero las más cercanas, y luego las demás, hasta alcanzar los límites del pueblo, donde otros cuatro jóvenes los esperan. Cuando les entregan las antorchas, los veloces relevos galopan hacia el este, el oeste, el norte y el sur para encender las hogueras de las casas más lejanas, respetando siempre el orden en que surgieron. Y así sucesivamente, hasta que también el fuego de Gogoniant, el asentamiento más remoto, arriba en el Paso Alto, es encendido. Desde el mar es un espectáculo emocionante, y muchas veces los barcos se detienen a contemplarlo desde la gran bahía de Arran, y los marineros discuten y hacen apuestas para adivinar cuál fue el primer asentamiento que surgió. Mientras, los invitados cruzan el umbral de las casas de sus amigos llevando una vela encendida y algún objeto viejo para quemar en la hoguera. Antes de entrar, frotan su nariz con la de los dueños de la casa mientras entonan una canción. Este año, sin embargo, nadie está en casa, así que la fiesta se celebrará aquí.

—¿Ves? Los relevos ya están listos —dijo Babú.

El alcalde estaba a punto de dar la orden de encender la hoguera cuando tía Hortensia lo

detuvo.

—Tengo algo que quemar —y fue volando hasta lo alto de la pira, y sacó algo que llevaba consigo: la cerradura de la cárcel—. Creo que ya no la necesitaremos.



Canción del Invitado de Medianoche:

El camino del futuro es oscuro e inseguro

Pero no temas seguirlo

Guiado por tu nariz emprende el camino

He aquí el fuego...

He aquí la nariz...

Desconfía de quien sabe dónde poner el pie

Conoce el pasado y no el futuro

Viaja ligero de corazón y de equipaje

Hoy no cargues de piedras tu alforja

El Infinito Poder



Tomelilla apareció en la puerta.

Las niñas estaban sentadas en la cama y Babú le enseñaba a Pervinca el segundo *Libro Antiguo*. Cuando vieron a su tía, sonrieron y la invitaron a sentarse en medio de ellas.

—¿Qué puedo decir? El Destino me ha convertido en la tía de un prodigio, ¡de dos más bien!
—dijo la tía abrazándolas.

—¡Estás de broma! —exclamó Vainilla. Si acaso, somos nosotras quienes tenemos una tía muy especial. Sabías todo desde el principio, ¿verdad?

—Mmm... no, desde el principio no, pero...

—No sé qué habríamos hecho sin ti. Y ese último regalo...

—¿Qué regalo? —preguntó tía Tomelilla.

—¡La piedra! Si no se hubiese iluminado...

La bruja sonrió.

—¡Esa piedra no tenía ningún poder, Vainilla!

—¿Cómo que no?

—El Poder de la Luz está dentro de ti, mi niña. Y ahora deberías saber ya lo grande que es. Esa piedra sólo ha sido un impulso, un talismán contra el miedo. Pervinca no necesitaba de la luz para verte, pero tú sí y, cuando fue preciso, has sabido crearla.

Babú corrió a mirar en el bolsillo de los pantalones.

—¡Anda, se ha vuelto negra!

—¡Esos son mis pantalones! —dijo Pervinca—. Tú llevabas puestos los otros, que también son míos.

—Ah, sí.

Babú rebuscó en los otros pantalones y encontró su piedrecita blanca.

—Menos mal, me habría disgustado perderla. Pero, un momento... si esos son tus pantalones, Vi, entonces tú también tenías una piedrecita.

Vainilla se volvió hacia Tomelilla.

—¡No me digas que también lo sabías!

—Sí, pero la magia no tiene nada que ver. Esa piedra lleva meses pasando de un bolsillo al otro de la ropa de Vi.

—La encontré en la playa la última vez que fuimos juntas —dijo Pervinca—. Me gustó y me la metí en el bolsillo. Desde entonces siempre la llevo conmigo, como una especie de amuleto. Fue para buscarla para lo que volví aquella noche. Había decidido huir y esperé a que Felí saliera de la habitación para irme volando. Luego, sin embargo, me di cuenta de que no tenía la piedra, así que volví. Tía Tomelilla y Felí, sin embargo, me vieron y tuve que aplazar mi huida para otro día.

—¡Entonces es que tú también tienes miedo a veces! —observó Vainilla maravillada—. Creía... bueno... te veía tan impasible desde la muralla, tan fuerte.

—Pero estaba temblando y, cuando apareciste, habría querido avisarte del peligro, gritarte que escaparas. Apretaba la piedra y rogaba que la jaula no llegara. Sabía que al final saldrías de ella, pero ¡tenía tanto miedo por ti!

—Eres realmente increíble, Vi, yo nunca habría logrado hacer lo que tú has hecho.

—Es sólo porque tú eres una Bruja de la Luz, Babú. Pero créeme, tu misión ha sido tan dura y peligrosa como la mía, si no más. ¡Has confiado siempre! Y nunca has perdido la cabeza. Sólo una vez: ¡fuiste muy imprudente al salir del pueblo!

—Entonces eras tú —dije—. La voz que me advirtió, cerca del bosque... ¡Eras tú, Vi!

—Nunca pensé que Babú vendría a buscarme —nos explicó Pervinca—, y menos de noche, en el bosque... Mi intervención fue muy peligrosa. Si me hubiesen descubierto, Humulus habría matado a Vainilla sin pensárselo un momento. Como me creía una de ellos, fue muy clemente.

—¡Oh, Vi, si lo hubiera imaginado! —dije volando junto a ella.

—Me habría gustado decirte quién era e ir contigo, Felí, pero no podía. Y cuando vi a Grisam...

—¡Es un buen chico y un magnífico mago! —dijo tía Tomelilla—. Fairy Oak está de verdad en buenas manos.

—Háblanos de Shirley, tía.

—¿Qué queréis saber?

—Ella es el Infinito Poder, ¿verdad? Pero entonces, ¿por qué no es la jefa de este pueblo o... bueno... alguien importante?

Tía Tomelilla se puso seria y adoptó un tono solemne.

—El Infinito Poder no puede vivir cerca de los hombres comunes, su efecto es peligroso, lo podéis ver en el señor Edgar y su tía Malva.

—Creíamos que sólo estaban tristes a causa de la madre de Shirley.

—Oh, sí, probablemente, pero el hecho es que aceptaron vivir al lado de la Fuente de la Vida, porque ese es el Infinito Poder. Y como son hombres comunes, pagan las consecuencias.

—¿Pero Shirley no ha heredado los poderes de su tía?

—¿De quién, de Malva? Oh, no, pobrecita, la magia debe de haberla rozado por casualidad o por error, porque el Infinito Poder se transmite de madres a hijas.

—¿De verdad? ¿Y que fue de la madre de Shirley?

—Sólo puede haber un único Infinito Poder al mismo tiempo —contestó Tomelilla.

Las niñas se miraron.

—¿Por eso Aberdeen tuvo que irse cuando nació Shirley?

—Por desgracia, sí. Pero dejó a su hija tres compañeros muy importantes en su vida...

—¿Quiénes?

—Shirley los llama con nombres cómicos: Mr. Berry, Barolo, Antena. Para Aberdeen eran

Amor, Valor y Previsión.

Esa revelación dejó a las gemelas con la boca abierta.

—Por eso, Barolo, Antena y Mr. Berry no pueden transformarse —murmuró Vainilla.

—En cierto sentido —comentó Pervinca—, la madre de Shirley hizo más por ella en un segundo de lo que Adelaida Pimpernel hace todos los días por Scarlet.

—En cierto sentido, es precisamente así —dijo Tomelilla—. Y a propósito de hacer el bien a los niños, ¿habéis conocido a la nueva hada de los Polimón?

—Sí, es muy simpática, pero creo que Flox va a necesitar bastante tiempo para olvidar a Devién.

—Nadie dice que tenga que olvidarla, yo todavía me acuerdo muy bien de mi hada —dijo Tomelilla.

—¿De verdad? ¿Cómo se llamaba?

—A esa pregunta creo que puedo contestar —dije—. Se llamaba Nieve, ¿verdad?

Tomelilla me sonrió.

—Precisamente ella, Sombralevedenieveviene —suspiró la bruja—. Sacrificó su vida para salvarme a mí y a vuestra madre de un ataque del Terrible 21.

—Creía que todo eso había ocurrido en tiempos de Mentaflorida y Scarlet-Violet —la interrumpió Babú—, ¡y que se había sacrificado por ellas!

—Oh, no, después de haber ayudado a Scarlet-Violet y a Duffus a entrar en las filas del Enemigo, los ayudó también a encontrar a Mentaflorida y se quedó con ellos mucho tiempo. Vio nacer a los hijos de Duffus y Scarlet-Violet, y fue su niñera hasta que los chicos cumplieron quince años. Y en aquella época enseñó a otras hadas a convertirse en buenas niñeras de otros hijos.

—¡TE SABES TODA LA HISTORIA! —exclamaron las gemelas—. ¿POR QUÉ NO NOS LA CONTASTE ENSEGUIDA?

—Oh, sólo sé lo que me contó Nieve, y he olvidado muchas cosas, ¡han pasado tantos años desde entonces!

—¿Y Duffus, Scarlet-Violet y Mentaflorida se fueron a vivir cerca del roble?

—Sí.

—¿Era nuestro Roble?

—¡Sí!

—¡Así que ellos fueron los fundadores de Fairy Oak!

—Oh, lo que daría por saber cuáles eran sus casas —suspiró Vainilla.

—Ya no existen —dijo la tía—, fueron destruidas en una de tantas guerras. Pero hay algo que sí queda.

—¿El qué?

—Una fuente.

—¿La fuente de la plaza de Devién, esa fuente?

—Sí. Estaba situada entre la casa de Mentaflorida y la de Scarlet-Violet, y allí se encontraban las dos amigas para lavar la ropa y hablar de sus cosas.

—Increíble —suspiró Babú—. En esa fuente me miré y te vi, Pervinca, y vi lo que iba a pasar. Al principio creí que sólo veía mi imagen reflejada, llevaba tu ropa. Luego, en cambio, me hablaste y... ¿Crees que es sólo una coincidencia, tía?

Tomelilla encogió los hombros y sonrió.

¿Era una coincidencia?

Yo creo que no. Además, ¿no sería bonito pensar que Mentaflorida y Scarlet-Violet hubiesen querido «prestar» su fuente a Pervinca y Vainilla para ayudarlas una vez más?

El baúl volador



Amanecía y las gemelas todavía no se habían acostado.

—Estaréis entumecidadormecidas, pobrecitas —dije—. ¿No queréis echar un sueñecito antes de ir a casa de Shirley?

—Yo no tengo nada de sueño —dijo Vainilla revoloteando por el cuarto—. Todo lo contrario, estoy llena de energía, me iría al final del mundo y volvería. ¿Nos vamos ya?

—¿Al final del mundo?

—No, a llamar a Flox y a Grisam, y luego a Frentebosque.

—Es un poco pronto.

—Oh, yo creo que no ha dormido nadie, ¡demasiadas emociones!

—¿Qué tiempo hace fuera? —preguntó Pervinca bostezando, y Vainilla voló a asomarse.

—Oh, mirad —dijo sonriendo.

El estanque se había deshelado y la balsa de Vi navegaba ligera impulsada por la brisa invernal.

—¡Lo sabía! —susurró Babú.

—¿Y bien, qué tiempo hace?

—Hace un tiempo espléndido —dije—. ¡Pajarillo ya ha salido a pescar con el *Santón*!

—¿De verdad? —dijo bostezando Pervinca.

—Descansa un poco más, Vi, iremos más tarde —dije.

—Oh, no importa —dijo ella estirándose y levantándose de la cama—, total, no lograría dormir, estoy demasiado cansada. Lo que tengo es hambre...

—¡Será por este aroma a tarta de miel! ¡Abajo a todo correr!

Vainilla voló hasta la cocina, mientras que Pervinca y yo nos lo tomamos con más calma.

—¿Te acuerdas de aquella vez que bajábamos la escalera, cuando me dijiste toda enfurruñada que te habría gustado tener el pelo de punta y una capa para ser una verdadera bruja? —le dije—. Me parece como si hubiera pasado un siglo desde entonces.

—Y es así, en cierto sentido. Estamos en una nueva era, hadita mía, pero no pienses que por

eso estás a salvo: la idea de encerrarte en un tarro me tienta mucho todavía.

—¡Más vale que te andes con ojo, bruja! —la amenacé.

En la cocina, mamá Dalia y Tomelilla habían preparado ya el desayuno: leche caliente, pan tostado, mermelada de moras, tarta de miel y café para el señor Cícero.

—Pero ¿no es hoy domingo?

—Sí, ¿por qué?

—¡Papá tendría que hacer tortitas! —dijo Pervinca.

—Y fuera debería estar... ¡la cesta de las cortesías! ¡Voy yo! —gritó Vainilla.

Las niñas echaron una carrera y ganó Pervinca.

—Huevos, pan, dos granadas, un repollo, pipas de calabaza y... ¡la pinza de la ropa!

—¿Quién es? —preguntó Dalia.

—¡Adivina!

—¡Sois vosotras dos!

—No.

—Es... ¡el alcalde!

—No.

—Ya lo sé, ¡Shirley Poppy!

—¡Bravo, mamá!

—Es la primera que le dedica. También están Barolo y Mr. Berry, ¿ves?

—¿Qué es ese ruido?

—Oh, no, es mi despertador, olvidé apagarlo.

—¡Que alguien acabe con ese ruido, por favor!! —gritó desde su habitación el señor Cícero.

—De todos modos, tienes que levantarte, amor mío, ¡las niñas quieren tortitas! —le dijo mamá Dalia—. Y vosotras, id a abrir la puerta, ¿no oís que están llamando?

—¡Ah!, ¡hola, señor Duff! —saludaron las gemelas.

—¿Ya levantado? —dijo Vainilla guiñando un ojo a su hermana—. ¿Has visto?, esta noche no ha dormido nadie.

—¿Es la voz de ese gordinflón de Duff la que estoy oyendo? —preguntó Cícero desde la cama.

—¡Sí, meteorólogo de tres al cuarto, soy yo y no huelo a tortitas!

—¡Bah...! —profirió Cícero.

Fue un desayuno muy alegre y sabroso, como no lo habíamos hecho desde hacía mucho tiempo. Y mientras los mayores bebían su café hablando del futuro, las niñas corrieron a prepararse.

—¡Nosotras nos vamos! —anunciaron luego desde la puerta—. ¡Sed buenos!

Se precipitaron a la calle que llevaba a casa de Flox, y al llegar a la plaza se pararon un momento a admirar la nueva placa. Decía:

Plaza de Docesutilessoplosdeviento

Flox y Pífano estaban ya listas.

—¡Aquí estamos! —dijeron al venir a nuestro encuentro. Y la carrera continuó, esta vez hacia casa de Grisam.

Cuando llegamos, él ya estaba fuera trajinando con un arcón.

—Hola, ¿qué haces? —preguntó Pervinca.

—¡Preparo el baúl!

—¿Por qué?, ¿te marchas?

—No, es el baúl del Capitán.

—¿Ese al que no quería que te acercaras?

—Ese precisamente —contestó Grisam.

Las niñas sonrieron.

—¿Y por qué tienes que prepararlo? —preguntó Flox.

—Tenemos que llevarlo a un lugar.

—¿Qué lugar? ¿No cabe en tu casa?

—Sí, pero no es aquí donde debe estar.

—¿Dónde, entonces?

—Dentro de poco lo veréis, antes tenemos que pasar a buscar a Shirley.

—¿Quieres arrastrar eso hasta Frentebosque? —preguntó Pervinca—. ¡Pesará un quintal!

—Vainilla se encargará —dijo Grisam.

—¿YO?

—Sí, ya lo has hecho, ¿recuerdas?

—¿Llevar un baúl a Frentebosque?

—No, has hecho volar un tronco. Ahora nos subiremos todos en el baúl y tú le dirás adónde debe llevarnos.

Babú esbozó una expresión más bien orgullosa y ocupó su puesto.

—¿Estáis listos? —dijo—. ¡Despegamos!

Volaron felices por encima del valle, aún levemente nevado. Las matas de brezo, no obstante, y las retamas, verdes y punzantes, recibían ya el sol.

Sobrevolaron Frentebosque, mientras Shirley los observaba desde el patio. Algunos niños ya habían llegado y estaban jugando con los animales de la granja: los cerditos, las ocas, el burrito...

El baúl aterrizó junto al viejo carromato de los padres de Shirley en el gran prado frente a la casa.

¡Felicidades, Shirley Poppy!



—¡**B**ienvenidos! —los saludó Shirley—. ¡Qué precioso baúl! ¡Y qué bien vuela!

Las niñas saltaron a su cuello y la llenaron de besos.

—¡Venimos venido a buscarte.

—Oh, pero es mi cumpleaños, no puedo irme —dijo Shirley.

—Sí, lo sabemos. Después, sin embargo, deberás venir con nosotros a un lugar que sólo conoce Grisam.

—¡Qué bien!

—¡Muchas felicidades, Shirley Poppy! ¡Esto es para ti! —dijo Vainilla tendiendo a la niña pelirroja una flamante carpeta roja—. Para que guardes tus dibujos.

—Oh, gracias, Babú, me hacía realmente falta.

—Y esto es de mi parte —dijo Flox—. Es una caja de lápices sin estrenar.

Pervinca le entregó a Shirley un libro: *La vida de los árboles del valle*.

—Gracias, Vi, es un regalo precioso.

—Mi regalo te espera en el lugar al que vamos —dijo Grisam. Shirley le dio las gracias por anticipado.

Encima de una bonita mesa de nogal, al abrigo de una vieja peonía, una magnífica tarta aguardaba a los niños.

—¿La has hecho tú, Shirley? —preguntó la pequeña Sophie—. ¿Y le has añadido las bayas de rosa, como dijiste?

—Sí, espero que os guste. Es una receta de mi madre.

Mientras los invitados degustaban la tarta de castañas y bayas de rosa acompañada de bebidas de frambuesa y saúco, Babú pidió permiso a Shirley para enseñar a Pervinca los trajes de Aberdeen.

—Sólo queda uno —dijo Shirley con tristeza—. Los demás han desaparecido, de uno en uno. Estaban muy estropeados, pero les había tomado cariño.

—Me pregunto quién habrá podido hacer una cosa así —comentó Vainilla horrorizada.

La respuesta les llegó poco después.



Hacia las cuatro de la tarde, cuando el sol estaba a punto de ponerse, los niños se despidieron de Shirley y le dieron las gracias por la bonita fiesta. Durante esas horas, la bruja los había entretenido con encantamientos espectaculares, y los más hábiles y valientes la habían retado. Como premio a los ganadores, Shirley les había pintado un retrato.

Y así, con sus retratos bajo el brazo y un precioso recuerdo en el corazón, los nuevos amigos se dijeron adiós y volvieron a sus casas. Pero no todos.

Vainilla, Pervinca, Flox y Grisam la esperaban junto al baúl.

—¿Ya estás lista?

—Sí —dijo Shirley—, sólo tengo que ponerme la capa.

Pero justo cuando estaba a punto de entrar en casa, su tía Malva salió. ¡Era la CUARTA vez ese año! El hecho tenía algo de increíble: durante diez años, la tía de Shirley había permanecido enclaustrada en su taller cosiendo... ¿Y qué? Nadie lo había sabido nunca. ¡Hasta ese momento!

La señora Malva llevaba un gran paquete y, sin decir nada, se lo entregó a su sobrina. Los demás se acercaron: era un bonito paquete, atado con una rama de sauce.

Shirley lo miró largo rato antes de abrirlo.

—Venga, niña —dijo la tía—, ábrelo. He trabajado tanto que, si espero un poco más todavía, no sabré nunca si te gusta.

Lentamente, con infinita delicadeza, Shirley quitó el nudo a la rama de sauce y el papel se deslizó al suelo.

—Es tu Manta de los Recuerdos, mi niña —dijo seria la tía Malva—. La he cosido uniendo pedazos de recuerdos que te pertenecen, aunque no los reconocerás todos. Algunos proceden de tus vestiditos de cuando eras sólo un bebé, de las mantas de tu cuna, de las sábanas que acunaron tus sueños de chiquilla, de las cortinas del carromato... Esta es tu primera capa, un gorro de tu papá, mi chal favorito, la falda que te hice por tus ocho años, y estos proceden...

—... De los vestidos de mamá... —murmuró conmovida Shirley mientras acariciaba cada recuerdo—. Sus joyas, el bolso que llevaba en la foto de su boda, sus broches y los bonitos pasadores de pelo, y estas...

—Son las hebillas de tus primeros zapatos. ¿Qué... te gusta?

A su espalda, Flox y Babú lloraban emocionadas.

Envuelta en su manta de los recuerdos, Shirley subió con los demás al baúl, que se elevó en cuanto Vainilla lo ordenó.

—¿Y a dónde le digo que vaya? —preguntó.

—¡A la Cueva de las Hadas, detrás de la cascada!

—¿Allí dónde Mentaflorida y Scarlet-Violet se probaron sus vestidos de la responsabilidad?

—¡Esa! —respondió Grisam.

—¡FABULOSOOOOO! —gritaron las niñas fuera de sí de alegría, mientras el baúl volaba muy

alto en el cielo.



Al llegar a la cascada, la atravesaron y, por último, planearon suavemente dentro de la cueva.

¡Se quedaron sin aliento!

Ante sus ojos, todo alrededor, precisamente allí donde en otro tiempo las brujas del valle de Aberdur se ponían guapas para afrontar un nuevo e importante periodo de sus vidas, se extendía la más fascinante e intrincada montaña de historias que jamás hubieran visto. Centenares de objetos, de lo más disparatados, colmaban la cueva del suelo al techo.

Extasiada, Pervinca dio unos pasos hacia el interior seguida de Babú y Flox cuando...

—¡AHHH! —gritaron ambas.

Un lobo negro, con ojos amarillos como el oro, salió de la oscuridad y gruñó mostrando unos afilados dientes blancos. Mr. Berry enseñó la lengua, que seguía estando rosa, y Barolo saltó del baúl para ponerse delante de Shirley.

—¡Tranquilo, Tiempo! —le dijo Grisam—. Son amigos.

—¿Lo... lo conoces? —preguntó Flox tartamudeando—. Pues de dientes afilados ya hemos tenido bastantes, al menos por este año...

—¡Es el guardián de la Cueva! —dijo Grisam.

—¿Ah, sí? Bo... bonito...

—Y esperemos que también sea bueno.

—Tumbate, Barolo, que no quiere hacernos daño —dijo Shirley acariciando a su perro—. Es más, a lo mejor os caéis simpáticos, en el fondo sois parientes.

El lobo dejó de gruñir y a Barolo se le alisó el pelo.

—¿Le has puesto tú ese nombre? ¿Tiempo? —preguntó Shirley.

Grisam se encogió de hombros.

—Lo encontré aquí. Nos hicimos amigos y él se ofreció a hacer de guardián de mis objetos del tiempo, así que lo llamé Tiempo.

—Mejor que Objeto —comentó Flox.

—¿Todas estas cosas son tuyas? —preguntó Vi—. ¿Cómo es que las guardas aquí?

Antes de contestar, el joven mago fue a sentarse en una vieja y cómoda silla de barbero.

—Todos los años, en la Fiesta del Principio, tiramos a la hoguera un objeto viejo o que ya no necesitamos, ¿no es cierto? —dijo—. Bueno, al día siguiente yo voy de hoguera en hoguera a rescatar los objetos que no se han quemado y los traigo aquí.

—¿Por qué?

—Porque si no se han quemado significa que tienen todavía una historia que contar.

—¿Tú hablas con los objetos, Grisam? —preguntó Shirley.

—Y tanto, ¡si supieras las historias que he oído! Creo que este baúl también va a ser una bonita sorpresa; es más, ¡será la más interesante de todas!

—¿Podremos escuchar alguna vez una de esas historias? —preguntó Pervinca.

—Claro, cuando queráis. Las más divertidas son las que cuenta la dentadura postiza de la señora Tulipa.

—¿Se la habías robado tú? ¡Y ella que le echaba la culpa al Capitán!

—No, no, la tiró al fuego, sólo que no se acordaba.

—¿Y esto?

—¡Guau! Tienes una mano mágica, Vi, es un rulo de la señora Pimperl, ¡y no veas lo que te hace reír!

—¿Tienes también algo de Scarlet?

—No, ¡esa «corneja» no tira nunca nada!

Los chicos se adentraron en la gruta cada vez más fascinados: había sombreros con las formas más raras, lúgubres candelabros, remos, estatuas, retratos que los siglos habían amarilleado, juguetes...

—¡Ah! ¡Esta es mi muñeca! —exclamó Vainilla recogiendo un pelele medio chamuscado, luego se ruborizó hasta la raíz del cabello y preguntó a Grisam—: ¿Qué te ha contado?

—Que Vi le arrancaba el pelo cuando tú no mirabas.

—¿Qué? ¡Entonces no era verdad que se le caía porque se hacía vieja, menuda eres! Te burlabas de mí.

Pervinca se encogió de hombros.

—La tentación era demasiado fuerte, te lo creías todo. Me gustaría conocer la historia de cada objeto —suspiró Pervinca admirando el tesoro de Grisam.

—Entonces empecemos enseguida —dijo Grisam—. Y como es el cumpleaños de Shirley, que sea ella la que elija por dónde empezar.

Shirley no lo dudó ni un momento. Alargó el brazo y señaló el baúl.

—¡Viva! —exclamaron las niñas.



Oh, aquella fue una hermosa historia, la primera de una larga serie que pronto os contaré. Aquel día, sin embargo, sucedió algo más que os interesará saber. Cuando Grisam terminó de contar la historia del baúl del Capitán, Pervinca se lamentó de que no hubieran acabado en la cueva también los arcones que iban a bordo del *Isabella II* antes de que los piratas lo abordaran. Quién sabe qué contendrían, el Capitán nunca nos lo dijo.

—¡Un momento! —exclamó Babú dando un salto—, ¡yo sí!

—¿Sabes lo que contenían?

—¡Oro, joyas y libros! —dijo Vainilla.

—¿Y quién te lo ha dicho?

—¡Jim!

—¿Tu Jim? ¿Jim Burium?

—¡Sí! Oh, qué pena que no haya venido. Pero ¡un momento! Flox, Grisam, ¿os acordáis de cuando Jim nos habló de su pueblo y de que su abuelo había encontrado dos arcones arrastrados

por la marejada? Yo creo que eran los arcones del *Isabella II*, es más, estoy segura. No sé qué habrán hecho con el oro y las joyas, pero Jim se leyó los libros y, si las coincidencias no acaban aquí, podría ser que en aquellos arcones haya encontrado el tercer volumen del *Libro Antiguo*, el que cuenta la historia del nacimiento de Fairy Oak. ¡Sería fantástico!

Los chicos pusieron cara de decir: «¡Claro, figúrate!». Pero Babú no se rindió.

—Pensad, ¿no es extraño, por lo menos, que un chico que vive en un pueblo que se llama Aberdurville se marche y llegue a Fairy Oak *por casualidad*?

Podéis imaginar lo que ocurrió: los chicos corrieron a ver a Jim y lo sometieron a un interrogatorio. Y Jim prometió que respondería sólo si Babú aceptaba ser su novia.

¿Aceptó? Oh, sí..., pero esa es otra historia.





ELISABETTA GNONE, nace en Génova el 13 de abril de 1965 y, tras cursar estudios clásicos, en 1990 entra en Disney y se hace periodista.

Su colaboración con la publicación semanal Topolino (Mickey Mouse) fue sólo el comienzo de una carrera que unirá su nombre a los mayores éxitos editoriales de Walt Disney Company Italia: colabora en la creación de las publicaciones mensuales Bambi, Cip e Ciop (Chip y Chop), Minni & Co. y La Sirenita, y en 1997 lanza el mensual Winnie the Pooh.

Directora de las publicaciones preescolares y femeninas de Disney, en 1997 crea la serie W.I.T.C.H., destinada a ser un éxito mundial y publicada en más de 20 países, así como la revista mensual homónima, para la que escribe también las historias «Haloween» y «Los doce portales», aparecidas en los dos primeros números.

Con la experiencia de ese éxito, Elisabetta vuelve al trabajo y en los últimos años desarrolla la idea de Fairy Oak, un mundo mágico en el cual tienen lugar las historias recogidas en la Trilogía inicial y en la nueva serie Los Cuatro Misterios.